



PODRÍA
DECIRTE
LA VERDAD

Elena Vega

PODRÍA DECIRTE LA VERDAD

ELENA VEGA

2019

Podría decirte la verdad

Autor: Elena Vega

Autoedición

Maquetación: Sandra Caicoya Vega

Fotografía: Andrés Vega

©Todos los derechos reservados

ISBN KDP: 9781703347913

INDICE

- Capítulo 1. Historia de Trolls, Aquiles y demás seres mortales
- Capítulo 2. Un desesperado Arfan
- Capítulo 3. Walter
- Capítulo 4. El buenorro del nueve
- Capítulo 5 —Solo Sexo
- Capítulo 6 —Mendigando amor
- Capítulo 7 —¿Y ahora Qué?
- Capítulo 8 —Petirrojo
- Capítulo 9 —Pegar los pedazos rotos
- Capítulo 10 —La Bella y la bestia
- Capítulo 11 —Sin expectativas
- Capítulo 12 —La venganza se sirve en plato frío
- Capítulo 13 —Te quiero solo para mí
- Capítulo 14 —La cocina del infierno
- Capítulo 15 —El vengador
- Capítulo 16 —La jaula del petirrojo
- Capítulo 17 —Cambio de rumbo
- Capítulo 18 —No te conozco
- Capítulo 19 —Dark Veider
- Capítulo 20 —La miel de la Victoria
- Capítulo 21 —La vida sigue... ¿igual?
- Capítulo 22 —Asturias
- Capítulo 23 —Namir
- Capítulo 24 —Hogar dulce hogar
- Capítulo 25 —Un objetivo en común
- Capítulo 26 —Un clavo quita otro clavo
- Capítulo 27 —En busca de la verdad
- Capítulo 28 —Cartas escondidas
- Capítulo 29 —Descubriendo la verdad
- Capítulo 30 —La trama
- Capítulo 31 —El rescate
- Capítulo 32 —El vuelo del petirrojo
- Capítulo 33 —Reconociendo la verdad
- Capítulo 34 —La gran gala
- Capítulo 35 —El final de una etapa

PODRÍA DECIRTE LA VERDAD

Podría decirte la verdad.
Podría decirte quien soy.
Podría decirte que te quiero,
que nunca te dejaré de amar.

Todo eso podría decirte,
pero solo puedo escribirte,
poemas sin razón.

Este pobre enamorado,
que ansía una quimera,
suspira desesperado,
atormentado por la espera
del cariño que no alcanza.

Mírame,
Descúbreme,
Sonríeme.
Haz mi sueño realidad,
hazlo hoy
y así,

Poder decirte la verdad.
Poder decirte quien soy.
Poder decirte que te quiero

<< ¡Otro poema!>>

Nora se pasó la mano por el pelo intentando tranquilizarse y pensar con claridad.

Alguien los dejaba sobre su mesa. Cada semana, durante meses, desde que había empezado a trabajar en las oficinas que la empresa de su padre tenía en Madrid. Nunca fallaba y de repente, un día, cesó sin más.

No volvió a recibir ningún poema e incluso se olvidó de ello hasta hoy. Había pasado... cuanto... un año desde el último y sin esperarlo, había vuelto.

<< ¿Quién narices era?>>

Sus amigas, y lo de amigas es casi un eufemismo, porque sólo tiene dos, que conserva de su etapa escolar y con las que queda de vez en cuando para tomar algo y desfogarse un poco, tienen

su opinión al respecto.

Confía en ellas.

Berta y Carlota, son como parte de su familia, porque pertenecen a ese grupo selecto de personas con el que no tiene que fingir ni ponerse ninguna máscara o filtro. Se conocen muy bien y no la juzgan, ni piden explicaciones, simplemente disfrutan de su compañía e incluso puede contarles cosas como lo de los poemas, que de otro modo no compartiría con nadie.

Sí, solo tiene dos amigas, pero son de las de verdad.

A veces se siente algo culpable por no dedicarles demasiado tiempo ni atención, pero sabe que su amistad es lo suficientemente sólida para no estar alimentándola en todo momento. Cada una tiene su vida, su profesión y en el caso de sus amigas, sus parejas.

A ellas, todo este tema del poeta desconocido, les parece un detalle muy romántico, sin embargo, a Nora le intranquiliza enormemente no saber quién es. Está muy mosqueada y no le gustan las situaciones donde no lo tiene todo bajo control.

<< ¿Y si era un acosador? >>

Negó con la cabeza. Berta siempre le respondía a esa duda diciendo que ella quería un acosador así en su vida porque bien mirado, era uno muy prudente, no hacía más que eso, escribir y que cosas más bonitas decía el poeta.

Aun así, se preocupaba, se sentía observada por alguien que no revelaba su identidad y estaba incómoda. En los escritos siempre le hablaba del amor que le profesaba y del anhelo de que ella se fijara en él.

¿Pero cómo podía fijarse en él si no sabía de quien se trataba?

¡Por dios!

No era una chica romántica y no tenía tiempo para esas tonterías. Su padre había depositado su confianza en ella, cediéndole la gestión de su fundación y era mucha responsabilidad. No quería defraudarle.

Y justo hoy, que tenía un almuerzo con él para organizar un gran evento para recaudar fondos para la lucha contra el cáncer infantil, aparecía de nuevo el admirador desconocido y sus tontos poemas.

No podía permitir que la descentrara un Gustavo Adolfo Becquer del tres al cuarto.

Guardó con desdén el maldito papel en su agenda, como si con ese gesto, lo enterrara, lo desterrara de sus pensamientos y llamó a Adele por la línea interna.

—¿Si Señorita Al Saud? —contestó al segundo tono.

—Por favor, venga a mi despacho con el dossier para la gala benéfica.

No se hizo esperar. En menos de un minuto entraba en el despacho. La mandó sentarse con un gesto de cabeza serio y distante, muy característico de Nora.

Era su secretaria desde hacía algo más de un año y su mano derecha. Sin ella poco podía hacer. Nunca se lo había dicho, porque Nora no era de las que se iba abriendo a la gente y mostrando sus sentimientos, al contrario, se mostraba fría en el trato con Adele aunque la apreciaba por su dedicación y buen hacer.

Era joven, más joven aún que ella, pero tremendamente seria y eficiente. Realizaba su trabajo sin necesidad de que la estuviera animando y adulando todo el día, y se lo agradecía. No le gustaba la gente que necesitaba ser reafirmada constantemente para realizar su responsabilidad con motivación.

Nora no era así, no interactuaba en conversaciones, no incitaba a las relaciones interpersonales y jamás reforzada positiva ni negativamente a sus empleados, simplemente

mantenía una fría y cómoda distancia, por lo que apreciaba que su equipo tampoco necesitara que les dispensara un trato cercano para realizar sus tareas, porque no podría dárselo.

Como he dicho, ella no era capaz de mostrar sus sentimientos, ni de gratitud ni de enfado. Ninguno. Solo distancia.

En las relaciones marcaba un espacio entre los demás para que nadie, absolutamente nadie, se acercara lo suficiente como para importarle y por lo tanto hacerle daño. Ese lujo estaba reservado para su familia y sus dos amigas, nadie más.

—Vamos a repasar los detalles ¿Qué tenemos hasta ahora?

—Pues... —abrió la carpeta y tras observar durante un minuto los papeles continuó—. Su madre Sofía, nos cederá algunos cuadros para la subasta, su hermano Namir...perdón...Su alteza Real el príncipe Namir Al Saud —Le pareció que se turbaba y se removía en la silla al nombrarlo. Ese era el efecto que causaba su hermano en las mujeres, “el efecto Namir”, lo llamaba ella.

Le desagradaba que Adele, mostrara esa turbación. La creía más centrada e inteligente.

Se le escapó un chasqueó que realizó con la lengua expresando fastidio, algo impropio de ella, mostrar emociones, pero no lo pudo evitar. Caer bajo los encantos de Namir era una torpeza y una debilidad imperdonable.

Namir era un año mayor que ella y desde siempre uno de esos chicos denominados populares.

Ambos se parecían mucho físicamente, morenos y de ojos verdes como su padre. Sin embargo, él parecía tocado por un aura especial que ella creía no poseer.

Su personalidad y su belleza hipnotizaban a la gente, especialmente al género femenino.

Las chicas se giraban a observarlo a su paso. Podría estar con cualquiera con un solo aleteo de pestañas.

<<Que distintos eran>> pensaba continuamente Nora.

Y es que no solo creía que eran diferentes en lo relativo al físico, sino especialmente en la personalidad. Mientras Namir era extrovertido y seguro de sí mismo, Nora era la timidez y la inseguridad hecha persona.

Desde muy pequeña mostraba un alto grado de introversión y dificultades para interactuar con el mundo exterior, y no sé si la causa o quizás el efecto era que tenía un gran mundo interior.

Si algo tenía mi pequeña era una gran imaginación y una alta sensibilidad. Lo que a priori puede parecer una bendición, se transformó en una verdadera maldición para ella.

En el colegio sufrió bastante, pero se amoldó a su manera creando filtros invisibles a los ojos del resto para tapar o paliar sus inquietudes, que desgraciadamente eran muchas. Necesitó crear todo un universo paralelo para no morir por el sopor y apoyado en él para saciar su creatividad, había conseguido sobrevivir pasando desapercibida. Incluso había encajado de alguna manera. Todo un logro.

Sí, se había aburrido mucho y había pasado mucha vergüenza, pero eso no fue nada comparado con el instituto. Ahí empezó su verdadero infierno particular y el catalizador que la llevó a su definitivo aislamiento emocional.

Tirando de ingenio y dado que no tenía suerte en las relaciones humanas decidió ser un mero espectador y dedicaba sus momentos de asueto a observar la fauna que poblaba aquel enorme edificio más lleno de testosterona y estrógenos que de razonamientos filosóficos y deducciones científicas.

Efectivamente llegó rápido a la conclusión que lo verdaderamente importante de aquel sitio no era precisamente lo académico, sino el posicionamiento en la manada y el cortejo.

Muchas veces en la cafetería mientras almorzaba le parecía estar presenciando un documental de animales, que ella misma narraba en su cabeza para entretenerse.

<<El macho Alfa se acerca sigilosamente a la joven y hermosa hembra Beta que realiza un ridículo contoneo, a modo de danza para llamar la atención de los sementales circundantes y conseguir el mejor dotado para su apareamiento>> —no podía evitar carcajearse y negar con la cabeza.

<<¡Que primitivos somos a veces!>>

Para distraerse había inventado incluso, una escala de tres categorías para clasificar a los estudiantes.

Estaban los Trolls, que disfrutaban haciendo sufrir a los demás. Riéndose de las debilidades ajenas. Las Hienas de la fauna autóctona. Los carroñeros.

Fueron los que le hicieron la vida imposible.

En el fondo pensaba que albergaban un gran complejo de inferioridad y se crecían con el mal ajeno, empoderándose con las debilidades foráneas para tapar sus propias miserias. Eran seres repugnantes. Unos capullos.

<< Un querer y no poder>>

Luego, estaban los Aquiles, para los que las personas como ella, tímidas y apocopadas, eran invisibles. Eran los felinos en ese hábitat. La punta de la cadena alimenticia. Hermosos, hipnóticos y muy atractivos. Los reyes de la selva, la sabana o de cualquier entorno en el que se encontraran.

A este grupo pertenecía su hermano Namir.

Seres tocados por dios, que estaban por méritos propios y naturales por encima de los demás.

No se relacionaban con otros que no estuvieran en su misma escala de superioridad.

Los Trolls, solían seguirlos como comparsas. Intentando ser como ellos, emularles, sin darse cuenta que estaban fuera de su alcance.

Los Aquiles eran en la escala del instituto, semidioses.

Por último, estaban los mortales. El grupo en el que ella misma se había encasillado.

Ninguneados por los Trolls e ignorados por los Aquiles.

En aquel ecosistema, simbolizarían a las indefensas gacelas, a las asustadizas liebres o los temerosos ratoncitos de campo. En fin, todos esos animalillos que no pertenecen a los depredadores, sino que son más bien su alimento, su carnaza. Y sin embargo los que constituían la mayor y más variada población del ecosistema, siendo la base de la pirámide, la más ancha, donde más seres habitaban.

Lástima que no conocieran o no aplicaran ese lema, por otra parte tan manido, de que la unión hace la fuerza.

Como una cosa son los lemas que hacen patria y la realidad mundana suele ser otra muy distinta, la caterva de los mortales era sin duda, el peor grupo al que pertenecer. Un hatajo de personas que se consideran de poca importancia, incluso despreciables en el cosmos del instituto.

Los parias.

Este colectivo lo formaban personajes de lo más variado. Empollones, minorías, frikis y gente peculiar, o simplemente, personas normales sin ninguna particularidad especial que les hiciera entrar en alguna de las otras agrupaciones.

Los mortales eran lo más variopinto e interesante de todo el instituto. Gente con personalidad propia, poco dada a dejarse llevar por la influencia de la masa. Iban por libre

Aunque no era fácil y se sufría bastante, Nora estaba orgullosa de corresponder a este grupo.

En su época de instituto llevaba hiyab^[1].

En aquel momento, pasaba por una etapa de defensa de su identidad musulmana. Una forma, en mi humilde opinión, de intentar diferenciarse, identificarse con algo y eso le costó sufrir una adolescencia dura. Discriminada, ignorada e incluso a veces humillada.

A los dieciséis años y perdidamente enamorada de un Aquiles, Allen, amigo de Namir, decidió pasar de las reivindicaciones y mostrarse al mundo sin velos, aunque aparentemente esa medida no funcionó. Había demasiada diferencia de escalones entre un Aquiles y una mortal. Nora sabía que nunca le prestaría la más mínima atención. Se sentía invisible a sus ojos.

Pero algo ocurrió y de repente Allen, empezó a fijarse en ella, a acercarse, incluso llegó a besarla, y entonces Nora se ilusionó, comenzó a ver alguna posibilidad y poco a poco se convenció de que no era tan descabellado que aquel chico se enamorara de ella. Si tan solo llegaba a sentirse atraído una tercera parte de lo que ella estaba por él, la cosa cambiaría.

Podía parecer antisocial debido a su tremenda timidez, pero no dejaba de ser una adolescente con las hormonas revolucionadas, sueños inconfesables y deseos insatisfechos.

Sentía miedo, más bien pánico a equivocarse, lo que la paralizaba cuando el chico se acercaba.

Él era amable y en un par de ocasiones la invitó a salir. En una, fueron al cine y en otra a merendar a una hamburguesería. Le pareció que aquello era el preludio de una relación, el inicio de un noviazgo. No hablaban mucho, solo se miraban y sonreían, pero era suficiente y porque no, Nora se sentía cómoda sin tener que entablar una conversación profunda, sin tener que desnudarse emocionalmente. Escondía demasiado debajo de aquel envoltorio de comedida prudencia para mostrarlo al mundo sin reservas.

Si Allen hubiera querido hurgar, si hubiera tenido que abrirse y mostrarle la Nora agazapada en su mundo interior, se hubiera sentido vulnerable, estúpida y más aún, estaba segura que él jamás la hubiera entendido.

En la cita del cine, Allen le dio un dulce beso en la boca al despedirse, uno de esos besos inocentes tras una primera cita, que indican una promesa. Un me gustas honrado que alberga la intención de simplemente demostrar que hay interés en continuar, que no es una despedida sino el pistoletazo de salida a nuevos encuentros. Una sutil declaración de intenciones futuras

La idea de que aquello iba bien y sellaba el inicio de algo marcó un antes y un después. Suponía un mensaje nítido, un gesto precioso, una muestra de interés, un avance.

Su corazón se llenó de esperanzas de amor, de finales felices, de anhelos cumplidos. Pero aquel símbolo de lo que podía ser aquel beso que encerraba tantas cosas, nunca más se repitió.

En la siguiente cita, el día de la hamburguesería, él se mantuvo distante y en ocasiones, el ambiente estaba enrarecido, incluso le dio la sensación de que estaba incómodo.

Nora lo achacó a los nervios, estaba muy tensa y supuso que él también. Empezar una relación no es fácil. Dar esos primeros pasos para avanzar hacia un noviazgo es complicado y más con su carácter introvertido difícil de lidiar, pero, por primera vez, se sentía segura de sí misma, sabía que aquello iba a salir bien, tenía que salir bien. Nunca había sentido nada así con nadie e indudablemente eso significaba algo, algo muy bonito.

Allen no tenía una gran conversación, pero lo compensaba con su atractivo y su sensualidad y a ella le bastaba. Babeaba con solo mirarlo. Quien necesita inteligencia, profundidad emocional y razonamientos trascendentes cuando se es un Adonis. No se puede tener todo.

Cuando se despidieron en la puerta de su casa tras dar un paseo desde la hamburguesería y

Allen no repitió el candoroso beso, se sintió frustrada, pero no se rindió.

Se convenció a si misma que Allen era un caballero, del tipo del de la blanca armadura. y quería hacer las cosas despacio. Ni que decir tengo a estas alturas que la imaginación de Nora iba por una parte y la realidad por otra. Y que el pedestal en el que había posicionado en sus aventuras fantásticas a su adorado acompañante, eran dignas de Camelot y del mismísimo Rey Arturo.

Se convenció que no la veía como a cualquiera, la respetaba y aunque eso era bueno, sabía que tenía que poner más de su parte para que aquel chico, el amor de su vida, se posicionara y decidiera por fin, dar el paso definitivo. Proclamarla como su novia.

Al día siguiente, cuando entraba en el instituto, lo vio en la distancia doblar la esquina del pasillo. Lo siguió con una sonrisa de oreja a oreja, convencida de abordarlo y quizás conseguir un nuevo beso. Había soñado con eso toda la noche y al levantarse, tomó la determinación de dar un paso al frente y hacer algo para conseguirlo.

Por fin Nora iba a dejar de esconderse, iba a dejar sus celos estúpidos a un lado y reclamar lo que quería.

En vez de caminar parecía que flotaba por aquel pasillo, orgullosa de sí misma por dejar de comportarse como una niña insegura.

En su mente sonaba una melodía que acompañaba su avance, digna de la banda sonora de una película romántica, de las que se utilizan para remarcar esa escena clave que recalca el deseado encuentro de los amantes.

Al doblar la esquina vio a Allen apoyando con el brazo en el marco de una puerta que no era la de su clase. El corazón se le aceleró y con ello, la música subió en intensidad. Un halo brillante le rodeaba por su refulgente armadura.

Estaba mirando hacia dentro del aula y sonreía.

<< ¡Qué maravillosa sonrisa!>> pensó maravillada

Nora se paró un segundo a observarle. Era irresistible. Tan rubio, tan alto, tan Aquiles. Suspiró. Estaba absolutamente colgada de aquel chico.

Se pellizco para comprobar que no era un sueño o una de sus más que habituales fantasías.

No. Allen era real y a partir de ese momento, iba a ser su pareja, su amante, su marido, el padre de sus hijos, el amor de su vida. El siempre y para siempre.

Él no la había visto porque alguna escena que ocurría dentro, absorbía toda su atención. Entonces, presintió que algo no iba bien, aquella cara embobada, aquella sonrisa, aquella mirada fija en un punto del interior no le dieron buena espina. La blanca indumentaria se fue apagando y empezó a ver una armadura oxidada, fea, llena de herrumbre.

No tardó mucho en comprobar que su instinto, esta vez, no la traicionaba. Una chica salió y se abrazó a él mientras se proferían un intenso beso de esos con lengua. Nada que ver con el casto e inocente contacto que había tenido con ella, donde solo sus labios se rozaron brevemente.

No, este era pasional, sensual y muy, muy ardiente. Su por siempre y para siempre, pertenecía a otra.

La música cesó, la sonrisa se le borró de la cara y los ojos se le oscurecieron.

Allen no le pertenecía. No era su caballero de la mesa redonda. En realidad, no existía Camelot, ni Scalibor, ni el puto Rey Arturo. Todo era una fantasía. Además, al muy noble Rey, al que destacaban más por su inteligencia que por su belleza ¿no se la había pegado su esposa Ginebra, con el bien parecido Lancelot?

¡Ay la fragilidad Humana! —pensó— <<¡Qué estúpida!>>

La realidad se impuso como una maza que te golpea la cabeza.

Allen, solo había sido educado y todo había sido fruto de su imaginación.

Quizás se vio obligado a ser amable con ella, en parte porque era amigo de Namir y se había visto envuelto en una relación de afecto que no sabía cómo resolver.

Sí, solo había sido eso, cordialidad. Era ella, la que lo había tergiversado todo. Allen solo había sido cortés, salvo aquel beso fugaz, se había comportado correctamente, como cualquiera habría hecho con la hermana pequeña de un colega a la que nadie presta atención.

¿Sentía pena por ella?, ¿se había visto en la necesidad de fingir y dedicarle algunos retazos de tiempo?

Aquella otra, era una chica de las que no pasan inadvertidas, del grupo de los Aquiles. Rubia, alta y con un cuerpo de escándalo.

Que estúpida había sido. Ella era una simple mortal y se había montado una película irreal y absurda.

Sin decir nada, se dio la vuelta y recorrió el pasillo sobre sus pasos hasta llegar al baño de aquella planta. Se detuvo sin cambiar el gesto inexpresivo que le había quedado tras observar la escena.

Finalmente entró, se encerró en uno de los compartimentos y se sentó sobre la tapa del wáter.

Se quedó unos instantes inmóvil, sin reaccionar, como si estuviera sufriendo una especie de estrés postraumático que la tenía paralizada. No reaccionaba. En su mente se había quedado fijada la escena que se repetía una y otra vez en bucle. Ningún otro pensamiento.

Debería sentir pena, tristeza, debería llorar, tirarse de los pelos, sentir rabia, enfadarse, cualquier reacción encajaría, sería comprensible y la convertiría en humana, en una mujer dolida y despechada, pero no, Nora no hizo nada de eso. Simplemente se mantuvo inmóvil, alrededor de media hora. Luego se levantó, se estiró la falda con las manos y salió del baño.

Al entrar en clase, se disculpó por llegar tarde y se sentó. Parecía serena, una chica normal en un día normal, aunque había cambiado para siempre. Nunca volvería a ser la misma.

Estaba destrozada y sin embargo no lo mostraba, se sentía imbécil, absurda, desatinada, además de ninguneada, pisoteada, humillada y entre uno y otro adjetivo se le había roto el corazón. Pero jamás lo sabría nadie, ella se encargaría de guardar los pedacitos rotos celosamente.

Así que, desde entonces, se puso otro velo no visible a los ojos humanos, pero tras el que se parapetaba para marcar una barrera entre el resto del mundo y ella.

Yo había hecho lo humanamente posible para hacerla entender que era preciosa y una mujer que tenía mucho que ofrecer. No solo era guapa, sino inteligente, creativa y con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho, pero ni caso. Es difícil aceptar lo que dice tu madre, cuando te parece que el resto del mundo emite señales de lo contrario, de que eres insustancial y desechable.

A veces somos capaces de persuadirnos a nosotros mismos de cosas a todas luces inverosímiles y ella, se convenció de que debía ser una especie de bicho raro que espantaba al género masculino y simplemente renunció a él y a cualquier relación emocional o sentimental, que pudiera hacerla sufrir.

Se encerró en sí misma y decidió que nunca jamás nadie la volvería hacer sentir mal, porque directamente no podrían acceder a ella lo suficiente como para hacerle daño. Cualquier membrana permeable a los sentimientos que existiera en su cuerpo y su mente, se plegó hasta volverse compacta y estanca.

Se creyó sus propias mentiras para mitigar el dolor. Se consideró poco menos que un esperpento y pensó que el único hombre que podía ver su belleza era su padre, Arfan. Hasta día de hoy, piensa que es normal que su padre la vea así, para él es su princesa, y es incapaz de ver la realidad, que, para ella, no es otra que su falta de atractivo e interés para el resto de la humanidad.

Desde entonces, ningún chico se ha acercado y le ha pedido una cita, salvo los moscones de turno, cuando sale con sus amigas, pero esos no cuentan, con tal de ligar le entrarían a un teletubbie.

Alguna vez se le pasaba por la cabeza enrollarse con alguno de esos tipos para tener al menos una experiencia sexual a la que agarrarse. Sin complicaciones, sin implicaciones emocionales, pero le parecían demasiado babosos para plantárselo. Eran Trolls disfrazados de garrapatas.

Su necesidad de tener una relación sexual se había acrecentado con los años, no por algo emocional, sino por el puro deseo de tener una experiencia erótica.

En toda su vida, solo le habían dado un beso casto y ella quería conocer ese placer que sus amigas le explicaban que tenías cuando practicabas sexo, pero en un plano similar al que se siente al comer un helado o un trozo de chocolate.

Una experiencia agradable, apetecible y en cierto modo, adictiva, pero que no trae aparejadas complicaciones de corazón, que no entraña riesgo.

Imaginaba que el sexo era solo eso, sexo. Un intercambio de caricias y fluidos placentero, que quedaba en la intimidad de una habitación y que no suponía ningún peligro emocional.

Aunque lo desea, siente que va a ser arduo difícil, porque no va a encontrar ningún chico interesado y eso que ella lo pondría fácil. Que hombre no desea una relación sin ataduras. Un aquí te pillo aquí te mato. Sexo sin complicaciones, sin citas tediosas, sin la obligación de ser romántico y regalar flores. Pues nada, no hay manera.

Nota miradas posadas en ella, chicos que se giran a observarla cuando pasa o caras de asombro al verla y se desmorona, porque al igual que su hermano produce “el efecto Namir” ella produce “el efecto Nora”, que es inversamente proporcional al de Namir, si bien él atrae, ella espanta.

No entiende porqué. Cuando se mira al espejo no ve una imagen tan espeluznante, quizás demasiado delgada, poco voluptuosa, pero sus rasgos no son tan horribles para que la gente la mire de esa forma. Entonces piensa que es como esas chicas que sufren una enfermedad, un trastorno de la conducta alimenticia y que cuando se observan ven una imagen distorsionada de sí mismas, creada por su mente, para reafirmar su necesidad de seguir adelgazando. Se convence que su mente hace lo mismo, le muestra una versión amable de su imagen para que no se hunda, para mantenerla en un estado de cordura necesaria y aferrarla a la razón de seguir adelante y no deprimirse.

Sin embargo, cuando sale al mundo y se percata de las expresiones y reacciones de la gente que la rodea, excluyendo a su familia y sus amigas, comprende que la realidad no es lo que observa en el espejo y que si estuviéramos en otra época ya estaría en un circo de esos que exhibían monstruos y sería, ni más ni menos, su actuación estrella.

<<Con todos ustedes, la mujer más fea del mundo>>

No se da cuenta que esas miradas van, más bien por lo contrario. Nora es espectacular. Su belleza y elegancia natural deslumbra y porque no, paraliza. Esto unido a su personalidad fría y distante hace que no exista ningún hombre tan seguro de sí mismo como para plantearse tan siquiera, intentar algo con ella. Los apabulla, los intimida. Y aunque es posible que jamás nadie lo crea, es incapaz de verlo, porque está convencida de lo contrario y es imposible sacarla de esa

equivocación.

Con el tiempo y su empecinamiento, se resignó y decidió hacerse valer por sus méritos y no por su belleza, que asumía no tenía.

Estudió Dirección de empresas en Londres, sacando unas notas de infarto y posteriormente, ya de vuelta en Madrid, un master de administración de empresas.

Ha conseguido demostrar su capacidad para el estudio y ahora está inmersa en la dirección de la fundación.

Se entrega por completo a su trabajo. A un aburrido trabajo en el que cree que se siente realizada.

Ha conseguido aparcarse su gran emotividad y hacer prevalecer la imagen de una ejecutiva fría e inteligente. Eso la reconforta. En algo era buena y con eso basta, era su bastón.

No podría ser la protagonista de un tórrido romance, una bella heroína, pero no lo necesitaba. Era la garante de su propio destino, una mujer independiente y que se desarrolla profesionalmente con más intensidad que cualquier hombre.

¡Qué desesperación!

Cuando era pequeña había intentado inculcarle mi pasión por el arte, cosa que no fue difícil porque presentaba una gran creatividad. Hasta los trece años llenaba la casa de dibujos, incluidos muebles y paredes, de proyectos ingeniosos hechos con todo lo que pillaba: cajas de cartón, botellas, tetrabriks...y generaba un sinfín de creaciones de los más variopintas. Todo el día estaba discutiendo cosas, imaginando nuevos proyectos.

<<Tengo una idea>>, soltaba de repente y sin más, ella sola, se ponía manos a la obra.

En ocasiones nos pedía ayuda cuando necesitaba materiales que no tenía o cuando tras varios intentos llegaba a la conclusión de que no ostentaba habilidad suficiente y necesitaba un adulto.

Generalmente esas ideas eran tan ambiciosas que en vez de ayudarla se la quitábamos de la cabeza.

<<Es que lo veo tan claro en mi mente>>, solía decirme y yo no podía más que reírme, para comentarle después, que con la imaginación se puede hacer de todo, pero pasarlo a la práctica es más complicado.

Al ver la reticencia aparcaba la idea, para un segundo después enfrascarse en una nueva.

Su imaginación no daba descanso.

Poco a poco y debido a su alta sensibilidad emocional, fue cambiando de táctica. Imagino que para protegerse de la frustración que le provocaban las negativas.

Venía y me decía <<tengo una idea...pero igual no te va a gustar>>, tenía que insistir para que me lo contara y finalmente me la exponía. Según la opinión que yo le diera se embarcaba en ella o la abandonaba sin intentarlo.

Así era Nora, era capaz de variar en función a los sentimientos que intuía en los demás, amoldándose, deduciendo que se esperaba de ella sin que los demás emitiesen su opinión, anticipándose para no llevarse un desengaño.

Las señales eran claras, pero incluso yo caí en la trampa.

Sin quererlo la juzgué y como debía esperar, ella cogió la información, la pasó por su tamiz, interpretó que se esperaba de ella y obró en consecuencia.

Ayudé sin saberlo, a matar a la niña creativa y especial que llevaba dentro.

Recuerdo, que a veces le decía <<hija, eres igual que Adelita la fantástica>>, me miraba con ojos de incompreensión y me preguntaba <<¿y quién es esa?>>.

Yo no sabía que responderle.

Era una expresión que siempre decía mi abuela, cuando de pequeña, se me ocurría alguna idea loca de las mías o me inventaba una historia fantástica de un echo totalmente normal y cotidiano que nada tenía de extraordinario.

Por supuesto, la frase estaba impregnada de cierto halo peyorativo, como si parecerse a esa señora no fuera bueno.

Recuerdo un momento de mi infancia, en pleno verano, que teníamos las ventanas abiertas para que corriera el aire y un gorrión se coló dentro de casa. El pobre se pegaba contra las paredes y empezó a sangrar, pero no cesó en su vuelo enloquecido.

La imagen me pareció tan triste y tan cruel, que empecé a inventarme una historia y contársela al pobre pájaro

<<Cuando la bruja mala, valiente guerrero, te convirtió en un débil pajarito, creíste que la vida se acababa, pero has llegado a la torre de la tranquilidad. Aquí estás a salvo. Ahora tienes que calmarte>>

La débil ave, que tenía un hilillo de sangre en la cabeza, se posó exhausta sobre el suelo, en una esquina

<<Muy bien pajarito. Ahora mira esa ventana, coge fuerzas y vuela, vuela lejos y la bruja mala no te encontrará. Recupérate y busca la felicidad>>

Fue una casualidad, pero el gorrión miró la ventana y salió por ella.

Por supuesto, yo estaba convencida de que verdaderamente era un guerrero hechizado y yo el hada que le había llevado a la libertad.

Mi abuela me dedicó una mirada, entre condescendiente y compungida.

<<Eres igual que Adelita la fantástica>> me dijo negando con la cabeza y saliendo de la sala sin darme más explicación

Así, sin saber quién era ese personaje empecé a relacionar ciertos comportamientos con esa mujer desconocida.

Más tarde la historia fue al revés.

Era yo la que conectaba a ese personaje con las reacciones de mi hija y sin saberlo, le cortaba las alas para que dejara de volar.

Mi abuela se ocupaba de mí cuando era pequeña y mis padres trabajaban.

En cierta manera representaba una figura maternal, y con el tiempo, se ha convertido en un modelo cuando intento lidiar con mis propios hijos.

Desde que soy madre, he empezado a decir cosas y actuar de ciertas maneras, que nunca pensé que haría, cosas que no me gustaban y creí superadas en la adolescencia, cuando pensé que jamás reproduciría los errores que los adultos cometían.

Era un ser libre con pensamiento propio y haría las cosas de otra manera. Todas esas frases hechas y manidas tras años de inculcación y repetición, no formarían parte de mi vida. Sin embargo, la maternidad lo cambiaba todo y ahí estoy, repitiendo los mismos clichés de los que había huido.

Supongo que es un aprendizaje, que aun intentando borrarlo deja un poso en la conciencia y se hace palpable como la única tabla de salvación que tienes cuando no sabes qué hacer ni que decir para educar a tu progenie. ¿De qué recursos tiras cuando no sabes cómo actuar?, pues de los únicos que conoces, los que usaron contigo.

Sé que, en cierta manera, la limité, la até, no ayudé a potenciar sus cualidades excepcionales, pero es que tanta vitalidad, tanto ingenio, nos desbordaba y porque no reconocer que lo desordenaba todo y a veces las liaba pardas.

Sí, lo confieso, era un incordio con su intensidad y escogí el camino más fácil. En vez de potenciarla, impulsarle su maravillosa cabecita, la aplaqué, le quité la iniciativa, la senté en el rincón de pensar y no actuar.

Sin embargo y aunque fuera molesto tener la casa llena de pintadas, de inventos, de cajas de cartón convertidas en escritorios, en muñecos y demás objetos curiosos, o estar todo el día escuchando historias fantásticas e incluso ridículas a ojos de un adulto, no era nada comparado con la desolación posterior.

Hubiera preferido que siguiera llenando nuestra vida de caos creativo, pero se fue apagando o más bien recluyendo en su mundo interior.

Al poco tiempo decidía ponerse la Hiyad, esconderse detrás de un velo, de la seguridad de una religión que aparentemente le daba tranquilidad espiritual y posteriormente, abandonó cualquier interés por la actividad artística y la expresión de sentimientos.

Se volvió gris, pragmática y distante. Como Aladino con el genio de la lámpara, Nora metió su alegría, sus ganas de crear y de explorar, en algún lugar profundo y oscuro. Se volvió aburrida y eso a mí me rompió el corazón.

Aunque nunca se lo había dicho, porque usaba la frase más como un reproche que como algo positivo, adoraba a mi pequeña y particular Adelita la fantástica y para mi desgracia, había desaparecido. Me sentía culpable por haber influido en ese cambio.

Así, sin darse cuenta se fue enfrentando al mundo sola, alejándose cada vez más de cualquier posibilidad de ser espontánea, de compartir con alguien sus éxitos, sus fracasos, su forma especial de ver el mundo, sus alegrías o sus penas.

<< ¿Quién necesita a alguien que la adule y la colme de atenciones? >> Ella no. Se lo repetía cada mañana y no, eso no ocurriría. No era para ella.

Incluso pensaba que los poemas, que alguien desconocido le dejaba cada día y que conseguían sorprenderla, haciendo que su enfriado corazoncito diera un latido, eran fruto de una broma pesada. Se convenció para no dar rienda suelta a su imaginación y a sus sentimientos, que alguien quería reírse a su costa, y se mortificaba, porque a diferencia de lo que pudiera parecer, Nora era muy sentida, porque por mucho que la escondiera, la mujer apasionada, creativa y sentimental, estaba ahí dentro esperando a ser despertada, como el genio espera en la lámpara a que alguien la frote para mostrarse.

—Señorita, ¿Se encuentra bien? —la voz de Adele, la devolvió a la realidad.

—Sí, disculpa —carraspeó —continúa.

—Como iba diciendo, su hermano nos cede un potro de su yeguada. Viene con papeles de pedigree y esas cosas.

—¡Estupendo! ¿Algo más? —Adele volvió la cabeza a la carpeta y rebuscó entre los documentos.

—Sí, se me olvidaba. Su abuelo, su abuelo... —repasó con los dedos los papeles —sí, aquí está, una estancia de lujo en Riad, con todos los gastos pagados.

—¡Fantástico! Pues con eso y algo que done mi padre, la subasta está casi cubierta...bueno, con los precios exorbitantes que alcanzan los cuadros de Sofía, ya recaudaremos suficiente —asintió con un movimiento de cabeza —¿Qué tenemos sobre la organización?

—Eso está más verde...tengo el catering, si cobramos unos ciento ochenta euros por cubierto, nos quedarían aproximadamente ochenta euros por persona.

—Es poco, pero no podemos exagerar. Si quieren donar más pueden hacerlo durante la gala.

—Correcto, pero nos falta el local, la decoración y la música, que añaden también coste.

—Si, nos queda mucho trabajo y solo faltan un par de meses. El local es prioritario, con tan poco tiempo de antelación a ver que encontramos...mejor sube el cubierto a 250 euros .

—Perfecto. Seguiré buscando local. Hay que ultimar la lista de invitados. Sería bueno que lo concretara hoy con su padre en el almuerzo —le pasó una subcarpeta —aquí he incluido los asistentes del año pasado. Necesito que lo repasen y me den el visto bueno. En cuanto tengamos local, envió las invitaciones

Llamaron a la puerta y apareció Su Alteza Real Arfan Al Saud.

—¡Papa!

De un salto se incorporó y corrió a sus brazos.

Adoraba a su padre y con él podía mostrarse distendida y cariñosa.

Adele, observó fríamente aquella demostración de cariño familiar. Le molestaba la sensación de haber pasado a un segundo plano, como si nadie se percatado de que estaba allí, cuando lo que más deseaba en el mundo era ser el centro de atención.

Miró a Arfan disimuladamente. Pensaba que era un hombre maduro tremendamente atractivo. Estaba de miedo. Le haría de todo, pero era inalcanzable. Era el súper jefe guapo, que no se fijaba en ella y eso que Adele tenía una imagen de sí misma muy elevada.

Pensaba que era espectacular, vamos que no necesitaba abuela.

Se veía exuberante, llamativa, voluptuosa. El deseo carnal hecho mujer y con eso, podía conquistar al hombre que quisiera, no como su insulsa jefa, que era un palo estirado.

No obstante, y a pesar de sus seductores encantos, Arfan nunca la miraba, parecía no existir para él. Sabía que estaba casado, pero eso no era un problema, ya había estado con otros hombres casados y en cuanto se había insinuado un poco y les había allanado el terreno, habían caído sin resistencia.

Sin embargo, cada vez que el majestuoso Arfan había aparecido por la oficina, ella había desplegado todas sus armas de mujer, las que nunca le fallaban y nada, ni la había mirado. Parecía de piedra, ni contoneos, ni posturas premeditadas, como la de mantenerse de pie, posando los codos sobre la mesa, lo que la obligaba a arquear el cuerpo, dejando su voluptuoso trasero expuesto a las miradas ajenas. Cualquier hombre babearía, pero nada hacía que Arfan girara sus ojos para mirarla.

Finalmente había decidido olvidar la idea y buscar nuevos horizontes. Ahora fantaseaba con su hijo Namir, que estaba para darle de comer a parte. Si conseguía su objetivo, que a todas luces era más asequible que Arfan, las cosas irían sobre ruedas.

Era una chica sin muchos recursos económicos, pero con gustos caros. Estaba empeñada hasta las entrañas con las compras de zapatos y ropa que a duras penas podía pagar a plazos. No lo podía evitar, no podía prescindir de realizar compras compulsivamente. Aquellas prendas la hacían sentirse como ellos, pero se le había ido de la mano y estaban a punto de desalojarla de su apartamento y de embargarle la nómina de tanto como debía, así que, a situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

Se iba a ligar a un tío que arreglara todos sus problemas. Ahora su opción era Namir. La desesperación por las deudas era un motivo, pero había otro más poderoso aún, quería venganza.

Sí, ella tenía un rencor que no la dejaba dormir y el hermano de su jefa, sería la llave para combatir todos sus males. Tenía un plan.

—¡Hola querida Nora! —Adele despertó de sus pensamientos, al oír la voz de Arfan —¡Que ganas tenía de volver a verte! ¡Estás preciosa! —Nora dibujó un mohín de enfado.

—¡Menos mal que te tengo a ti para subirme la autoestima! Me tienes abandonada.

—Ya sabes que ando de acá para allá y el poco tiempo que tengo en Madrid, me atrincheré con Sofía en casa.

—¡Vaya par de tortolitos! —puso los ojos en blanco y él se rio.

—No sabes lo que me recuerdas a tu madre, con esos gestos tuyos —le dio un beso en la mejilla.

—¿Ha venido el padrino contigo?

—Sí, Walter nos espera abajo, en el coche, con Dylan y Namir.

—¿Dylan? —levantó una ceja. No sabía de quien le hablaba. Adele que estaba a punto de patear con la escena de unicornios y arcoíris, tampoco sabía quién era Dylan, pero si iba de la mano de Arfan, tenía que mostrar interés.

—Sí, Dylan. Mi account manager... Mi gestor de cuentas ¿no lo conoces? —un asalariado, pensó Adele, era sólo un ejecutivo, no merecía la pena. Ella aspiraba a alguien más poderoso.

—Creo que no —Nora torció el gesto poniendo cara de no estar al tanto.

—Pues cuando empezaste en la fundación, él tenía el despacho en este edificio, luego se trasladó a Londres.

—Ni idea —hizo un gesto de desinterés con los hombros —¿Vamos a almorzar?

—Por supuesto —le dio otro beso en la mejilla, la agarró de la cintura y se dieron la vuelta para salir del despacho.

—Espera —detuvo el avance de su padre, poniéndole la mano en el pecho —¿Podría venir Adele? Se está encargando de los preparativos de la gala.

—Claro. Vamos Adele —se giró para mirarla y dedicarle una sonrisa cortés. Ella recogió la documentación y les acompañó sorprendida de tan inesperada deferencia.

Por fin se había presentado una oportunidad que no estaba dispuesta a desperdiciar. Sin saberlo, su estirada jefa, le había dado la oportunidad de medrar y lo iba a hacer hasta lugares insospechados.

<<Joder, por fin>> pensó mientras les acompañaba al ascensor con su cara de secretaria inocente.

Cuando salieron a la calle llovía a cántaros.

Nora miró al cielo. Tenía ese color gris plomizo característico de las tormentas que entristece las calles de Madrid, envolviéndolo todo en el desánimo que da la falta de luz y la lluvia, el preparado perfecto para los depresivos. Suspiró. Su mundo era así, como ese cielo. Ya no recordaba los arcoíris, ni las purpurinas de colores que tanto la impresionaban en la infancia, ni siquiera los unicornios que en forma de peluches habían poblado su cama. Ahora sabía que los caballos con cuernos en la frente, simplemente no existían. Eran parte de una fase infantil que para su desgracia había prolongado demasiado tiempo.

Ni caballeros de blanca armadura, ni unicornios, ni purpurina, ni atardeceres teñidos de naranjas, rojos y violetas.

<<Gris, solo gris>>. —Ese era el color correcto.

Tras un momento de indecisión, se taparon la cabeza con las manos y corrieron para resguardarse lo más rápido posible en la limusina que los esperaba al otro lado de la calle con las luces de emergencia puestas, provocando muchos pitidos y cierta alteración del tráfico que a aquellas horas y lloviendo era infernal. Esto es Madrid, puro caos en hora punta.

<<Gris, solo gris>> —como en hora punta lloviendo en Madrid.

Nora se sentó azorada, inmersa en sus propias miserias grises y lluviosas, maldiciendo para

sus adentros por su pelo, por su traje, por sus zapatos.

<<Todo carísimo>>

Pero sobre todas esas cosas, Nora maldecía por su alma. Su alma gris, como el cielo de Madrid.

Tras sacudirse un poco las gotas de lluvia y retirarse el pelo mojado que se le pegaba a la cara, levantó la cabeza y se encontró frente a ella a un chico que la dejó con la boca abierta.

Lo miró...lo miró...lo volvió a mirar, mientras que el joven, que no le prestaba atención, revisaba unos documentos, ajeno a la expectación que había suscitado en Nora.

<< ¡Dios mío!>>

<< ¡Estaba para coger pan y mojar!>>

El corazón de Nora se saltó un latido al ver al tipo que tenía enfrente. Inmediatamente se reprendió por su reacción.

Ella no era de las que se deja llevar por un físico apabullante. Ya no.

Volvió a mirar de reojo al tipo que estaba en la limusina de su padre e inconscientemente se mordió el labio.

¡Joder!

Estaba tremendo. Era guapísimo, pero Nora no era una principiante en esas lides. Ya había caído en las redes de un Aquiles y nunca más. Había aprendido la lección. Así que decidió en una milésima de segundo, descubrir quién era aquel tipo, desenmascararlo y seguir con paso marcial, aplastando con su bota cualquier resquicio de deseo, como si pisara el césped.

Odiaba sentirse atraída por un hombre fuera de su alcance. Otra vez.

Sabía que aquel ser surgido del Olimpo para martirizarla era inalcanzable. Lo mejor era ignorarlo, pero la pequeña Nora, la que vivía dentro de un rincón olvidado, amordazada y con grilletas en brazos y pies, decidió justo en aquel preciso momento sacarle la lengua a la siesa mujer en la que se había convertido y tomar las riendas.

—Papá ¿nos presentas? —Arfan la miró enfadado. << Mierda>>, se le había olvidado. Delante de los trabajadores quería que le llamara por su nombre y que evitara el trato familiar, pero estaba empapada y tenía delante al hombre más atractivo que había visto en la vida. Normal que se le olvidara todo, incluso respirar.

—Nora, este es Dylan, Dylan Miller. Dylan esta es Nora.

—Encantado señorita.

<< ¿Pero por qué no me mira?, ha bajado la vista para saludarme>>. Le fastidiaba, pero estaba más que acostumbrada a esas reacciones. La niña pequeña de los unicornios que había tomado el control, se difuminó como un azucarillo en contacto con agua caliente.

—Adele, este es Dylan y este Namir —dijo señalándolos —Chicos, ella es Adele —Dylan, para bochorno de Nora, le dedicó a Adele una sonrisa y ella se la devolvió cortésmente. Sin embargo, se percató que al mirar a su hermano, que le dedicó un estudiado guiño de ojo, se puso tensa.

<< ¡Pues sí que está pillada por Namir!>> y también pensó, que en cuanto tuviera oportunidad debía advertirle a su compañera de trabajo, sobre su hermanito. Era un “Aquiles picha brava” nada recomendable.

Se paró a observarla detenidamente.

Era una chica de esas con cuerpo en forma de guitarra muy proporcionada, de las que vuelven locos a los hombres, que babeaban observando sus pechos y el contoneo de las caderas. De larga melena lisa morena y con unos grandes ojos color avellana.

Tiene muy buen gusto para vestir, aunque se ciñe en exceso según su criterio.

En esta ocasión lleva un traje gris de raya diplomática azul marino, con falda de tubo por encima de la rodilla y chaqueta muy entallada, acompañada de camisa blanca y zapatos azul marino de tacón, que parecen de Louboutin.

Nora se cuestionó como una secretaria podía permitirse unos zapatos así. No le pagaban tanto como para eso.

El tipo de ropa no se diferenciaba mucho del que ella misma lucía. Sus zapatos eran unos Jimmy Choo rojos, que hacían juego con la raya roja de su americana negra entallada, que lucía encima de un vestido negro de Gucci. Repasando su indumentaria pensó que a su secretaria todo le quedaba mejor, indudablemente era más mona que ella, sólo había que ver la reacción de los dos hombres, cuando se la presentaron. Para Nora casi indiferencia, para Adele, sonrisitas y guiño de ojo. <<Mierda, otra Aquiles>>

Aquella Limusina estaba llena de triunfadores. Ella era la nota discordante. Por mucho que se esforzara intelectualmente en ser eficiente, cuando se veía rodeada de toda esa gente tan impresionante se sentía pequeña. ¿Qué tenía ella de especial? Nada. Se había acostumbrado a comprar ropa cara, a maquillarse todas las mañanas y a lucir el pelo en su mayor esplendor posible. Incluso se hacía un depilado total cada quince días, incluida su zona púbica, que estaba muy libre de vello, aunque nadie la viera nunca.

Su aspecto venía determinado por una conversación que años atrás había mantenido con Arfan, más bien un ultimátum.

Su padre no puede evitar su parte controladora y cuando decidió cederle la dirección de la fundación le puso la condición de que el aspecto descuidado y desaliñado que lucía era a todas luces, inaceptable.

Debía tener imagen de ejecutiva, digna representante de la empresa que iba a dirigir.

Él mismo la acompañó a sus primeras compras y a un salón de estética para mejorar su imagen. A mí me hizo gracia, mi querido marido y su manía por vestir a las mujeres como él consideraba apropiado. Aunque esto debía molestarme, en esta ocasión, no me inmiscuí, porque comprobé que aquella actividad tan materialista, a Nora le venía bien y la hacía agarrarse al mundo. Lo contrario era dejarse, vestirse con ropa deportiva cómoda y no salir de casa y a eso, me negaba. No quería que traspasara esa línea y ver que se interesaba por la moda y la ropa de firma me pareció saludable en su caso.

—Encantado Adele —le dijo Namir dedicándole una de esas sonrisillas de medio lado, tan sexis que ejecuta magistralmente para dejar inconscientes a las mujeres.

—Namir, ¡pero si ya os conocéis! —Nora puso los ojos en blanco para poner en evidencia a su hermano.

—¿De verdad? —la miró y arqueó una ceja intentando recordarla.

—El año pasado, en la gala benéfica te la presenté, pero claro estabas muy ocupado flirteando con aquella rubia.

—Ohh, discúlpeme Adele, como pude olvidarme de una mujer tan bonita —la joven secretaria sonrío coqueta y Nora resopló. << ¡Ya le vale al Aquiles este! >>.

—Nosotros también nos conocíamos —dijo de repente Dylan, llamando su atención

<< ¡Me ha visto! ¡No soy invisible! >> se alegró Nora.

—Lo dudo, me acordaría de usted —dijo segura de sí misma.

—Pues durante el tiempo que trabajé en un despacho contiguo al suyo, coincidimos todos los días en el office y nos cruzamos en innumerables ocasiones —no sabía que decir, le parecía

imposible haberse cruzado con semejante pibonazo y no recordarlo.

Lo escrutó detenidamente y él se revolvió incómodo en el asiento.

Moreno, alto, con una percha impresionante que indicaba que se debía machacar bastante en el gimnasio, porque aparentaba tener la musculatura definida, pero sin llegar a ser exagerada, pelo corto, de ojos grises y una sonrisa magnética que dejaba entrever una dentadura perfecta. Llevaba un traje de lana gris, que parecía haber sido confeccionado a medida. Le quedaba como un guante y marcaba sutilmente el poderío de musculatura que había debajo. Camisa blanca y corbata azul marino completaban el atuendo. Algo clásico, pero con el corte moderno de su traje, aportaba un aire más actual. Decididamente, es imposible que este hombre le pasara desapercibido.

—A partir de hoy y hasta el evento, volverá a trabajar codo con codo contigo. Quiero que te ayude con la lista de invitados. Él maneja nuestras cuentas de clientes y te asesorará. Cuando estén confirmadas las asistencias se encargará de las mesas, y quien se sienta con quien. ¡No queremos un conflicto diplomático! —Arfán se rio con sorna.

—Pap... Señor, creo que me puedo encargar sola ¿o no me crees capaz? —protestó.

—Estoy seguro que eres muy capaz, pero no te vendrá mal la ayuda de Dylan

El coche se detuvo en frente de un restaurante en el barrio de Embajadores. Desde fuera parecía acogedor, como le gustaban a Arfan. Siempre elegía restaurantes discretos e íntimos, para preservarse de miradas externas. Walter les abrió la puerta con un paraguas para que no se mojaran.

—¡Padrino! —se abalanzó sobre él, con tanto ímpetu que nuestro querido asistente, se tambaleó. Nora siempre usaba ese término para referirse a Walter. No era verdaderamente su padrino, porque sencillamente no tenía de eso, pero desde niña le había adjudicado ese puesto y él, simplemente lo aceptó encantado. Hasta en Semana Santa le regalaba una tarta de pascua. Nora se había creado un híbrido de religiones. En navidad, reyes y semana santa seguía los ritos occidentales, pero para el resto se presentaba como una fiel musulmana.

—Nora ¡Cuánto tiempo! —le dijo con ternura.

—Su Alteza Real te tiene secuestrado en Londres —el eficiente Walter, con su discreción habitual, solo dibujó una sonrisa tierna en la cara —Ya verás cuando te vea mamá. Se va a poner muy contenta.

—Tengo muchas ganas de volver a ver a Sofía —Soltó un suspiro.

—Sabéis qué... Walter y yo nos vamos a casa. Ambos tenemos unas ganas enormes de ver a Sofía y no me necesitáis en esta reunión —miró a Namir —quedas al frente de la coordinación — sin dejarnos decir palabra, se dio la vuelta y se montó en el coche

En aquel momento un único pensamiento cruzo por su mente, <<Lo de sus padres era patológico>> Tanto amor no podía ser sano

Entraron en el restaurante. Namir habló con el maître, los acomodaron en un reservado y le dieron la carta. Dylan a su lado. Adele y Namir enfrente. Resultó ser un restaurante italiano, así que estaba encantada. Le gustaba mucho esa clase de comida.

Adele y Dylan, pidieron pasta. Nora una ensalada y Namir, una pizza. Para acompañar solicitó un vino Montepulciano d'Abruzzo y agua.

Después se instaló un incómodo silencio, hasta que empezaron a servir los platos.

—Adele ¿llevas mucho en la empresa? No te recuerdo de mi paso por Madrid —comentó Dylan.

—Llevo un año más o menos. Creo que no coincidimos, sino te recordaría —le miró de arriba

abajo, le guiñó el ojo y él se rio

<< ¡Será descarada!>> pensó Nora mientras apretaba los labios para no soltárselo en su mismísima cara.

<<Adele no se anda por las ramas, por si no consigue a Namir ya se está organizando un plan b>>

Nunca había intimado con ella, ni la conocía fuera de la oficina, donde siempre se mostraba educada y comedida, pero viendo cómo se desenvolvía ahora, le quedó claro que existía otra Adele, y no se equivocaba.

No era lo que parecía y en aquel momento, efectivamente estaba jugando todas sus cartas. Dylan no le interesaba porque no era más que un empleado de la compañía, pero estaba de miedo y si de momento no le salía lo de Namir, no le importaba darse un revolcón con aquel guapo ejecutivo a la vez que daba celos a su verdadero objetivo. Provocar la ira de Nora, que parecía haberle echado el ojo al guaperas, aunque con ella nunca se sabe porque es tan fría que es difícil adivinar sus verdaderas inclinaciones.

Nora no pudo evitar mirar por el rabillo del ojo a Dylan y sopesar sus posibilidades frente al bellezón de Adele.

A su primera escala del instituto había incluido, con el tiempo, una numérica, para calificar a los que ella podría valorar como posibles candidatos a echar un polvo. Su primero polvo en realidad, porque mi querida Nora, a la edad de veinticuatro años, era un extraño ser que jamás había gozado de la compañía masculina, en gran parte, por ese empecinamiento personal de que ningún hombre se fijaba en ella. Pero tenía ojitos en la cara y por lo menos podía disfrutar de lo que se le ponía delante. Le gustaba admirar las vistas.

Los que recibían una puntuación de uno a cuatro, eran los calificados de Trolls. Fuera... fuera...mal rollito

De cuatro a seis, los mortales. En esa línea es en la que ella se sentía cómoda. No eran guapos, pero le servían. Estaba convencida que era a lo que en un momento dado podía aspirar

De seis a diez, ya entrabamos en zona vedada. Los Aquiles. Eran los que a ella le gustaban, pero sabía que solo podría limitarse a mirar y suspirar. Desde su punto de vista y dada la puntuación que se aplicaba a sí misma, eran inalcanzables.

A aquel pedazo de semental que tenía al lado, inmediatamente le puntuó con un nueve. Quizás le pudiera subir a diez, pero nunca daba esa puntuación a nadie hasta que viera que personalidad acompañaba al físico. Si era un gilipollas, jamás de los jamases recibiría un diez

No estaba ella para ponerse exigente, ni estupenda. A estas alturas, con que fuera amable, y supiera leer le servía, pero claro, luego le ponían aquellos pedazos de machos delante y se le iba la vista hasta presentar estrabismo.

¡No lo podía evitar!, le gustaban los guapos. Que se le iba a hacer. Y así, se le iba pasando el arroz. A este ritmo iba a probar eso del sexo cuando vistiera canas.

—Por dónde íbamos —oyó decir a Namir.

—Por el local —añadió Adele —El año pasado fue en el Ritz y el anterior en el Westing Palace...quizás el Villa Magna....

—¿Alguna idea Nora? —insistió Namir

<< ¡Que pesadito! Con lo bien que estaba yo haciéndome pajas mentales>> —Si hija, de esas porque de las otras...nada de nada. A tu edad, tu padre y yo ya habíamos experimentado el Camasutra entero.

—Las mil y una noches —contestó.

—¿Cómo? —preguntó Dylan.

Claro, el pobre no conoce nuestra casa, ni nuestra historia.

—La mansión de mis padres. Se llama así —aclaró. Sin poder evitarlo, lo miró a los ojos y aunque él apartó la mirada casi inmediatamente, por un segundo se cruzaron y una tormenta eléctrica se desató en su cuerpo.

—Tendríamos que consultárselo a mamá, pero no creo que ponga impedimentos —en ese momento Adele pegó un discreto y casi imperceptible respingo en la silla. Nora que era muy observadora se dio cuenta y comprobó que una de las manos de Namir, había desaparecido distraídamente bajo el mantel

<< ¡Le estaba metiendo mano! >>.

No había duda, la respiración entrecortada y el súbito acaloramiento de la joven acompañante lo demostraban.

Nora sintió cierta turbación en su cuerpo al observarla y porque no, envidia. Ella también quería sentir eso alguna vez. La mano de un hombre haciéndola agitarse.

Como movida por la inconsciencia, bajó lentamente su mano y la posó sobre el fornido muslo de Dylan.

Esperó una reacción...esperó...esperó...y nada. El chico se estaba poniendo pálido y se había quedado rígido, así que simplemente volvió a retirar la mano.

Por una vez había hecho algo impulsivo con la esperanza de recibir buena acogida por el otro lado y una vez más se había equivocado. El buenorro del nueve, no tenía ningún interés en jugar con la fea del circo de los horrores. Era un Aquiles y ella una simple mortal, que se movía por las puntuaciones más bajas de la escala.

Un desesperado Arfan

Arfan y Walter, entraron por la puerta principal y corrí a su encuentro. Primero abracé a Walter que hacía más de un mes que estaba en Londres y por lo tanto que no le veía. Arfan se mostró nervioso. No lo podía evitar, no soportaba que ningún hombre me tocara, aunque fuera nuestro querido Walter.

Desde que le había conocido como asistente de Arfan, la primera vez que viajé a Londres, entablamos una bonita amistad y ahora mismo lo considerábamos como un miembro más de la familia.

Terminada la breve conversación convencional, de cómo estás, cuanto tiempo y esas cosas, me dirijo a darle un beso de tornillo a mi exigente marido, cuando empieza a sonar en mi móvil la canción Friends will be Friends de Quenn. Es Maribí, mi única y mejor amiga.

—Hola bomboncito —la oigo decir, mientras veo la cara de fastidio de Arfan por la interrupción. Les hago un gesto con la mano para que pasaran. Cuando hablaba con Maribi la conversación podía alargarse.

Caminé hacia la cocina.

—Hola corta rollos —le dije con tono jocoso.

—No me digas que el príncipe y tú os lo estabais montando en la alfombra —suspiró —Chica ya estás madurita para esas cosas —soltó una carcajada.

—No me ha dado tiempo a montar nada, porque mi querida amiga ha interrumpido antes y por cierto con cuarenta y cinco años, no soy madurita. Estoy en la flor de la vida y de las relaciones sexuales —en ese momento Arfan entra hacia la cocina, arquea la ceja al oírme y se da media vuelta por donde ha venido —haber aguafiestas, no me habrás llamado para bajarme la autoestima ¿no? —la oigo reírse sonoramente, tanto, que tengo que apartar un poco el teléfono para no quedar sorda. Mi querida Maribi siempre ha tenido un punto histriónico, que para nada se ha visto mermado con los años.

—Te he llamado, porque Arfan le ha dicho a Robert que la gala de la fundación es dentro de dos meses y este año vamos a ir —suelta un grito y tengo que volver a separar el teléfono.

—¡Estupendo! Que ganas tengo de veros ¿Vais a venir todos?

—Robert, Sandra y yo. David no puede. Tiene unos exámenes complicados en la universidad

Robert y Maribí, al igual que nosotros habían tenido dos hijos. Una niña primero, Sandra y dos años después vino al mundo David.

—Tengo ganas de volver a ver a Sandrita. No la veo desde...desde que se fue a Estados Unidos. ¡Madre mía! Como pasa el tiempo.

—Así es. Somos unas pendejas dejadas.

—Maribi, hablamos todos los días, hasta dos veces. Sé más de tu vida que de la de mis propios hijos.

—Hablando de hijos ¿Cómo le va a Nora? ¿Sigue tan seca como la mojama? —puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—¡Mira que eres bruta! Es tímida solo eso.

—Eso y que es agria como un limón. Lo que necesita esa chica es que la desempolven un poco.

—¿A Sandra le quitan el polvo a menudo? —dije algo enfadada.

—Eso espero— vuelve a reír sonoramente —Si no folla con veinticuatro años, cuando coño lo va a hacer. A la edad de nuestras hijas nosotras ya éramos madres —hace una pausa —aunque desde que llegó de Estados Unidos, está rara. No sale apenas de casa y no sé...es como si hubiera perdido la alegría...me tiene preocupada.

—Seguro que no es nada. Acaba de volver y tiene que organizar su vida. Bueno, tengo que dejarte que Arfan acaba de llegar de viaje y no he podido ni saludarle. Avísame cuando vayáis a venir.

—Está bien y disfruta, que tiene morbazo eso del reencuentro.

—Venga anda, vete a que Robert te de unos mimos que te veo más salida de lo normal.

—A ello voy. Hasta luego —colgó partiéndose literalmente de risa.

Justo cuando apagaba el teléfono y me dirigía al salón, entra Anabel, nuestra asistenta.

Walter la sigue, comiéndola con la vista y se ruboriza un poco al ver que me quedo mirándolos.

Les saludo con un gesto de cabeza y me dirijo al salón donde me espera Arfan.

Al entrar veo que está buscando en Netflix, alguna serie que ver.

—No me digas que prefieres ver la tele a un sórdido reencuentro con tu mujer, después de cinco días sin estar juntos —Inmediatamente acciona el mando y apaga la tele.

—Después del cálido recibimiento, pensé que hoy no tocaba —me acerco contoneándome.

—¿Está celoso Alteza Real? —me abrazo a su cuello.

—Mucho, Señorita Fernández. Desesperado diría yo —me agarra las piernas y me las sube para que me aferre con ellas a su cadera y pone sus manos sobre mis glúteos —vamos —sin esfuerzo, sube conmigo las escaleras de piedra que separan el salón de las habitaciones. Mi querido príncipe sigue en plena forma.

Me posa con delicadeza en la cama.

—Nena, no sabes lo que te he echado de menos— dice justo antes de ponerse a horcajadas sobre mí y besarme, tomando mi boca con deseo, paseando su sensual lengua por todos los rincones de mi paladar.

Sin preámbulos me quita la camiseta y su boca va directa a mi pezón izquierdo, que inmediatamente agradece la dedicación y se pone duro en respuesta, mientras siento como sus manos desabrochan mi vaquero.

—Arfan... —comento cuando sus labios sondean el monte de venus.

—Dime, patito —sigue enredado en bajarme el tanga y no pone mucho interés en la conversación, pero a mí me llega al alma que siga usando el apelativo cariñoso que tanto él como mi padre usaban para identificarme como la mujer más patosa del mundo.

—¿Tú crees que soy vieja? —levanta la cabeza que ya se estaba haciendo hueco entre mis muslos y me mira fijamente.

—A qué viene eso —vuelve a subir hasta que nuestras caras quedan a la misma altura —Eres la mujer más despampanante que existe —dice antes de darme uno de esos besos de tornillo que resuenan —mira como me pones —señala su entrepierna, evidenciando el ostensible bulto que se

ha formado.

—Es que soy una cuarentona...y verás a tantas jovencitas... —sigo insistiendo con voz melosa.

—Si tú eres una cuarentona yo soy un cincuentón ¿y qué? Estás tan guapa como el primer día y yo solo tengo ojos para ti. Lo sabes. Ninguna mujer te hace ni te hará sombra. Jamás.

—¿Aunque sea una viejita de noventa años? —se ríe.

—Entonces yo tendré cien y pasaremos cogidos de la mano. Poco más podremos hacer —yo también me rio y damos por terminada la conversación. Arfan baja a la cueva de los cuarenta ladrones e introduce su lengua haciendo que mi cuerpo se estremezca.

—Pues sí que te alegras de verme. Estás muy húmeda, Sofía.

—Cincuentón, fóllame fuerte, por favor.

—Será un placer, patito

Y lo hizo, y lo disfruté, pero había algo que me preocupaba. Algo faltaba. No sé lo que era o sí.

Arfan ya no me deseaba de la misma manera. Eso se nota. Antes cuando hacíamos el amor, parecía siempre la primera vez. Nos encontrábamos con ansia, nos devoramos. Solo existíamos él y yo. Teníamos tanta necesidad el uno del otro...y ahora, mi mente se dispersaba, pensando que ya no era tanta la necesidad. El sexo era placentero, pero era solo eso, sexo. No había ansia, no había devoción, no había desesperación. Arfan mentía, no estaba desesperado. No como antes, porque Arfan ya no me deseaba—

Yo sabía el motivo, aunque intentaba ignorarlo.

Él, tenía una amante.

Walter

Walter enviudó muy joven, y con sesenta años, había encontrado en la madurez, a la mujer con la que volver a compartir su vida.

Cuando nos mudamos a las mil y una noches, contratamos los servicios de Anabel, como ama de llaves. Estaba divorciada y no tenía ninguna atadura para vivir interna en nuestra casa.

En poco tiempo surgió el amor entre ambos. Al principio se resistieron. Durante varios años, solo se cruzaron miradas, sonrisas cómplices y algún que otro alago dejado caer como si no quiere la cosa.

Luego, cuando se dejaron vencer por la evidencia, lo guardaron en secreto. Cada vez les costaba más disimular y temían que yo les descubriera. No iban desencaminados. Había percibido perfectamente las etapas del cortejo, la complicidad entre ambos, los cuchicheos y sus desapariciones fugaces. No estaban en la fase del coqueteo, que ya había pasado hace mucho, ahora estaban imbuidos en una tórrida relación, con mucho sexo y alimentada por el morbo de no ser descubiertos.

—¿Crees que sospecha algo? —dijo Anabel cuando abandoné la cocina.

—Conociendo a Sofia, no lo sospecha, hace tiempo que lo sabe.

—Pero hemos tenido cuidado —Anabel estaba apoyada en la meseta de la isla y Walter se acercó apretándola entre él y el frío mármol.

—Y qué más da. Ya no somos unos críos —la agarró por la cadera atrayéndola hacia él y la besó.

—¿Estás loco! Puede entrar cualquiera —él se separó un poco, negando con un gesto de cabeza.

—¿Quién va a entrar? Los señores están arriba, haciendo lo que me gustaría estar haciendo yo, sino fueras tan remilgada —ella sonrió y le miró con dulzura.

—Vamos a mi habitación —le agarró de la mano y le condujo escaleras abajo, hasta su dormitorio.

El sexo a su edad, no es tan fogoso como a los veinte, pero en esencia no difiere demasiado. Al fin y al cabo, dos personas en la cama, son eso, dos cuerpos queriendo tocarse y sentirse. A veces de manera sucia, soez, otras tiernamente, con delicadeza.

Eso da igual, depende de la intimidad de cada pareja y como se disfruten el uno al otro.

Walter se conservaba muy bien, está en forma para darle a su querida Anabel lo que quería, hasta llevarla al orgasmo más bestial que había sentido jamás.

Había conocido hombres, incluso había estado casada, pero ni de jovencita había disfrutado del sexo como con Walter. Se deshacía en sus experimentadas manos, gemía y gritaba de placer, hasta que una oleada de espasmos, humedad y goce, la dejaban extasiada.

Lamentaba no haberle conocido antes, no haber podido sentir cosa tal durante toda su vida, pero aún quedaba tiempo y lo iban a aprovechar siempre que pudieran.

Walter sin embargo, lamentaba estar perdiendo un tiempo valioso para estar juntos definitivamente. Quería tener una relación de verdad con Anabel. Ya no se conformaba con besos robados y encuentros furtivos. Quería gritarle al mundo que estaba enamorado, que después de tanto tiempo había vuelto a encontrar a una mujer a la que adorar, con la que se sentía pleno y enamorado como un quinceañero. Quería demostrar su amor en público, sin esconderse. Poder cogerla de la mano y besarla sin temor de ser descubierto.

A su edad creía que el tiempo es oro y ya era hora de disfrutar de aquella mujer y gritarle al mundo que era suya. En definitiva, corregir esa situación tan clandestina y convertirla en un compromiso formal y conocido por todos los que le rodeaban, que no era más que su propia familia, porque él consideraba a Arfan, Namir, Nora y a mí, su propia familia, aunque no compartiéramos sangre y en el fondo fuera solo un trabajador, pero él nos quería y sabía que el sentimiento era recíproco. No quería escondernos más su relación, quería hacernos partícipes de su felicidad. Nos lo debía a nosotros, a Anabel y a él mismo.

Sin embargo, Anabel era más cautelosa y aunque disimulaba, sabía que los motivos que argumentaba no eran los verdaderos. Ella temía que sus trabajos se vieran afectados por su relación, aunque él le afirmara que Arfan y yo, jamás los castigaríamos por amar, pero ella se mantenía firme. Walter había llegado a la conclusión, de que Anabel tenía miedo. Su marido había sido un desgraciado que le había dado mala vida y más de una paliza. Según le había sonsacado a Anabel, no sin esfuerzo porque a ella no le gustaba hablar de esa época de su vida. Cuando le conoció era un hombre maravilloso y ella, con veinte años, se sintió inmediatamente cautivada por aquel chico cinco años mayor y totalmente irresistible.

Tenía un padre muy controlador y una existencia aburrida, pero con Francesco, descubrió un mundo nuevo. Conoció la fiesta y el desenfreno. Se divertían muchísimo y su vida se convirtió en una juerga continua.

Él era extrovertido, un italiano al que le gustaba la dulce vida y a Anabel, el italiano le mostró un mundo que la deslumbró. Tan alejado de la existencia inflexible y austera marcada por su padre militar.

Su castrense padre, cansado de ver los derroteros que llevaba su licenciosa hija, le prohibió volver a ver al italiano.

Dos días después se escapó de su casa, con una pequeña maleta y sin un céntimo en el monedero, pero con la ilusión de haber encontrado el amor verdadero. Ese por el que lo das todo y lo dejas todo sin volver la vista atrás.

Al día siguiente se casó con su maravilloso novio.

Ahí empezó su infierno

Al principio le seguía el ritmo, pero cosas de la vida, ella se quedó embarazada y abandonó su vida desenfadada.

Pensó que él la acompañaría, pero Francesco no había nacido para llevar una vida aburrida y en ningún momento se acopló a los requerimientos de Anabel. Salía y llegaba tarde al principio, con el tiempo ni siquiera volvía.

A veces pasaban semanas sin dejarse caer por casa. Generalmente si volvía era para quitarle el dinero que la madre de Anabel, con la que no había dejado de mantener correspondencia y conmovida por su situación, le mandaba a escondidas de su padre. Ella quería mucho a su hija pero jamás haría nada que contraviniera las decisiones de su marido, al menos abiertamente, por eso le mandaba dinero a escondidas para ayudarla pero sin intervenir, ni intentar verla.

Francesco a veces, venía tan borracho o puesto de otras cosas que Anabel no quería ni saber,

que cuando ella desesperada le negaba el dinero, él le pegaba hasta conseguir su ansiado botín. Después la dejaba allí tirada, sin preguntarse si quiera como estaba su joven y embarazada esposa.

En una de esas noches, le dio tal paliza que perdió al niño. Ella le suplicaba compasión cuando al caer al suelo sintió el líquido caliente que resbalaba por sus piernas. Francesco se fue dando un portazo sin socorrerla, ni mirar atrás, después de dedicarle algunos insultos.

Como pudo Anabel reptó hasta la puerta y a duras penas pudo abrirla y llegar a la puerta de sus vecinos. Intentó llamar con sus nudillos con ímpetu, pero tenía poca fuerza. Afortunadamente, sus vecinos que habían oído toda la pelea y estaban atentos, sintieron los débiles golpecitos y se compadecieron de su joven vecina por la que sentían una gran pena por su situación.

La llevaron a un Hospital y la acompañaron durante todo el tiempo que ella tuvo que permanecer allí hasta que se recuperó. Aunque recuperarse de la pérdida de un hijo de la mano de su marido es muy difícil, digamos que su cuerpo estaba mejor pero su alma jamás sería el mismo. Y más cuando le dijeron que por las lesiones sufridas y la intervención quirúrgica, jamás podría volver a engendrar un niño en su vientre.

Cuando le dieron el alta se encontraba sin familia a la que acudir y con un marido que jamás la dejaría tranquila si podía a través de ella, seguir manteniendo su miserable forma de vida.

Decidió marcharse de Cádiz, sin dinero, pero con una fuerte convicción, jamás dejaría que ningún hombre volviera a tener tanto poder sobre ella.

Sus vecinos le pagaron un billete a Madrid, donde enseguida encontró un trabajo de interna para cuidar a una señora mayor. Estuvo tres años cuidando de aquella adorable anciana hasta que falleció.

Aquella honorable viejecita, le había dada la estabilidad económica y emocional que necesitaba para recuperar en la medida de lo posible las heridas. Le dio cariño, amor y comprensión incondicional. Parece poco, pero ella jamás tuvo eso ni en su casa, ni en su matrimonio. Tenían largas conversaciones y la anciana la ayudó a verbalizar toda su tristeza y con su ternura y agudeza, la ayudó a mitigar el dolor.

Fue un golpe muy duro su muerte. Otro más, pero su recuerdo y las palabras que le había dedicado como una hábil terapeuta de corazones rotos, le dio fortaleza para seguir adelante. Así fue como se puso a buscar un nuevo trabajo y terminó en nuestra casa.

En esta mansión, no solo consiguió un puesto bien remunerado sino una nueva familia y al verdadero amor de su vida, que la ayudó, con los años, a romper todas las barreras que seguían instauradas en su cerebro. Consiguió olvidar su idea de no volver a confiar en un hombre.

Porque Walter no era cualquier hombre, y desde luego nada parecido a su Francesco. Con él volvió a descubrir el mundo bajo otro prisma.

Nuestro asistente, era un caballero con todas las letras, un hombre adorable que se vestía por los pies y aunque era quince años mayor que ella lo encontraba sumamente atractivo. Tenía un pasado como militar, como su padre, por lo que era una persona recta y nada dada a los excesos, ni personales ni emocionales, pero no era rígido e insensible como su progenitor. En realidad era todo corazón y dulzura y más en las distancias cortas.

Fue imposible no enamorarse, aunque se resistió, pero ahora, dar el paso definitivo y hacer oficial su relación la aterrorizaba.

Dar un paso al frente y hablar de matrimonio, era algo que le producía un temor profundo. Algo que ni los años ni el amor de Walter habían conseguido solventar.

Todo esto le suponía una dicotomía que apenas la dejaba conciliar el sueño. No quería perder

a Walter, pero tampoco quería volver a ser una esposa vulnerable
<< ¿Por qué no podían dejar las cosas como estaban? >>

El buenorro de nueve

La comida había sido fantástica, salvo por el detalle de la creciente frustración de Nora. En lo laboral, habían cerrado varios flecos y si yo aceptaba que la gala fuera en Las mil y una noches, todo estaba encaminado.

A Namir y a Adele, les entró una prisa enorme, así que sin esperar a los postres decidieron marcharse, a no sé qué reunión que había surgido con el catering. Al menos eso alegaron ellos, porque todos eran conscientes de la realidad. Namir había puesto a Adele como a una perra en celo, y él estaba deseando quitarle aquella angustia vital, que la hacía sudar, removerse en la silla y resoplar.

Resultaba hasta cómico visto desde fuera.

—Vaya tela ¿no? Estos se marchan calientes como monos. —le dijo en tono jocoso a Dylan, cuando sus acalorados acompañantes salían por la puerta. Enseguida se arrepintió de haber sido tan espontánea con el buenorro del nueve. Ella no era así, era muy dada a guardar sus emociones y sus comentarios para sí misma. No le gustaba compartir y menos con un extraño, pero por alguna razón, quizás llevada por la atmósfera, había bajado un momento la guardia para decir aquella chorrada. No podía volver a pasar, se flageló.

—Creo que, no tardando, lo van a estar todavía más —comentó con una risita pícaro que a Nora le gustó mucho. Posó sin poder remediarlo, los ojos en su carnosa boca e instintivamente paso la lengua por los labios, como saboreándolo, pero ¿qué le estaba pasando? Estaba teniendo reacciones nada habituales.

—¿Nos vamos? —dijo nerviosa por su creciente turbación.

—A tu casa o a mi hotel —dijo él, agachando la cabeza, avergonzado de haber sido tan directo.

—A tu hotel —contestó ella sin pensarlo. Dylan levantó la mirada y por fin, la observó fijamente. Sintió que aquellos bonitos ojos grises como el cielo en un día de tormenta, la traspasaban. Ella quería, claro que quería. Llevaba esperando una vida entera a que algún chico le propusiera una cosa así.

—¿Estás segura? —ya se está arrepintiendo pensó Nora.

—¿Lo estás tú? —contestó, casi convencida de que el buenorro recapacitaría y la dejaría cortésmente en su casa con un beso en la mejilla, como máximo contacto.

—¿Por qué no iba a estarlo? —la miró de arriba abajo —Ahora mismo soy el cabrón más afortunado del universo.

<<Este ha bebido mucho vino>> pensó Nora.

—¿Lo dices en serio? —acertó a preguntarle.

—El que... — estaba confuso. No sabía a donde intentaba llegar Nora, así que, en un alarde de valentía, acercó su cara y le dio un tímido beso en los labios —muy seguro —añadió después

Él no lo sabía y ella no lo mostraba, pero en su mente estaba dando saltitos de alegría. Estaba

eufórica, le acababan de dar el segundo beso de su vida. ¡Qué patética!, pensó cuando su yo mental terminó su algarabía con un triple mortal hacia atrás.

—Vamos —le agarró de la mano y lo sacó rápidamente del restaurante. No quería que se le escapara esta oportunidad. Era la mejor que había tenido en la vida. Podía perder la virginidad con un buenorro de nueve —¿Dónde está tu hotel? —preguntó nerviosa.

—¡Taxi! —grito él

En cuanto se subieron y tras dar la dirección, no esperaron más. Se comieron a besos, se tocaron, se calentaron. La parte de atrás de aquel vehículo estaba a punto de ser arrasado por las llamas, mientras la Nora interna, ejecutaba un baile, moviendo las caderas y balanceando sus brazos, luciendo una sonrisa de auténtica felicidad, a la vez que iba contando los besos. Dos, tres, cuatro...diez y ahí dejó de contar, de bailar e incluso de pensar, perdiéndose en el deleite que le provocaba aquella sugerente situación.

El taxista paró delante del Westing palace, bajó la bandera y casi les susurró el importe, cohibido por la maratón de morreos que había presenciado por el retrovisor durante todo el camino.

Había albergado la idea, incluso, de haber podido ver sexo en directo. Alguna bajadita al pilón o algo más fuerte que le alegrara el día y la entrepierna, pero su gozo en un pozo, porque aquellos dos páñflos no habían pasado del sobeteo propio de unos inocentes quinceañeros. No obstante, había sido suficientemente motivador para plantearse hacer una parada debajo de algún puente y regalarse una masturbación rápida. Llevaba mucho en el turno de noche y hacía demasiado que, entre su mujer y él, no había ni un roce, ni siquiera una inocente caricia, con lo que de vez en cuando le tocaba aliviarse en soledad.

Dylan le pagó, dejándole una buena propina, ajeno a los pensamientos del taxista. Cogidos de la mano caminaron al interior del hotel, directos a los ascensores.

En cuanto estuvieron dentro, la apretó contra el cristal del fondo y le acarició la mejilla, mirándola con devoción.

—Eres preciosa Nora.

—¿Usas gafas y las has perdido? —usó el sarcasmo para protegerse, como siempre, intentando evitar que le tomara el pelo y le afectara.

—Veo perfectamente y lo que tengo delante me gusta mucho —Nora iba a contestar, pero no la dejó. Le metió la lengua con fuerza hasta la campanilla. No quería oírla, solo sentirla.

Nunca la habían besado así y se sintió arder.

Salieron del ascensor y a paso acelerado, casi corriendo, fueron a la habitación.

El dormitorio era lujoso y tenía unas vistas increíbles, pero, como a mí, muchos años atrás, cuando Arfan me llevó, no le pareció especialmente grande.

Cerró la puerta y se quedó apoyada en ella. No sabía qué hacer, ni dónde meterse. Dylan se acercó y la volvió a besar. Cuanto más obsceno era el beso, más se le erizaba el vello corporal.

Empezó a sentir una especie de vibración desde su clítorix a su estómago, mientras una sensación de vacío la inundaba. Tenía ansia por hacer desaparecer esa sensación que había aparecido de repente, pero no tenía idea de cómo conseguirlo.

<< ¡Sexo, sexo, sexo! >> le explicaba su cerebro

Así que ni corta ni perezosa, le desanudó la corbata y empezó a desabrocharle la camisa blanca que le quedaba como un guante. Debajo, había unos pectorales y unos abdominales de anuncio de Calvin Klein. Suspiró y no pudo evitar la tentación de tocarlos.

Notar aquel tórax turgente y el calor de su piel, hizo que la punzada en su entrepierna la

hiciera gemir. En ese momento él la agarró por los muslos y la llevó en volandas a la cama, donde la posó con suavidad.

Le desabotonó el vestido y la dejó en ropa interior. Mientras la observaba se quitó la camisa y empezó a desabrocharse el pantalón. Nora nunca había llegado tan lejos y dudó un momento.

<< ¿Debería contarle la verdad?>>

Sí, podría decirle verdad, de hecho, sería lo más sensato antes de pasar a la siguiente base. Decidió que no era el momento porque difícilmente podría articular palabra, cuando vio aparecer al completo, aquel maravilloso cuerpo. Trago saliva, aunque la boca se le había quedado seca.

Tenía en frente a un treintañero buenorro de puntuación nueve, con solo unos calzoncillos bóxer, dispuesto a poseerla.

Para que entrara en minucias. Lo deseaba tanto. No quería por nada del mundo estropear aquel momento, era su oportunidad y no iba a desaprovecharla.

—Nora, Nora —dijo él mientras se acercaba— Eres una diosa, siempre subida en su pedestal, mirando al resto de mortales desde arriba, distante, indiferente a los sentimientos humanos que pululan a tu alrededor y de repente, aquí estás, desnuda en mi cama —se mesó el cabello —soy el cabrón más afortunado del mundo —se puso de rodillas delante de ella y empezó a besarla. Nora se había quedado un poco sorprendida, por aquellas palabras. << ¿sería algún tipo de jueguito erótico, para intentar no ver la realidad? Una Diosa, ¡ja!>>

Dylan, bajó de sus labios a sus pechos, oliéndola, deleitándose despacio, absorbiendo el néctar de su diosa y su magnífico aroma.

Le desabrochó el sujetador e introdujo su pezón derecho en la boca. Sólo con eso su erecto pene le dio un tirón pugnando por liberarse y poseer a aquella belleza, hecha para el deleite humano.

Al mismo tiempo, Nora se arqueó al sentir una punzada vibrante y extraña en su interior. Parecía que sus cuerpos reaccionaban al unísono como en una danza tántrica y sensual. Ambos estaban imbuidos por aquellas sensaciones, absorbiendo como propios los estremecimientos del otro y devolviéndolos con la misma intensidad. Acompañando cada caricia con un inevitable jadeo de placer.

Dylan se sentía enardecido con esa preciosidad en sus brazos que respondía con aquellas sublimes reacciones, así que siguió bajando y con un sutil movimiento apartó levemente el tanga. Estaba totalmente depilada y pensó que los hombres debían volverse locos con aquella visión. Él por lo menos así se sentía. Creía, no, estaba seguro que nunca había estado tan excitado ni había visto nada más erótico. La besó en el monte de venus recibiendo un movimiento de pelvis de Nora, que le invitaba a proseguir en su carnal exploración. Ayudado por sus dedos apartó los labios vaginales de su diosa y no pudo evitar, adentrar su cara para besarla en su interior, en lo más íntimo. Paseó su lengua por el clítoris haciendo cierta presión. Nora, aunque en un principio estaba nerviosa, se dejó arrastrar por aquel mar de sensaciones. Le gustaba mucho lo que estaba sintiendo y a la vez le parecía una tortura, una dulce tortura.

A cada caricia, a cada beso, le devolvía una reacción corporal que desconocía y que la hacían estremecer, jadear, desear más.

—Ohh Nora eres muy receptiva. Estás preparada, húmeda para mí —aquellas palabras lanzadas desde su entrepierna, hicieron que se ruborizara. No podía controlar su excitación y menos sintiendo como sonaba la voz del buenorro, reverberando entre las paredes de su sexo. Una voz ronca y poseída por una arrebatadora pasión

De repente, notó como paraba, como salía su lengua de ella y se separaba, privándola de su

placer. Quería más, más de eso ¿por qué paraba? Levantó la cabeza y vio como estaba colocándose un preservativo en su erecto pene y solo pudo pensar si aquella enorme cosa iba a caber dentro de ella. Dylan estaba demasiado bien dotado.

<<Relájate Nora, deja de pensar y concéntrate en disfrutar>>. Inconscientemente bajó su mano para tocar el lugar que unos instantes antes ocupaba la lengua de su amante. Quería más, más de eso.

Dylan abrió sus piernas, apretando la parte interior de sus muslos <<¡joder, joder!>>, acertaba a pensar Nora y sí, de eso se trataba.

Sintió como sus manos viajaban de sus muslos a su cadera y entonces, aquella cosa dura y grande se introdujo en su vagina. Gritó, sintió dolor, pero era un dolor extraño, casi placentero.

<< ¿Puede ser placentero el dolor?>>. Parece que sí.

—Nena, estás muy apretada, casi no puedo entrar.

Nora, se sentía extraña, pero su cuerpo le pedía más, más de eso. Más de esa placentera tortura, así que abrió las piernas y empujó sus caderas hacia él y entonces la notó entrar hasta el final. Se retorció y gimió.

<< ¡joder, joder!>>.

Dylan se quedó parado dentro de ella, sin moverse. Le había parecido que algo se rasgaba dentro de ella y se quedó paralizado. Enseguida negó con un movimiento de cabeza, convenciéndose así mismo de que lo que estaba pensando era una estupidez.

Él nunca había estado con una mujer virgen, nunca había roto un himen y por lo tanto aquella sensación extraña, unida a la evidente poca experiencia que demostraba Nora, le dieron que pensar unos segundos, pero enseguida se lo quito de la cabeza y se centró en el acto.

Nora se alarmó porque Dylan no se moviera. Ella quería más, necesitaba más. Unas envestidas secas, adentro, afuera, adentro, afuera, siguieron por fin a la penetración. Una y otra vez.

Nunca se había sentido así. Ya no tenía ningún control sobre su cuerpo, perdida en un mar de agitación. No podía pensar, no podía más que dejarse llevar por aquella palpitación que le crecía, como si toda su sangre y sus sentidos, se concentraran de repente en su zona vaginal.

<< ¡joder, joder!>>

Y allí estaba. Un riachuelo de humedad, una explosión y la sensación de una felicidad absolutamente estúpida se apoderaron de ella.

Él siguió un poco más y finalmente, con un último empujón fuerte y profundo, gruñó, dijo el nombre de su diosa entre jadeos y se paró.

Y ella, que había estudiado en una de las mejores universidades inglesas, solo acertó a decir << ¡Joder!>>, mientras miraba la cara de su amante, sudorosa y agotada por el esfuerzo.

Dylan salió de ella despacito, y sentir aquel abandono le volvió a dar ganas de más, de más de eso, mediante una punzada en la entrepierna. No, no podía ser que el sexo que nunca había probado, le gustara tanto.

¿Cómo podía haber vivido sin él tanto tiempo?

—¡Nora! —gritó Dylan de repente, con voz asustada. Ella abrió los ojos y levantó su cabeza para mirarle— el... el preservativo... tiene sangre. —Sus ojos reflejaban asombro. No encontraba explicación. ¿Por qué Nora había sangrado? No habían hecho sexo duro ni nada que provocara aquello.

—No te preocupes, no es nada —dijo incorporándose y poniéndose el tanga.

—¿Cómo que no es nada? ¡Has sangrado! —dudó—. ¿Te he hecho daño?

Le miró mientras terminaba de abrocharse el vestido. Se acercó, le besó para luego susurrarle

—Gracias por desvirgarme —Dylan abrió tanto la boca y los ojos que le hizo gracia y Nora no pudo evitar reírse.

Antes de que el sorprendido bueñorro de nueve pudiera reaccionar, ella ya cerraba la puerta de la habitación y se marchaba, dejándolo con un palmo de narices.

<<Virgen, virgen... ¡Virgen!>> su mente solo repetía esa palabra una y otra vez. ¿Cómo podía ser? Nora no era una niña, era una mujer de veinticuatro años. Se sentó sobre la cama sin salir de su asombro.

Aquella Diosa, se había bajado del pedestal para que la follara y la desvirgara. Él era el primero, nunca antes le había concedido ese privilegio a nadie. Desde luego era todo un privilegio, y por un instante se puso contento por tan gran honor, pero enseguida se agolparon preguntas en su interior que apartaron aquel atisbo de felicidad. ¿Cómo gestionaría eso ahora? ¿Qué significaba aquello?, ¿Era solo sexo?

Hundió la cabeza entre sus manos, mientras repasaba toda la situación que había ocurrido, buscando pistas, reprochándose no haber percibido nada que le indicara que Nora era nueva en aquellas lides, y es que, aunque se le notaba que tenía poca experiencia, la veía desinhibida, tranquila, disfrutando el momento. Vamos, que no le pareció una chica a punto de perder su virginidad y entonces como un flash recordó cuando le dijo <<Nena, estás muy apretada, casi no puedo entrar>> y es que efectivamente aquello estaba cerrado y luego, la sensación de rasgar algo. ¡Pero como había sido tan gilipollas!, todas las señales eran claras y él las ignoró. Nadie había entrado antes allí y no se lo dijo. Le dejó hacer para luego marcharse con una sonrisa.

<<Le había utilizado>>

Esa idea se fijó con fuerza en su cabeza. Ella le había utilizado para quitarse ese peso de encima. Había sido un objeto, para cumplir los deseos de la diosa. Había sido un medio para conseguir su fin, con todo el descaro y frialdad del mundo. Sólo le faltó dejarle dinero en la mesita y agradecerle el servicio prestado.

<< Pero ¿cómo era posible que una mujer así fuera virgen?>> No entendía nada, pero lo que tenía claro es que no se iba a dejar manipular más. No le gustaba esa sensación. No le gustaba que le trataran como un juguete a merced de los caprichos de una niña malcriada y sin escrúpulos.

Negó con la cabeza. A quien quería engañar, estaba pilladísimo por ella y a su absoluta merced. Estaba seguro, haría lo que ella le pidiera con un solo aleteo de pestañas.

<< ¡Que marrón!>>

Nora no tenía ganas de regresar a nuestra casa. Sí, con veinticuatro años, seguía viviendo bajo el paraguas de sus progenitores. Vivía con sus padres, trabajaba para su padre, era virgen. << ¡Que mierda de vida era esa!>> Se tomó unos instantes para tranquilizarse y pensar con claridad.

De momento, ya se había quitado la losa de la virginidad, que tanto la avergonzaba. Ahora dado ese paso, podía intentar algunos otros.

Tenía las llaves del piso de Lavapiés, que había sido de mis padres y donde yo viví hasta que me trasladé con Arfan. Lo habíamos reformado hacía unos años y era un sitio adecuado para que una joven, empezara a caminar sola.

Le dio la dirección al taxista y me mandó un mensaje, para que no la esperáramos el fin de semana. Sabía que no era una conducta habitual, que no era propio de ella dormir fuera de casa, pero quería estar sola, quería sentirse adulta. Ahora podía, porque aquella noche había dado un paso importante hacia su liberación.

Nada más llegar se dio una ducha. No pudo evitar pasar sus manos embadurnadas de jabón por cada lugar por donde había pasado la boca de Dylan y volver a estremecerse recordando lo bien que se había sentido. Ahora que había probado, sin lugar a dudas quería repetir. Ya no se iba a privar del sexo, era demasiado excitante para obviarlo.

Ya en la cama, se planteó como abordar su relación con Dylan. Inevitablemente tenían que trabajar juntos, lo que suponía un problema.

Ella ya había conseguido lo que quería y ahora, esperaba que él no quisiera ir más allá del encuentro de esa noche. Había sido una noche de sexo, por un calentón. Nada más. Deseaba que él así lo entendiera, que no se sintiera obligado a nada más.

De todas formas, estaba segura que él no querría nada con ella, que aquello no había significado nada para él más allá de conseguir un revolcón con alguien que se puso a tiro. Seguramente hasta le había decepcionado, porque, aunque a ella le había parecido maravilloso seguro que él estaba acostumbrado a mujeres más experimentadas y que le daban más morbo. Lo único que le preocupaba era que al haber descubierto lo de su virginidad podría sentirse mal, obligado a mostrarle interés y más cuando era la hija del jefe. Lo mismo que había pasado con Allen, años antes, que se vio obligado por ser la hermana de su amigo.

Por eso mismo, se había ido de aquella manera. Quería evitar cualquier posibilidad de remordimientos, de que Dylan se sintiera intimidado, forzado a convertir un calentón de una noche, en una relación más duradera.

Ahora se sentía avergonzada y apesadumbrada por no haber dado aquel paso con un desconocido, sino con un hombre que tenía que ver en la oficina. Seguro, que, aunque esa noche había esquivado la bala, en algún momento tendría que darle algún tipo de explicación y no le apetecía nada.

Decidió que iba a mostrarse distante con él, y demostrarle que no tenía por qué fingir nada, que no tenía falsas expectativas, que no sentía nada por él y que hubieran follado no significaba nada. Nada, Nada, Nada. Nada que fingir, nada que sentir, nada que esperar.

Estaba dispuesta a mandarle señales claras, para evitar confusiones y que no se sintiera obligado a simular algo que ambos sabían que no existía. Sí, definitivamente le bombardearía con un montón de Nadas nítidos.

Sólo sexo

Se ha llevado a Adele a un hotel. Es viernes por la tarde y las condiciones de repente se han presentado muy apropiadas. No tenía ningún plan para aquella noche y Adele había aparecido como una buenísima opción para distraerse.

La joven se mostró muy predispuesta y practicaron sexo, del sucio, del escabroso.

Era la clase de chica que no se escandaliza de nada, a la que le va el sexo, a la que le va la caña.

Lo había notado nada más verla. Sabía que iba acabar la noche así.

Como tantas otras.

Con una tía buena metida entre las piernas.

Pero era solo sexo.

Nada más que eso.

Le gustaba, era indudable, pero pasado el momento de fogosidad, cuando ya se había corrido en su boca, en su vagina y en su ano, perdía todo su interés.

Siempre lo había tenido fácil. Desde que iba al instituto las chicas se le ofrecían, sin buscarlo. Había aprendido a complacerlas y sacar partido a aquellos encuentros, pero nunca se había enamorado de ninguna. Cada vez necesitaba más brusquedad para sentir y empezaba a preocuparse.

No era tierno con ellas, se mostraba dominante y les exigía sin miramientos lo que deseaba tomar y le dejaban. A veces era incluso soez, pero no le importaba porque ellas también disfrutaban. Notaba como se deshacían ante sus requerimientos y como gozaban con sus juegos eróticos.

Lo malo es que muchas se quedaban pilladas y pedían más de él y eso no estaba dispuesto a dárselo.

Con el tiempo, había decidido no repetir nunca con la misma mujer y así evitaba que ellas albergaran alguna ilusión de que podían establecer algún tipo de relación.

Adele era guapa, era desinhibida en la cama y, sin embargo, como con las demás, no sentía nada. Como si follara a una muñeca hinchable, lo mismo, con la salvedad que esta gemía, arañaba e incluso mordía, pero aparte de eso, un desierto de emociones. Solo instinto animal. Era un depredador, un salvaje, incapaz de quedarse por ninguna tía.

Antes de tomar la decisión de no repetir, lo había intentado, pero lo más que había durado con una chica habían sido dos meses.

Rocío, que así se llamaba, anhelaba que se comportaran como una pareja, como novios, pero él no tenía esa complicidad necesaria que debes sentir con una persona para considerarla tu novia.

Fingía, fingía y volvía a fingir, menos en la cama, hasta que al final se dio cuenta que hasta en eso tenía que forzarse, porque ya no le apetecía acostarse con ella. Se aburría. Ya había llegado sexualmente a todos sus rincones. No le quedaba nada por explorar y sin tentación, ya no había

nada. Intentaba buscar motivación incorporando fantasías sexuales para encontrar morbo y cada vez se adentraba más en el BDSM para excitarse, hasta que se dio cuenta que su pareja se había convertido en una esclava que le dejaba hacer cualquier cosa y que disfrutaba por el mero hecho de que Namir quisiera hacérselo.

Mendigaba atención y pensaba que mediante la dominación en el acto sexual ella recibía el amor de su amo. Quizás fuera masoquista, pero él no era un sádico porque no se regocijaba con aquellas dominaciones. Seguía sin sentir nada.

Se veía como un puto depravado y en el camino había convertido a aquella chica en un ser con la voluntad anulada y todo porque su corazón estaba congelado ¿Por qué no conseguía sentir afecto por ninguna? Ni afecto, ni ternura, nada.

Cuando tomó la determinación de dejar a Rocío, la vio como un juguete roto, suplicando su perdón, ofreciéndole cualquier cosa porque continuara a su lado, arrastrándose por retener su afecto.

La rechazó y la joven partió de su lado sin rumbo, como un perro abandonado por su amo. A los dos días la encontraron en la habitación de un hostel. Se había cortado las venas.

Fue un mazazo para Namir. Se sentía responsable de su muerte. Su falta de cariño, la había destruido. La necesidad de complacerle la llevó a buscar juegos cada vez más extremos para conseguir excitarle y la metió en una espiral de autodestrucción peligrosa que él no supo ver.

Estaba demasiado preocupado en pensar que nada de lo que ella le ofrecía le complacía, sin pararse a analizar la enfermiza dependencia afectiva que se estaba gestando.

Su indiferencia le había costado la vida a una joven que ambicionaba conseguir su amor y su atención. Justo lo que él no podía darle. Fue en ese momento cuando se prometió que no volvería a hacerle algo así a nadie. Decidió no volver a tener pareja, no repetir con ninguna más de una noche.

Miró a su compañera de cama. Se había dormido, agotada. La chiquilla había tenido un aguante tremendo, no le extrañaba que estuviera exhausta.

Con cuidado de no despertarla, se levantó, recogió su ropa esparcida por la habitación y se metió en el baño intentando no hacer ruido.

Se vistió con celeridad y se marchó como alma que lleva el diablo, antes de que Adele se percatara de su ausencia en la cama.

Regresó a Las mil y una noches, donde parecía que todo el mundo estaba acostado. Era tarde.

Al pasar por la habitación de su hermana, vio la puerta abierta y la cama sin deshacer.

<< Esto sí que es raro >>, pensó

Eran polos opuestos. Mientras él se calzaba a medio Londres en la Universidad, ella se mantenía virgen e impoluta. Después de terminar los estudios cada uno siguió con la misma trayectoria y hasta donde sabía, su hermana no conocía varón. Ni siquiera la había visto besar a ninguno

Recordó como su amigo Allen, en el instituto, andaba coladito por ella, pero era tan impenetrable que, aunque intentó entrarle de mil maneras, le fue inaccesible. Hasta que desistió dejándola por imposible y buscó chicas, menos guapas, pero más dispuestas.

Ni un beso en condiciones consiguió robarle. Así era su hermanita. La chica más guapa del instituto, por la que todos suspiraban y la más cerrada a cualquier acercamiento humano. Encima, en aquella época decidió ponerse la hiyab, para dejar más claro aún, si ya no lo estaba, que era zona vedada. Ningún chico se atrevió a entrarle, ni a acercarse si quiera.

Mendigando amor

—¿Alguien sabe dónde está Nora? No ha venido a dormir anoche —dije cuando los tres nos sentamos a desayunar. Arfan encogió los hombros.

—Yo la dejé con Dylan en el restaurante —dijo Namir despreocupado.

—¿Dylan?, ¿Quién coño es Dylan?

—El director de cuentas de la empresa —dijo Arfan mientras ojeaba el periódico sin levantar la vista para contestar. Estaba tan sexy que no pude evitar mordirme el labio.

—¿Y qué edad tiene ese tal Dylan? —estaba preocupada. Nora nunca había dormido fuera de casa.

—Joder mama, que Nora tiene veinticuatro años. Déjala desfogarse un poco.

—Tiene treinta y un años. Es un buen tipo. Tranquila —dijo Arfan sin levantar la vista del periódico.

—Es que no sabemos qué ha pasado. Ni siquiera sabemos si está con él —nerviosa revisé el teléfono y vi una entrada de whatsapp de la noche anterior que no había visto. Era de Nora

<<Voy a pasar el finde fuera. Perdona por no avisar antes>> lo leí en alto.

—Ves, no tenías de qué preocuparte. Follando como una leona está la niña —soltó una carcajada y le pegué una colleja. A veces Namir es indeseable.

—¿Y tú no tienes a nadie a quien tirarte? —le vacilé un poco, pero cuando me iba a contestar sonó, Friends will be Friends de Queen.

—Hola cuarentona —contesté divertida, alejándome de la mesa.

—Hola Diosa del deseo —las dos nos echamos a reír.

—Que te cuentas.

—Al final nos vamos esta semana para España. He convencido a Robert para estar más tiempo.

—Me parece genial. Así nos ponemos al día como dios manda, en persona —dudé un momento —¿Os alojaréis aquí?

—No, no. Hemos alquilado un chalecito cerca. ¡Qué bien me van a sentar dos mesecitos en la tierra! Tengo ganas de ponerme cerda a chorizo, callos y jamón del bueno —no pude evitar reírme.

—Te pediré plaza en mi gimnasio, porque veo que lo vas a necesitar.

—Mira, buena idea, de vez en cuando se le ocurre algo bueno a esa cabecita loca.

—Estoy deseando verte.

—Y yo, guapa. Hasta el lunes.

—Ciao

Cuando me di la vuelta para volver a la mesa, Namir ya se había escapado.

—¿Dónde ha ido? —le dije a Arfan que seguía sin levantar la vista del periódico.

—Ni idea. Se fue sin decir nada —encogí los hombros. Namir era así.

—Te he escogido una nueva canción de tono del teléfono. —Desde la adolescencia ponía un tono diferente a mis contactos en función a mis sentimientos hacia esa persona. No me hizo ni caso. Seguía absorto en la lectura y eso me cabreó. Así que puse mi iphone en el altavoz.

Sonaron los primeros acordes y no se inmutó. Antonio José, empezó a cantar su “Contigo”

“(…) La primera vez fue fiel, fue más que un sueño
La segunda vez, fue más que incendio
Yo no sé si esta historia es normal
O es que somos distintos
Solo sé amor, que cuando nos vemos
Se prende el instinto
Y ahora digo yo
La tercera vez cogimos el cielo en un suspiro
Ay amor...
Si tú supieras que...”

Lo siguiente que sentí fue a Arfan por la espalda, pegado a mi cintura y besándome el cuello

—Lo siento —dijo mientras el cantante decía “cantándote al oído”.

—¿Qué sientes? —estaba enfadada.

—Ser un gilipollas —susurró.

—Explícame eso —mi cuerpo pedía girarme y besarle la boca, hasta volverle loco, pero no lo hice. A estas alturas ambos sabíamos que yo no era una mujer fácil.

—Yo no soy nada sin ti. Perdona que me haga mayor, un imbécil...— nos miramos a los ojos —vamos a la cama, te prometo volver a hacerte ver el cielo —no dije nada. Me agarró de la mano, y subimos en silencio

Nuestra habitación blanca, impoluta, con mis cuadros, era el espacio que había albergado nuestro amor desde que nos casamos. Era un altar. Ese lugar donde el resto del universo queda detrás de la puerta. Nuestro santuario. Allí habíamos sido inmensamente felices, pero algo se había ido escapando, seguramente por la edad y yo no estaba dispuesta a conformarme. Puede que nos estuviéramos haciendo viejos poco a poco, sin darnos apenas cuenta. Criar a dos hijos y nuestras carreras, no ayudaban a mantener el romanticismo. Los continuos viajes de Arfan, no echaban un capote, pero yo era una española enamorada y, por consiguiente, la persona más cabezota del mundo. No estaba dispuesta a que nuestro amor se enfriara.

Esta era una carrera de largo recorrido, lo sé. Quizás el fuego de la primera vez en el Westing Palace quedaba demasiado lejos, quizás, en definitiva, hacía demasiado tiempo desde las mil y una noches, pero yo lo amaba hasta las entrañas, y me negaba a que la pasión se acabara. Si Arfan y yo éramos algo, era fuego y pasión.

No quiero pensar que me estoy aferrando a una quimera, no quiero creer que nos hemos robado el derecho a seguir siendo felices y que los años para serlo han pasado.

Cuando entramos en la habitación, vi unas bolsas de firmas de lencería sobre la cama.

—¿Qué es eso?

—Como te he roto alguna prenda de ropa, creí que debía reponerla.

—No me has roto ninguna prenda de ropa —le dije subiendo una ceja.

—Todavía no...

Lo empujé a la cama, como años atrás había hecho Toni, mi ex novio, conmigo en aquel hostel de mala muerte al lado de Mar de salsa, la discoteca donde malgastaba mi vida. En aquel sitio donde definitivamente se me paró el tiempo y pensé que el mundo se caía encima de mí y me aplastaba. Y ojo, el puto mundo me aplastó, mucho.

El jodido cabrón, retuerce que te cagas. La muerte de mis padres y la mierda de vida que llevaba, me dejaron casi muerta.

Y de repente llegó Arfan... vino para anularme, vino a desangrarme definitivamente y hacerme mierda, pero a la vez me liberó.

Al descubrir lo que no quería y correr en dirección contraria, encontré lo que verdaderamente amaba, que no era otra cosa que a él.

Ahora soy yo la que le empuja al colchón haciendo que, como en el motel mugriento, los muelles suenen como mil grillos frotando sus alas a la vez. Es metafórico porque nuestro colchón es de viscolástica, pero el acto en sí me hizo recular.

<< ¿En qué me había convertido? ¿De verdad estaba tan desesperada para reclamar sexo de aquella manera?>>

No, así no.

Me estaba moviendo en un terrero peligroso. Yo no quería que me follen en la oscuridad para cumplir lo que se supone que debe hacer un esposo de vez en cuando.

¡Me estoy volviendo loca!

Ya he consumido la mitad de mi vida, y no me da la gana de conformarme en la otra mitad con las migajas que quedaron de la primera. Además, estaba aquella carta. No me la podía quitar de la cabeza

Miré a Arfan, se me escapó una lágrima y me fui.

Sentía que nosotros ya no éramos los mismos. No hace mucho él aprovechaba cualquier oportunidad para empotrarme en cualquier sitio y yo ahora andaba mendigando atención como si fuera un vagabundo en busca de un litro de vino barato para aplacar la soledad.

¡A la mierda!

Me duché y me fui a la galería de arte que quería hacer una exposición de mis obras.

Por fin, porque nadie es profeta en su tierra. Había expuesto y vendido cuadros en casi todas las partes del mundo, pero mi ciudad natal se resistía.

Eso no me preocupaba tanto como la apatía de mi relación con Arfan.

Hoy dormiré en la cama de Nora.

No quiero ser mala, no quiero poner las cosas difíciles, pero tengo la sensación de que yo soy la única que empuja, que soy la única que intenta seguir dando impulso a esta relación. Mi amante, el hombre más apasionado del mundo estaba acomodado, dando casi por supuesto, que con la inercia era suficiente. Ya no rema conmigo y quizás, es porque rema con otra, como dice la carta

<<Lo lleva claro>>

En realidad, no solo estaba enfadada con él, también conmigo misma. Parecía que la vida, otra vez, se escapaba de mis manos

¿Y AHORA QUE?

El domingo, cuando Nora entró por la puerta, la vi distinta. Algo había pasado ese fin de semana. Enseguida me di cuenta. Se había acostado con alguien. Había tenido su primera vez.

Sé que podré parecer una madre extraña, pero me alegré.

Sé que lo normal sería preocuparse o incluso escandalizarse, pero yo me moría de angustia al ver como Nora, cada vez se metía más en su caparazón. Temía que ya no hubiera retorno, que pasaría su vida de casa al trabajo, como una solterona amargada. Sin darse ningún placer, sin interactuar con el mundo.

Se había parapetado detrás de una fortaleza artificial, construida para no sentir, para no sufrir y yo deseaba con ansia, que aquellos muros cayeran, que dejara entrar a alguien.

Lo único que me preocupaba es que ese alguien no estuviera a la altura y consiguiera el efecto contrario, que esos muros fueran más altos aún y los cerrara para siempre.

Era un momento crucial. El todo o nada. Esas dos cosas tan opuestas eran las dos opciones viables. Podría por fin pasar página, olvidarse de sus traumas adolescentes y empezar a descubrir el mundo o se perdería para siempre en ese hondo vacío, que la alejaba de todo y de todos. .

—Nora ¿tomamos un té? —ella me miró dibujando media sonrisa. Sabía que eso significaba que le iba a hacer un interrogatorio. Aun así, asintió

Se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina, mientras calentaba el agua.

—¿Todo bien? —le pregunté sin mirarla.

—Perfecto —contestó. Posé las tazas en la isla. Serví el té y me senté a su lado. Ella me miró de reojo —¿Lo sabes verdad?

—El que tengo que saber —pegué un sorbo al té, haciéndome la tonta.

—Que por fin, lo he probado —tomó aire y asentí.

—¿Y qué tal?

—Diferente —dudó un momento —Me ha gustado y eso que el tener a una persona tan cerca, tan desnuda, creí que me iba a espantar.

—¿Y ahora qué? —había dado un pequeño paso, pero le quedaba un largo recorrido.

—Eso es lo malo, que ahora lo voy a tener que ver todos los días y trabajar codo con codo con él. No sé cómo afrontarlo.

—¿Ha sido ese tal Dylan?

—Sí —contestó bajando la cabeza.

—¿Y cómo está? —me reí.

—Buenísimo. Un nueve —por fin dibujó una sonrisa en la cara y sus ojos brillaron. Menos mal, el hielo se estaba derritiendo.

—Hija, ahora que has dado el paso, déjate llevar. No te vuelvas a encerrar. Deja que las emociones fluyan.

—Pero me da vergüenza ¿Qué pensará de mí?

—¿Qué va a pensar?, que tuvo sexo con una chica preciosa y ya está. Ambos disfrutasteis y la vida sigue.

—Yo no soy preciosa, no sigáis mintiéndome —dibujó un mohín en la cara —ese chico hizo una obra de caridad —negó con un gesto de cabeza —quisiera que vieras su cara cuando descubrió que era virgen. ¡Para morirse! —puso los ojos en blanco —Ahora se estará descojonando por ahí con algún amigote, mientras se toman unas cañas. <<El espantajo que me llevé a la cama a la desesperada para empezar el fin de semana, resultó ser virgen>>. Imagínatelo.

—No. No me lo puedo imaginar porque tú no eres un espantajo. Eres espectacular y la única que no lo ve eres tú. Seguro que ese chico, aún no se cree la suerte que ha tenido

<<Soy el cabrón más afortunado del mundo>> recordó que había dicho y otra vez, una sonrisa se dibujó en su cara.

—Vaya, vaya. ¿no lo notáis? —nos giramos a mirar a Namir que entraba por la puerta —¡Aquí huele a sexo!

—Eres imbécil hermanito —Nora torció el gesto.

—Sí, sí, pero tienes una cara de haber descubierto lo que es la lujuria que no puedes disimular —Soltó una gran carcajada cuando vio enrojecer a su hermana, adquiriendo un tono de tez semejante al de una amapola.

—¿Y tú que tal con mi secretaria? ¿Podrá ir el lunes a trabajar o la rompiste por dentro?

—Irá dolorida seguro —Nora se dio cuenta que ella también lo estaba. Le dolía pero sin embargo le gustaría repetir. Sólo pensarlo, ya sentía ese hormigueo extraño.

—¿Dónde está papá? —dijo Nora en un intento de cambiar de tema.

—En su despacho, creo —dije con indiferencia, cuando le vi entrando a la cocina.

—¡Papá! —Nora se abalanzó sobre él y la recibió con un abrazo y una sincera sonrisa en los ojos. Arfan, moría por su hijita.

—Qué bien que todos estáis aquí, tengo que comentaros algo —me miraron —mañana vienen Maribi, Robert y Sandra. Quiero organizar una cena de bienvenida. Así que todos debéis estar en casa. Si queréis podéis invitar a la secretaria y el gerente ese.

—De la secretaria paso —dijo Namir rápido, moviendo la mano en el aire como para espantar una mosca imaginaria.

—Ya está. Ya se la ha follado y la ha descartado —dijo Nora revolviendo el pelo de su hermano, que no añadió nada más.

—Mis hijos y sus rarezas —puse los ojos en blanco— Pues al gerente nada más —Nora resopló. No quería aplicarse las palabras que le había dedicado a su hermano. Vamos, que se lo había tirado y no quería saber nada más de él, pero para nada le apetecía volver a tener cerca a Dylan, y menos en su casa.

—No es gerente, es más bien un comercial —resolvió finalmente para salir del paso. Arfan nos miraba sin decir nada.

—Arfan, invítalo. Mañana a las diez ¿vale?

—Sí, señor —contestó serio y se fue.

—¿Qué le pasa a papa? —Nora intuía una tensión impropia en su padre.

—Nada hija, nada —Nora no insistió porque en su mente revoleteaba la imagen de que tenía que ver a Dylan en su casa durante una cena familiar y eso era suficiente para no ahondar en las preocupaciones de los demás. Bastante tenía ella con las suyas

Di por terminada la conversación, dejé la taza en el fregadero y me fui al salón a terminar el

libro que estaba leyendo. No tenía ninguna intención de buscar a Arfan y pedirle disculpas. Me debía una explicación y hasta que no confesara su aventura, no iba a andar detrás de él como un perrito faldero.

Nora se levantó temprano para ir a la oficina. Estaba nerviosa. Dylan, pasaría a primera hora a repasar la lista de invitados para la Gala

Se cambió veinte veces de ropa, hasta que se decidió por una falda lápiz negra, una camisa roja y una chaqueta entallada también negra. Se puso los zapatos rojos de charol, con un tacón más alto del que habitualmente usaba para ir a la oficina.

Estaba impresionante. Estoy segura que aquel chico babearía nada más verla.

Cuando entró en su despacho, su respiración se entrecortaba. Estaba muy acelerada. No sabía cómo afrontar aquella situación con naturalidad.

Decidió ir al office a prepararse un café.

Mecánicamente colocó la capsula, la taza, y esperó a que se hiciera, sin poder apartar de su cabeza a Dylan.

Desde el viernes no había podido pensar en otra cosa.

Cogió el café y pegó un sorbo perdida en sus propios pensamientos. Tanto que no se dio cuenta que Adele, entraba.

—Hola —pegó un grito por el susto que le dio y casi derrama el café de la taza. Posó la taza en la encimera e intentó pausar su respiración agitada —Perdona, no quería asustarte —dijo la secretaria extrañada de aquella reacción tan visceral de su fría jefa, que nunca tenía una muestra emocional. Siempre tan altiva, tan sobria. A Adele, no le gustaba Nora.

La consideraba una niña pija remilgada y estirada. Era exigente y jamás le regalaba un agradecimiento, ni ninguna palabra de aliento y por todo eso, le guardaba rencor. Ese rencor, se había ido convirtiendo en odio. Si, la odiaba por ser tan perfecta, tan rígida, siempre mirándola por encima del hombro.

Necesitaba el trabajo, pero se había jurado que algún día se vengaría. Creyó que su venganza estaba más cerca, cuando vio el interés de su hermano por ella. Namir le gustaba mucho, la ponía muy cachonda y para que nos vamos a engañar, era el medio para matar dos pájaros de un tiro. Conseguir un hombre rico y guapo, que la hiciera disfrutar en la cama a la vez que le financiaba sus caros caprichos y así mismo, a través de él, podría encontrar la manera de hacer sufrir a la imbécil de Nora, pero se equivocó. Aquella monada de chico, era peor que su odiosa hermana. Parecía dulce y agradable, mucho más que Nora y pensó que sería fácil de manipular. El sexo era una buena manera de engancharle, pero resultó que el carismático príncipe Al Saud, heredero de una fortuna incalculable, se transformaba en la intimidad. Era un depravado. No es que ella fuera una monjita de la caridad, pero se dio cuenta que al contrario de lo que pensaba, fue él el que dominó la situación. La usó y la tiró como un trapo.

Aquellos hermanos no tenían ningún respeto por el resto de seres humanos. Eran unos monstruos. Ahora no solo quería vengarse de uno, sino de los dos. Los quería ver morder el polvo, mientras ella les aplastaba el cráneo con su tacón de aguja.

—No te preocupes, hoy estoy especialmente susceptible —Adele, le sonrió y se puso a preparar un descafeinado, mientras miraba la taza que Nora había dejado posada con el café humeante recién echo y le apeteció escupirle dentro.

Sin percatarse de las intenciones de la que ella consideraba su eficiente secretaria, recogió la taza y con un gesto de la mano a modo de despedida, se fue a su despacho

<<Zorra>>, pensó Adele mientras observaba como se alejaba

Cuando Nora entró en el despacho, vio encima de su mesa un lápiz de memoria que antes no

estaba. Miró hacia los lados, como buscando a alguien que lo hubiera dejado allí y finalmente lo cogió, encendió el ordenador, lo metió en el puerto y abrió la carpeta.

Era un audio que ponía “Solo si es contigo” de Bombai y Bebe. Dudó un momento y finalmente clicó encima. La música empezó a inundar el espacio. Era una melodía alegre, optimista.

*“Tú me haces diferente simplemente con el solo hecho de existir
Cambiaría lo que fuera si hace falta solamente por verte feliz
Tanto tiempo esperando una promesa, una caricia, una señal
Formas parte de este sueño y yo contigo llegaría hasta el final”*

<<Quien coño, le dejaba esas cosas>>

Ahora ya no le escribía poemas, ahora, le dedicaba canciones. Volvió a centrarse en la letra

*“Solo si es contigo
Me perdería en una isla contigo
Caminaría de tu mano y ahora que te tengo al lado
Me siento mucho mejor”*

—Bonita canción para empezar el día —Nora cerró inmediatamente el archivo que dejó de sonar al instante. Era Dylan, con su encantador acento inglés. Le miró de arriba abajo. Estaba imponente con un traje negro de tres piezas, pantalón, chaleco y chaqueta, acompañado de una camisa blanca y una corbata azul que resaltaba especialmente sus ojos.

—Si, lo es —dijo nerviosa, pero con apariencia seria —¿Empezamos con los invitados? — consiguió que apareciera la Nora de siempre. Ya la estaba echando de menos. Últimamente le están pasando demasiadas cosas que la sacan de su zona de confort, que no era otra que la distancia impuesta sobre todo lo que la rodea.

—Contigo —dijo Dylan. Ella le miró y se ruborizó al ver cómo le guiñaba el ojo. Otra demostración emocional más. Todas esas exposiciones de fragilidad la fastidiaban. Carraspeó y le miró con frialdad.

—Estos son los asistentes del año pasado —dijo obviando el comentario de Dylan y dirigiéndose a la mesa que tenía en el despacho para mantener pequeñas reuniones.

Ambos se sentaron y durante dos horas no hablaron de otra cosa que los posibles invitados a la gala. Trabajaron bien, los dos muy profesionales y cuando terminaron, se dedicaron una sonrisa de aprobación, mirándose a los ojos. Como si hubieran activado un interruptor que apagara su profesionalidad y encendiera otras cosas que aún no se pueden definir pero que existen, ya no pudieron dejar de mirarse fijamente.

—Tenemos que hablar —dijo por fin Dylan.

—No, no tenemos nada de qué hablar —interpeló ella revolviéndose en la silla. Dylan se levantó y cerró el pestillo de la puerta.

—¿Qué haces? —dijo incómoda.

—Tenemos que hablar y no quiero que te escabullas —comentó mientras se volvía a acercar.

Se puso de pie incómoda y antes de que pudiera hacer ningún reproche, la agarró por la cintura y la besó.

Nora entreabrió la boca y dejó que su lengua jugara en su interior.

Eso no era lo que él tenía planeado. Sabía que le iba a costar, pero quería ser fuerte, decirle que no le gustaba como le había manipulado, como lo había utilizado. Quería explicarle que sentía algo por ella, y que quería hacer las cosas bien, pero no pudo decir nada de eso. Al verla de pie delante de él, con aquella cara entre sorprendida e indignada, solo pudo dejarse llevar por su excitación al tenerla tan cerca.

Actuó por instinto sin pensar en las consecuencias. Nora podría haber reaccionado mal y se hubieran complicado las cosas, pero había comprobado que ella había aceptado su beso. Ahora estaba perdido, porque no quería hacer otra cosa que volver a poseerla. Allí mismo, sin esperar.

Apenas había dormido el fin de semana recordándola, recorriendo mentalmente cada pedazo de su piel, escuchando cada grito ahogado, cada gemido contenido y sobre todo su orgasmo. A pesar de ser su primera vez, ella había disfrutado y él mucho más. Aquella irresistible mujer lo volvía loco y había sentido una química excepcional, casi magnética cuando la penetró.

La apretó contra él y bajó una de sus manos hasta su trasero.

<<Joder, Joder>> pensó ella, cuando notó el bulto duro en su pantalón.

—Quiero volver a hacerlo —le susurró Dylan al oído en un alarde de valentía.

—Aquí no —Él se sintió feliz. No había sido un no. Solo un aquí no.

—Vamos a mi hotel.

—Vamos —dijo ella y Dylan, quiso ponerse a saltar por encima del sofá, como un niño pequeño

La agarró de la mano, descorrió el pestillo, abrió la puerta y salió casi llevándola por los aires. No iba a dejar que se lo pensara y se arrepintiera.

Adele, los vio salir y se dio cuenta, aunque ya lo había intuido cuando estuvieron en la cena, que allí había algo más que una relación de trabajo. Aunque pensaba que se atraían ahora estaba segura que había algo más. La mosquita muerta no había perdido el tiempo. Eso le dio una idea, quizás había errado al escoger hombre para hacerle daño a su jefa. Al que se tenía que tirar no era al hermano sino a aquel joven inglés tan bien parecido y vaya, sería un placer.

Sonrió con malicia. ¡Sería pan comido!

Dylan llamó un taxi, se subieron sin decir palabra y le dio la dirección del hotel a la mujer que conducía y que parecía estar a punto de darle un ictus.

Tras eso, los labios de Dylan se posaron sobre los de Nora, y ya no hubo vuelta atrás. Se enredaron el uno en el otro, olvidando donde estaban.

La taxista que aún seguía con la boca abierta al ver a Dylan como si hubiera visto a Papa Noel entrar en una chimenea, miraba por el retrovisor, sin decir nada, soñando ser ella a la que besaba aquel hombre tan exultantemente guapo.

Después reparó en la chica y se confesó a sí misma, que ese tipo de hombres estaban destinados para mujeres como aquella. Tan alta, tan bien vestida, con un tipo y con una cara que parecía echa con un molde.

<< ¡Qué asco da!, ¡Seguro que tiene las tetas operadas y a saber que más!>> Se consoló así misma, a la vez que pensaba que mañana sin falta se apuntaba a un gimnasio y se ponía a dieta. Tantas horas sentada en aquel coche le estaban pasando factura.

Aquel hombre que parecía que había saltado directamente de un anuncio a su taxi, le pagó la carrera sin siquiera percatarse de su mirada encendida y su arrebolada excitación.

Sí, ella era una mortal y él, pues él era un Aquiles. Así es la vida

Petirrojo

Los cuatro esperábamos en casa a nuestros invitados. Nora tenía cara de recién follada. Conozco esa cara de tonta que se te queda. Parece que mi hija le ha cogido el gusto a esto del sexo. Sin embargo, Namir, tenía cara de lo contrario. Me estaba empezando a preocupar. Mi hijo no acababa de centrarse.

Llamaron a la puerta, y Arfan abrió. La cara de Nora cambió al instante al ver de quien se trataba.

La sorpresa, la sonrisa y el sonrojo pasaron por su rostro en décimas de segundo.

Era el tal Dylan.

No me extraña que, en aquel momento, se le estuvieran cayendo las bragas al suelo, porque el chico estaba de miedo. Guapo, alto y con un cuerpo espectacular. Nora tiene buen gusto, es indudable.

Arfan me lo presentó casi sin mirarme. Estaba enfadado y teníamos una conversación pendiente, que ninguno de los dos estaba dispuesto a iniciar.

Después se lo llevó al mueble bar para servirle una copa. La excusa perfecta para no ocupar durante más tiempo el mismo espacio que yo.

En seguida volvió a sonar el timbre y fui yo la que me dirigí a abrir.

Casi sin darme tiempo a apartar la puerta del todo, Maribí se me echó encima gritando y saltando de felicidad. Primero me abrazó a mí y luego a todos los demás. Hasta a Dylan, que se había acercado con Arfan al oír el alboroto, y al que no conocía de nada. Pero eso no era algo que detuviera a mi querida amiga, que le dio tal abrazo que casi le tira el Whisky encima. Tras ella entró Robert, que sonreía al ver el escándalo que estaba formando su esposa.

Nuestro querido amigo, grande y bonachón, seguía exhibiendo aquella tranquilidad y paciencia infinita que tanto le caracterizaba. Nos dio unos besos e hizo un gesto para que pasara la otra persona que les acompañaba que se había quedado en el quicio de la puerta observando el reencuentro.

—¡Sandra! ¡Cómo has crecido! —la joven me sonrió delicadamente. Me preguntaba como de una mujer tan explosiva como Maribí, había salido una chica tan tranquila. Quizás su madre se quedó con toda la energía.

—¿Petirrojo? —dijo Namir, con cara de asombro y la boca abierta.

Cuando eran pequeños, siempre la llamaba así por su color de pelo. Habían tenido una estrecha relación de amistad, hasta que enviaron a Sandra a completar sus estudios en Estados Unidos. Tras graduarse en la High School, continuó en la Universidad de Columbia, en Nueva York y nunca más regresó. Perdieron el contacto totalmente y no se habían vuelto a ver hasta este momento, por lo que entendí la sorpresa.

—La misma —dijo ella dedicándole una sonrisa de medio lado y arrugando su pecosa nariz de

forma graciosa.

—¿Pero? ... —ahí sí que me quedé yo sorprendida. Namir se había quedado sin palabras.

—Claro, es que no la ves desde cuando...sí, desde que con trece años se fue a estudiar a Estados Unidos. —aclaré.

—Pues sí que ha pasado tiempo —Namir la miró de arriba abajo. Saltaron todas mis alarmas ¡Danger, Danger! Empecé a ver luces intermitentes rojas y sirenas de aviso. El gato, había puesto los ojos sobre el pajarito para zampárselo. Eso sí que no. Mi hijo representaba un peligro para ella. El lindo gatito no se iba a arrimar a Piolin.

Debía evitar por todos los medios que Namir se pusiera en modo de caza.

Cuando todos nos dirigimos al salón y nos sentamos a tomar una copa mientras Anabel ultimaba la cena, observé de nuevo a mi hijo, albergando la esperanza de que todo habían sido imaginaciones mías y que no prestaba ningún interés a Sandra, pero no, seguía comiéndosela con los ojos, cual depredador hambriento

Maribi no paraba de hablar, sin percatarse de las miradas que se cruzaban a su alrededor. Nora y Dylan no se quitaban ojo, yo notaba la mirada circunspecta de Arfan sobre mí y Namir estaba a punto de abalanzarse sobre el pequeño petirrojo.

Me daba pena de Sandra y la situación de acoso y derribo que iba a sufrir, porque mi hijo siempre se cobraba su pieza

Anabel nos avisó para que pasáramos al comedor y yo aproveché para cogerle de la mano y hacer que nos rezagásemos un poco del resto.

—Ni se te ocurra —le dije enfadada.

—¿De qué hablas? —intentó continuar despreocupado, pero tiré de su mano hacia atrás para que se detuviera.

—Sandra no es cualquier chica que te puedas tirar y olvidarte de ella. Es de la familia. ¿me entiendes?

—Por favor, mama. Soy adulto. No vas a venir ahora a decirme con quien puedo y con quien no puedo —se rio.

—No, solo te voy a decir, que con ella ¡No! Coto vedado. A cazar a otro lado —me miró incrédulo —Ahora vamos a cenar, vas a tener tu polla tranquilita en los pantalones y te vas a comportar, machote —Le di una palmada en la espalda y me dirigí al comedor

Pegar los pedazos rotos

La visita de Maribí, me había devuelto a aquella época en la que éramos jóvenes y despreocupadas. No paraba con sus chascarrillos y ocurrencias.

Miré de reojo a Robert y vi como la observaba. En sus ojos seguía habiendo ese brillo de admiración hacia su esposa, que yo ya no veía en los de Arfan.

El ambiente se distendió muchísimo, tanto que, por un momento, como si estuviéramos en otra época, se me olvidó que estaba enfadada con Arfan cuando Maribi, empezó a contar aquella anécdota .

—¿Os acordáis de aquel verano que vinisteis a Escocia a pasar unos días? —me miró —Tú ya estabas embarazada de Nora —asentí —Arfan para demostrarte lo mucho que te quería y lo feliz que era a tu lado, una madrugada, llenó el jardín de velas y te recitó mientras estabas en el balcón un fragmento de Romeo y Julieta —todos se rieron.

—¿Papá?, ¿de verdad? —el agachó la cabeza y asintió avergonzado —¡Que romántico! —dijo Nora

Maribí se puso de pie, con un brazo en alto y la otra mano en el corazón. Impostando la voz de forma teatral, empezó a recitar

*<< ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Sofía, el sol!
¡Surge, esplendente sol, y mata a la envidiosa luna, lánguida y pálida de sentimiento porque tú,
su doncella, la has aventajado en hermosura!....>>*

Todos explotaron en una gran carcajada y yo, no paré de mirarle de reojo. Decididamente, teníamos que hablar e intentar reconducir la situación, recoger y pegar los pedazos rotos si aún era posible.

Cuando nuestros invitados se fueron y caminábamos por el pasillo, vi en su cara llena de ira que aquella conversación tendría lugar nada más que estuviéramos solos en nuestra habitación, aquel lugar que guardaba tantos momentos de pasión desenfrenada.

—¡Dime qué coño te pasa de una puta vez!; Me estoy volviendo loco —dijo nada más cerrar la puerta. Su mirada era oscura y me recordó al Arfan que conocí cuando era asistente personal en el club ecuestre. Aquel Arfan dominante, que hace tanto tiempo quedó atrás.

—¿Qué que me pasa? —me desplomé sobre la cama —Que tú me prometiste un cuento de hadas, me prometiste las mil y una noches eternas. Joder, compartir la vida ¿Y sabes lo que tengo? —él no contestó, pero sus ojos seguían gélidos, con esa mirada que utiliza para los negocios y que me mostraba cuando quería imponer su forma de hacer las cosas. Cuando Arfan miraba así, nadie se atrevía a contradecirlo —Las migajas que el príncipe me quiere dar. El tiempo que le sobra. Un polvo rápido de bienvenida o despedida, eso es lo que tengo. ¿Te has cansado de mí? —Suspiró aliviado.

—Me habías asustado Sofía, creí que era algo grave...pensé que querías dejarme —hundió la cara en sus manos, para evitar mostrar su emoción.

—¿Dejarte?, el que me está dejando eres tú, despacito, agónicamente y eso es grave, muy grave —Vino hacia mí, quedándose a un solo paso de que nuestros cuerpos se tocaran.

—Quizás he estado muy ocupado, pero te juro patito, que no puedo vivir sin ti. Eres el motivo por el que me levanto cada mañana —su voz sonaba más tranquila, incluso sensual, con ese tono ronco y provocador.

—Pues no lo demuestras Arfan. Me siento como un perro moviendo el rabo y siguiendo a su amo para llamar su atención, para que lo bendiga con una caricia.

—Está bien, puede que me haya acomodado —dio el paso que nos separaba y me abrazó, mirándome fijamente —Tú y nuestros hijos sois lo más importante de mi vida, siento mucho que hayas llegado a pensar otra cosa —me puse a llorar porque aun tan cerca lo echo en falta. Le siento lejos de mi.

—No es eso Arfan —le miré a los ojos —¿Estás con otra? —Sentí como sus músculos y su mandíbula se tensaban.

—¿Cómo puedes pensar eso? —me abrazó con más fuerza —No soy nada sin ti —intentó besarme pero aparté la cara. Todavía no habíamos terminado de hablar y no iba a permitir zanjar el tema con sexo.

—He recibido una carta... —ya está, ya lo había soltado.

—¿Una carta? —arqueó las cejas y me miró sorprendido.

—Sí. Es un sobre que se envía por correo con una misiva en su interior —dije irónicamente.

—Sé lo que es una carta, pero no sé qué tiene que ver con lo que estamos hablando —me solté de él, me dirigí al cajón de la mesita donde la tenía guardada y sin mirarle a los ojos, se la tendí.

Señora Sofía Al Saud,

Le escribo porque me veo en la desagradable obligación de informarla que su marido no es lo que parece. Mientras usted le espera impaciente en Madrid. Él lleva una doble vida en Londres.

Hace tiempo que su amante vive con él. Lo comparten todo, aunque se cuidan de no dejarse ver juntos en público.

Es una chica más joven que usted, de la edad de su hija, más o menos

Se preguntará porque le cuento esto y es lógico. Me lo he pensado mucho, antes de escribir esta carta, pero me creía en el compromiso de informarla, cuando me he enterado que están pensando en casarse y convertirla en su segunda esposa, que entenderá se presentará como la oficial, dejándola a usted enterrada en el ostracismo de su vida en Madrid.

Estoy en contra de que un hombre puede jugar con las mujeres de esta manera y mucho más que puede casarse con otra cuando ya tiene una esposa y es por eso que he decidido informarla y sacarlo a la luz.

Ahora que ya lo sabe, proceda como a usted le parezca mejor.

Atentamente,

El vengador

Se hizo el silencio y Arfan se sentó en la cama, releyendo una y otra vez la carta.

—Es mentira —Dijo casi en un susurro.

—Claro, ¿qué vas a decir tú? —me puse en cuclillas delante de él —Arfan, dime la verdad ¿Estás con otra mujer?

—¡No, joder! —se puso en pie enérgicamente, haciendo que me callera al suelo de culo — ¿Cuándo recibiste esta mierda?

—Hace dos meses —dije, mientras me levantaba del suelo y me ponía a su altura —Lo preguntaré de otra manera ¿Hay alguna mujer viviendo en tu casa? — Negó con la cabeza sin contestar —Nadie sería tan retorcido para inventarse algo así —estaba agotada. Notaba un peso inusual en todo el cuerpo y tenía una mezcla entre rabia y tristeza que me abotargaba.

—Hace dos meses... —empezó a decir —hubo una chica viviendo en casa, pero no es lo que crees.

—Bueno eso ya es un avance —le agarré la cara con las dos manos para que me mirara a los ojos —cuéntame la verdad.

—Prometí no hacerlo. No contárselo a nadie —negó con la cabeza —especialmente a ti.

—¿La quieres? —le dije soltándole y volviendo a la cama para sentarme y recibir el mazazo.

—Sofía, no es lo que parece —puse los ojos en blanco —es una chica que necesitó mi ayuda. Recurrió a mí cuando estaba desesperada y tenía que apoyarla.

—Arfan, si no eres más claro, tendré que pensar que te lo estás inventando para salir de esta.

—Una chica que conocemos...preferiría no decirte quien...estaba destrozada, muy hecha polvo...prefiero no decirte porqué...le di cobijo y le busqué ayuda psicológica hasta que se vio con fuerzas para regresar a su casa.

—Arfan, es muy ambiguo todo lo que dices.

—Lo sé, pero me gustaría mantener en secreto su identidad y lo que le pasó. Ella me lo pidió.

—¿Te acostaste con ella?

—¡No!, podría ser mi hija. Confía en mi Sofía, por favor —tragó saliva —Entiendo que

recibir una carta así te haya generado dudas, pero nosotros estamos por encima de esto —Se acercó a mí, se agachó y me miró a los ojos —créeme Sofia, solo tendí la mano a una persona que la necesitaba. Sólo te quiero a ti, no puedes ni dudarlo.

—Imaginemos, que dices la verdad ¿Quién querría hacernos daño escribiendo esto?

—No lo sé, pero lo averiguaré —me abrazó —Sofia, no existe nadie en mi vida, aparte de ti y sé que tú hubieras hecho lo mismo que yo, si hubiera acudido a ti.

—Te creo Arfan, te creo —nos fundimos en un abrazo y toda la tensión desapareció. Necesitaba creerle, porque le quiero tanto y le deseo tanto, que me duele.

La bella y la bestia

Namir recordaba perfectamente a Sandra. Cuando eran pequeños pasaban parte del verano, juntos. Siempre llevaba su pelo pelirrojo en dos coletas. Era pecosa y algo marimacho. Tenían prácticamente la misma edad y jugaban al fútbol casi todo el rato. La trataba como a un chico y cuando se enfadaba con ella, le tiraba de las trenzas y la llamaba petirrojo. Ella se enfurecía y acababan revolcándose por el suelo en una pelea de machotes. Más de un puñetazo se llevó de ella y aparecía por casa llorando, avergonzado de que una chica le ganara en una pelea. Ella venía detrás mofándose y llamándolo llorica.

Sandra para Namir siempre había sido como un chico más. Nunca la vio como una mujer. Lo era, pero él no la veía así. A ella no le gustaba, como a su hermana, jugar a las muñecas y a las casitas, sino trepar por los árboles, cazar ranas y jugar al fútbol. Era tranquila e introvertida y como a un tío no le gustaba hablar de ñoñerías ni de sentimientos. Nada de dramas.

Durante la infancia, eran inseparables, los mejores amigos. Con las cosas buenas y las malas. Cómplices y enemigos. Así eran. Maribí y yo solíamos bromear cuando venían llenos de barro y mojados tras retozar en una charca o cuando venían llenos de rasguños por la competición que habían tenido para ver quien trepaba más alto a un árbol, pero sobre todo cuando se enfurrñaban el uno con el otro, con sus consabidos tirones de coletas, peleas e insultos. Siempre acabábamos diciendo lo mismo. Son como un matrimonio en miniatura.

Sandra, pecosa, desgarbada y pelirroja, no era a ojos de Namir su prototipo de belleza. Ya por aquella época, él tenía a todas las niñas de los alrededores encandiladas, y antes de que el petirrojo volara a la Costa Este de Estados Unidos, Namir ya había besado a muchas jóvenes y algunas que no lo eran tanto. Iban y venían, mejor dicho nunca volvían. Sin embargo su petirrojo era una constante. Era su amiga, su única amiga. El Huckleberry Finn de Tom Sawyer. Un cómplice de alocadas aventuras. Diferente, libre de convencionalismos y rompedora de estándares. La representación de la naturaleza salvaje, embotellada en patrones que no le pertenecían.

Aquel patito feo se había convertido en todo un cisne. Era delgada, alta, delicada y bellísima. Sus coletas se habían convertido en una larga y sedosa melena cobriza que quitaba el aliento. Pero ¿Cómo se había producido aquella transformación? ¿Dónde estaba el chicarrón que él conocía?

Durante toda la cena no pudo dejar de observarla, aunque yo le había dado aquel toque de advertencia. Ella sin embargo, no le prestó la más mínima atención. Su mente calenturienta se la imaginaba desnuda encima de la mesa del comedor, dispuesta para él. Cuanto más crecía la indiferencia de ella, más se excitaba él. Su voz, sus risas de asentimiento, sus hermosos ojos azules, se le antojaban adorables mientras la miraba embelesado.

Maribí, le pidió que la sacara de paseo, que apenas conocía Madrid y no quería que se pasara el día encerrada en casa. Namir asintió encantado mientras yo le fulminaba con la mirada. Tenía un mal presentimiento y no sin fundamento. Conocía perfectamente cómo se relacionaba Namir con las mujeres. Ninguna se le resistía. Si ponía sus ojitos sobre alguna, caía sin remedio bajo sus encantos. Las usaba y las tiraba como pañuelos desechables y lo peor sin remordimiento alguno.

Él solo quería sexo de ellas y era incapaz de enamorarse. Ni siquiera Rocío, la única novia

que le conocimos y que acabó suicidándose, había conseguido despertar su frío corazón. Lo único que le dejó fue amargura tras su muerte. Se sentía culpable y desde entonces nunca había vuelto a estar con una chica dos veces seguidas. Prefería dejárselo claro, que ninguna se confundiera y se llegara a enamorar de él. Así era más fácil y no tendría que volver a cargar con más culpa.

Yo no conozco a ninguna de esas mujeres con las que se acuesta, así que me da un poco igual, es su vida. Pero esta vez es distinto. Sandra es como una sobrina para mí. Es la hija de mi mejor amiga, casi mi hermana.

Cuando se despidió de mí para ir en dirección a la casa que Robert había alquilado, para hacerle un tour turístico por Madrid, noté que lo que le apetecía era hacer el tour por su cuerpo, y conociéndolo, antes de dejarle marchar le había hecho prometer que se comportaría como un caballero

Llamó al timbre y por alguna extraña razón, las manos le sudaban ¿Estaba nervioso? No, se convencía a sí mismo. Jamás se había puesto nervioso por una chica. Él era la seguridad hecha persona en lo relativo a ese tema, pero esta vez había un componente distinto, quizás por mi insistencia en hacerle ver que Sandra no era una chica más y que en ningún caso podía tirar la caña para ver si pescaba.

Namir era incapaz de sentir nada por las chicas con las que salía, su corazón estaba congelado, como el de Nora, pero a la inversa. Nora lo congelaba para no sentir de tantas emociones que encerraba. Ella era pasión y sentimiento contenido, enterrado para no sufrir y Namir, era vacío transformado en desfachatez. No tenía ningún problema en ser espontáneo, desenvuelto y un Don Juan, porque le importaba todo el mundo una mierda. Su corazón estaba hueco. No había que temer porque jamás se puede sufrir por lo que no se siente.

¿Como podíamos haber tenido dos hijos tan distintos! Una tan llena de amor, que sufría por todo, que todo la dañaba y la hacía escapar de las relaciones humanas y otro tan vacío, que no albergaba sentimientos, ni empatía y que se rodeaba de gente para sentirse igualmente solo.

—Hola llorica —le dijo ella al abrir la puerta. Namir le dedicó una sonrisa de medio lado, de esas que nunca le fallaban con las chicas y un arqueado de ceja irresistible.

—Hola petirrojo ¿Preparada? —la miró de arriba abajo. Vestía con una camiseta de Dior blanca, una falda de licra negra por el muslo, que le quedaba bastante ceñida, pero que aparentaba ser cómoda y... ¡deportivas!

Hasta a él que pasaba bastante de la moda, le pareció una aberración, pero por otra parte le hizo gracia. Sin lugar a dudas, era el mejor calzado para recorrer distancias por Madrid. Generalmente cuando iba a buscar a una chica con la que había quedado, se las encontraba arregladas al máximo, con sus mejores galas, peinado y maquillaje. Sin embargo, Sandra iba con la cara lavada, el pelo recogido en una simple cola y ¡con deportivas! Volvió la vista al suelo, para comprobar que había visto bien.

—Totalmente —miró sus pies al ver que Namir los observaba —Los zapatos de tacón los dejo para los cocteles. Hoy tengo que estar cómoda para que no me revientes caminando y por culpa del calzado no pueda seguirte el ritmo —Cogió su bolso del recibidor, se lo colgó cruzado y salió.

—No tenía pensado reventarte a caminar —Preferiría hacerlo en la cama, pensó —Tenemos muchos días para conocer todo lo digno de conocer. Hoy te llevaré al centro. Plaza mayor y alrededores. Comeremos por allí, si te parece.

—Estupendo —le sonrió de una manera tan dulce que notó una punzada en la entrepierna. No entendía por qué le provocaba esas reacciones con solo sonreír. Para sofocar un poco la tensión decidió pensar que era la niña gamberra y marimacho que recordaba y realmente en algo seguía siendo la misma niña de su infancia. No perdía el tiempo en largas conversaciones que no llevaban a nada. Iba al grano. Eso le gustaba. Odiaba tener que aguantar a chicas que no paraban de hablar y que sufrían de una verborrea incombustible.

Montaron en el Ferrari.

—¡Guauuu! —exclamó Sandra al sentarse. Namir se sintió complacido. Sabía el efecto que

tenía ese imponente coche en las chicas.

—Es una pasada ¿A que sí? —preguntó con una sonrisa de autocomplacencia dibujada en la cara.

—Bueno, dicen que solo tienes que mirar el coche para saber cómo es el hombre —le miró de reojo —y desde luego este dice mucho de ti —inmediatamente a Namir se le borró la sonrisa.

—Y se puede saber ¿qué dice de mí?

—No estoy muy segura que te guste oírlo, puedo herir tu sensibilidad y nada más lejos de mis intenciones —Sandra se arrepentía un poco de haberse metido en ese jardín y tener ahora que decirle lo que pensaba.

—No te preocupes por mi sensibilidad, solo podrías herirla si la tuviera.

—Vale, tú mismo —suspiró —eres un ególatra, vanidoso y te gusta que la gente te venere — Namir soltó una carcajada.

—¿Todo eso lo dices porque tengo un Ferrari?

—Sí. Nadie conduciría un coche así, si no quisiera sentirse el centro de las miradas y que además le gustara ser el foco de atención, demostrar que destaca sobre el resto. Te gustas, no perdón, te adoras a ti mismo y sabes que transmites esa veneración en los demás —Sandra sonrió al ver que la cara de Namir se tensaba —Eres un rompecorazones ¿verdad? Vas dejando cadáveres femeninos a tu paso, con solo mirarlas se derriten ¿no es así? —Sintió una punzada en el corazón al oírla decir que iba dejando cadáveres femeninos a su paso y recordar a Rocío, pero él nunca se había amilanado ante un embate y petirrojo lo estaba atacando con mordacidad.

—En realidad, el coche es de mi padre que se ha empeñado en que lo trajera al saber que había quedado contigo —la cara de Sandra era de asombro. <<Donde las dan las toman, Sandrita>> —así que creo que, si a un hombre se le define por el coche, Arfan sale muy mal parado, porque es un amante de los automóviles y tiene una colección a cuál más potente y caro.

—Ohh, mierda —apretó los dientes y cerró los ojos —jamás diría tales cosas de tu padre. Es un buen hombre —Namir la miró de reojo, apartando por un segundo los ojos de la carretera.

—Eso quiere decir que piensas que yo ¿no?

—Está bien. Me ha salido el tiro por la culata y no quiero echar más leña —¿firmamos la paz? —le extendió la mano poniendo voz melosa.

—Umh, no me dejas degustar el triunfo ni un instante —apartó la mano de la palanca de cambios y le chocó las cinco sin mirarla.

—Llorica sigues tan competitivo como siempre ¿no? —Sandra se sentía relajada, hacía mucho que no se veían, pero parecía que se entendían como siempre.

—Recuerda que empezaste tú —Namir no podía creerse que estuviera en una conversación tan distendida, como si al lado no llevara a un pibón, sino a un colega.

—Touché —los dos se echaron a reír con la complicidad de dos viejos amigos

Namir condujo sin volver a hablar y sin mirarla, pero con un gesto de felicidad dibujado en la cara. Ella tampoco dijo nada más. Al llegar al centro dejaron el coche en un parking y fueron caminando con tranquilidad, sin prisas.

—¿Me llevarás al Santiago Bernabeu? —Namir no pudo evitar soltar una carcajada.

—Si tú quieres —encogió los hombros —ninguna chica me había pedido eso jamás.

—Yo no soy cualquier chica, Namir. Te he pateado el culo muchas veces jugando al fútbol ¿O ya no te acuerdas?

—¿Te sigue gustando? —la miró de reojo. Había ligado con cientos de mujeres, pero jamás se le habría ocurrido hablar con ellas de fútbol en la primera cita. Quería pensar que Sandra era una

mujer por la que no se sentía atraído, que era ese otro tipo de chica que se convierte en una amiga sin ninguna pretensión sexual, pero lo cierto era que se sentía tremendamente atraído por ella. Nunca le había pasado, conjugar ambas cosas en una sola persona.

—Jugué en Estado Unidos, hasta que acabé la universidad. Ya sabes que allí lo llamamos soccer.

—Si... ¿lo llamamos? Es que acaso ¿te consideras Yanqui?

—Vivo allí desde los trece años, he estudiado mi carrera allí, desarrollado mi trabajo allí y he... —el arqueó una ceja.

—¿Novio allí? —dijo Namir rápidamente.

—No, ya no —agachó la cabeza. Por alguna desconocida razón Namir se alegró de la respuesta. Decidió buscar una terraza para sentarse a tomar algo y hablar más tranquilos.

—Visita corta ¿no? ¿ya te has cansado llorica? —dijo ella cuando le indicó que se sentara.

—Siempre fui el más enclenque de los dos —dijo divertido

Pidieron dos Coca Colas y mantuvieron un momento el silencio mientras ella revisaba su móvil.

—¿Por eso has vuelto? —dijo Namir, que se sentía extraño. Él no se divertía charlando con las chicas que conocía, no le interesaba nada conversar con ellas, ni conocer detalles de sus vidas. Había dos tipos de chicas, las follables o las descartables. A las primeras les daba la conversación justa para acabar con ellas en la cama y las segundas, directamente ni les prestaba atención, para qué, no iban a terminar en su cama. Sandra pertenecía claramente al primer grupo, las follables y, sin embargo, se lo estaba pasando genial, era como hablar con un amigo al que te quieres llevar a la cama. No se le iba de la cabeza.

—¿Cómo? —contestó distraída.

—Que si has vuelto porque te dejó tu novio —se explicó Namir.

—Si y no.

—¿Qué explicación es esa? —no podía evitar mirarle la boca, así que pegó un trago a la Coca Cola para intentar distraerse y disimular, mientras resolvía aquel galimatías de amiga follable. Nunca se había encontrado en esa situación y no sabía si echar a correr o tirársele encima.

—No, porque no me dejó él. Fui yo —hizo una pausa —era un gilipollas. No merecía la pena —sentenció con un halo de tristeza en los ojos —y sí, porque quiero cambiar de aires. Ya no me ata nada al otro lado del charco. Quizás me establezca por un tiempo aquí en Madrid o en Londres. No lo he decidido todavía.

—¡Pobre chico! —dijo Namir sin pensar.

—¿Por qué dices eso? —disertó enfadada, evidenciando que el comentario no le había caído bien.

—Porque con el carácter que tienes seguro que le dabas unas palizas terribles —en realidad lo decía porque pensaba que tuvo que quedar destrozado al perder a aquella mujer, pero no se lo podía decir.

Ni siquiera podía verbalizar para sí mismo que estuviera pensando eso. Namir no era de los que pensaba en la tristeza tras una ruptura. De hecho nunca entendió a la gente que se deprimía o lloraba por un desencuentro amoroso. Él era más de los de “A rey muerto, rey puesto” y al pensar eso, volvió a recordar a Rocío y lo poco acertada que era esa expresión que estaba pensando. A él no le dolió la ruptura, fue la muerte de ella lo que le sacudió, al saber que se había quitado la vida tras la separación, cuando solamente habían estado dos meses juntos. Era inconcebible para él.

—No tienes ni puta idea —contestó ella secamente —Seguimos con la visita guiada, o me vas

a tener sentadita todo el día en una terraza —dejaba claro que estaba molesta, pero no sabía muy bien porqué.

—Tranquila fiera —dijo él divertido mientras le ponía los ojos en blanco. La petirroja habría crecido, tendría un culo espectacular y unas tetas perfectas, pero seguía siendo el mismo chico que recordaba.

Caminaron en silencio, encaminándose por la calle de Carlos III, callejeando hasta llegar a la Plaza de Oriente.

—¿Quieres visitar la catedral de la Almudena? —Comentó intentando romper el sonido del silencio que se había instaurado entre ellos.

—No mucho, la verdad.

—¿El palacio Real?

—Nada, con verlo por fuera es suficiente.

—¿Quieres ir a comer?

—Sí —contestó escuetamente

Había vuelto la Sandra de pocas palabras. Algo había pasado, pero por primera vez en su vida estaba muy perdido. Por una parte, él se había puesto a reflexionar sobre cosas que creía olvidadas, como su relación con Rocío y por otra, estaba descubriendo un Namir que no sabía que existía. Mientras Sandra, después de su enfado, sin motivo aparente, en la terraza de la plaza mayor, se había quedado excesivamente callada y parecía desganada. No mostraba interés por nada de lo que pudieran visitar.

Decidió que estaba más reflexivo de lo que le gustaba, así que apartó toda esa disertación interna y la condujo al café de Oriente, situado en un edificio del XVII, con vistas al Palacio Real. Era un sitio de esos de alta cocina, donde se gastaría una buena cantidad de euros, pero quería impresionarla. Era una apuesta segura. Ninguna chica quedaba indiferente ante un despliegue así

Cuando llegaron a la puerta, ella se paró en seco.

—No— dijo tajantemente.

—No ¿qué? —Namir estaba empezando a desesperarse.

—No quiero ir a un sitio tan pijo. No me sentiría cómoda —Le miró con ternura —A estos sitios voy con mis padres o con el típico tío que me quiere impresionar en una cita para tener luego el derecho a quitarme las bragas —Le acarició la cara —Nosotros podemos ir a una tasca, donde podamos reírnos sin molestar a los comensales de al lado —Namir chasqueó la lengua contra el paladar. Desde luego, con Petirrojo, no le iba a servir ninguna de las tácticas que tenía tan depuradas para bajarle las bragas a una chica.

Volvieron sobre sus pasos y entraron en una tasca cercana a la plaza mayor. Había una mesa libre, así que pudieron comer sin tener reserva. Se pidieron unos huevos rotos con jamón ibérico y una botella de Ribera del Duero.

Era un sitio acogedor, con barriles de bodega haciendo las veces de mesa y taburetes altos alrededor, azulejos artesanales en las paredes que le dan ese toque de “soy viejo, pero con clase” que tienen algunos bares. Namir entendió al instante, a que se refería Sandra. El ambiente era distendido y animaba a la conversación. Había gente alrededor de los toneles, la mayoría de pie, pues los taburetes habían sido relegados a percheros, sostenían las chaquetas y los bolsos de los comensales, que de una manera informal charlaban, bebían y picaban tapas.

—¿Y tú? ¿Tienes novia? —preguntó Sandra mientras mojaba pan entre el huevo.

—No —contestó rápidamente —no he encontrado la horma de mi zapato.

—Pero no te cansas de probarlos...los zapatos digo —le guiñó el ojo.

—Me duelen los pies, por no decir los cojones de tanto probar —Sandra se echó a reír.

—No seas grosero —se llevó la mano a la boca y abrió mucho los ojos como si le hubiera avergonzado su comentario.

—Mira, ahora la chica nos ha salido remilgada —los dos se echaron a reír como dos adolescentes, como esos amigos cómplices, que habían sido —y supongo que tú te habrás cansado de tener citas en sitios caros con tíos que te quieren quitar las bragas.

—¡Eso quisieras saber tú! —le sacó la lengua de forma graciosa y achinó los ojos.

—Eso en sí mismo ya es una respuesta afirmativa.

—No, eso es un, no comento con los tíos que me quieren quitar las bragas, los tíos que me las quitaron antes —Namir, casi se atraganta y escupe a sífon todo lo que tenía en la boca. Por suerte, con toser se apañó para evitar tal escenita. Sandra se descojonó en su misma cara.

—¿Tú crees que yo quiero hacer eso?

—Desde que me viste entrar por la puerta de tu casa.

—¿Y qué pruebas tienes para sustentar tal acusación?

—Toda tu comunicación no verbal me lo dice —ella pestañeo exageradamente en un gesto cómico.

—Así que eres una listilla.

—No, soy el fruto del aprendizaje en mis propias carnes durante años de los métodos de caza masculinos. Absurdos y totalmente previsibles, por otra parte.

—Pues yo creo que lo que tienes es ganas de que te quite las bragas y me provocas —joder que tensión se estaba generando. Namir tenía que disimular para que no se le notara el bulto que apretaba contra sus vaqueros y entre nosotros, Sandra tenía las bragas tan húmedas que no haría falta que se las quitaran, ya se caían ellas por su propio peso.

—¡Ay llorica! ¡Qué más quisieras! —le sonrió de una manera sugerente.

—Joder Sandra, como sigas así te las voy a quitar aquí mismo.

—Vas a tener que esforzarte un poco más —En un impulso se levantó, se acercó despacio y le besó en la boca. Y vaya, hasta yo que lo estoy contando, lo he notado. Ya sabéis ese que se yo que te nace en las entrañas cuando un beso está cargado de más que saliva. Fue memorable. Todos los que estaban en las mesas contiguas quedaron mirándolos. Aquellas lenguas se retorcían entre ellas, como si no hubiera mañana. A Namir empezó a dolerle de lo dura que se le puso y ella, tenía miedo de tener un orgasmo allí mismo con un simple beso, porque era eléctrico e inolvidable y es que no solo era un beso. Allí había algo más. Se estaban haciendo el amor con las lenguas. Sandra sintió el tono de entrada de un mensaje en su móvil. Terminó con aquel beso apasionado, lo sacó del bolso y al mirar la pantalla, su cara cambió. Observó alrededor como buscando algo y se separó de Namir, como si le hubiera dado una descarga eléctrica, pero de las malas, de las que duelen y te ponen el pelo de punta.

—Es mejor que nos marchemos —dijo ella de repente.

—¿A dónde? —pronunció aquella pregunta casi jadeando y con la mente totalmente nublada por el deseo.

—Yo a mi casa y tú a la tuya.

Por supuesto la llevo a su casa, sin volver a rozarse y sin hacer ningún comentario sobre lo que había ocurrido, pero ambos sabían que algo había pasado, como si al besarse se hubiera despertado un dragón dormido desde hace milenios y claro, después de tanto dormir, tenía un hambre voraz. Si se descuidaban los iba a devorar a ellos mismos.

<<Joder con el petirrojo>> << ¿Que había sido eso?>> se decía, mientras conducía a toda

velocidad hacia casa. Tenía que ir al baño a aliviarse, porque aquella erección le estaba matando. Un beso, solo había sido un jodido beso y sintió como si tuviera un mastodonte metido en el estómago pateándole.

Todo el día había sido una puta locura, la visita guiada se había convertido en una sin razón y aquella conversación que habían mantenido, lo había puesto a cien. No controlaba nada, no sabía nunca con que le iba a salir, siempre sorprendiéndole.

No, definitivamente, nunca había conocido a nadie como ella y solo pensaba en una cosa, quitarle aquellas putas bragas y tirársela de una vez, pero en esta ocasión, a diferencia de lo que solía ocurrir, iba a tener que esforzarse para lograrlo, porque el petirrojo no se lo iba a poner fácil.

Sin expectativas

Él la tenía apretada contra la pared. Le besaba el cuello y ella, se deshacía de ardor. Nunca imaginó que aquello le gustara tanto

—Dylan, esto no puede convertirse en algo habitual —su voz sonaba excitada y es que sus palabras decían una cosa y su cuerpo otra. Éste decía a gritos que le gustaba mucho y que lo deseaba. Por su mente pasó la posibilidad de que ojalá pudieran tomarse aquello en serio, pero tenía miedo. Así que optó por la salida más rápida, la que siempre daba resultado, apartar a la gente para no sufrir.

—¿Por qué? —apenas separó la boca de la piel para pronunciar la pregunta, acariciando la piel de Nora con su aliento y haciéndola estremecer. La deseaba con todas sus fuerzas y la tenía entre sus brazos. No podía dejarla escapar.

—Por las expectativas, no quiero que se cree ninguna entre nosotros —Dylan la miró a los ojos ¿Qué le estaba diciendo?

—Solo follar ¿es eso?

—Si —esquivó la mirada.

—¿En qué posición me deja eso, Nora?

—En ninguna —metió sus dedos entre los cortos mechones de su pelo —solo, que no quiero una relación intensa ni profunda. Si nos acostamos cada vez que nos vemos, al final dolerá.

—Déjate llevar Diosa, por una vez en tu vida déjate llevar —la besó en la nuca —deja de pensar y disfruta del momento. Más adelante ya veremos qué pasa.

—De acuerdo —ya no podía resistirse más, lo deseaba. En aquel momento pensaba que lo necesitaba más que cualquier cosa. Ya se enfrentaría mañana a las consecuencias

Dylan introdujo la mano por debajo de su falda y apartando un poco el tanga empezó a tocarle su zona íntima, hasta que ella soltó un gemido. Poco a poco vio como Nora perdía la vergüenza y su cadera se sacudía para absorber el movimiento de los dedos de Dylan, que se adentraban en su vagina.

Un intenso grito que llenó la habitación, expresó el orgasmo que había alcanzado tan solo con los preliminares.

Dylan la tenía entre sus brazos, sentía como se estremecía de placer, a la vez que su zona erógena quedaba húmeda con los fluidos de aquel súbito orgasmo.

—¿Quieres más? —le susurró al oído.

—Si.

—¿Estás preparada?

—Si, hazlo, por favor, hazlo

Con maestría la levantó y la sentó sobre la cómoda. Le subió la falda enrollándosela en la cintura y le quitó el tanga. Con cuidado paseó su glándula por la abertura rosa de su sexo.

—Dylan, por favor, hazlo —Nora estaba empezando a experimentar nuevamente la sensación que sacudía su cuerpo de necesidad, de arrebatadora palpación que avisaba que necesitaba volver a sentirse llena.

Soltó un gemido cuando notó la punta de aquel erecto pene entrar entre sus labios. Acalorada,

sintió como sus paredes vaginales apretaban el miembro de Dylan, poseyéndolo.

—Déjame entrar más, Nora —estimulada por sus palabras, Nora relajó los músculos y sintió como penetraba más adentro. Dylan dio un fuerte y profundo empujón, unido a un gruñido y sintió otra vez ese dolor placentero. La tenía muy adentro. Era grande y dura.

Empezó a moverse dentro y fuera con sacudidas fieras, mientras ella notaba como el orgasmo estaba a la puerta otra vez

—¿Te estoy follando como quieres Diosa? —Nora no contestó. No podía —Ahora dámelo tú, córrete —Esa orden, con esa voz tan tremendamente ronca y sensual, fue el detonante para que el orgasmo apareciera a la vez que gritaba su nombre —Dylan —junto a un profundo suspiro.

El siguió con sus feroces investidas hasta que Nora notó el líquido seminal derramándose dentro de ella. Apretó una y otra vez, absorbiéndolo, quedándose con él. Dylan no se retiró de su interior, quedó allí dentro disfrutando de los espasmos vaginales y sintiendo poco a poco como sus venas se hinchaban y se volvía a poner dura.

Nora se notaba enrojecida, sensible e inflamada, pero cuando él volvió a moverse con una candencia suave, sin salir de su interior, volvió a percibir el dulce placer que le provocaba un calambre interior.

Cuando los empujones de Dylan volvieron a coger velocidad, ella pensó que se desmayaba. Ya no podía sentir más, era tan alta la intensidad de sus sensaciones que creía iba a morir. Se estremecía, casi convulsionando y entonces, el orgasmo más brutal que había sentido en su corta vida sexual, se la llevó, dejándola relajada a la merced de los últimos empujones de Dylan, sin poder dar respuesta con ninguno de sus músculos, que habían quedado laxos, sin fuerzas, sin potencia

Él la abrazó y la llevó hasta la cama, como quien lleva un muñeco de trapo. Después se echó a su lado y la envolvió con un brazo mientras con el otro le tocaba el cabello

Ambos estaban vestidos y sus pieles no se rozaban, pero aun así podían notar su intenso calor corporal.

—¿Te he follado bien? —le susurró al oído.

—Si —contestó exhausta.

—Pues para la próxima, me gustaría que me dejaras hacerte el amor

Nora se giró para mirarle a los ojos y de repente su gesto tornó a una mueca de horror.

—Dylan ¿No has usado preservativo?

—No —contestó él al ver que llevaba razón. Nunca hacía el amor a pelo y quizás por eso había sentido tan bien los movimientos musculares de Nora. <<Había sido una puta gozada>>.

Nora se incorporó.

—¿Me estás diciendo que no hemos utilizado ningún método anticonceptivo?

—¿No tomas la píldora? —se pasó la mano por el pelo .

—¿Tú eres imbécil? Ayer era virgen ¿para qué coño iba a tomar la píldora? ¡Eres un inconsciente! —recogió su tanga y su bolso del suelo y se marchó de un portazo

La venganza se sirve en plato frío

Esa mañana, Adele había notado la tensión que imperaba entre Dylan y Nora. Se evitaban continuamente. El aire se podía cortar entre los dos. Así que consideró que tenía que pasar a la acción. Vigiló durante toda la mañana los movimientos de Dylan, que apenas había salido de su despacho y cuando vio que se dirigía a la zona de descanso fue detrás de él. Se alegró mucho de haber seleccionado la ropa que llevaba, un sugerente vestido de cuero negro de Loewe y unos stiletos rojos, que la hacían sentirse sensual y provocadora.

—Hola Dylan ¿Cómo va todo? —intentó aparentar que su entrada era casual, y que no sabía de antemano que estaba allí.

—Pues ahí andamos —dijo él mirándola de arriba abajo y pensando que aquella ropa era muy sugerente para lucirla en una oficina. Adele estaba de miedo, era atractiva. No se parecía a Nora, no tenía su innata elegancia y su apariencia distinguida, era más sexy, más descarada.

—Estaba pensando que, si no tienes planes, podríamos quedar en la hora que tenemos para almorzar y así nos conocemos mejor

No le contestó de inmediato, vaciló, no estaba seguro si era buena idea. Miró a través del cristal y vio a Nora en su despacho. No pudo evitar soltar un suspiro del que Adele fue totalmente consciente. Se acercó un poco a él, sin excederse y rebasar los límites que se podrían considerar aceptables.

—Venga hombre. No te voy a morder —le miró a los ojos —Además, con el ambiente que genera mi jefa, es bueno salir a desinhibirse un poco —la miró alarmado. Había conseguido llamar su atención.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas ahora el despistado. Has tenido que notar el mal Karma que genera. El mal rollo. Siempre tan altiva y distante.

—Si, lo he notado —pero quería creer que había otra Nora, una que era ardiente y fogosa. Lamentablemente esa se le escapaba como la arena de las manos cuando abres los dedos.

—Tenemos que sacudirnos un poco esa energía negativa. Salimos a almorzar y nos divertimos un poco.

—Vale, está bien. A la una te recojo en tu mesa.

—De acuerdo —Tiró el vaso en el contenedor de reciclaje y se fue, contoneando la cadera en su embutido traje de cuero y con una sonrisa de victoria dibujada en la cara.

Dylan no pudo evitar mirar aquel culo tan apretado y tan incitador al alejarse. Estaba claro que podía desquitarse con Adele, de los desplantes de Nora. Podía planteárselo, y durante un segundo lo hizo, pero solo eso, un segundo duró esa posibilidad en su cabeza. No podía tirar por la borda todos sus esfuerzos para acercarse a Nora por un “aquí te pillo aquí te mato” con otra, pero ¿No era sin embargo lo que había estado haciendo Nora?, le utilizaba para un “aquí te pillo aquí te mato” para luego desecharle. Le dolía pensar que él solo era sexo, que se tendría que conformar con eso.

Como buen inglés a la una en punto, recogía a Adele.

Nora los vio dirigirse hacia el ascensor, mientras salía para comprar una ensalada, con la

intención de volver y comérsela a la oficina.

Cuando Dylan la vio acercarse, se le puso un nudo en el estómago. Hoy estaba guapísima, llevaba un estilo años cincuenta, casi pin up, pero salpicado de su elegancia habitual. Una camisa sin mangas roja con lunares negros y una falda lápiz negra, alta de cintura y que llegaba por debajo de la rodilla, acompañada de unos zapatos negros con la suela roja, tan característicos de Louboutin. El pelo en una sencilla cola y unos aros plateados bastante grandes. No necesitaba más.

—Buenos días —saludó secamente cuando llegó a su altura.

—Buenos días —contestaron al unísono Dylan y Adele.

Se podía palpar la tirantez. Nadie hablaba, las miradas se huían y el maldito ascensor no acababa de llegar. Dylan en un intento absurdo por acelerar la subida, apretó repetidamente el botón, como si con ello consiguiera que llegara más rápido. A Adele se le escapó una risita al percatarse del estado de nerviosismo de Dylan <<Que mal rollo>> pensó y en gesto planeado para meter más cizaña, se agarró de su brazo ante la insólita mirada del pobre chico y un bufido de Nora que no pudo contener. La muy bruja se reía para sus adentros, estaba encantada con la situación

Cuando por fin el ascensor abrió sus puertas, la cosa no mejoró. Estaba bastante lleno y tuvieron que ponerse muy juntos para acomodarse en el interior. Nora pensó, en que los ascensores generaban las situaciones más incómodas que conociera. Encerrada en un espacio diminuto con extraños a los que no tenía nada que decir, más que hablar del tiempo intentando ser cortés y que a todas luces, a todo el mundo le parecía una gilipollez y aun así se seguía haciendo, obligados a tener una conversación para no parecer idiotas. También eran propicios para la situación contraria. Encerrada con alguien a quien podrías decirle muchas cosas, pero que tu orgullo y tu miedo te lo impide, por lo que se genera un silencio tan incómodo que quieres morirte. Y luego, estaba el momento en el que se encontraban, gente a lo que no tenía nada que decir, gente a la que querías decir muchas cosas (Dylan) y gente a la que simplemente querías matar (Adele)

Nora se vio clavándole el tacón de su zapato en medio de las cejas para que soltara el brazo de Dylan. Sus tacones de aguja serían ideales para esa tarea. Se imaginó vestida con un mono amarillo como Uma Thurman en Kill bill y en una escena creada por el mismísimo Tarantino, ella saltaba sobre el bicho malo y sin pensarlo, espetaba el tacón en medio de sus cejas y luego... sangre...sangre y más sangre. Todo el ascensor salpicado de sangre, su cara, la cara de Dylan... <<madre, estoy enferma>>, pensó mientras se obligaba a dejar de ver sangre por todos los sitios.

En la siguiente planta alguna gente salió. Nora se tocó la cara como borrando los restos de sangre de las salpicaduras y volvió a la realidad para acomodarse al fondo y que pudieran entrar los que esperaban.

Dylan se colocó detrás de ella y cerró un instante los ojos, para absorber mejor su fragancia. Aquel inconfundible olor a jazmín y mandarina, que le volvía loco. Lanzado por el momento le rozó sutilmente la mano y notó como ella se turbaba.

Cuando llegaron a la planta baja, se separaron y no se giraron ni para decirse adiós

Así que Dylan resignado, centró toda su atención en Adele.

Le llevó a un mejicano que quedaba cerca. Pidieron unos tacos y un par de Coronitas.

—Hablas muy bien español para ser un guiri.

—Gracias —le hizo gracia que le llamara guiri —mi madre es española.

—Eso lo explica todo —le dedicó una sonrisa, apoyó los codos en la mesa, posó su mentón sobre las manos, de forma coqueta y le sonrió.

—¿Qué explica exactamente? —dijo él divertido.

—Que un tío tan guapo, tenía que tener sangre española a la fuerza —Dylan casi se atraganta con el taco.

—Gracias por el cumplido Adele. Tu tampoco estás nada mal —le dijo galante, mirándola de arriba abajo. .

—Podemos quedar algún día a tomar algo después del trabajo, si te parece

No estaba seguro de aceptar la invitación. Había empezado algo con Nora, que aún no sabía definir, pero meter a una tercera persona en aquello no era lo más sensato en aquel momento. Adele era guapa, provocativa, quizás en exceso. Se lo estaba poniendo muy fácil, pero no era su tipo y lo sabía, porque él ya lo tenía definido, tenía nombre y apellidos. Nora Al Saud. Ninguna chica le hacía sombra. A todas las comparaba con ella, y salían perdiendo. Estaba total y absolutamente enamorado de su Diosa.

—Adele, te agradezco mucho la invitación, pero no sé si podré —intentó zafarse sin que se sintiera mal por rechazarla.

—Bueno, piénsalo —le dedicó una sonrisa sensual —tu y yo podríamos pasarlo muy bien —le guiñó el ojo.

—Lo pensaré —sonrió agradecido. Estaba seguro que podrían pasárselo de muerte, si sólo buscaba sexo. No tendría tantos remordimientos, ni tanto cuidado en no cagarla, pero él no quería sexo, quería a Nora y debía esperar para ver si tenía alguna oportunidad con la hija de su jefe, antes de comenzar otra relación.

Nora les observó desde su despacho cuando entraban. Se les veía distendidos, conversando y riendo con naturalidad. Cuando se pararon delante de la mesa de Adele, vio cómo se intercambiaban los números de teléfono y para despedirse, ella se acercó, le puso una mano en el pecho y le dio un beso en la mejilla. Se puso roja de ira. Se reprendía a si misma por no soportar que tontearan. Al fin y al cabo, no tenía nada serio con Dylan, solo habían tenido un rollo y ella misma lo había dejado claro. Las condiciones de su no relación no daban lugar a equívocos y por lo tanto él era libre de estar con quien le diera la gana y, sin embargo, no podía remediarlo, le dolía verlos juntos.

Por supuesto el contacto que había presenciado Nora, no era un gesto inocente, Adele era perfectamente consciente de que su jefa les observaba y se sentía triunfadora al saber que la estaba haciendo sufrir, tomando lo que ella deseaba y no cogía por idiota. Pues nada, que no se preocupara que ya se encargaba la secretaria de endulzarle la vida al ejecutivo guapo. Así que antes de separarse, no puso una sino las dos manos sobre el pecho de Dylan, a la vez que acercaba su cadera más de lo debido.

Le hirvió la sangre. Había tocado ese mismo pecho cálido y de músculos definidos el día anterior. Podría seguir disfrutando de él, sin embargo, había huido. Ella le había dicho que no quería una relación, que no quería implicaciones emocionales, pero en el contacto que habían mantenido, sintió una necesidad de estar juntos que no había percibido jamás y cuando se dio cuenta que se había dejado llevar tanto como para practicar sexo sin protección, se quedó horrorizada. ¿Cómo había perdido las riendas de esa manera? No soportaba las situaciones en las que no llevaba el timón bien agarrado y con Dylan todo se complicaba, perdía la cabeza y se dejaba llevar.

Intentó concentrarse en su trabajo y olvidar a aquel puñetero ejecutivo que estaba poniendo patas arriba su vida, pero no pudo. No dejaba de recordar cómo había follado, como la había hecho sentir. Su cuerpo de musculatura dura sobre ella, el calor que emanaba y reconfortaba, la

ternura de sus caricias, su tono de voz...detuvo sus pensamientos cuando se vio a si misma soltando un jadeo de placer

Su mente dejó de pensar, de cuestionárselo todo, solo estaba allí, como suspendida en el nirvana. Miró el reloj. Las cuatro. Desde la hora del almuerzo no había podido concentrarse en nada más que en sus recuerdos y en el cosquilleo que aparecía en su entrepierna al recapacitar sobre aquel maremágnun de sensaciones nuevas.

A las cuatro y media comprobó que la mayoría de los trabajadores apagaban sus ordenadores y se iban a sus casas, incluida su ya odiada e indigesta secretaria. Se volvió a reñir a si misma por tener esos sentimientos hacia su compañera de trabajo. Ella no había hecho nada malo, más que estar buenísima y atraer a los hombres, incluido el suyo.

<< ¿El suyo?>>

Sin pensarlo, levantó el teléfono y marcó un número interno

—Dylan me gustaría hablar contigo —le temblaba la voz.

—Voy ahora mismo —su corazón se llenó de esperanza. .

—Te espero

En menos de un minuto atravesaba la puerta del despacho de Nora. Al verle su latido se aceleró. Estaba tan guapo que casi no podía contenerse. Le apetecía saltar por encima de la mesa y tirarse a él. Reclamarle en propiedad y proclamarle su novio.

De repente, un flash pasó por su cabeza, vio a Allen en el instituto besando a aquella chica y como una imagen superpuesta vio a Dylan con Adele. Entonces comprendió que no podía jugar a aquello. Le iban a partir otra vez el corazón y no estaba dispuesta. Esta vez lo pararía a tiempo, antes de que cualquier día se llevara la sorpresa y la verdad cayera como una losa sobre ella. No podía competir con su atractiva secretaria. Era una partida desigual. Ellos dos eran Aquiles y ella, una ridícula mortal que por un momento creyó que podía competir en un tablero que no estaba diseñado para ella, otra vez, como con Allen. Esta vez no llegaría tan lejos.

—Siéntate, por favor —le dijo seca. Había tomado una determinación. Dylan obedeció, mirándola fijamente. No le gustaba la expresión de su cara —Te he llamado para aclarar las cosas.

—Tú dirás —quería levantarse y besarla, pero aguantó el tipo para escuchar que tenía que decirle.

—He estado reflexionando sobre lo que nos ha ocurrido estos días y considero que no es profesional y no debe volver a ocurrir —lo soltó impertérrita, como si aquello no le afectara lo más mínimo.

—Pero... —balbuceó. Dylan estaba desolado. Había entrado allí pensando en la reconciliación definitiva y de un mazazo le había mandado a freír espárragos —...entre nosotros hay química. Te he visto disfrutar, hemos estado bien juntos —estaba apretando tantos los puños que los nudillos adquirieron un color blanco marmoleo.

—No te lo niego. Estuvo bien —suspiró —más que bien, pero fue lo que fue y se ha terminado.

—Solo sexo —añadió él, bajando la cabeza.

—Exactamente. Necesitaba acostarme con alguien y tú me has servido magistralmente —Le miró de soslayo —no pongas esa cara. Tú también disfrutaste y te has tirado a una virgen ¿No te parece suficiente? —Dylan se levantó enfurecido.

—Siento que me has utilizado como a una puta —la miró con el ceño fruncido —No se hable más. Me ha quedado clarito la clase de persona que eres —Se dirigió a la puerta.

—No te pongas tan digno joder. Cualquiera diría que te he obligado. Los dos obtuvimos lo que queríamos y ya está, sin acritud —se pasó la mano por el pelo intentando mantener su pose fría.

—¡Eso no es verdad! —gritó enfurecido y se fue dando un portazo al salir

Nora quedó absolutamente sobrecogida. No se esperaba esa reacción por parte de Dylan ¿A que había venido todo aquello? Quizás era el típico hombre que no le gustaba que las mujeres llevaran la batuta de las relaciones y llamaran al pan, pan y al vino, vino.

No lo tenía claro, había actuado como debía, aunque tuviera una desazón indescriptible. Dylan le gustaba y le había costado mucho mantenerse impasible. No obstante, lo había logrado. Ahora él podía tontear con quien le diera la gana, sin que ella se sintiera traicionada.

En unos días, hablaría con él para que no quedara instaurado ese mal rollo. Tenían que trabajar juntos y quería mantener una relación lo más profesional posible

Entró en su despacho hecho una furia, recogió su americana y se lanzó a la calle, quizás al aire libre pudiera analizar con más claridad y asimilar la nueva situación.

Caminó calle abajo hasta que se encontró el primer bar y decidió tomarse un whisky.

Giró el vaso entre sus dedos, observando el movimiento de los hielos entre el líquido. Negó con la cabeza. No quería ahogar su malestar en whisky. Otra vez no. No cometería el mismo error.

Hace tiempo que sabía que con alcohol no se arregla nada y que las penas no son menos.

Lo había descubierto cuando su padre murió y le dejó en herencia aquella indecente cantidad de dinero. Lo que parecía un regalo, acabó siendo un caramelo envenado. Desde ese momento, todo lo que parecía ir bien se torció irremediablemente. El dinero o mejor las ansias de él, la avaricia, transforma a la gente.

Su prometida, con la que tenía una excelente relación y esperaba casarse, formar una familia y vivir felices para siempre, se volvió loca al saberse rica, pero más aún cuando le comunicó que no tenía ninguna intención de tocar ese dinero, salvo para compensar a su madre por los años de abandono de su padre y por haberle criado sola, sin la ayuda que en vida le habría tenido que ofrecer el hombre que la dejó embarazada.

Caroline, su prometida, fue incapaz de entenderlo. Al principio intentó convencerle usando el sexo como herramienta de persuasión, pero las convicciones de Dylan sobre lo que él consideraba dinero manchado estaban demasiado arraigadas en su corazón.

Si su padre había buscado la redención dejándole aquella fortuna, él no se la daría. No le iba a comprar para que le perdonara sus actuaciones en vida. Los había abandonado a él y a su madre en la miseria, mientras llevaba una vida de lujo.

Caroline se desesperaba al ver que no daba el brazo a torcer. No estaba dispuesta a rendirse, así que contactó con su bufete de abogados. Su intención era conseguir un acuerdo prematrimonial en el que las posesiones, incluso las conseguidas antes del matrimonio pasaran a gananciales, con eso se aseguraba que al menos la mitad de esa fortuna maldita que habían legado a su futuro marido, pasara a sus manos. Le parecía una ridiculez la postura de Dylan. Qué más da lo que hubiera pasado, el dinero estaba ahí y podía disfrutarlo.

Dylan quería pasar el resto de su vida con ella y claro que le hubiera dado todas sus posesiones, todo lo suyo era de ella, incluso su corazón y su alma. Sin embargo, cuando se enteró por su abogado que en ese acuerdo iba incluida la herencia, comprendió que Caroline no había entendido sus motivaciones y no tenía la intención de compartir su dolor y la forma de gestionarlo. Le había explicado por activa y por pasiva porque no debía tocar ese dinero y ella simplemente, lo ignoró. Sorprendido por la falta de empatía de su prometida se negó a firmar, esperando que ella lo entendiera y rectificara.

Pero no fue así y con ese acto conoció la verdadera naturaleza de Caroline. Iracunda y furiosa, empezó a denigrarle, a escupirle a la cara toda la rabia contenida. Dylan se dio cuenta que no le amaba, le consideraba un débil y un tonto que creía en las historias románticas y en el amor. Pusilánime, solía llamarle.

Más tarde descubrió que la mujer en la que iba depositar su futuro y la vida entera, incluso jugaba a dos bandas. Mientras intentaba convencerlo de que firmara el acuerdo prematrimonial, había comenzado una relación con uno de los socios del bufete que la representaba.

Lo descubrió por casualidad, cuando oyó una conversación entre ambos. Caroline no se había dado cuenta de que él estaba en casa y se despachó a gusto con su amante por teléfono, creyendo que nadie la escuchaba.

Nunca con él había sido tan ardiente y eso que solo mantenía sexo telefónico—

Quedó destrozado, pero Caroline significaba tanto para él que decidió perdonarla con tal de que permaneciera a su lado. Se rebajó y suplicó, pero ella al verse descubierta y ante la imposibilidad de conseguir el maldito dinero, le abandonó, dejándole como única compañía, las botellas de whisky a las que se aferró noche y día.

Cuanto más bebía peor se sentía y se consumió en una vorágine de autodestrucción. Hasta que la única persona que le ha amado incondicionalmente, su madre, decidió que ya era suficiente y se lo llevó con ella a su casa, donde le cuidó, le mimó y le hizo ver las cosas con perspectiva. Poco a poco las heridas fueron cicatrizando. Aunque toda herida profunda, aunque se cure, deja una marca. Un aprendizaje doloroso determina nuestro proceder en el futuro.

Su madre le convenció que, aunque evidentemente su prometida era una zorra sin escrúpulos, por una mala experiencia no podía tirar la vida por la borda, que el mar estaba lleno de peces y no todas son barracudas y tiburones. Le aseguró que encontraría a esa persona especial, que colmaría de felicidad su mundo. <<Ten paciencia, espera a tu mitad. Tarde o temprano aparecerá>>

Retomó su vida y siguió hacia delante sin perder la esperanza de que verdaderamente existía esa mitad, de la que hablaba su madre.

Cuando le destinaron a Madrid todavía estaba tocado por el engaño y entonces conoció a Nora. Fue un flechazo, se enamoró perdidamente.

Ella le ignoraba totalmente y decidió que se conformaría con un amor platónico, con cruzarse con ella en la cafetería o en los pasillos todos los días. Era inalcanzable, una diosa y solo podía disfrutar al admirarla.

Cuando le trasladaron a Londres de nuevo, ya tenía asumido que aquella belleza no era su mitad, aunque no podía quitársela de la cabeza.

Al regresar y encontrarla de nuevo, comprobó que aquella joven a la que no había olvidado, ahora era más guapa, más madura y más receptiva de lo que la recordaba.

Vio una oportunidad y no quiso desperdiciarla.

La diosa había fijado sus ojos en él y descubrió que jamás había sentido con otra mujer lo que sentía estando con ella. Ni siquiera Caroline había calado tan hondo

<<Me he equivocado otra vez. No es mi mitad>>

No iba a dejar que otra mujer le hundiera en el fango, ya no es ese niño inmaduro y soñador de antaño.

<<Esa persona que anhelo no existe>> se convenció de lo que, ahora se revelaba como la auténtica verdad.

Decidió como si hubiera tenido una iluminación divina, que era momento de dejar de sufrir y darse una alegría.

Buscó su teléfono móvil y marcó

—¿Dylan eres tú? —dijo sorprendida al descolgar.

—Hola Adele, soy yo. Me preguntaba si te apetecería quedar para tomar algo esta noche — durante un instante reinó el silencio.

—Por supuesto, te mando un mensaje con mi dirección. Ven a buscarme a las ocho ¿Te parece?

—Perfecto. Hasta las ocho entonces —colgó, pagó el whisky y se dispuso a ir al hotel para ducharse y cambiarse de ropa. Hoy iba a quitarse una espinita con la guapa secretaria. No iba a consentir que ninguna mujer más le ninguneara y le tratara de aquella manera. No volvería a caer de rodillas. Caroline y Nora, eran historia.

Te quiero solo para mí

A las ocho la esperaba en el vestíbulo para llevarla a cenar. Sentía que las manos le sudaban y no dejaba de estrujar una contra la otra

<< ¿Estaba nervioso?>>

Namir, no se amedrentaba ni se ponía nervioso ante la idea de tener una cita con una chica. No, no podía ser eso, se convencía así mismo.

La espera se le estaba haciendo más larga de lo normal, aunque apenas habían pasado cinco minutos desde su llegada. Entonces, la vio aparecer en las escaleras y no pudo más que abrir la boca para asegurarse de respirar, porque sencillamente petirrojo, le había quitado el aliento, con su mini vestido azul de tirantes y sus stiletos que le hacían unas piernas larguísimas.

—¿Qué te pasa llorica? ¿Te has quedado mudo?

—Joder Sandra, estás espectacular así vestida. Voy a tener que llevarte a uno de esos sitios donde se lleva a las chicas para luego intentar quitarles las bragas —ella le miró muy seria y luego soltó una sonora carcajada. Le puso la mano en el pecho y se acercó para susurrarle al oído. Namir cerró los ojos un instante. Su tacto a través de la ropa y su olor a jabón de Marsella, le provocaron una incipiente erección. Sandra no olía a perfumes caros, olía a frescura, a jabón, a naturalidad, a recuerdos de infancia.

—Acepto la cena, lo otro, va tener que esperar.

—Ahí veo una puerta abierta, una posibilidad, así que hay esperanza y esperaré —ambos se volvieron a reír y Namir le cogió la mano para acompañarla fuera.

En el trayecto en coche hablaron y bromearon como dos viejos amigos, de una manera distendida y sin cortapisas. En aquel momento ninguno sintió que aquello era una cita, ni existía la tensión propia de ese tipo de encuentros.

Así siguieron, después de dejar el coche, en el paseo hasta el restaurante. Se quitaban la palabra el uno al otro y se desternillaban de risa, en una complicidad maravillosa.

Mientras esperaban que les sirvieran la cena, Sandra contaba una anécdota de la universidad muy divertida y Namir permanecía callado, mirándola y escuchándola. Le resultaba tan espontánea, tan simpática y tan guapa con aquellos ojos azules chispeantes que parecía que hablaran por sí solos, que se sentía cómodo y relajado. No estaba pensando en pasar pronto el trámite de la cena para llevársela a la cama, como era lo habitual, sino que estaba disfrutando de verdad de aquella velada.

Estaba saboreando el momento y por primera vez en su vida, se le pasó por la cabeza que ella, podría ser lo que estaba buscando. La chica con la que asentar la cabeza, la que tenía todo lo que él pudiera desear, claro que enseguida se corrigió a sí mismo, porque sabía que en cuanto se la follara, todo aquel magnetismo desaparecería y quedaría el vacío, la nada, como siempre.

—Sandra, necesito hacerte una pregunta —se puso serio.

—Tú dirás —arqueó una ceja preguntándose porque ponía un gesto tan formal ¿Le estaría aburriendo?

—No me creo que hayas dejado atrás toda tu vida en Estados Unidos porque rompiste con tu novio. Eso no me pega de ti.

—No quiero hablar de ese tema —sus ojos chispeantes se entristecieron y la luz que hasta entonces los hacía brillar, quedó tapada detrás de una cortina que ensombreció su color.

—Necesito saberlo ¿Que te hizo ese tío, para que huyeras como alma que lleva el diablo? — Sandra suspiró y se vio en la necesidad de dar una explicación.

—Nos conocimos en la Universidad y enseguida empezamos a salir. Era muy atento y me miraba de una manera tan especial, que enseguida me enamoré. Estaba loca por él y supongo que el también, o al menos eso me pareció cuando me confesaba, que yo representaba a su mujer perfecta.

—Suená bien —dijo él poniendo una mueca. Por algún motivo que desconocía, le había dolido oír que Sandra estaba enamorada de su exnovio. ¿eran celos? No, Namir no alojaba ese tipo de sentimientos.

—No. Es un horror —la miró extrañado —La mujer con la que el soñaba era la sumisa y obediente esposa que espera a su maridito, que viene de hacer a saber qué cosas, sin preguntar y con una sonrisa de oreja a oreja, en una casa perfecta con un jardín perfecto —chasqueó la lengua —La mujer perfecta es una chica culta, de buena familia y que sabe comportarse como una gran anfitriona y como un modelo de virtud —se atusó el pelo —en su cabeza yo debía ser todo eso. Mi familia es rica, tenemos hasta un puto castillo y mi padre es un noble europeo —sonrió para sí misma —¿A que suena jodidamente perfecto? —asintió —pero yo no soy así. En mi casa me han educado para ser naturales, espontáneos y sinceros. No nos va eso de la doble moral y las apariencias....

—Conozco a tus padres, no tienes que explicármelo.

—Pues eso, cuando salía la española que llevo dentro o el chico que juega al soccer, se volvía loco. Quiso cambiarme y por un tiempo lo consiguió. Ya sabes, quería complacerle y empecé a comportarme como una buena niña de papa. Cuanto más lo hacía, más vacía me sentía y también más triste. No me gustaba la fachada que me había impuesto, ni nada de mi nueva vida perfecta, que en realidad era una mierda.

—Tú no estás hecha para esas ataduras.

—Supongo que los pájaros están diseñados para volar, no para meterlos en una jaula de oro, así que poco a poco me fui marchitando. Dejé de reír, dejé de disfrutar de todo, incluido el sexo. Ya ni eso me satisfacía. En definitiva, me di cuenta que no le amaba, todo había sido un espejismo, fruto de la edad. Así que un día decidí confesárselo. Creí, tonta de mí, que podríamos reconducir las cosas o incluso terminar como buenos amigos que se habían conocido mejor y se habían dado cuenta que no se amaban.

—¿Y no fue así? ¿Tan estúpido era? —asintió con un gesto de cabeza.

—Eso parece. Estaba ciega, porque él...él...digamos que me empezó a tratar mal —las lágrimas asomaban buscando su liberación, pero supo contenerlas —me llamaba de todo. Niñata, superficial, paleta y un sinfín de lindezas. Creí que el corazón se me rompía. Así que decidí volver con los que realmente me apreciaban, mi familia —en los ojos de Sandra se apreciaba tristeza, vulnerabilidad y una oscuridad que indicaba que había algo más, que sólo había contado parte de la verdad, escondiendo en lo más profundo los verdaderos motivos de su huida. El verdadero dolor.

Había suavizado la historia y Namir lo había notado, pero no quiso insistir más. Además, a él ya le servía con saber que aquel gilipollas no había sabido apreciar lo que tenía delante y al

espantarla, la había traído hasta él.

En ese momento, apareció un sentimiento nuevo, quería cuidarla, poner a su disposición todo lo que estuviera en su mano para verla feliz, que nadie pudiera volver a hacerle daño. Todos los sentimientos recientes e inéditos que habían salido a la superficie aquella noche, como cuando un corcho hundido sale a flote, sin previo aviso, de repente, le habían puesto nervioso.

El camarero les trajo por fin la cena, y ambos se centraron en la comida, sin apenas hablar, solo intercambiándose miradas y sonrisas.

—¿Por qué no tienes novia? —le preguntó de repente Sandra.

—Supongo que —encogió los hombros —no estoy programado para relaciones formales —le pareció notar que la mirada de Sandra cambiaba, solo fue un instante, pero que le dio a entender que no le había gustado aquella respuesta —bueno, quizás no he encontrado a la persona adecuada que me haga sentir la cabeza —intentó reconducir su respuesta.

—No estoy muy segura que la gente cambie. Si no estás proyectado para la monogamia, no lo estás y punto. Eso no cambiará.

—¿Tú crees?, yo tengo un ejemplo muy claro en mi casa. Mi padre Arfan, tuvo muchas relaciones y muy cortas, hasta que conoció a Sofía y ahí los tienes, incombustibles —se sorprendió a sí mismo haciendo un alegato a favor del amor.

—Tu padre es una persona increíble, un buen hombre —Sandra pareció entristecerse al recordar algo.

—Lo es, sin duda, pero es mejor aún porque tiene a Sofía a su lado.

—Qué bonito ¿verdad? A Robert y Maribi les ocurre lo mismo, parece que han sido diseñados al nacer para estar juntos. Son muy afortunados.

—Y tú lo serás, ya lo veras. Encontrarás a tu príncipe azul —Le agarró la mano para insuflarle cariño y ella soltó una sonora carcajada que le descolocó totalmente.

—Técnicamente ya tengo un príncipe enfrente mío —Namir, se dio cuenta. Él era Alteza Real, un príncipe saudí —pero no te agobies, no estoy buscando ningún príncipe azul, por el momento —soltó una risa cómica y Namir se la devolvió sin contestar.

—¿Quieres postre? —Le preguntó dando por finalizado el tema.

—No, gracias. ¿Por qué no vamos a tomar algo por ahí?

—Si claro, conozco un club que no queda lejos y está bastante bien.

—Pues venga, me apetece bailar un poco —se levantó y Namir se quedó unos instantes mirando aquella minifalda tan corta y soñando con tocar lo que escondía.

Efectivamente el club no quedaba muy lejos y dieron un agradable paseo, aunque distinto al que habían realizado de camino al restaurante. Había más tensión. Namir no dejaba de darle vueltas a la confesión de Sandra de que no buscaba un príncipe, pero sobre todo a que eso le afectara. ¿Qué le estaba pasando?, en principio eso tenía que aliviarle. Para alguien que no busca relaciones serias, que la otra persona no esté interesada a priori es una ventaja. En esta disertación llegaron al club. Aunque había cola para entrar, Namir conocía a la Relaciones públicas y pasaron sin esperar.

El príncipe frecuentaba la noche madrileña y era popular. Era habitual verlo también en las revistas del corazón cazado con una u otra conquista, mientras disfrutaba de una de tantas fiestas a las que acudía. Era un soltero codiciado. Millonario, joven y guapo, además de facilitar mucha carnaza al ser un mujeriego.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Namir al oído, para intentar que le escuchara a través del estruendo de la música.

—Ron negro con refresco de limón.

—Joder Sandra, sí que eres un chico —ella se ríe y le indicó con un gesto que se iba a la pista

Namir la miró desde la barra. Era absolutamente espectacular. Su belleza salvaje, con su larga melena pelirroja y aquel cuerpo delgado, pero con curvas, eran una delicia y enseguida se dio cuenta que a más de uno de los que estaba por allí se lo parecía. En un minuto, estaba rodeado de tíos y uno, insolentemente se acercó por detrás la agarró por la cintura y la acercó a él, bailando sugerentemente.

La sangre le volvió a hervir, estaba enfurecido ¿Estaba celoso? No, no podía ser, pero sin embargo no soportaba que otro le pusiera las manos encima. Sin pensarlo, se dirigió a la pequeña pista y se puso enfrente de Sandra que le miró sorprendida.

—Quítale las manos de encima y lárgate —Ordenó al chico, mientras agarraba a Sandra por la cadera. La empujó hacia él y posó sus labios sobre los de ella. Fue un instante, pero si aquello hubiera sido una escena de dibujos animados, hubieran empezado a salir fuegos artificiales a su alrededor.

—No quiero que ningún tío te sobe así —le dijo al oído, cuando separaron sus bocas.

—¿Por qué? Solo estaba bailando.

—Porque te quiero solo para mí —él mismo se sorprendió de aquellas palabras, pero ya estaban dichas, así que volvió a besarla esta vez ella entreabrió la boca para que su lengua entrara y aquel beso se convirtiera en sí mismo en un acto sexual, con los movimientos de sus lenguas. Estaban ardiendo de deseo. Namir bajo una sus manos de la cadera al culo para acercarla más contra su erección y ella, dejó de besarle.

—Llévame a casa, por favor —dijo seria.

—Pero...— no sabía que decir ni que pensar. Si estaban en un momento mágico, ¿Por qué aquel cambio de actitud?

—Por favor, llévame a casa —asintió. Recogieron sus cosas.

Hicieron el trayecto en silencio hasta el parking donde había dejado el coche. La ayudó a entrar, abriéndole la puerta y dio la vuelta para sentarse en el sitio del conductor. Arrancó y salió con un gran chirriar de ruedas, reflejo de la rabia que le carcomía.

—Lo siento —dijo por fin.

—No entiendo nada Sandra ¿Esto de que va? —Estaba furioso, se le notaba y no entendía por qué había tenido esa reacción, por qué estaba tan cabreado. Al fin y al cabo, solo había besado a una chica que se había echado para atrás antes de que pasara nada más. En cualquier otro momento le hubiera importado un bledo, la habría dejado en casa y se habría ido a buscar otras opciones, pero con Sandra no era lo mismo, él no quería otras opciones, la quería a ella. Quería meterse dentro y disfrutarla fuera como fuera.

—No estoy preparada aún, Namir, solo eso —Dudó un momento —tú me gustas, pero no quiero estropearlo todo, somos casi familia —Estaba tensa, miraba a los lados nerviosa, como si temiera que un monstruo fuera a aparecer de repente y se la fuera a llevar.

—Dime la verdad Sandra, no es sólo por eso, hay algo más ¿verdad? —La miró de reojo, apartando un segundo los ojos del tráfico.

—Sí, hay algo más, pero no quiero hablar de ello —una lágrima se le escapó y la limpio disimuladamente. Estaba segura de que él no lo había notado.

—Está bien, te llevaré a casa.

Cuando la vio llorar, el estómago se le encogió. Ella había intentado disimular, pero se había dado cuenta. Sandra estaba triste y eso le partía el corazón. Sí, así era, Namir había descubierto en aquel mismo instante que tenía corazón. Es lógico, uno no sabe que tiene riñones hasta que pillas una infección o tienes piedras y ahí, a través del dolor que produce es cuando adviertes, que sí, que ahí dentro está ese órgano, que solo muestra su existencia cuando algo no funciona, cuando duele. Pues lo mismo le pasó a Namir. Descubrió que tenía corazón porque sintió el dolor que le producía ver sufrir a Sandra. Parece una tontería, pero para él no lo era. Él siempre pensó que nunca sabría lo que es el amor, y ahora de repente, lo había descubierto ¿y por qué? Porque el amor duele.

La cocina del infierno

Nunca había estado en aquella parte de la ciudad. El barrio donde vivía Adele estaba muy lejos del centro de Madrid que él frecuentaba.

Si no llega a ser porque por fin tenía vehículo para moverse por la ciudad y éste incluía un moderno sistema de GPS, jamás hubiera encontrado ese sitio.

Aquel lugar le recordaba mucho a sus orígenes, a la zona de Londres donde vivía con su madre antes de independizarse. Una zona humilde para gente humilde.

Ahora vestía un traje de diseño y conducía un Audi TT Coupé, pero no se sentía muy diferente a los habitantes de aquel barrio. Aunque la vida le había tratado bien y gracias a su trabajo se podía permitir lujos que aquellas personas jamás alcanzarían, él había sido y en el fondo seguiría siendo un chico de barrio obrero.

En su niñez y su juventud, había sido tremendamente feliz, aunque en lo material anduviera escaso. Quizás no se podía comprar las zapatillas deportivas de marca que ansiaba, ni el último modelo de consola de videojuegos que hacía furor entre los de su edad, pero vivía feliz y despreocupado, sintiéndose libre y querido.

A medida que sus ingresos fueron creciendo y su poder adquisitivo le permitía alejarse del lugar de su infancia hacia una vida de más lujo, donde comprarse cosas ya no suponía ningún problema, se fue precipitando hacia la soledad y la tristeza.

Parece incongruente, pero la pobreza representaba su luz y la opulencia, su noche.

Se había marchitado, perdiendo la frescura que el rocío de la mañana transmite a la flor para que luzca erguida y orgullosa. Ahora se sentía decadente, sin ideales. Durante un tiempo sustituyó el agua del rocío por el líquido ambarino de las botellas de whisky y con ello, sus ilusiones se fueron desvaneciendo.

No le habría exigido mucho a la vida, solo una pareja, unos hijos, en definitiva, una familia. Era lo que más ansiaba, porque es lo que siempre se le había negado. Él había crecido sin padre, hijo único, con la única compañía de su madre demasiado ocupada trabajando para poder dedicarle toda la atención que reclamaba.

Se había prometido que lo que se le negó de pequeño lo tendría de mayor. Formaría esa familia que tanto ansiaba, le daría a su mujer y a sus hijos todo el amor que encerraba su corazón.

Lo tuvo cerca y se le escapó. El dinero se interpuso y Caroline decidió que prefería una buena cuenta corriente a un futuro a su lado.

Y luego Nora...la diosa...millonaria desde la cuna...hija de un príncipe...por encima de los demás, demasiado arriba para él.

En ese momento, pensó que quizás ese había sido su error, enamorarse de mujeres que vuelan demasiado alto. Quizás con una chica humilde, con menos pretensiones, las cosas podrían irle mejor.

¿Y si Adele pudiera ser esa persona? ¿Y si al estar demasiado pendiente de la diosa, no vio a la mujer de carne y hueso que podría colmar sus días y sus noches de felicidad?

Era una chica de barrio, una secretaria. Era guapa, sexy e inteligente. Cuanto más lo pensaba, más auténtica veía la opción. Podría ser lo que estaba buscando. Estaba decidido, iba a darle una oportunidad.

Dejó el coche en segunda fila y se acercó al portal para llamar al telefonillo.

—Ya bajo —oyó decir y como un tonto sonrió. Sí, con Adele podía ser fácil. Era una chica sencilla y que le podía devolver la ilusión perdida.

La luz del portal se encendió y allí estaba la chica con la que debía olvidar a la diosa. Pisaba con seguridad, contoneando sus caderas desde aquellos altísimos tacones de aguja. Su pelo moreno se balanceaba a los lados, impulsado por la fuerza que ejercía el movimiento de su cuerpo. Llevaba un vestido ajustado de color púrpura, sujeto con unos tirantes cruzados desde los que partía un profundo escote en uve que llegaba casi hasta el ombligo.

Tragó saliva. Se sentía intimidado. Toda ella le parecía desatinadamente exuberante, remarcada, desmedida y no pudo evitar recordar la innata elegancia de Nora. Toda la historia que se había armado sobre la posibilidad de entablar una relación con Adele, se derrumbó como un castillo de naipes. Aquella mujer no era su tipo. No le gustaban las mujeres tan voluptuosas y excesivas. No se sentía atraído, le parecía soez y ordinaria.

En cuanto abrió la puerta del portal, le sonrió. Llevaba los labios pintados de un rojo fresa brillante. Adele es muy guapa, pero al igual que con su indumentaria, recargaba tanto su maquillaje que, en vez de resaltar su belleza, la escondía detrás de una pátina arrabalera.

—Has sido muy amable al invitarme Dylan —su tono dulce al decir esas palabras, abrió una esperanza en el corazón de Dylan. Había juzgado a la chica por su aspecto y quizás se había precipitado. Parecía encantadora y podían congeniar. Lo importante en una relación es llevarse bien, ser compatibles en el trato, sinceros y complementarios. Lo demás era irrelevante.

—No hay de qué —dudó un momento —Debería haberlo hecho antes —La miró directamente a los ojos —Tengo el coche ahí mismo —señaló su flamante Audi —Vamos —La agarró con delicadeza por el brazo, la condujo al coche, le abrió la puerta y esperó a que se acomodara para rodearlo y sentarse en el asiento del conductor.

—¿Preparada? —Ella asintió —Tengo una reserva para cenar en Krachai —La miró de reojo mientras metía la marcha y se incorporaba al tráfico —¿Te gusta la comida tailandesa?

—Nunca la he probado —Sonrió complacido.

—Para todo hay una primera vez y me encanta ser tu cicerone.

—¿Cicerone? —puso voz sensual —me encantan los juegos eróticos —Dylan no pudo más que abrir la boca sorprendido.

—No sé a qué te refieres, pero yo me refería a enseñarte sitios y gastronomías nuevas para ti.

—Ups, ¿Qué tonta verdad?, al hablar de primeras veces y de un romano, pensé que íbamos a ponernos intensos, con togas y eso, en plan emperador romano y su esclava. Ya sabes —Dylan no salía de su asombro.

—Te aseguro que solo me refería a cenar en un sitio nuevo.

—Y yo me refería al postre o... al aperitivo, como prefieras —Sin preámbulos posó su mano sobre la bragueta de su pantalón.

—Por favor Adele, retira tu mano de encima —Suspiró —No sé a qué estás acostumbrada, pero yo no soy esa clase de tíos —La miró de reojo mientras ella retiraba la mano —Solo quiero cenar, conocerte y nada más.

—¿Y nada más?, ¿Tú me has visto bien? ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—Muy seguro —Dijo secamente. La desfachatez de aquella chica, le estaba empezando a

agobiar —Mira, yo no sé si entre tú y yo surgirá algo, pero de momento relaja un poco y comportémonos como dos personas que están empezando a entablar una amistad.

—Ya... —a Adele se la llevaban los demonios. De que iba aquel pazguato. Nora y él eran tal para cual, pero el fin justifica los medios, así que tenía que hacer lo posible por conquistarlo y si eso pasaba por mantener las provocaciones a un lado y fingir divertirse en una tediosa cena, lo haría. Al chico le gustaba ir despacio, así que de momento jugaría a eso hasta que encontrara el momento adecuado. No quería espantarlo y tirar por tierra su venganza —Eres todo un caballero. No estoy acostumbrada, perdóname.

—Tranquila. Casi hemos llegado. Aparco y empezamos de nuevo —le sonrió con amabilidad para que no se sintiera tirante. .

—Perfecto —su sonrisa era forzada, le parecía un auténtico capullo. A ella le gustaban los machos, no los melindres

Dejaron el coche en un parking cercano y pasearon de camino al restaurante.

—¿Cuéntame algo sobre ti Adele? —dijo Dylan para iniciar la conversación.

—¿Qué quieres que te cuente? —Suspiró, lo que le faltaba, ahora tenía que pasar un interrogatorio.

—No sé ¿Has nacido en Madrid, por ejemplo? —Adele carraspeó para disimular su fastidio.

—No, como muchos de los habitantes de esta inmensa ciudad nací en otro sitio, en un pueblo pequeño y cuando consideré que los niveles de asfixia llegaban a un límite insoportable, decidí que era hora de conquistar la capital.

—¿Y lo has logrado? —Ella le miró con sus grandes ojos castaños intentando discernir a que se refería —¿Qué si has conquistado la capital? —Aclaró él.

—Todavía no, pero estoy cerca —Estaba convencida de ello. Estaba a un pasito de coronar la cumbre.

—¿Cerca de qué? —habían llegado al local, así que se paró en la puerta para escuchar la respuesta.

—Pues... — dudó un momento. No podía decirle la verdad —de tener un trabajo estable que me gusta, independencia económica y no sé quizás —se puso coqueta y aleteó las pestañas —un novio guapo que me quiera.

—Parece un buen plan —Dylan le sonrió amable, aunque a estas alturas esperaba que no pensara que él era una opción plausible para lo del novio guapo. Adele parecía una buena chica y seguro que podrían ser amigos, pero no se sentía en absoluto atraído por ella —Entremos, por favor —Abrió la puerta —Las damas primero —Adele sonrió, pero cuando le dio la espalda al adelantarle para entrar, puso los ojos en blanco e imitó una arcada. Tanto almíbar la iba a indigestar. Se estaba esforzando mucho para parecer suave y entregada a la conversación. Casi todo lo que le había contado era mentira. Claro que había nacido en Madrid. Su madre biológica, alcohólica y desnaturalizada, la había tenido y abandonado en un hospital de lo más castizo. Al ser un bebé, fue fácil que rápidamente un matrimonio deseoso de hijos la adoptara y hasta los diez años todo fue casi idílico, pero a medida que crecía a papá se le despertaba la libido y la atracción sobre su hija. Así se convirtió en su Lolita y casi todos los días visitaba su cuarto para enseñarle que se puede esperar de un hombre. Gracias a él aprendió lo fáciles que son de manipular y lo que se puede conseguir dominando sus pulsiones sexuales. Visto desde fuera podría parecer que él era el depredador y ella la inofensiva gacela, que irremediabilmente sería despedazada. Quien no ha visto algún documental, donde un gran felino caza y devora a esos encantadores animalillos. Nada más lejos de la realidad. Aquí la historia era al revés. Cierto que

él no era un santo, y que sus actos eran una verdadera aberración, que era el culpable de coger a una niña inocente y convertirla en un monstruo, pero en el pecado llevó su penitencia. La aparentemente ingenua cría, no se comportó como era esperado. Transformó lo que podría suponer un trauma destructor para la mayoría, en una oportunidad vigorizante para dar salida a su perturbada personalidad. Hacía de él lo que quería, conseguía todo lo que deseaba. Aprendió a controlar sus impulsos, a dosificarle las atenciones y a utilizar sus faltas en su beneficio, a incitarle hasta llevarle a la locura para luego hacerle aflorar sus sentimientos de culpa y sus remordimientos y por último chantajearle con contarle todo si no era él el que satisfacía sus peticiones. Aquel hombre habría sido capaz de cualquier cosa por saciar sus necesidades egoístas, sus deseos y a la vez por compensarla por su perversión. Era como un corderito siguiendo al lobo para servirle de festín. Digamos que se convirtió en el cazador cazado. Sentía que su madre adoptiva no era mucho mejor. Tan necesitada de dar amor, tan enfrascada en su papel de buena ama de casa, no veía más allá de sus narices. Mientras preparaba la cena para alimentar a su familia, su marido se follaba a su hija de once años en la habitación de arriba, sin que la abnegada esposa se enterara de nada. Luego todos cenaban juntos y felices. Eso sí, por debajo de la mesa, Adele, rozaba con su pie las partes nobles de papaíto para que no se relajara. La tortura era parte de su estrategia.

Cuando tenía quince años su madre murió y su padre estaba asfixiado por las deudas, de tanto consentirle todos los caprichos a su hijita, a cambio de las migajas de afecto que quisiera concederle. Al morir su esposa, se sintió liberado para poder vivir con su verdadero amor. Sin saber que sin nada que ofrecer, su niñita le abandonaría al día siguiente del entierro de su madre.

—Un centavo por tus pensamientos —La voz de Dylan la sacó de sus recuerdos.

—¿Cómo?

—¿Qué me gustaría saber en qué estás pensando? —le dijo mientras se sentaban.

—En que huele mucho a especias, no sé si me gustará esta comida tan condimentada —Si algo no se le puede negar a Adele es que es de rápida reacción y mente ágil.

—Probemos, si no luego hacemos una visita a un Mcdonalds —Eso le dio que pensar.

Si ella quería ser una chica de esas de tanta clase, tendría que aprender a comer en sitios exóticos que aparecen en la guía Michelin y dejarse de remilgos de chica pobre. Las mujeres como su jefa no se alimentaban en cadenas de comida rápida, aunque para ella fuera la máxima expresión de un manjar.

—No, tranquilo. Estoy segura de que no será necesario —Miró a su alrededor —Este sitio es fantástico.

—Y no es demasiado caro. El menú degustación no llega a los cuarenta euros por persona.

—¡Dylan!, serás tacaño. Yo creí que me merecía que te sacudieras un poco más la cartera para impresionarme —Volvió a aletear las pestañas.

—Adele, no se trata del dinero que te gastes, sino de la calidad de la comida, del ambiente y de la compañía —Dijo él algo molesto.

—Era broma hombre, no te pongas tan serio —Aquél chico parecía que tenía una Criptonita que repelía sus encantos. Todos los hombres sucumbían a sus provocaciones y aleteos de pestañas. A estas alturas, el plan de rozarle con el pie por debajo de la mesa no le parecía tan buena idea y eso que nunca le fallaba.

—No pasa nada —Añadió mirándola ya con cierto recelo. En ese momento el camarero llegó con una bandeja llena de platos, que fue depositando en la mesa.

—Me explicarás que es todo esto —Se sentía perdida y esa era una sensación que no le

gustaba. Él sonrió condescendiente.

—Esto es Poh Pia, es un rollito de primavera pero tailandés.

—Vale el rollito de primavera lo conozco y me gusta.

—Perfecto. Esto —dijo señalando otro plato —es Kiew Thod, vamos, pan de gamba, para que nos entendamos y esto Kanom Jeep Kup o lo que viene siendo una masa rellena de gambas al vapor, como una especie de empanadilla, pruébalo —La animó. Ella cogió con los dedos una y se la llevó a la boca de la forma más sensual que conocía.

—¡Joder! Esto está buenísimo —Dylan sonrió, pero no se le veía nada excitado si era lo que ella quería. Sin embargo, Adele se sintió desarmada. No fingía. La expresión había sido sincera, aquello estaba de muerte.

—Prueba ahora los fideos con langostinos y pollo. A mí me encanta —Le hizo caso y no dejó ni un poco de aquella sopa deliciosa. Podría acostumbrarse a esta forma de vida.

Siguieron degustando los platos, mientras Dylan le explicaba los ingredientes y algo cambió. Adele se relajó, decidió batirse en retirada y disfrutar de la comida y la compañía, porque estaba a gusto, porque se dio cuenta que de ese día no sacaría nada, que no iba a seducir a su acompañante y porque le dio la gana. Hacía demasiado tiempo que no se sentía tan relajada, sin presión, simplemente dejándose llevar. Destensó la cuerda y por primera vez desde que tenía consciencia, simplemente se deleitó con los manjares y se divirtió con la compañía, sin buscar nada más.

—¿Y tú Dylan? —Lo miró a los ojos —¿Cuál es tu historia? Tú no perteneces a la élite de nuestros jefes. Aunque tengas una buena posición, se nota que vienes de la cocina del infierno.

—¿La cocina del infierno? —preguntó él asombrado.

—Ya, veo que no tienes ni idea ¿verdad? —esta vez era ella la que lo miraba condescendiente.

—Ni idea, pero ilumíname —posó los codos en la mesa y apoyó la cabeza en las manos para prestarle toda la atención.

—Aunque el término viene de un barrio marginal de Londres, se hizo famoso en Nueva York, durante la investigación de un asesinato múltiple. Un reportero señaló que entre la 39 y la décima avenida se encontraba la Hell's Kitchen, la cocina del infierno, y señaló que toda esa zona era, probablemente, la más baja y sucia de la ciudad. Vamos que, si la mierda cagara, aquel sería el sitio —Dylan no pudo evitar reírse, Adele había sido clarificadora.

—Ríete, pero tras este artículo la sección de la calle 39 que está entre las avenidas Novena y Décima fue denominada de esa manera extendiéndose el nombre a toda el área circundante. Vamos que decir que vivías allí era como decir que eras un pobre diablo.

—No tenía ni idea —ella se rio.

—¿Es increíble verdad? —le dijo divertida.

—Lo es —Dylan estaba encantado porque había desaparecido la femme fatal y estaba hablando con la que podía ser su amiga, se sentía muy cómodo y muy interesado por lo que contaba.

—Yo siempre pienso que soy una de esas almas recién salidita de la cocina del infierno, aunque en versión española —Dylan iba a decir algo, pero Adele se adelantó —No te preocupes, que, aunque parezca increíble, entre la mierda crece la hierba y a veces el trébol de cuatro hojas —dijo ella divertida.

—No te entiendo.

—En ese sitio han crecido actores como Robert de Niro, Silvester Stalone o Alicia Keys

¡Imagínate!

—Es extraordinario.

—Lo es y más porque la cocina del infierno, se ha hecho famosa y sale en mil películas, convirtiéndola en lugar de culto. La zona se ha revalorizado, aunque no ha perdido del todo su encanto. Yo no pierdo la esperanza y sé que algún día llegará mi momento.

—Lo que no me queda claro, es que tengo que ver yo con la cocina del infierno —Realmente no sabía a donde quería llegar Adele.

—Tú no eres un chico bien, que viene de una familia perfecta y que le ha venido todo dado. Te has hecho a ti mismo y eso solo lo pueden lograr los que vienen de la cocina del infierno, metafóricamente hablando. De un sitio donde las cosas no son fáciles. Donde se aprende a luchar con uñas y dientes y solo puede haber dos escenarios. O mueres en el intento, o te haces casi invencible.

—Sí, siendo así, yo vengo de la genuina, la de Londres —Adele notó algo raro en su corazón, se llamaba empatía. Percibía tan buenas vibraciones que se olvidó totalmente de cualquier otra cosa que no fuera disfrutar de la conversación.

Dylan le explicó como había vivido en un barrio marginal, como había sido criado por una madre soltera y casi ausente, que dejó su juventud trabajando para darle una oportunidad y lo orgulloso que estaba. Adele sintió envidia. Aquel hombre de las cocinas del infierno, era capaz de amar a su progenitora y escalar por méritos propios hasta las faldas de los poderosos.

Cuanto más hablaba con él, le quedaba más claro que aquel chico era esa especie en peligro de extinción. Era noble y bueno de verdad. Le dio hasta pena que fuera tan vulnerable—

La cena se acabó y de vuelta al coche siguieron hablando y sentando las bases de lo que ella nunca había tenido, una verdadera amistad

Cuando Dylan la dejó en casa, todavía embriagada por el buen momento que había saboreado, cerró la puerta de su pequeño piso y se apoyó en ella con los ojos cerrados, pensando que podría permitirse vivir así. Dejarse llevar, relajarse...

El móvil empezó a sonar y a vibrar, agitando su minúsculo bolso de mano. Despertó de su sueño, como si la bella durmiente descubriera al abrir los ojos que su mundo ideal era en realidad un montón de ruinas cubiertas de espinos y maleza. Miró la pantalla. Suspiró, saliendo del hechizo. Esa era su realidad ¿Qué le había pasado?

—Hola Lio —dijo aun recomponiéndose.

—¡Joder! Te he llamado tres veces y nada. Me estaba preocupando —La voz de Lionel sonaba ciertamente enfadada.

—Tranquilo hombre, es que la cena se alargó y no era plan de hablar por teléfono con él delante.

—¿Te lo has follado? —Su iracunda voz, se iba volviendo jocosa.

—No. Ese chico es más difícil de lo que parecía.

—Joder, Adele, menos mal que os saqué una foto cenando, sino no tendríamos nada, pero ahora vas a tener que conseguir algo más —Volvía a sonar enfadado.

—Es un buen chico ¿sabes? y quizás podríamos dejarlo al margen —Intentó suplicarle.

—¡Fuck you!, ¿Qué coño te pasa?, a mí me importa una mierda el puto Dylan y la jodida Nora, sabes que mis objetivos son otros —Respiraba con dificultad por lo alterado que estaba —Eres tú la que te quieres vengar de esos cabrones. Yo solo me he ofrecido a ayudarte.

—Tienes razón —Lionel la había ayudado a desprenderse de aquella enajenación transitoria y le había recordado cual eran sus propósitos —Quiero que esa tía que mea colonia y ese malnacido

de su hermano, prueben de su propia medicina y sufran, sufran mucho. Ellos creen haber sido bendecidos por Dios y estar por encima de todos y cuando los pise como cucarachas, crujan y sientan que lo han perdido todo, seré feliz. Necesito volver a sentir esa adrenalina corriendo por mis venas, la misma que sentí cuando destruí al malnacido de mi padre y a su estúpida mujer, que en su lecho de muerte, me dedicó sus últimas palabras, para decirme lo mucho que me quería y lo que había disfrutado de cuidar de mí. Se moría tan convencida de haberme dado una buena vida, que no pude más que sacarla de su error. En sus últimos halos de vida, se retorció oyendo como me había follado a su marido y como había disfrutado haciéndolo.

—Entonces, ¿seguimos adelante? —dijo él con la voz ronca por el deseo, tras oír su alegato.

—Por supuesto. Dylan es un buen tipo, pero que cojones, cuando me ha importado eso. Sólo es un daño colateral. Estoy impaciente por que le hagas lo que tienes planeado.

—Será un placer. Me excito solo de pensarlo —Hizo una pausa —En media hora estoy en tu casa, gatita. Voy a aliviar lo que ese eunuco no ha podido. Espérame en la cama y prepárate para sexo duro. Quiero castigarte por no haber cumplido con tu trabajo. Voy a ser implacable.

—Lo estoy deseando —Jadeó. Pocos hombres podían dominarla como lo hacía él. Era agresivo, posesivo y despótico. No se dejaba llevar por los sentimientos y a ella le encantaba esa sensación. Sus relaciones eran violentas, cada vez que ella intentaba imponerse, él la dominaba. Le gustaba asfixiarla hasta que se rendía o atarla y pegarle hasta que aceptaba su dominación. Estaba encantada. ¡Joder! Era el único hombre que sabía darle lo que necesitaba, entenderla y ponerla en su sitio. Estaban hechos el uno para el otro, así que por muy bien que le cayera Dylan, lo iba a utilizar y retorcer hasta que su amante y ella consiguieran su venganza.

Después de que Lionel la visitara y su cuerpo quedara lleno de marcas producidas por los latigazos, quedó profundamente dormida. Solo él, con sus juegos sádicos, la aliviaba lo suficiente para poder conciliar el sueño, pero esa noche tenía algo distinto a las demás. Normalmente, no recordaba sus sueños y cuando lo hacía eran pesadillas horribles en las que sufría mucho, pero esa noche, al contrario, había quedado grabado en su consciente después de despertar. Era una niña. Una niña feliz e inocente. Tendría unos ocho años. Paseaba por un parque sonriendo. Los rayos del sol calentaban su piel y caminaba tranquila, acariciando las flores de los jardines con las yemas de sus dedos, sintiendo las cosquillas que le producía ese sutil roce. Se sentía radiante. A lo lejos divisó a un hombre que la observaba. Parecía sonriente pero no lograba verle la cara, había demasiada distancia. Poco a poco fue acortando el tramo que los separaba. Quería verle bien, su presencia le daba paz y sentía que quería estar cerca.

Según se aproximaba le pareció que aquel hombre tenía el rostro de Dylan, sereno, paciente, hermoso. Le sonrió. Al verla él se puso serio y le dio la espalda. En ese momento Adele se despertó llamando suplicante al joven ejecutivo y gritando un lo siento.

El Vengador.

—Diga —la voz de Dylan era tan sensual, tan ronca, tan varonil, que con solo una palabra había conseguido que se estremeciera.

—Hola Dylan. Soy Nora —un silencio acaparó los siguientes segundos.

—¿Sigues ahí? —dijo por fin Dylan.

—Sí, perdona...me gustaría hablar contigo, si no estás muy ocupado.

—Tema profesional o personal —Nora tragó saliva. Demasiado frío pensó.

—Personal —acertó a decir.

—Entonces, mejor lo tratamos fuera de las horas de trabajo. Hay que ser profesionales ¿No te parece?

—Si...claro —joder, que idiota se sentía.

—Ahora me voy para reunirme con unos clientes fuera, pero si te parece a eso de las ocho te busco y hablamos ¿de acuerdo?

—Si...claro —tornó los ojos. No entendía porque no le salían las palabras cuando intentaba hablar con él. Dylan le lanzaba puyas constantemente utilizando un tono sarcástico y glacial. Se lo tenía merecido.

—¿Dónde te recojo?

—Estaré...todavía en la oficina. Recógeme aquí —Colgó sin entender que efecto tenía ese chico en ella, que no le salían ni las palabras al notar su distancia

<< ¿Qué narices iba a hacer hasta las ocho en la oficina?>>, bueno intentaría adelantar trabajo, pensó.

Se había puesto los auriculares de su Ipod y se había concentrado en la hoja de Excel con los balances del año anterior, que debía revisar para la próxima auditoría de cuentas. Había conseguido olvidarse de Dylan y concentrarse en el trabajo, cosa que últimamente le costaba bastante porque la mente se le iba a cierta habitación de hotel y a los ojos gris tormenta del guapo ejecutivo, cuando aún la miraban con deseo y anhelo.

Levantó la vista y se dio cuenta que ya solo quedaba luz en su oficina. Todo el mundo se había ido. Estaba tan absorta en su trabajo y en sus pensamientos, que no se dio cuenta ni de la hora que era. Miró su reloj, las ocho y media. Vaya, parecía que Dylan, le había dado plantón. En un primer momento pensó que era de esperar, ya se había mostrado reacio a hablar por la tarde, así que aplazarlo para después del trabajo era una buena excusa para no aparecer. Seguro que mañana se disculparía con que la reunión se había alargado más de lo esperado y listo, problema que se había ahorrado. En el fondo pensaba que era mejor así. Había sido un impulso absurdo quedar con él para hablar. No tenía pensado que decirle, solo se dejó llevar irreflexivamente, muerta de celos imaginándoselo con Adele, necesitando volver a tenerlo cerca, añorándolo como a nadie. pero ahora más calmada creía que quizás fuera lo mejor. ¿Qué podía exigirle ella? Habían tenido unos encuentros sexuales maravillosos, que en el fondo era lo que pretendía en un principio. Aquello no se podía considerar una relación y por lo tanto nada había que decir. Nada podía pedirle y, sin embargo, no era capaz de evitar querer más. No debía dejarse llevar por la ensoñación de que un chico podría sentir algo por ella, ilusionarse y luego volver a llevarse una desilusión. Debía

mantener la cabeza fría, no soportaría otro desencanto. Así que el hecho de que él le diera plantón, era un alivio y las cosas no se complicarían más.

Aun convencida de que Dylan ya no aparecería, decidió finalizar la hoja de Excel que estaba revisando y darle un poco más de tiempo, porque a pesar del discurso de auto convencimiento que se repetía, en el fondo quería verle aparecer por la puerta y que le dijera que era la mujer de su vida, aunque se negara a reconocérselo a sí misma.

Volvió a levantar la vista antes de sumergirse en el trabajo, tenía una sensación extraña, como si alguien la observara desde las sombras del fondo de la zona exterior a su despacho. No vio nada, así que siguió con el balance.

A las nueve, cerró su portátil y decidió que una hora era margen suficiente. Cogió el bolso y apagó las luces del despacho. Todo estaba en penumbra, pero se las arregló para salir entre las mesas con la tenue iluminación de las luces de emergencia.

Al avanzar en dirección al ascensor, sintió otra vez algo extraño. Esa sensación perturbadora de estar siendo observada. Se giró para comprobar si había motivo para su inquietud y entonces, sin darle tiempo a reaccionar, algo se abalanzó sobre ella, haciendo que en la caída se golpeará en la cabeza con el extremo de una de las mesas.

Perdió el conocimiento y cuando volvió en sí, aturdida, notó un líquido caliente resbalando desde su cabeza hasta el cuello. Estaba sangrando por el golpe. Intentó tocarse, pero se dio cuenta que estaba maniatada y amordazada. Abrió los ojos para ver en la penumbra y al lado de ella, descubrió un bulto negro, que por la complexión era un hombre corpulento. Estaba agachado atándole los tobillos. Tanteó la posibilidad de mostrar resistencia, pero era imposible. Aquel individuo tenía más fuerza que ella.

Sintió como aquel sujeto enorme, se sentaba a horcajadas encima de sus caderas. En ese momento, tuvo claro cuál era su destino. No era un secuestro, era una violación.

Y lo confirmó cuando comprobó, por el sonido y los movimientos que hacía encima de ella, que el asaltante estaba desabrochándose el pantalón. Después se agachó para subirle la falda de tubo, mientras le susurraba al oído en inglés, con acento americano:.

—Zorrita, cuando acabe contigo, tu padre y tu hermanito tendrán motivos para estar jodidos.

Notaba en su cara el aliento caliente de aquel indeseable. Apestaba a whisky. Era nauseabundo. Quería gritar, revolverse, pero no podía y las lágrimas empezaron a escapársele a borbotones en un llanto incontenible.

—Eso princesita, sufre un poco, que quede patente lo que pasa cuando tocan lo que es mío. Vas a soportar en tus carnes la venganza y te va a doler, mucho.

Nora no entendía nada. Cerró los ojos e intentó no darle el gusto de verla gimotear de miedo. Sintió como rasgaba su tanga y cuando ya sabía que no había ninguna salida, cuando ya no albergaba ninguna esperanza e intentaba asumir cuál era su inevitable destino, oyó el ruido de un ascensor al moverse, seguido de la tenue luz que salía de su interior al abrirse, luego unos pasos.

Abrió los ojos, ladeó la cabeza y vio a Dylan, antes de que las puertas del ascensor se cerraran de nuevo y todo volviera a quedar en penumbra. Suspiró aliviada, pensando que estaba salvada pero unos segundos después, volvió a sentir los pasos alejándose. Volvía hacia el ascensor.

Comprendió que al verlo todo a oscuras, y al llegar tan tarde, él habría pensado que ya se había ido y ojalá lo hubiera hecho, pero allí estaba con aquel hombre encima que ahora permanecía inmóvil a la espera de que Dylan desapareciera.

Tenía que hacer algo, debía conseguir llamar su atención. Encogió las piernas y con todas las

fuerzas que le quedaban golpeó una de las mesas que tenía a sus pies y entre las que estaba prácticamente encajada, haciendo que el monitor del ordenador se precipitara al suelo provocando un gran estruendo.

El asaltante, al percatarse de que el alboroto había alertado al hombre que se iba a montar en el ascensor, se puso en pie y echó a correr entre las sombras. Segundos después las luces de la oficina se encendían.

Dylan seguía sin verla para desesperación de Nora, así que volvió a empujar la mesa y a gruñir. Por fin Dylan se agachó, para mirar entre los escritorios, en la dirección de la sacudida y en la distancia sus ojos se cruzaron. El pánico se dibujó en la cara del apuesto ejecutivo que quedó paralizado.

Tras un instante, se recompuso, corrió hacia Nora, y la abrazó a la vez que sacaba su teléfono móvil para llamar a emergencias.

Con cuidado le quitó la cinta adhesiva de la boca.

—¡Dylan!, Dylan!, ¡puede andar por aquí todavía! —Le gritó. Se levantó y miró por todas partes, antes de volver a su lado.

—Aquí no hay nadie. Se ha ido —Nora empezó a llorar nerviosa, mientras él intentaba desatarle las muñecas.

—Si no llegas a aparecer... —dijo sollozando— ...me dijo unas cosas horribles —empezó a hipar y a balbucear —...me iba a hacer cosas horribles.

—Tranquila nena, ya estás a salvo. Nada malo te va a pasar —La abrazó con ternura, notando como el cuerpo de Nora temblaba sin control —psssss ya pasó... cariño, tranquila. —Nora apoyó la cabeza en su hombro y se dejó querer. Él la tenía agarrada como si estuviera acunando a un niño y empezó a mecerla. Ese suave movimiento y el calor que desprendía su cuerpo hicieron que poco a poco, empezara a tranquilizarse. Dylan le aportaba seguridad, sosiego y un montón de ternura que en ese momento necesitaba. Así que simplemente cerró los ojos y se quedó en sus brazos, hasta que el personal sanitario hizo que se separaran.

La jaula del petirrojo

Walter me acercó el correo a la mesa mientras cenaba. Le miré y pensé que había llegado el momento de tener una conversación que llevaba aplazando demasiado tiempo

—Walter ¿no tienes nada que comentarme? —Le dije mirándole de reojo.

—Creo que no señora —agachó la cabeza y bajó la mirada.

—Pues a mí me parece que sí —Me miró sobresaltado —ya no eres un crío y si la quieres debes dar el paso. No sé a qué estás esperando.

—Señora...yo....

—Walter, lleváis años de relación, es evidente, pero no podéis seguir manteniéndolo en la clandestinidad, debéis estar juntos como una verdadera pareja.

—¿Usted cree?, no es correcto que el servicio confraternice señora.

—Lo hacéis igual, aunque en secreto —Me levanté y le puse una mano en el hombro —si la quieres yo te ayudaré.

—La quiero señora.

—Pues no hay más que hablar, se lo comentaré a Arfan y veremos cómo organizarnos ¿de acuerdo?

—Si, señora —Le abracé y se fue con una sonrisa en la cara

Volví a sentarme y ojeé el correo. A parte de facturas, había una invitación a una exposición y un sobre dirigido a mí, sin remitente. La curiosidad me hizo empezar por ese.

Sofía,

Me ha decepcionado. Han pasado meses y no ha hecho absolutamente nada, así que me toca mover ficha. Le aseguro que esa zorra y su marido me las van a pagar.

Su hijo Namir también está empezando a tocarme los cojones, así que igual él también necesita un correctivo, quizás toda la familia lo necesite.

No crean que me van a quitar lo que es mío. A lo mejor, les quito yo algo para que vean cómo se siente uno cuando es ultrajado

Tendrá noticias mías,

El vengador

Pegué un grito y corrí escaleras arriba a buscar a Arfan que se estaba desvistiendo. Al verme entrar con tal cara de asombro se acercó alarmado.

—Mira —le tendí la carta. Se detuvo a leerla —Debes decirme que pasa aquí Arfan, me estoy poniendo nerviosa.

—Creo que ya sé quién puede ser. Hay que alertar a Namir y a Nora, para que extremen precauciones. Contrataré seguridad.

—¿No vas a contarme nada?

—Aun no puedo, pero lo haré —La miró a los ojos —Confía en mí.

—Estoy perdiendo la paciencia Arfan, esto se está poniendo peligroso con estas amenazas.

—Lo sé, cariño, lo sé —Me abrazó —Confía en mí, estoy protegiendo a un ser querido.

—¡A quien!, tienes que decirme algo, por favor. Confía tú en mí —Miró al suelo y suspiró.

—Se trata de Sandra —Dijo por fin.

—¿Sandra? ¿Qué le pasa?

—No puedo contarte más, de verdad. Ella recurrió a mí en Londres y tengo que protegerla.

—Está bien, haz lo que tengas que hacer —me besó y se fue nervioso

Cuando Arfan entró llamándome a gritos, estaba visiblemente nervioso.

—¡Nora está en el hospital!, tenemos que irnos —Me dijo cuándo se tropezó conmigo mientras salía a su encuentro al oír su voz desde la cocina.

—¿Qué ha pasado? —Me puse pálida, cada vez que alguien me avisaba de que un ser querido mío estaba en el hospital, las cosas nunca acababan bien.

—No sé con certeza, tenemos que ir hasta allí.

—¿A dónde?, ¿A qué hospital? —Mi barbilla temblaba. Estaba a punto de ponerme a llorar.

—Al doce de octubre —Me agarró por la mano y me llevó casi en volandas hacia el coche.

—No, no, no —Ya no pude reprimir las lágrimas, recordando a mi padre y a mi madre. Mismo hospital, similares resultados. No podía ser que la muerte me volviera a asediar de esa forma tan infame, arrebatándome a un ser querido

En el coche nos esperaba Walter con cara circunspecta. Montamos en la parte de atrás y arrancó a toda velocidad.

—Toda va a salir bien —Me dijo Arfan visiblemente emocionado .

—¡No lo sabes! —le grité y él solo acertó a abrazarme, mientras me sumía en un largo sollozo

Todavía no sé cómo llegamos al hospital, ni cuánto tiempo pasó, ni siquiera recuerdo haberme bajado del coche, pero de repente estaba en la puerta de urgencias y Dylan salía a nuestro encuentro.

—¿Qué ha pasado? —Le interpeló Arfan con semblante serio.

—Un hombre la ha atacado en la oficina y...llegué a tiempo, antes de que... —Inclinó la cabeza hacia el suelo, apretó los labios y no terminó la frase —pero se llevó un golpe en la cabeza muy fuerte cuando la abordó, le están haciendo pruebas. Está mareada, tiene una brecha grande, pero está consciente y aparentemente serena.

—¿Pero quién?, ¿por qué? —acerté a decir.

—No lo sé, no pude verlo —Negó con la cabeza como echándose la culpa —la policía está haciéndole algunas preguntas, a ver si recuerda algún detalle y luego quiere hablar con nosotros

En ese momento, Namir, Sandra, Maribi y Robert entraban por la puerta con paso rápido.

—¿Qué ha ocurrido? —Dijo Namir.

—¡La han atacado!, ¡la han atacado! —Dije casi al borde un ataque de ansiedad. Me costaba respirar y me apoyé en el brazo de Arfan, al ver como las fuerzas me fallaban.

—Tenemos que serenarnos y hablar —Combino Arfan —La policía está adentro. Va a hacer preguntas y debemos darles respuestas —Al decir eso miró directamente a Sandra.

—No puedo —Dijo ella, ante el asombro de todos los demás.

—Ya no es sólo por ti Sandra. Va a hacer daño a más gente, de hecho, ya lo está haciendo. ¡Ha atacado a Nora! Debemos parar a ese sádico. Debemos poner al corriente a la policía.

—¡No!, no puedo —Se llevó las manos a la cara y se puso a llorar.

—¿Me podéis explicar lo que está ocurriendo aquí? —Dijo Maribi.

—Si no lo haces tú, lo haré yo Sandra. No puedo seguir callando esto —Arfan usó un tono comprensivo pero decidido.

—Está bien. Busquemos un lugar tranquilo y os lo contaré a todos —No podía levantar la cabeza ni dejar de llorar

En ese momento, dos policías nacionales, un hombre y una mujer, salieron por la puerta de boxes y se dirigieron directamente hacia nosotros.

—¿Son la familia de Nora Al Saud? —Dijo la mujer.

Todos asentimos sin decir palabra.

—Si son tan amables, acompáñennos a una salita para hablar —Dijo el hombre.

Les seguimos en silencio. Salimos de urgencias y nos condujeron a una sala de espera vacía que estaba en la zona de consultas, cerrada a esas horas. Nos indicaron que tomáramos asiento, señalando las sillas, situadas en forma de U, pegadas a la pared de la estancia. Ellos se quedaron de pie, apoyados en la puerta.

—Soy la agente María Menéndez. Lo primero decirles que Nora, está bien. Le han cerrado con puntos la brecha de la cabeza y aunque tiene una conmoción, las pruebas no indican signos de traumatismo ni nada aparentemente grave —Suspiré aliviada y sin poder evitarlo, para descargar la tensión, me puse de nuevo a llorar. Arfan me abrazó.

—Tranquila. Todo va ir bien —Me susurró al oído. Aquella frase me había molestado muchísimo en el coche, pero ahora era verdad, parecía que todo iba a ir bien. Le agradecí con la mirada sus caricias y sus palabras reconfortantes.

—Soy el compañero de María, el agente Pablo Velasco —Inclinamos la cabeza a modo de saludo y después nos pidió que nos presentáramos uno a uno para conocer nuestro nombre y el parentesco con la víctima. Finalizado el trámite, continuó —¿Saben si Nora tenía algún enemigo, alguien que la acosara, alguna amenaza?

—Nora no tenía nada de eso, pero si tenemos una sospecha —Combino Arfan.

—Pues ustedes dirán —dijo María, sentándose y sacando una libreta pequeña y un bolígrafo del bolsillo de su camisa azul. Arfan miró a Sandra y esta tragó saliva antes de tomar la palabra.

—Cuando estaba en Estados Unidos, me prometí con un chico. Se llama Lionel Stuart —La agente anotó el nombre —la relación se deterioró bastante y me empecé a arrepentir de haberme comprometido tan rápido —Cerró los ojos —Lo conocía desde la universidad y parecía un joven fantástico. Siempre pendiente de mí, muy romántico. No sé, todo iba rodado.

—Entiendo que algo cambió cuando me están insinuando que es un sospechoso —Apuntó María.

—¿Lionel sospechoso de atacar a Nora? —Dijo Maribi, poniéndose en pie —No tiene sentido.

—Si lo tiene, siéntate y deja a Sandra que se explique —la invitó Arfan y Maribi aceptó sin protestas.

—Primero nos prometimos y luego me convenció para que me fuera a vivir con él. ¿Para qué tener dos viviendas cuando íbamos a casarnos? —Otra vez asentimos, mostrando que era algo lógico —Y ahí todo cambió.

—¿Qué ocurrió? —mientras el agente Velasco preguntaba, Sandra se puso a llorar.

—No puedo, no puedo contarlo.

—Hija, tienes que hacerlo. Solo así podremos ayudarte —Intervino Robert que hasta el momento había estado callado. Se levantó, se sentó al lado de su hija y le cogió la mano —Nosotros no te vamos a juzgar, queremos estar a tu lado y apoyarte. Debes liberar esa carga— Ella asintió como una niña pequeña obediente.

—Lionel cambió. Empezó a mostrarse muy posesivo. No me dejaba apenas salir de casa, sino

era con él y donde él quería. Perdí todas mis amistades y me pasaba el día encerrada esperándolo. Aun así, yo creía que le amaba y quería hacerle feliz —Negó con la cabeza y ya todos éramos conscientes por donde iban los tiros.

—¿Te pegaba? —dijo Maribí con la voz temblorosa.

—Sí. A veces se enfadaba mucho y se ponía violento, pero lo peor era como me hacía sentir. Me insultaba, me decía que era un desastre, que parecía una barriobajera, fea, gorda, sin clase, que se avergonzaba de mí, no sé, cosas que me iban minando. Empezó a decir que le daba vergüenza mostrarme en público y dejó de llevarme a las comidas, cenas y fiestas a las que solíamos acudir juntos.

—¿Qué cabrón! —Gritó Namir sin poder controlarse. Todos giramos la vista para mirarle mientras Sandra, como si no lo hubiera oído continuó.

—Dejé de quererle a la misma velocidad que dejaba de quererme a mí misma y ahí sí que vino lo peor.

—¿Hay algo peor que lo que estás contando? —preguntó Dylan, y ella asintió.

—No quería acostarme con él y empezó a forzarme —Suspiró —Apenas lo veía, incluso había días que ya no venía a dormir, pero cuando lo hacía y yo no quería tener relaciones sexuales me forzaba de forma violenta. Era agresivo y se despachaba a gusto con mi cuerpo —Levantó un poco la mirada —Os juro que intentaba defenderme, pero es muy fuerte. Es el típico jugador de fútbol americano —suspiró —y pensar que eso me gustó de él. Era atlético, el quarterback y cuando se fijó en mí en la Universidad me sentí afortunada. Tenía una corte de chicas preciosas detrás de él y se fijó en mí. ¡No podía creérmelo!

—¡Dios mío! —Maribí se llevó las manos a la boca y ahogó un grito —Por qué no contactaste con nosotros. Te hubiéramos sacado de ese infierno.

—Mama, apenas lo puedo contar ahora. No, me sentía avergonzada. Me echaba la culpa de ser tan idiota. Incluso llegué a pensar que me lo merecía, en parte porque era lo que él me decía, que me lo merecía. Solía recordarme que, en buena hora se fijó en mí, que él podía estar con cualquiera y había acabado con la chica más siesa que había en la universidad.

—Avancemos ¿Qué tiene que ver esto con Nora? —Preguntó el agente Velasco, al que reprendió su compañera con la mirada, por la clara falta de tacto.

—Un viernes, que sabía iba a llegar tarde, porque tenía la partida de póker con sus amigos, llamé a una antigua amiga, pidiéndole ayuda. Me vino a buscar, guardé cuatro cosas en una maleta y me llevó a su piso —Entre lágrimas, dibujó una mueca triste con la boca —Fue muy comprensiva, pero yo notaba en su cara el reproche, por ser tan débil, por haberme dejado denigrar de esa manera. Sé que me lo merecía, pero no me ayudaba mucho sentirme juzgada, aunque fuera con la mejor intención —Sandra se puso a llorar con más fuerza y atrapó sus piernas, rodeándolas con sus brazos contra su pecho.

—Si les parece, vamos a parar un poco. Sandra tiene que relajarse, tomar un té o tomar un poco el aire —Dijo Robert.

—Cierto. La acompañaré a la cafetería —La agente se puso en pie y con delicadeza agarró a Sandra del brazo y la llevó fuera.

—¿Vosotros sabíais todo esto? —Preguntó Maribí —Porque si es así, os mato por no habérmelo contado.

—Yo lo sabía, pero ella me hizo prometerle que no lo contaría. Los demás no sabían nada.

—Joder, esto es horrible —Maribí se puso a llorar y Robert se volvió a mover de asiento para abrazarla y consolarla.

—Maribi, tu hija ahora no necesita lágrimas de pena, ni compasión, ni reproches —Le dijo algo enfadado —Necesita tu comprensión y que seas fuerte por las dos. Así que haz el favor.

—Está bien, está bien —Se secó las lágrimas y se apoyó en el hombro de su marido —Voy a matar a ese cretino —Añadió. Todos nos quedamos en silencio, hasta que Sandra volvió a entrar con la agente. Parecía más calmada. Esa policía sabía lo que se hacía, creo que no es la primera vez que trata con víctimas de violencia contra la mujer, pensé.

—Si te parece bien, podemos continuar Sandra —Dijo la inspectora y Sandra asintió.

—Me quedé en casa de mi amiga, Amanda Espinosa —Detalló por si tenían que contactar con ella —y durante unos días todo fue bien. Empezaba a sentirme mejor, aliviada por haber dejado atrás a aquel animal. Por Amanda, me enteré que en la Universidad varias chicas hablaban de su carácter violento con las mujeres y que estaba loco, pero nunca se atrevió a confesármelo, porque creía que yo estaba bien con él. La verdad es que ahora no sé qué le vi. No teníamos nada en común y encima era un sádico —Negó con la cabeza —En fin, me había librado de él y ya había acabado la pesadilla, pero una noche, que Amanda estaba con turno nocturno en el hospital, Lionel se presentó con dos amigos. Me había localizado —Sandra empezó a temblar y otra vez Robert cambió su sitio para abrazarla —Empezó a golpear la puerta —Cerró los ojos —«Putas, te vas a enterar. A mí no me abandona nadie y sale de rositas» me gritaba, mientras entre los tres tiraban la endeble puerta abajo.

—¡Podían haberte matado, hija! —Comentó Maribi. Ante mi mirada de reproche agachó la cabeza y se calló.

—Y casi lo hacen. Se abalanzaron sobre mí. Uno de sus amigos me violó, mientras Lionel miraba y lo jaleaba. El otro amigo, que era grande como un armario, me sujetaba. Cuando el primero terminó, les indicó que se intercambiaran y fue el turno del gigante —Sandra estaba a punto del desmayo, pobre, si dura había sido la experiencia, tener que recordar y contarlo delante de tanta gente la estaba haciendo polvo. Miré a Namir, que se tapaba los ojos con las manos y negaba con la cabeza —Por su puesto el último fue él, que decidió que prefería otro orificio y me desgarró el ano, mientras me decía al oído «Putas, eres mía ¿entiendes?», casi no podía moverme así que me agarró del pelo y me hacía asentir «Nadie me deja sin pagar las consecuencias», «Nunca en la vida, volverás a estar con otro, porque siempre me recordarás a mí y si lo haces, te juro que os mato» —Tragó saliva —Por la mañana Amanda, me encontró en el suelo del salón, en unas condiciones que espero no tenga que explicar —La agente negó con la cabeza —Me llevaron al hospital donde me curaron el cuerpo pero no el alma y cinco días después cuando me dieron el alta, cogí el primer vuelo que salía para Londres.

—¿Cómo?

—Sí mamá. Volví a Londres, pero no estaba preparada para enfrentarme a esto, así que recurrí a mi padrino —Todos se giraron para mirar a Arfan y él asintió.

—Sandra me pidió ayuda, me hizo prometer que no contaría jamás a nadie lo que había ocurrido y me suplicó tiempo para recuperarse, antes de volver con su familia. Le busqué una terapeuta y la dejé quedarse en mi casa hasta que se sintió con fuerzas.

—Joder —exclamó Maribi.

—Tú hubieras hecho lo mismo si se tratara de mi hija —Contestó Arfan, sin que nadie le hubiera preguntado, y Maribi, asintió.

—Sigo sin ver la conexión —Añadió el agente Velasco.

—Mientras estaba en casa de Arfan, recibí un whatsapp de un número desconocido —Sacó el móvil, buscó y se lo enseñó

<<Put a, ¿ya te estás acostando con el príncipe? Eres mía y me la vas a pagar. Recuerda: no vas a poder estar con otro hombre. Te estoy vigilando>>

Le devolvió el móvil tras leer la aterradora amenaza.

—No le dije nada a Arfan para no alarmarle, y decidí que era el momento de volver a Escocia con mis padres. A partir de ahí no volví a tener noticias, hasta que regresé a Madrid.

—¿Y qué pasó en Madrid? —Preguntó la agente Menéndez.

—Que un día que estaba con Namir comiendo en un restaurante, recibí otro mensaje de otro número desconocido —Volvió a buscar y le tendió el móvil a la policía

<< ¿Primero el padre y luego el hijo? Se os ve muy a gusto puta, pero esto lo vais a pagar tú y su familia. Dolerá. La venganza será lenta>>.

—¡Joder!, esto explica muchas cosas —Comentó Namir, que se había mantenido en un perfil bajo hasta el momento.

—Hoy he recibido una foto de Nora en su oficina, frente al ordenador, con el pie de foto <<Lo que le pase será culpa tuya>> y al poco tiempo recibimos el aviso de que estaba en el hospital — Sandra no podía más, le temblaba la barbilla y apenas le salía la voz del cuerpo.

—¡Oh Dios mío! —Dije echándome las manos a la cabeza. Arfan me abrazó.

—Además, Sofia recibió dos cartas. En la última amenazan directamente a nuestra familia — Dijo Arfan a los agentes y yo asentí.

—Las tengo en casa, si quieren, le pido a Walter que se las traiga —Dije decidida.

—¿Quién es Walter? —preguntó el agente Velasco.

—Nuestro asistente —Contestó Arfan, mientras el agente nos miraba arqueando una ceja y poniendo cierta cara de asco, demostrando que no le gustaban las personas que tenían asistentes y una economía holgada. No le juzgué. Al fin y al cabo, seguro que se mataba trabajando para tener una nómina de mierda y era fácil calificar a la gente como nosotros que, desde su visión, lo teníamos todo por ser quien éramos. Aunque por mucho dinero que tuviéramos y con lo que se estaba contando allí, era para tener algo de empatía, algo que él no mostraba.

—Si, por favor, llámelo y que nos las traiga —La agente Menéndez nos dedicó una sonrisa cómplice. Está claro que es mucho más profesional que su compañero.

—Y ahora, ¿podremos ver a Nora? —Dije angustiada porque seguía sin saber nada de mi hija.

—Es posible que no la puedan ver hasta mañana —La agente me miró con cara condescendiente —Ya saben, la tienen en observación, pero antes quería comentarles alguna cosa más que no queda explicada con esta historia.

—Usted dirá —Dijo Arfan, dispuesto a desenmarañar toda laguna que pudiera quedar.

—Nora nos ha comentado que hace un año más o menos, recibió, durante bastante tiempo, poemas de un admirador anónimo ¿Lo sabían? —Nos miramos unos a otros, y negamos con la cabeza, salvo Dylan que no hizo ningún gesto.

—Esos mensajes cesaron y han vuelto esta última semana, concretamente un poema y una canción en una tarjeta de memoria.

—¿Creen que está relacionado? —Dijo Arfan, intentando atar cabos.

—No es probable que hace un año el prometido de Sandra ya estuviera acosando a Nora — Dijo Velasco.

—No es un acoso —dijo Dylan, que no había hablado hasta el momento.

—¿Cómo dice? —Preguntó la agente.

—Que no era un acoso —Dudó un momento —Yo le escribía esos poemas —Todos le observamos con mirada acusatoria.

—Conozco a este chico y no es un acosador —Alegó Arfan en su defensa.

—Sin embargo, Nora enseguida lo relacionó. Se sentía desconcertada con esa situación de los anónimos y no es muy normal, la verdad —Giramos la cara hacia Dylan. Nos debía una explicación.

—Nora es una chica muy inaccesible, me sentía intimidado, pero...pero también muy atraído y no sabía cómo entrarle, así que se me ocurrió lo de los poemas, pero era algo inocente. Lo dejé cuando me trasladé a Londres y cuando volví a Madrid, no pude evitar dejarle otro poema. Luego ocurrió algo entre nosotros y le dediqué la canción.

—No sé qué pensar Dylan —Le dije enfadada.

—Les aseguro que mi mensaje no era nada amenazante, solo una forma de intentar ablandarle el corazón, porque Nora es muy difícil. Ustedes la conocen.

—Si, dice la verdad —Apoyó Arfan —mi hija es muy dura, no creo que esto tenga nada que ver, además fue él, el que la encontró y llamó a urgencias.

—Si, desde luego es el único testigo.

—¿Soy para ustedes un sospechoso?

—No cerramos ninguna línea de investigación. De momento tenemos varios focos, y no vamos a descartar ninguno.

—Necesito que cojan al monstruo ¿Lo harán? —Interrumpió Sandra, casi en estado de enajenación.

—Si —Contestó escuetamente la Agente.

—Necesito que lo hagan, porque la herida se reabre una y otra vez. Necesito que detengan al monstruo, para estar a salvo y empezar de nuevo. Por favor —Se tiró al suelo de rodillas y se puso a llorar mientras juntaba las manos como si rezara —Dylan no es el culpable, es ese monstruo, les he enseñado la foto que me mandó antes de agredirla.

En ese momento entró un hombre vestido de azul en la sala. Evidentemente era un médico y Robert aprovechó para levantar a su hija y abrazarla.

—Nora pregunta por sus padres, ¿Podrían acompañarme para verla? —Asentí y me puse de pie para seguirle. Antes de salir, miré a Arfan que ya estaba a mi lado.

—Quiero que pongas vigilancia, no me apetece que alguien se cuele en urgencias y termine su trabajo.

—Nosotros nos ocuparemos —Dijo el agente Velasco.

—Y se lo agradezco, aun así, no pasa nada por redoblar los esfuerzos y también con Sandra y Namir —Arfan asintió y salí de la habitación siguiendo al doctor cogida de la mano de mi marido, que siempre me reconfortaba y me daba seguridad.

Cambio de Rumbo

Cuando entramos en el box, no pude más que echarme las manos a la boca para tapar mi expresión de susto.

Nora estaba tumbada con un vendaje en la cabeza y un gran derrame que le bajaba hasta el ojo

—¡Hija! —me abalancé sobre ella y la abracé. Las lágrimas empezaron a rodarme por la cara.

—Tranquila mama. Ya pasó —Me acarició la cabeza para consolarme.

—Sofía, hemos venido para animarla, no para que ella tenga que consolarte —Dijo muy serio Arfan.

—Sí, lo siento —Me incorporé, me sequé las lágrimas y la miré con ternura —¿Cómo estás?

—Pues como si una manada de Ñus, de esos de los documentales, me hubiera pasado por encima en medio de una estampida —Intentó reírse, pero puso una mueca de dolor —La cabeza —indicó para explicar su expresión.

—Ahora, tienes que recuperarte y olvidarte de toda esta mierda —Dijo Arfan.

—Sí, pero bueno, me sentiré más cómoda si lo pillan, la verdad —Giró la cabeza al otro lado para no mirarnos —Su intención era violarme, pero Dylan llegó antes —Volvió de nuevo la cabeza —No quiero que intente terminar su trabajo.

—Los inspectores que han asignado al caso me han parecido bastante competentes y yo encargaré también una investigación privada.

—Gracias papá —Nora cerró los ojos un momento.

—No son necesarias...no sé cómo no pude prever que esto podía pasar.

—¿Y cómo ibas a saberlo tú? —Abrió ligeramente los ojos para mirar a su padre.

—Es una larga historia, pero ahora no es el momento de entrar en detalles.

—Está bien, de todas formas, quiero comentarte algo.

—Tú dirás hija —Arfan se acercó para acariciar su pelo.

—Después de la gala, voy a abandonar la fundación.

—¿Por qué? Nadie va a volver a entrar en la empresa sin acreditación. Te lo prometo. Voy a instalar unas puertas de seguridad.

—No, no es por eso —Respiró hondo —Llevo toda la vida escondiéndome de todo y como no podía ser de otra manera, me escondí detrás de la mesa de mi despacho y del trabajo de la fundación para no vivir.

—Pero el trabajo te gusta —Añadió Arfan.

—No papá, me da seguridad —Volvió a cerrar los ojos —Después de la gala, buscaré una casa en algún pueblo mediterráneo. Me dedicaré a pintar, a leer, a escribir, a dar paseos al atardecer por la playa, no sé, a hacer todas las cosas que abandoné porque no eran prácticas.

—¿Eso es lo que quieres? Parece como una revelación tras este incidente traumático, con tiempo quizás lo veas de otra manera —Insistió Arfan

—No te voy a negar que con este incidente me ha dado por pensar. Creí que me iba a matar y entonces me planteé qué coño había hecho con mi vida.

—Y decidiste que, si salías de esta, cambiarías.

—Sí. Voy a hacer todo lo que me gusta y me negué a disfrutar por miedo. Ya está bien de

esconderme y además puedo hacerlo, porque para eso está el dinero. Solamente con la asignación mensual que me da el abuelo, tendría para vivir holgadamente cien vidas papá y no estoy viviendo ni la mía —Había permanecido callada, no quería interferir en la conversación, pero estaba de acuerdo con Nora. Debía buscar su camino y dejar por fin de esconderse.

—Pues si está decidido, después de la gala te ayudaremos a encontrar esa casa.

—Gracias papá.

—No hay porqué. Te quiero Nora

Los dos se fundieron en un abrazo y sentí, una vez más, lo afortunada que era por tener una familia como la que tenía y sobre todo me sentí orgullosa de Arfan. Sin duda era el hombre más maravilloso del mundo.

Robert, Maribi, Dylan, Sandra y Namir, estaban en la sala de espera sin cruzar palabra. Ya se habían dicho demasiadas cosas y nadie sabía cómo reaccionar ante aquellas confesiones.

—Voy a por un café ¿Alguien quiere algo? —Dylan, Sandra y Namir negaron con la cabeza, mientras Robert se ponía en pie.

—Voy contigo —contestó Maribi —Ambos salieron de la habitación sin despedirse y el silencio volvió a inundar la estancia.

—Voy a acercarme hasta urgencias, a ver si me entero de algo —Dylan se levantó y se fue, frotando las manos contra el vaquero para secar el sudor

Durante un rato más ni Sandra ni Namir se miraron, ni dijeron nada.

—Lo siento Namir —Dijo por fin ella.

—¿El que sientes?, tú no has hecho nada malo —Contestó mirándola con ternura.

—Que hayas descubierto que...estoy rota...que soy un juguete roto —Una lágrima se escapó con rapidez de su ojo cayendo directamente sobre su pantalón.

—No digas tonterías, además, saldrás de esta —Dudó un momento —Saldremos de esta.

—Quizás nunca pueda volver a tener relaciones sexuales placenteras, él me ha robado la opción de estar con otro hombre.

—Pues no le daremos ese gusto —Contestó rápidamente —No hay prisa petirrojo —Se acercó y le agarró la mano —Ya has hecho lo más difícil— Ella le miró curiosa —Has abierto la puerta de la jaula, ahora solo te queda salir por ella y volar.

—No es tan fácil —Posó la cabeza sobre su hombro.

—No, pero llegará el día en que todo esto sea pasado y solo pienses en construir un futuro juntos —Sandra levantó la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Qué estás diciendo Namir?

—Que te quiero y quiero que me des una oportunidad —Tragó saliva —Te demostraré que podemos pasar página.

—Namir, ni siquiera somos novios. Tú no estás hecho para las relaciones monógamas ¿recuerdas?

—En esta vida uno dice muchas tonterías de las que luego se tiene que arrepentir. Por primera vez, quiero intentarlo, quiero que seas mi novia.

—No, Namir. Ahora estás conmocionado por todo esto y piensas que debes estar a mi lado, pero no es así. Hemos pasado unos días estupendos por Madrid y estás confundido —Tragó saliva —La realidad es otra y lo que propones será un infierno. Tengo pesadillas por las noches y me despierto en medio de ataques de ansiedad. No soporto que nadie me toque y a veces también me dan ataques de pánico.

—Es normal, pero estaremos juntos. Además, yo te he besado y no sentí que te diera repulsión, ni que te produjera rechazo. Volveremos a hacerlo y verás que puede ser posible, porque tu sientes lo mismo por mí que yo, lo sé.

—Bésame —Le dijo con las lágrimas a punto de volver a brotarle. Namir se lo pensó un momento mientras la miraba, no quería que se sintiera mal por el acercamiento, pero finalmente posó sus labios sobre los de ellas, desprendiendo una ternura infinita. Cerraron los ojos y se dejaron llevar por aquella sensación tan reconfortante que les producía el contacto íntimo de aquel beso. Era un comienzo. El pajarito había aparcado el miedo y había decidido cruzar la puerta hacia su libertad.

Namir lo entendió todo de repente. Había nacido para hacer feliz a su petirrojo. Estaba

enamorado de ella desde el día que tuvo uso de razón y al no verla, se enredó en relaciones vacías, dejó de sentir, porque él ya había encontrado la mujer que le completaba. Sólo junto a ella estaba completo. Por eso el resto de mujeres no le hacían sentir nada. No permitiría esta vez, que nada los separara. Le había roto el corazón oír su confesión. En ese momento lo entendió todo. Tenía una sola misión en la vida, proteger a su petirrojo. Saber el daño que le habían causado, el sufrimiento por el que todavía hoy estaba pasando, le tenía angustiado. Nunca había querido tener novia, ni siquiera una pareja temporal y sin embargo ahora no quería separarse jamás de Sandra. Permanecería a su lado y la protegería del mundo. Jamás volvería a pasar por nada parecido, porque él iba a estar allí para impedirlo. Al hombre insensible y sin sentimientos, se le había despertado el corazón. Había sido poco a poco, desde el mismo instante que la vio cruzar el umbral de Las mil y una noches. Ahí ya pensó que nunca había visto a una chica más bonita que ella y cada vez que quedaban o se veían un poco más de hielo se desprendía. Empezó a notar sus latidos cada vez que le miraba, cada vez que le sonreía. Aquellas conversaciones divertidas, aquella complicidad sin igual y cuando la besó, el mundo se paralizó y nunca volvería a ser lo mismo.

No importaba si jamás se acostaban. El sexo era importante, pero no tanto como disfrutar de la mujer de sus sueños, de su petirrojo. Al fin y al cabo, ya había saboreado mucho sexo y siempre se había quedado vacío después. Ahora estaba lleno, feliz, completo. Con una mirada de ella su mundo se llenaba y con una sonrisa desaparecía todo lo que les rodeaba.

Daría su vida para verla sonreír, para verla recuperar la felicidad.

No te conozco

Dylan estaba nervioso, pálido, desencajado. Caminaba por la recepción de urgencias de un lado a otro como un animal enjaulado, absorto en sus pensamientos y negando con la cabeza.

No podía creer que sus poemas le causaran un problema a Nora. Jamás se perdonaría haberla hecho sentirse mal. Fue un acto tonto e impulsivo. No debería haberlo hecho, pero tenía tantas ganas de decirle como se sentía, lo que profesaba por ella, que inocentemente pensó que aquello era divertido para ambos. Si pudiera dar marcha atrás, pero no podía. Lo único que podía hacer era confesarle la verdad e intentar compensarla por el mal trago que la hubiera hecho pasar.

A eso iba unido, el que de alguna forma la había puesto en peligro. Si no se hubiera enfadado, si no la hubiera dejado esperando por él, si hubiera hablado con ella cuando le llamó y no aplazarlo para vengarse, ella no habría estado en peligro. No se hubiera quedado sola en la oficina y aquel hombre no habría tenido la oportunidad de atacarla. Por su mala cabeza y su afán de hacerla pagar con la moneda de la indiferencia, Nora había sufrido y ahora no sabía cómo compensarla por ese dolor y tampoco si ella le perdonaría alguna vez.

Arfan salió de boxes para hacer una llamada a un detective privado. No quería que Nora le oyera hablar y lo vio. Quedó observándole un momento para luego acercarse conmovido. Él había salvado a su hija de un ataque peor. Si no hubiera entrado en aquel mismo instante en las oficinas, la suerte de Nora hubiera sido muy distinta.

Se le veía claramente abatido y tan inmerso en sus pensamientos que no se percató de la presencia de Arfan.

—Dylan— Vio como el joven levantaba la cabeza y abría los ojos al oír su nombre como si saliera de un profundo sueño —Puedes pasar a ver a Nora, si quieres. Sólo está Sofia con ella — Sin decir nada echó a correr por las puertas de boxes desapareciendo

Arfan sonrió. Dylan estaba perdidamente enamorado de su hija, era evidente. Sacó el móvil y se fue hacia la calle, quería abrir una investigación paralela a la de policía y conocía al hombre adecuado.

Cuando Dylan empujaba la cortina del box, oyó como Nora hablaba con su madre.

—La policía cree que sería bueno que me alejara de aquí unos días, hasta que se calmen las cosas.

—Podrías ir a Londres, pero estoy segura que ese malnacido conoce la localización de nuestra casa allí —en ese momento vio la forma de compensarla, él podía tener una solución a aquello.

—Yo conozco el sitio perfecto —Se atrevió a interrumpir Dylan, al ver que no se habían percatado de su presencia. Ambas mujeres le miraron sorprendidas —Tengo una casita en un bonito valle asturiano, rodeado de naturaleza y a la vez, muy cerca del mar. Mi madre era de allí y no conozco ningún sitio mejor para desconectar y descansar. Te encantará.

—No creo que sea buena idea —Contestó rápidamente Nora. Dylan intentó discernir si su cara era de enfado, disgusto o desprecio, pero no vio nada de eso reflejado en sus ojos, lo que le tranquilizó.

—Hija— Le pasé una mano por el pelo —piénsalo, puede ser una opción. Asturias es un paraíso natural —Nora frunció el ceño —Bueno os dejo solos para que los discutáis —Aquellos

dos tenían mucho que decirse así que me levanté, cogí el bolso que había dejado apoyado sobre la cama y me fui a buscar a Arfan

Los dos miraron como abandonaba la habitación sin decir nada y aún permanecieron un minuto más en silencio.

—Lo siento Nora, si no hubiera tardado, no te hubieras visto en esa situación.

—No, Dylan, yo decidí quedarme trabajando hasta tan tarde —suspiró —nadie tiene la culpa de que ese degenerado decidiera asediarme y atacar.

—Es que hay más...— Dudó un momento, pero decidió que era el momento de sincerarse — Es por los poemas —Ella le miró confusa —Podría decirte la verdad.

—¡Dylan! —Nora se dio cuenta que eso era el título del último poema que había recibido — pero ¿Cómo?, ¿Cuándo?, ¿por qué? —era una metralleta de preguntas, no entendía nada.

—Pues porque me gustaste desde el primer día que te vi y porque no encontré otra manera de decírtelo.

—¿Sabes que me asustaba mucho cuando recibía esas poesías anónimas?

—No, pensé que era romántico. Jamás se me ocurrió que podía parecerme mal —Ella puso los ojos en blanco —Lo siento, si pudiera dar marcha atrás lo haría. Ahora veo que estuvo mal, pero te juro que fue sin mala intención.

—Le hablé a la policía del acosador —Se llevó la mano a la boca.

—Lo sé, me lo han dicho. Soy oficialmente un sospechoso.

—Pero tú...tú me salvaste...yo te vi entrar...el que estaba encima era otra persona...era grande y muy fuerte, como un oso.

—Lo sé —La agarró tímidamente de la mano —Todo se aclarará.

—Dylan, no sé nada de ti —Cerró los ojos —Me acosté contigo, me salvaste la vida...y eres un extraño para mí.

—¿Qué quieres saber? —Se pasó la mano por el pelo.

—No sé, acabo de descubrir que tu madre es asturiana y es triste que sea todo lo que sé. Nos conocemos desde hace tan poco....

—Tengo treinta y un años. Mi madre emigró a Londres, donde trabajó de camarera de pisos en un lujoso hotel. Allí conoció a mi padre. Un reconocido empresario y posteriormente un respetado político de la bancada liberal demócrata.

—¿Tu padre es un político?

—Lo era, murió hace dos años. No obstante, no lo consideré nunca mi padre —Hizo una pausa y tragó saliva —Cuando mi madre quedó embarazada, él la abandonó. Así que me crió sola. Soy lo que soy gracias a ella. Me pagó los estudios de economista, a fuerza de hacer camas y romperse la espalda. Mi padre jamás se ocupó de nosotros, ni un miserable regalo de cumpleaños me dio en su vida, ni una visita, nada.

—Lo siento....

—No importa, hace tiempo que lo superé, pero lo más curioso es que cuando se abrió su testamento, me reconocía como hijo y me dejó toda su fortuna como único heredero. Al parecer nunca tuvo descendencia con su esposa.

—¡Qué fuerte! —pensó un momento —y si eres millonario, porque trabajas para mi padre. No lo entiendo.

—Porque ese dinero, sólo lo toqué para darle a mi madre una pensión digna con la que pudiera jubilarse y para comprar la casa en el pueblo de Asturias para que mi madre pudiera ir cuando quisiera. El resto no lo he tocado. No siento que me pertenezca. A ese señor no lo conocía.

—¿Y a tu madre sí le pertenece?

—Si a alguien le pertenece es a ella. Ha llevado una vida de sacrificio, se ha deslomado trabajando para sacar un hijo adelante como madre soltera, sin que ese señor le diera un euro de ayuda. Creo que, aunque sea en concepto de pensión alimenticia con carácter retroactivo, ella se merece eso y más.

—Lo que estás diciendo te honra, pero te equivocas. Tú también te lo mereces. Eres el legítimo heredero.

—Mientras me pueda mantener por mí mismo, no lo tocaré.

—Me iré contigo a esa casita en Asturias —dijo de repente.

—¿De verdad? —los ojos de Dylan brillaron —Aquello te va a encantar ¿Has estado alguna vez?

—No, no conozco nada del norte, salvo Bilbao y A Coruña.

—Pues encantado de invitarte a mi paraíso.

—Quiero salir de esta ciudad cuanto antes —Suspiró y cerró los ojos.

—En cuanto te den el alta nos marchamos. Lo tendré todo preparado.

—Gracias Dylan —Nora cerró los ojos y en apenas un minuto se quedó traspuesta. Seguramente le estaban haciendo efecto los calmantes

Dylan se quedó observándola sin decir nada. Era preciosa. No había nada de ella que no le gustara, salvo su carácter arisco que no le dejaba conocerla como él quisiera, pero ahora tenía una oportunidad. Si se iba con él a Asturias, le demostraría que merece la pena darle una oportunidad, porque sí podría ser su mitad. La que ambos necesitaban.

Quedó observándola en silencio, sintiendo como rebosaba amor por aquella elegante chica, que incluso en aquellas condiciones estaba preciosa, hasta que una enfermera entró y le pidió que se fuera para que la paciente pudiera descansar.

Estaba feliz, preocupado por la salud de Nora, pero contento de que se hubieran aclarado las cosas y que ella quisiera irse con él de viaje. No podía desaprovechar esa ocasión, porque posiblemente era la última, y Nora no es de las que se queda para dar segundas oportunidades.

Dark Veider

Cuando Adele llegó a la oficina, había un ambiente raro. Todos sus compañeros estaban hablando en corrillos y con cara apenada. Miró para el despacho de su jefa, y vio que estaba vacío. Nora nunca llegaba tarde, así que sabía que ya no tendría que preocuparse más por aquella ridícula niña pija, le habían dado su merecido.

Se acercó disimuladamente a uno de los grupos y escuchó lo que decían.

La gente no se aclaraba, que si un atraco, que si un intento de secuestro, que si una agresión sexual...daba un poco igual, la cuestión es que se había hecho justicia. No pudo evitar una mueca de satisfacción, pero enseguida la disimuló, intentando imitar el mismo gesto de preocupación de sus compañeros, pero no, ella no se sentía afligida. <<Esa zorra se lo merecía>>, creía que sus compañeros eran unos falsos. No podían sentir empatía por aquella bruja

Se fue triunfante a la zona de descanso y se preparó un café. <<Joder por fin se hacía justicia>>, se repetía una y otra vez.

Sin poder evitarlo, dejó volar su imaginación. Ahora ella era la más capacitada para ocupar el puesto de su jefa, al fin y al cabo, hacía la mayoría del trabajo. Evidentemente, era la única que sabía los detalles de la gala benéfica y no tendrían más remedio que depositar la organización en sus manos. No tenía duda. A partir de ahí, todo iba a ir rodado. Estaba tan segura de hacer un buen trabajo, que eso la encumbraría y entonces, se casaría con Namir y sería una princesa. Más que Leia en Star Wars, iba a ser la puta ama del universo. Ella no tenía la culpa de haberse criado en Malasaña, igual que Luck Skywalker, no tenía la culpa de haber crecido en una familia de mala muerte en una miserable colonia de los asteroides de Polis Massa. Para ella, era lo mismo Malasaña, que aquel desierto donde vivían seres informes.

Y por fin, como el protagonista de la serie Star Wars, tenía la oportunidad de salir de la oscuridad.

Pero seamos sinceros, no había entendido nada de la Guerra de las Galaxias, porque se parecía más a Anaquin, más tarde conocido como Dark Veider, que a su blanco y adorable hijo. Adele estaba poseída por el odio, la maldad la corroía. Sí, definitivamente se había equivocado de personaje en la saga.

En algún momento Adele debió ser buena chica, pero también, en algún momento, se pasó al lado oscuro y a estas alturas estaba tan metida en la mierda, tan podrida, que no se daba cuenta que ya no tenía marcha atrás.

Terminó el café y salió hacia su habitáculo, cuando vio a dos policías entrar por la puerta. Un hombre y una mujer

Entonces, tuvo un momento de duda. ¿Podrían relacionarla con Lionel? No, a todas luces eso era imposible, porque la fuerza la acompañaba y porque creía que se había cuidado de que nadie les relacionara.

Los policías empezaron a entrevistar uno a uno a cada trabajador de la planta y justo habían empezado por los más alejados a su puesto. Su mesa estaba pegada a los despachos de los ejecutivos, separados de ella solo por mamparas de cristal, que por fin iba a traspasar e iba a poder ver el mundo a través de los cristales de aquellas peceras. Todo un logro, desde su punto de

vista. <<Lo que hace la envidia>>

El tiempo fue pasando y llegó la hora de marcharse sin que nadie se hubiera preocupado de ella, lo que le dio una gran seguridad y la confianza para irse, y dar un corte de manga mental. Apagó el ordenador, sacó su bolso del cajón y se dirigió al ascensor dibujando una sonrisa en su cara.

—Señorita —Dijo una voz detrás de ella. Se giró y vio a la joven policía que había visto toda la mañana pululando por allí.

—Soy la inspectora María Menéndez, quería hacerle unas preguntas antes de marcharse.

—Me pillas muy mal, tengo una cita ¿No podemos posponerlo hasta mañana?

—Pues creo que no, cada minuto que pase, es un minuto que nos aleja del culpable ¿No cree? —Era una pregunta retórica que no esperaba respuesta —Además, será solo un momento.

—Está bien, pero no tengo ni idea de lo que ha pasado, así que dudo que mis respuestas ayuden con el caso.

—Eso lo decidiré yo —Comentó secamente —Puede colaborar ahora o puedo citarla judicialmente, usted decide.

—Joder, vale, déjeme unos minutos para anular mi cita —La inspectora asintió con la cabeza y Adele se dirigió a los baños.

Transcurridos cinco minutos volvió a reunirse con la agente que la esperaba a la puerta de los aseos junto con su compañero que se había unido a ella.

—Muy bien. Acompáñenos al despacho de su jefa —Adele les siguió sin decir nada

Le indicaron que se sentara en la silla que habitualmente ocupaba Nora, y así lo hizo, no pudiendo disimular su cara de orgullo, pues siempre quiso ocupar ese puesto y cada vez estaba más cerca. Los agentes se sentaron en las sillas de confidente, enfrente de ella, cediéndole simbólicamente el poder.

—Usted es la secretaria de Nora ¿verdad? —Miró su blog —Adele Lombardía.

—Sí, así es.

—¿Nota que falte algo en el despacho? —Adele miró a su alrededor.

—No, aparentemente todo está en su sitio.

—¿Tiene idea de si Nora había sido amenazada o tenía algún enemigo?

—No, ni idea —Contestó sucintamente.

—¿Algún novio celoso o algo?

—¿Novio? Si Nora es una pavitiosa de cuidado —Hizo una mueca de fastidio por haber soltado eso.

—¿Pavitiosa? —Preguntó la inspectora.

—Sí, bueno, eso, que no sale nunca con nadie, que siempre tiene cara de “¿Me hablas a mí?”, como si te perdonara la vida todo el tiempo desde otro punto de la estratosfera, sin enterarse de lo que pasa en el mundo real, así que, si algún chico se interesaba por ella, simplemente ni se daba cuenta.

—Ya... parece que no le cae muy bien —Adele tragó saliva.

—Ni bien, ni mal. Es mi jefa —Sentenció.

—¿Conoce usted a Dylan Miller?

—Sí, es un ejecutivo de la empresa, lleva la parte de comercio internacional y las cuentas de clientes importantes. Hace poco que está en España.

—¿Cree que tiene alguna relación con Nora?

—No lo sé. Es muy atractivo, pero....

—...ya, ella no se entera, es una pavitiosa —Dijo María, guiñándole un ojo y ofreciéndole su complicidad.

—Eso, no creo que se fijara en él.

—¿Y usted?

—Yo sí —Sonrió —de echo salí una vez con él y estoy esperando repetir.

—¿Le gusta entonces?

—A quien le amarga un dulce y este le aseguro que es un bombón muy, muy dulce.

—Ya veo —Guardó silencio un instante —¿y Namir?

—¿Qué pasa con Namir?

—¿También es un bombón muy dulce? —Adele se puso seria y casi dibujó una mueca de asco.

—No, él no es nada dulce.

—¿Salió con él?

—Una noche, después de una cena de negocios.

—¿Y qué pasó?

—No creo que eso sea de su incumbencia ¿Qué tiene que ver esto con que violaran a Nora?

—¿Por qué piensa que la han violado?, en ningún momento hemos dado a entender tal cosa.

—Bueno...— se frotó las manos —Es lo que yo he entendido, que la atacaron aquí en la oficina y la violaron.

—¿Conoce a Lionel Stuart? —se puso blanca y la agente se dio cuenta del cambio producido, mientras con el resto de preguntas, no se había inmutado su semblante.

—No, no sé quién es —su cara era ahora de pavor.

—Bueno, de momento hemos terminado —Se puso en pie —No se marche de la ciudad estos días, por si nos surgen nuevas preguntas y debemos localizarla —Asintió con la cabeza mientras se levantaba y cogía su bolso —Ahora vamos a revisar todas las cámaras internas y externas del edificio por si vemos algo sospechoso.

—De acuerdo —Salió intentando aparentar tranquilidad, pero algo en ella indicaba que no era así.

Bajó en el ascensor, salió del edificio y cuando se encontraba a dos manzanas, se atrevió a sacar el móvil y llamar.

—Lionel, tenemos que hablar.

La miel de la victoria

A las ocho de la noche, llamaban al timbre. Adele se precipitó hacia la puerta de su apartamento y abrió nerviosa.

—¿Te ha visto alguien? —Le espetó a Lionel sin saludarle.

—No, he tenido cuidado. No soy un puto aficionado —Entró y ambos se dirigieron al salón. Estaba claro que no era la primera vez que ese hombre, estaba allí. Se movía con soltura, conocía el piso.

—¿Quieres tomar algo?

—Un whisky estaría bien —Dijo acomodándose en el sofá, mientras Adele salía hacia la cocina

Volvió a los pocos minutos con dos vasos con hielo y la botella de Whisky en la mano.

—Hoy la policía me ha interrogado en la oficina.

—Es normal que se abra una investigación después de una agresión.

—Pero me preguntaron por ti y me juraste que jamás me relacionarían contigo —Posó los vasos en la mesa de centro, desenroscó el tapón de la botella y echó una cantidad generosa en cada vaso.

—La policía, pega tiros hacia todos los lados para ver si sale algo, pero no tienen nada, así que no se lo des tú, nena —pegó un largo trago de whisky.

—¿Estás seguro?

—Claro, es rocambolesco intentar relacionar al ex prometido americano de Sandra, con una agresión a Nora en Madrid y aún menos con su secretaria. No hay pruebas de ningún tipo. Ni siquiera saben, a ciencia cierta si estoy aquí.

—Vale, te creo, supongo que me he puesto nerviosa y además dijiste que la ibas a destrozar y la policía me insinuó que no hubo violación ¿Qué coño pasó?

—Que el puto Dylan, llegó justo cuando la tenía a punto y me jodió todo el plan.

—¿Dylan?, habría quedado con ella —Pensó un momento —Será hijo de puta, está jugando a dos bandas el muy cabrón. Con lo buena persona que parecía ¡Me las va a pagar!

—Tranquila princesa —Se acercó a ella y la abrazó —Ahora debemos estar tranquilos. Tendremos tiempo para seguir vengándonos. Los vamos a destrozar, ya lo verás y tú y yo, nos quedaremos con todo —La besó con fuerza —Ahora tienes que centrarte en hacerte con el poder de la fundación y desde ahí iremos quitándoselo todo, poco a poco. Recuerda el plan.

—Tú te encargas de desestabilizarlos emocionalmente para que estén distraídos y yo de adquirir poder dentro de la empresa, hasta conseguir acceso a las cuentas y después de desplumarlos nos iremos lejos, juntos, disfrutando de la vida de lujo que nos merecemos. Ese día será el mejor de mi vida —Dibujó una sonrisa y le devolvió el beso.

—La tonta de mi ex novia piensa que todo es por ella, que no puedo olvidarla ¡Ja!

—Espero que cuando te acerques no vuelvas a sentirte atraído.

—Tu preocúpate de conseguir la confianza de Arfan y deja a Sandra para mí —La miró

profundamente —Teniendo una hembra como tú a mi lado, no voy ni a disfrutar violando a esa snob —Adele le sonrió y le puso la mano encima de la bragueta del pantalón.

—Por tu bien, más te vale. Le dijo acercándose al oído de Lionel.

—Me estás poniendo cachondo ¿Vamos a la cama?

—Claro cariño. Después de tener que camelar a esos dos pringados, solo deseo estar con un hombre de verdad —Se puso de pie —Se malote conmigo.

—Eso está hecho —Ambos se dirigieron a la habitación y durante una hora solo se oyeron gritos y jadeos.

La vida sigue... ¿igual?

Con el alta de Nora y su marcha a Asturias, intentamos retomar la normalidad y aunque todo el mundo quería aparentar que nada había cambiado, lo cierto es que no era verdad. La vida sigue y hace mucho tiempo que aprendí que debemos tomarla como viene, aunque no siempre sea como nos hubiera gustado.

Seguramente cuando Nora vuelva de su viaje ya no será la misma de antes del ataque. Esto a priori no sé si es bueno ni malo, depende hacia donde haya virado y las decisiones que tome a partir de ese momento. Sin embargo, sé que de una forma u otra conseguirá encauzar su vida. No estoy tan segura en el caso de Sandra.

Aunque en cierta manera fue liberador abrirse y contarnos el infierno por el que había pasado, creo que está demasiado rota para recomponerse solo con eso. Necesitará más, mucho más y no sé si es Namir el indicado para dárselo.

Él está dispuesto a ayudarla, a acompañarla en estos duros momentos, pero no sé si sabrá hacerlo o aguantarlo sin desesperarse. Sólo el tiempo nos lo dirá.

De momento, lo inmediato es acabar con la amenaza que revolotea sobre nuestras cabezas.

Levanto la vista para observar a Arfan, que está desayunando a mi lado como si no hubiera ningún problema del que preocuparse.

—Han pasado cuatro días, desde el ataque a Nora y no tenemos noticias de la policía. El agresor sigue suelto.

—Paul Harris, mi investigador, también está trabajando en ello. Ese Lionel, es muy escurridizo, pero está siguiendo algunas pistas para dar con él, ten paciencia.

—No puedo tenerla. Sólo pensar que vuelva a ocurrir... —Arfan me abrazó, insuflándome fuerzas.

—Lo sé, todos estamos nerviosos, pero no se atreverá a aparecer, sabe que es arriesgarse demasiado —se levantó y me besó en la frente —Debo irme, tengo una reunión con Namir en la fundación. Hay que seguir gestionándola hasta que Nora vuelva a ponerse al frente.

—Si es que lo hace alguna vez, ya sabes su intención de retirarse.

—Después de la gala quizás tenga que buscar a alguien que la sustituya definitivamente, pero hasta entonces pondré al frente a Namir, para que salve la situación momentáneamente.

—¿Sabes cómo le va con Sandra?

—No y estoy preocupado. Es una situación complicada. Hoy hablaré con él para ver que sabe de ella.

—Hazle ver que nos tiene aquí para lo que sea, por favor.

—Así lo haré, no te preocupes —me dio otro beso en la frente y se despidió

<< ¡Cómo no me voy a preocupar!>>

Al llegar a las oficinas, Arfan comprobó que estaban instalando la máquina de identificación por huella dactilar para abrir las puertas y las cámaras de vigilancia, tal como había pedido. Nadie entraría ni saldría de allí sin estar debidamente autenticado y sin ser grabado.

En el despacho ya le esperaba Namir, serio y cabizbajo. Era evidente que no lo estaba pasando bien.

—¿Cómo estás hijo? —Le dijo mientras se dirigía a él para darle un abrazo.

—Preocupado —respondió escuetamente pasándose la mano por el pelo —Sandra no quiere verme, me ha estado dando excusas todos estos días, no sale de casa y ya no sé qué hacer.

—Ten paciencia, es muy pronto y ese animal todavía anda suelto.

—Lo sé, le daré espacio y esperaré.

—Hijo, no sé cómo decirte esto— Guardó un silencio un momento —Lo que menos necesita Sandra ahora, es una aventura con un hombre que no la respete y...todos sabemos que tú no eres de esos que se toman en serio las relaciones. Quizás es mejor que te olvides de ella.

—Esta vez es distinto, creo que la quiero —Volvió a pasarse la mano por el pelo.

—No puedes cagarla, tienes que estar seguro de tus sentimientos antes de dar un paso al frente —Le miró con ternura al ver su cara de tristeza —pero si es así y verdaderamente las quieres, tendrás que armarte de valor, no será fácil.

—Sí —Se sentó en una de las butacas de confidente, mientras su padre hacía lo propio en la presidencial —Dejemos ese tema por el momento y hablemos de la fundación.

—Espera —Arfan cogió el teléfono y pulsó un código interno —Adele, soy Arfan, por favor pase al despacho —Escuchó la respuesta y colgó

En menos de un minuto, la secretaria aparecía en el despacho con un pequeño blog de notas y un bolígrafo. Miró a Namir, miró a Arfan, que le hizo un gesto para que ocupara el otro sofá de confidente y se sentó, sin decir nada.

—Buenos días Adele —Ella respondió con un movimiento de cabeza a modo de saludo —Te he hecho llamar porque a partir de ahora Namir se hará cargo del trabajo que venía desempeñando Nora. Quiero que le pongas al día y le ayudes con los preparativos de la gala, como venías haciendo con mi hija.

—Bien señor, pero permítame decirle que si Namir está ocupado con sus otras actividades, yo misma puedo hacerme cargo de estas tareas. Me tiene a su entera disposición —Carraspeó —Conozco como nadie el trabajo de esta fundación y me veo capacitada para proseguir con el trabajo iniciado por Nora —tragó saliva —sé que son momentos duros para la familia y pueden contar conmigo para aliviar al menos, esta carga. Bastante tienen con lo que ha pasado.

—Te lo agradezco Adele y espero que no te ofendas, pero me gusta tener al frente de mis cosas a personas de plena confianza y tú llevas demasiado poco tiempo en la entidad como para tener una evaluación concluyente sobre tu capacidad para dirigir algo así —a Adele le hervía la sangre por dentro, pero era una experta en disimular su verdadera naturaleza así que solamente sonrió.

—Lo entiendo señor —Miró a Namir, que parecía absorto en sus pensamientos —Será un placer ayudar en lo que pueda.

—Pues está hecho, prepara un informe completo para poner al día a Namir.

—Sí, señor —La eficiente secretaria se levantó y se fue con una sonrisa en la boca, directa a la zona común a prepararse un café.

Había sido una incauta al pensar que dejarían la gestión de la fundación en sus manos, sin más. Ahora tenía a Namir como jefe y eso lo complicaba todo. Ya sabía cómo se las gastaba aquel hombre y sería difícil engatusarle, pero debía hacerlo, ese era su próximo objetivo, seducir a Namir, conseguir su confianza y que delegara en ella el peso de la organización.

Se dirigió a su mesa, sacó el móvil del bolso y mandó un mensaje rápido.

<<Tenemos que hablar, hay novedades>>

La respuesta no se hizo esperar.

<<A las ocho en tu casa>>

Asturias

Llevaban cuatro horas y media de viaje. El trayecto por la meseta con su terreno llano y de tierra rojiza, apenas sin vegetación, esperando la inminente llegada de la primavera, para cubrir su árida tierra de las espléndidas tonalidades que ofrecía el cultivo de cereal, había resultado algo monótono, pero ahora el paisaje había cambiado radicalmente su fisonomía y sin darse cuenta, se encontraban entre montañas casi desnudas de vegetación, que mostraban sus imponentes riscos de piedra gris con porte majestuoso.

Tras abandonar aquella autopista de montaña, todo se volvió verde y aunque hacía buen día, daba la sensación que el sol era menos intenso en esta parte del territorio. Se respiraba humedad y a Nora le pareció distinto a cualquier otro panorama que hubiera contemplado en España, por algo dicen de esta zona que es un paraíso natural.

Todavía tuvieron algo más de una hora de viaje, hasta llegar a su destino, un pueblo entre montañas, llamado Rio Caliente.

Cuando por fin detuvieron el coche delante de una casa de piedra algo apartada del núcleo de población, Nora se bajó y respiró hondo, justo cuando un grupo de vacas pasaba por delante de ellos.

Olía a naturaleza en estado puro, incluida la boñiga que uno de aquellos animales, había depositado en medio del camino. Sonrió ante una escena tan rural y se detuvo a contemplar el paisaje. Los castaños que rodeaban el camino movían las ramas mecidas por la suave brisa que las envolvía, unos pájaros cantando y el eco lejano de una motosierra eran los únicos sonidos que perturbaban la tranquilidad del lugar.

Dylan quitó el candado que cerraba la verja y la cogió de la mano para entrar en la casa. Era rústica y encantadora.

—No es muy lujosa, pero aquí descansarás de verdad.

—Es preciosa Dylan —Pasaron de la cocina abierta a un salón sencillo, con muebles de madera noble.

—Ahí al fondo está el aseo y subiendo las escaleras, hay dos habitaciones y otro baño con bañera.

—Me gustaría refrescarme después de este viaje tan largo.

—Preparo algo de comer mientras. Estoy hambriento —Nora asintió y siguió a Dylan a la parte de arriba, donde le dejó la maleta en una de las habitaciones y le dio unas toallas

Se preparó un baño con espuma y se tomó su tiempo para relajarse y valorar si no habría sido precipitado realizar aquel viaje con Dylan. Ahora estaba sola con aquel chico al que apenas conocía y le iba a ser muy difícil ser firme y conseguir mantener las distancias tanto físicas como emocionales. Pero le apetecía estar allí. Quería conocer mejor a aquel inglés que le mandaba poemas anónimos y que le había salvado de un destino siniestro. Decidió dejar de analizar las cosas y por una vez dejarse llevar, para ver hasta donde la llevaba aquella situación.

Cuando por fin bajó, Dylan la esperaba en la terraza trasera, sentado frente a una mesa bajo un castaño grande y viejo, donde había dispuesto una ensalada, una lata de mejillones, un plato de chorizo y una botella de sidra. Al verla sonrió y se le iluminó la cara de felicidad. Estaba contento de tenerla allí, a su lado, solos el uno para el otro.

—No tenía mucho en la despensa, más tarde podríamos ir al pueblo a comprar —Miró la mesa y encogió los hombros.

—Gracias Dylan —Se sentó y observó el entorno. Era un sitio tan agradable, tan en calma que invitaba a aliviar cualquier estrés que se pudiera tener encima.

—¿Has probado alguna vez la sidra?

—No.

—Pues eso hay que solucionarlo —Dylan cogió un vaso grande, subió el brazo con la botella, estirándolo del todo por encima de la cabeza y vertió un poco de líquido, que por la altura desde que lo lanzaba, estalló contra la pared inferior del vaso de cristal que mantenía ligeramente ladeado, haciendo que la sidra salpicara hacia afuera. Después se lo tendió a Nora.

—Esto se llama “culín”, porque solo se rellena el culo del vaso y tienes que beberlo de golpe
Nora lo intentó pero no pudo acabarlo.

—Umh, está riquísima y fresca.

—Venga, tienes que terminarlo antes de que pose, sino todo el ceremonial de escanciado no serviría para nada —Con cara de resignación Nora bebió todo el líquido

Dos botellas de sidra después y terminado todo lo que Dylan había preparado para comer, propuso dar un paseo por el pueblo y comprar algunas cosas que necesitaba. Fue a cambiarse porque seguía con la ropa que había llevado durante el viaje y Nora quedó sola, extasiada bajo aquella agradecida sombra, mirando el encantador paisaje que la rodeaba y deleitándose con el trinar de los pájaros

Dylan apareció con unos vaqueros, una sudadera blanca y deportivas. Al verlo pensó que era la cosa más sexy que había visto nunca

Recogieron los platos que habían quedado de la comida y se fueron, carretera abajo hacia el pueblo, cogidos de la mano.

Las casitas de piedra que iban encontrando a su paso estaban bien conservadas y casi todas adornadas con unas plantas de flores violetas, que aparecían por todas partes inundando las edificaciones de color. Alfeizares, jardineras, maceteros colgantes, parterres, en todos los lugares se apreciaban aquellas alegres florecillas.

—Son primulas o primaveras —le explicó Dylan —son las flores que anuncian la llegada de la primavera. Son las primeras en aparecer al final del invierno.

—Alegran la vista con ese color tan vivo.

—Eso me gusta, quiero verte feliz y relajada.

—Pues lo estás consiguiendo. Este sitio es mágico —Nora se detuvo —¿Qué es eso? —señaló unas edificaciones cuadradas de madera, que se asentaban sobre cuatro altos pilares de piedra.

—Son hórreos —La miró —están pensados para guardar las cosechas.

—Qué curioso, todo es tan distinto a lo que conozco, tan rural, parece que el tiempo se haya estancado en este lugar —Se detuvo de nuevo—. ¿Y eso? —se volvió a parar delante de una talla de madera de una mujer a tamaño real, sentada sobre una piedra bajo un enorme castaño y con un capazo al lado.

—Es la castañera —Nora le miró expectante —Aquí termina una ruta que se llama “El Camín encantau” —Dylan se rio al ver su cara de asombro —si quieres mañana la recorremos. Los

lugareños han representado a lo largo de un itinerario que transcurre entre el río y el bosque, distintas figuras que representan elementos de la mitología asturiana. El Nuberu, el Cuélebre, el segador, la manona... bueno ya los irás viendo.

—Madre mía, es como si hubiera hecho un viaje a otro lado del mundo o mejor, en el tiempo. No sé de qué me estás hablando.

—Asturias es muy rica en tradiciones, mitología y leyendas. Sus orígenes celtas han dejado en la población historias y mitos que han perdurado con los siglos y se han traspasado entre generaciones y más en aldeas pequeñas como esta.

—¡Increíble!

—Lo es —sin decir nada más se cogieron de la mano y continuaron el paseo, observando y parando a cada paso para comentar alguna curiosidad. Los niños jugando en medio de la calle, las vacas que se dirigían al establo, el río, unos señores conversando con unas azadas en la mano apoyados uno a cada lado de un murete de piedra, dando la impresión por sus posturas y expresión no verbal, que no tenían prisa, que podían tomarse el tiempo que hiciera falta para escuchar a su vecino, porque allí la vida transcurría a otro ritmo.

Nora muchas veces se sentía como el conejo de Alicia en el país de las maravillas, siempre con prisas, siempre corriendo, siempre persiguiendo el tiempo que se escapaba y sin embargo allí, parecía que nadie tenía esa preocupación y durante ese paseo ella se dio cuenta que tampoco, todo se desarrollaba más lentamente, se disfrutaba más y por ello, cada momento se vivía más intensamente

Llegaron a una pequeña tienda, muy básica, donde se hicieron con víveres y bebidas, para sobrevivir un par de días. Luego volvieron sobre sus pasos para regresar a la casa

En la cocina, Dylan se puso a colocar la compra mientras Nora le observaba a cierta distancia, sentada en un taburete y con los codos apoyados en la barra, para sujetar su barbilla con las manos.

—Dylan —Se levantó y fue acercándose a él poco a poco mientras hablaba —¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí —Estaba en cuclillas, guardando unas latas en un armario bajo, Se incorporó para prestarle atención.

—¿Es en serio que te gusto? —La distancia entre los dos apenas era de un paso.

—No sé por qué lo dudas. Eres preciosa —La miró de arriba abajo y recorrió el último paso que les separaba para abrazarla —Estoy loco por ti Nora y quiero que lo creas, que confíes en mi

<<Confiar en él>> esa era una petición difícil. Hace tiempo que Nora había decidido no confiar en nadie.

—Tengo miedo, pánico más bien —Apoyó su cabeza sobre el hombro del joven que tenía delante y que aún no creía que fuera real, que aquello le estuviera pasando a ella.

—Eres perfecta Nora, sólo quiero que seas feliz —Le acarició el pelo —Saber que te tengo al lado, me parece un sueño. Tener el privilegio de estar contigo es el mayor regalo que pueda desear.

—Dylan, por favor, exageras —Levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Era demasiado pronto. Podía abrirse un poco a él. Aquel ambiente, su cercanía, la incitaban a ello, pero de ahí a esa franqueza directa y sin filtros era prematuro. Había todavía un gran camino que andar.

—No, es verdad, créetelo, ¿Por qué te cuesta tanto? —Le dio un beso en la frente —Quiero estar a tu lado, contigo.

—Hazme el amor —Dylan la miró desconcertado, pero la agarró por la cadera y la sentó

encima de la barra.

—¿Estás segura?, después de lo que ha pasado... —Nora le puso un dedo en la boca para que se callara. No quería pensar, no quería analizar donde se estaba metiendo. Tarde o temprano la realidad se impondría y por su experiencia dolería, pero de momento solo quería volver a sentir lo que Dylan era capaz de provocarle. Vivir el presente, al menos durante aquellos días en Asturias. Necesitaba ese paréntesis. Ya tendría tiempo después, cuando volvieran a la normalidad, a la rutina, a cerrar el paréntesis y colocar un punto y aparte.

—Necesito abrir mi corazón, enséñame —Le miró a los ojos para demostrarle que le estaba dando una oportunidad y transmitirle que estaba bajando las barreras para dejarle entrar, lo que la dejaba en una posición totalmente vulnerable.

—Nunca te haré daño. Le dijo como si hubiera entendido el mensaje y la súplica que escondía su mirada

No se lo pensó más. Empezó a desabrocharle el vestido de algodón que llevaba y recorrió con sus manos todo su cuerpo que temblaba a cada caricia. .

—Cierra los ojos y siente. Libérate —Le susurró al oído y así lo hizo

Dylan se tomó su tiempo. Acarició con sus fuertes manos cada poro de su piel y Nora, por primera vez notó que su cuerpo era deseado. Lo sentía bello, venerado bajo aquel delicado tacto. Se sentía hermosa.

Aquel encuentro se desarrolló durante una hora completa. Una hora de caricias y besos, donde Dylan se desvivió haciendo con su boca que llegara repetidamente al orgasmo, regalándole a su cuerpo y a su intimidad dedicación absoluta, para el disfrute de su amada. Nora rendida, temblaba a cada nuevo contacto, absorbía con deleite las caricias y se entregó sin miedo, pensando que en ningún sitio se sentía más querida y más segura que entre los brazos de aquel hombre. Aparcó el miedo y se dejó llevar.

Sin embargo, Dylan no la penetraba. Solo utilizaba sus manos y su lengua para darle placer. Quería demostrarle que se entregaba entero para adorar a su Diosa, sin recibir nada a cambio.

—Por favor Dylan hazlo, poséeme —Le dijo ella entre jadeos.

—Nora has pasado por una situación difícil, quizás no es el momento —Se separó un poco — disfruta de tu cuerpo —Ella le miró intrigada.

—En el hospital me vino el periodo y solicité al ginecólogo que me prescribiera una pastilla anticonceptiva —Le agarró la cara —Quiero hacer el amor contigo y quiero que sea sin preservativo —Suspiró —Lo necesito.

—Nora —No discutió. Se bajó los vaqueros, la agarró por las caderas con fuerza, atrayéndola hacia él y su duro miembro entró con rapidez dentro de ella. Estaba tan dilatada y tan húmeda, después de que sus dedos y su lengua la hubieran excitado que no hubo resistencia. Al segundo empujón Nora volvió a dejarse llevar, estaba demasiado sensible después de tanto placer. Dylan siguió y aun le arrancó otro orgasmo antes de correrse dentro de ella, emitiendo un ronco gruñido y susurrando su nombre —Nora

Y ella, no solo descubrió de verdad lo que era hacer el amor, sino que sintió como el corazón se le descongelaba para dejar entrar a aquel hombre maravilloso, que se había desvivido en darle placer y demostrarle cuanto la deseaba.

—¿Estás seguro que no acabamos de recorrer la ruta encantada? —Dijo por fin, volcando el peso de su cuerpo sobre él. Dylan se rio con picardía, estaba satisfecho de ver a Nora así. Desinhibida, frágil, asequible.

—Queda mucho encanto por descubrir y yo te lo haré ver todo, te lo mostraré cada día, no te

arrepentirás —La aupó, cogiéndola en cuello, subió las escaleras con ella en brazos y la llevó al baño.

—¿Un baño? —Arqueó una ceja.

—¿Juntos? —Preguntó Nora con una sonrisa pícaro.

—Por supuesto —Abrió el grifo y se fue desnudando ante la atenta mirada de Nora, que permanecía totalmente desnuda frente a él sin pudor. No le daba recato mostrarse así. Su cuerpo ya no suponía una barrera, ya no se avergonzaba de él, porque Dylan lo había conquistado entero y ella se lo había entregado con gusto, quitando toda duda sobre sus atributos físicos. A él le gustaba su cuerpo y eso era suficiente.

En la bañera, volvió a surgir la necesidad de tocarse, de besarse, de devorarse. El agua se desbordaba de la bañera en oleadas armónicas y sincronizadas con los movimientos acompasados de sus cuerpos.

Después, tras secar el baño y vestirse, bajaron a preparar la cena. Se movían y se compenetraban como una pareja que lleva toda la vida viviendo junta. Había complicidad, tranquilidad, conexión.

Entre risas, devoraron la tortilla que habían preparado, bajo el castaño de la terraza que ahora estaba iluminada con lucecitas blancas, por todo el perímetro.

Estuvieron horas de sobremesa, hablando de su pasado, de su presente, de sus planes de futuro, hasta que, a las dos de la mañana, y agotados por un día tan intenso, fueron a la cama y durmieron abrazados, con normalidad, con calma, con dicha.

Cuando despertó, Dylan no estaba a su lado en la cama. Miró el reloj, las diez y media. Había dormido más que en toda su vida. Por la escalera, subía un agradable olor a café recién hecho. Decidió bajar, suponiendo que se lo encontraría allí, pero no. En su lugar se encontró sobre la barra una caja de madera llena de flores, de primulas y al lado una nota.

Buenos días princesa. Te he dejado café y pan con aceite y sal. Vuelvo sobre las once, he ido a encargar unas cosas.

He atrapado la primavera en una caja para ti

Te quiero,

Dylan

Sonrió, olió las primulas y se dispuso a desayunar, deseando no despertar de aquel maravilloso sueño. Había conseguido sacarla de su invierno eterno, regalándole la primavera. Cómo las primulas, había conseguido renacer, tener una esperanza inesperada, llena de luz, color y posibilidades de ser feliz.

<<Te quiero>> le había escrito. Y deseaba que así fuera, porque ella estaba empezando a sentir algo parecido. No sabía muy bien lo que era el amor, pero definitivamente tenía que ser algo similar a eso. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Iban demasiado rápido. No, aun no podían estar enamorados, aquello era una enajenación transitoria fruto del ambiente, el deseo y el sexo. Cuando volvieran a Madrid todo se enfriaría, pero de momento iba a disfrutarlo porque se sentía feliz y ensimismada por Dylan, al que ya echaba de menos y apenas llevaba quince minutos despierta.

—Pero dormilona, ¿Todavía estás así? —Nora que estaba sentada en el taburete de la barra

terminando de desayunar, se dio la vuelta y lo vio en la puerta cargado con bolsas de la compra — Venga, preciosa, que tenemos una ruta que hacer — Nora solo pudo que sonreír y mirarle de arriba abajo, arqueando una ceja. Dylan posó las bolsas y se dirigió a ella, dándole un beso en la frente — Pon ropa cómoda. No es muy larga, pero hay que atravesar el bosque.

— Vale — Se limpió las manos con la servilleta, se levantó y se dirigió escaleras arriba. Tenía poca ropa de sport. Su atuendo habitual era más formal. Al final se decidió por unos vaqueros de Dolce y Gabanna, una camiseta de Dior y unas deportivas Nikes.

Tras hacerse en el pelo una cola alta, bajó a reunirse con la fuente de su bienestar.

Fueron hasta un sitio que se llamaba la Venta, donde se iniciaba el sendero junto a un bar y una bolera y donde estaban las dos primeras tallas de madera.

— ¿Preparada para iniciar el Camín Encantau? — comentó Dylan agarrándole la mano.

— ¿El Camín Encantau?

— Si, así se llama en asturiano, el camino encantado — Nora se rio, no dejaba de sorprenderse.

— Claro, encantada de recorrer ese camino contigo — Dijo ella divertida, haciendo un juego con las palabras. Él se rio y empezaron a subir una carretera. Pronto observó cómo iban caminando junto al río, para, tras llegar a un cruce, coger una pista de subida, que le estaba costando un poco.

Hacía un día bonito y empezaba a sudar, pero sin quejarse siguió hasta que de repente encontraron una talla.

— Es el Sumiciu. Es un duende un poco ladrón, hace que desaparezcan las cosas — Le miró ensimismada. Que guapo estaba cuando se ponía en modo guía turístico. Se rio y le dio un beso en la boca que él aceptó gustoso.

Continuaron y se introdujeron en un bello bosque, donde sin esperarlo, les recibió otra talla.

— Es el hombre del saco — Lo observó un momento. Llevaba un saco al hombro y con la mitad de su cuerpo pintado en rojo — Es un personaje que, durante las noches, ronda los caminos con un saco al hombro, en busca de niños para raptarlos.

— Sí, he oído historias del hombre del saco — Se abrazó a si misma — Da mal rollo, continuemos — Dylan la agarró por la cadera, atrayéndola hacia él, en un claro gesto de protección y siguieron caminando.

Tras salir a la carretera de nuevo, cogieron una segunda pista, a través de unos pastos, antesala de un bellissimo bosque, de esos de cuento, donde la luz se filtra a duras penas entre las hojas, pero que añade ese misterio especial y esencial para creerse que detrás de cualquier piedra hay un hada, un duende o cualquier otro ser mágico. Pronto se encontraron otra talla.

— Es el Pataricu, tampoco te va a gustar — Le dijo antes de besarle el cuello.

— ¿Solo tiene un ojo? — Nora se aproximó a la talla para observarla de cerca, soltándose del abrigo del brazo de Dylan.

— Si, con el que vigila a los niños, para alimentarse de ellos.

— ¡Dios mío! Que cruel es esta mitología — Se rio y volvió a su lado para que la volviera a abrazar. Le gustaba sentir su calor sobre ella y su aroma impregnándola.

— Son los miedos que nos comen, cariño — Dylan la besó de nuevo en la frente, parecía que no podía parar de tocarla y besarla — Así les ponen cara, los pueden reconocer y se pueden combatir — Le miró embobada y sintió una punzada en el estómago. No era capaz de entender como había llegado a ese punto de desear tanto a alguien

Continuaron y tras ensancharse el camino apareció otro ser, paticorto y con los brazos

cruzados.

—Es el Diablu burlón, le gusta hacer bromas pesadas y se puede transformar en diferentes criaturas.

—Va de simpático ¿no?

—Bueno, este ser mitológico a veces hace bromas poco agradables, la verdad.

—Es todo muy siniestro, pero el bosque es espectacular.

—Sigamos —soltó su cadera y la agarró de la mano.

Pronto encontraron otra.

—El Nuveru, señor de la lluvia.

—Este no da tan mal rollo.

—No te creas. Es Conductor de nubes y tormentas. Si está enfadado puede ocasionar pérdidas de cosechas y ganadería, pero si se le ayuda, también puede ser beneficioso.

—Claro aquí la gente vive de la tierra, es normal que tengan un ser que maneja los elementos ¿No es romántico?

—Bueno, romántico no sé, pero duro, un cacho.

—Si, lo entiendo. Esta gente trabaja mucho y un temporal les puede dejar sin nada después de tanto esfuerzo. Una vida dura.

—Sí, pero muy satisfactoria ¿No crees?

—No lo he pensado. Esto es tan distinto a lo que yo conozco.

—Bueno, ya ves, hay muchos mundos posibles dentro del mismo en el que tú vives —Le miró y se quedó pensativa. << ¿Pero de donde había salido aquel hombre?>>

Siguieron caminando, atravesando explanadas, un camino empedrado, un pueblo y al lado de una fuente, otra figura, el segador, cuidando su herramienta de siega. Aprovecharon para beber agua fresca, o más bien congelada porque Dylan le explicó que bajaba directamente del deshielo de las montañas.

Recuperadas fuerzas, se encontraron al Cuélebre, junto a una enorme roca. Una serpiente alada que se dice cuida un gran tesoro y de los Xanes, una especie de Hadas del agua. Más tarde, y volviendo a adentrarse en un bosque y un camino de descenso a la vera de un arroyo, apareció la Lavandera. Dylan le informó que, aunque en apariencia parecía de fiar, en realidad era malvada. Cantan lavando la ropa por las noches. Si las encuentras, lava con ellas sin mirarlas a la cara o corres el riesgo de que te ahoguen o te apaleen hasta la muerte..

—Son personajes muy tétricos —suspiró —pero supongo que como la gente. Todo el mundo tiene un lado malvado— Dylan la miró algo desconcertado.

—¿Pero con qué clase de gente te has codeado tú? No creo que todo el mundo tenga un lado malo. Las personas cometen errores, tienen miedo, inseguridades, a veces son egoístas o están demasiado jodidos para actuar bien con los demás, pero eso no es maldad.

—¿Tú crees? —Él detuvo el paso, se puso de frente a ella y le agarró la mano con un semblante serio.

—Desde que te conozco, te has comportado de forma fría y distante conmigo —La miró a los ojos —A veces me trataste con desdén, me hiciste sentir fatal cuando nos acostamos, tratándome como un objeto.

—Yo...lo siento, de verdad —Bajó la mirada. Sabía que lo que Dylan decía era verdad.

—Nunca pensé que fueras mala. Al principio creía que alguien te había hecho mucho daño, que habían abusado de ti o algo así y por eso adoptabas esa actitud hacia los demás —Ella levantó la cabeza para volver a mirarlo sorprendida —pero luego...cuando descubrí que eras

virgen, no entendía nada —Ella intentó hablar, pero le hizo un gesto para que le dejara terminar — Me gustaría que algún día me lo explicaras, de verdad, porque sé que algo te está impidiendo mostrar a la verdadera Nora. Yo la he visto, a veces la dejas asomar y es maravillosa.

—¿A sí? ¿Y cómo es? —Dijo con voz coqueta.

—Pues detrás de toda esa pose y esa coraza —Le señaló el pecho a la altura del corazón — hay una mujer frágil, hipersensible, cariñosa, con un sentido del humor penetrante y muy perspicaz.

—¿Tú crees? —Se puso seria, sabía que había mucha verdad en sus palabras. ¿Cuándo había sido tan vulnerable para dejar entrever todo eso?.

—Lo creo —Hizo una pausa y le apretó la mano —Lo sé. Estoy enamorado de esa mujer — Sin decir más, la atrajo hacia sí agarrándola por la cintura y se fundieron en uno de esos besos cargados de ternura y cariño incondicional

Tras reponerse de aquel momento de confesiones y afecto, continuaron el descenso en silencio, hasta encontrar al Busgosu, criatura mitad hombre mitad carnero, benefactor y guía a los pastores, señor de los bosques y protector de flora y fauna que en ellos habita. Aunque Dylan le dio la explicación pertinente, Nora apenas le prestó atención, no dejaba de pensar en todo lo que había confesado su acompañante. No entendía como conociéndose tan poco, podía haber leído tan adentro.

Poco después llegaron a la entrada de Rio Caliente, el pueblo donde estaba situada la casa de Dylan y después de dos horas y media de paseo, cruzaron el puente sobre el río San Miguel. Tras entrar en el núcleo de Rio Caliente, entre el conjunto de hórreos y a la vera de aquel enorme castaño, donde estaba la castañera que habían visto el día anterior, se detuvieron.

—¿Te ha gustado? —dijo Dylan, sentándose al lado de la castañera.

—Mucho, pero estoy hambrienta y agotada.

—Tengo reservada mesa para comer ¿Vamos? —Se levantó y la agarró de la mano.

—Si —le miró —jamás olvidaré esto, aunque creo que tendré alguna que otra pesadilla con estos seres tan perversos.

—La naturaleza Princesa, es hermosa e inquietante. Te lo da todo, pero al mismo tiempo, se cobra su precio para equilibrar la balanza —Nora se paró en seco.

—¿Cuál va a ser nuestro precio? —Le apretó la mano temerosa.

—¿A qué te refieres? —Levantó una ceja al mirarla.

—Me lo estoy pasando tan bien, que temo que al final, pagaré ese precio del que hablas.

—No dejaré que nada nos separe, no ahora, que por fin estás a mi lado —Le acarició el pelo con ternura —De momento, no pienses en otra cosa más que como vas a hacer para comerte la fabada y el cordero que he encargado —Le dio un beso en la boca.

—Tengo un hambre atroz, así que creo que estaré a la altura —Bromeó ella.

—No te creas, aquí no se andan con tonterías. No saben lo que es el Tofu —sonrió —aunque bien pensado, no tengo claro si alguien sabe exactamente que es el Tofu —se rio —si quedas con hambre de postre hay arroz con leche —Nora puso los ojos en blanco.

—Pues después a dormir la siesta.

—¿Seguro?,¿No quieres bajarlo de otra forma?

—Vas a acabar conmigo. Eres un depravado —Arrugó la nariz y se mordió el labio. Pensar en poder repetir lo del día anterior le quitó hasta el hambre, pero una vez en el comedor de aquel bar, en medio de ninguna parte y a la vez, en el centro de todo, se metió entre pecho y espalda, la fabada, el cordero y el arroz con leche, bañado con sidra, y mucha, mucha risa y complicidad

Aquellos días en Asturias, representarían un antes y un después en la vida de Nora. Aun no lo sabía, pero las primulas, estarían presentes en el resto de su existencia para siempre.

Había vuelto a nacer, era feliz y sentía que ya no se conformaría con menos de lo que estaba sintiendo. Puedes vivir sin lo que no conoces, pero cuando rozas el cielo con un dedo, solo quieres seguir haciéndolo. Flotar, volar, seguir viva y, sobre todo, sintiendo tanta calma por dentro al planear sobre aquel destino tan agradable.

¡Viva Asturias, su mitología, sus gentes y su paraíso natural!

Dylan la miraba con verdadera admiración. La mujer que no se había podido quitar de la cabeza en el último año, estaba allí, con él y disfrutando. Esa mujer tan distante, tan lejana al resto de los mortales, de repente, estaba allí, disfrutando de una fabada y a la vez de su mundo, del real.

Se había arriesgado al abrirle el corazón, al expresarle sus sentimientos sobre ella y su necesidad de conocerla mejor, saber qué la tenía atrapada, porque tenía miedo a vivir.

Su corazón no puede creérselo, la vida es como una ruleta rusa y esta vez le había tocado a ellos y esta bala no la iba a desperdiciar. No la iba dejar marchar, aunque solo quedaban dos días para volver a emprender el camino hacia Madrid y con ello, el final de la primavera, para volver rápidamente al gélido invierno que habían dejado allí, lleno de problemas y amenazas, de obligaciones, de fantasmas.

Él querría permanecer de por vida allí, tener la llave que cerrara todo el dolor, todo el espacio por donde ella se pudiera escapar, pero no era posible. Debían volver a esa vida, donde cada uno rápidamente se dedicará a cosas que no serán, el uno del otro, que no estarán rodeados de paz y naturaleza. Adiós al paraíso natural

Namir

Desde el ataque a Nora, cuando en el Hospital le reveló a Sandra cosas que jamás le había dicho a una mujer y se confesó a si mismo lo que sentía realmente por ella, no había vuelto a verla.

No contestaba a sus mensajes, cada vez más desesperados, ni cogía sus llamadas.

No quería verlo, lo estaba dejando claro y luchando consigo mismo, decidió dejar de insistir. Iba darle el espacio que estaba pidiendo, porque si seguía acabaría convirtiéndose en su nuevo acosador. Aquel día le había hecho más de diez llamadas y le había mandado quince mensajes. Era demasiado. La situación estaba clara. Sandra no quería saber nada de él

Estaba aterrizado. Por primera vez en su vida, sentía que no podía gestionar sus emociones.

Ni él mismo se creía que estuviera tan enamorado, tan necesitado de otra persona. Se pasaba el día pensando en ella, cerraba los ojos y veía su rostro, su sonrisa, sus ojos tristes. Ya no le interesaba nada, ni nadie, solo quería a su petirrojo.

Se había planteado salir de fiesta, intentar olvidarla, pero no fue capaz. Toda su vida anterior de celebridad de la noche madrileña, se le antojaba ahora infernal. Sus días de conquistas y desmadres, habían pasado al destierro en apenas dos semanas y en los últimos cuatro días, sin saber nada de Sandra, toda su vida carecía de sentido.

Su móvil sonó y al mirar la pantalla su alma se iluminó. Era de Sandra. Nervioso y emocionado, pulsó la pantalla

Hola Namir,

Sé que te debo una explicación, por eso me he decidido a escribirte.

En otras circunstancias quizás podría haberme enamorado de ti, no lo sé, pero ahora mismo tú no tienes cabida en mi vida. No te quiero y espero que lo asumas y me dejes en paz

Estoy esperando que la policía me dé carta blanca para marcharme y olvidarme de todo esto.

Búscate una buena chica que te quiera de verdad. Un beso

Tú petirrojo

El peor de los escenarios posibles, se acababa de abrir ante sus ojos. Sandra no le amaba. Él estaba dispuesto a todo. A darle tiempo, a ayudarla a superar sus problemas con paciencia y comprensión, a ser su amigo y su apoyo sin exigir nada más, cualquier cosa que ella deseara con tal de seguir a su lado, pero no estaba preparado para ese mazazo. Ella no le amaba. Era un estorbo y le pedía que la dejara en paz. Contra eso nada se puede hacer y no hay nada que esperar.

Repasó el mensaje una y otra vez, mientras sentía como aquel corazón que había pensado que no tenía y que se había despertado loco de pasión con Sandra, se resquebrajaba en mil pedacitos.

Todavía permanecería en España, hasta que el caso se aclarara, pero había tomado la determinación de no volver a cruzarse con ella. No podría soportarlo. Con todo el dolor de su corazón, había decidido que el Petirrojo había muerto esa tarde. Era mejor así. Prefería un duelo que la agonía de volver a verla sabiendo que entre ambos no podía haber nada.

Sí, definitivamente esa tarde enterraba a su dulce pajarito en compañía de su corazón.

Nunca nadie había despertado los sentimientos que habían aflorado junto a ella y sabía que no existiría nadie más que pudiera hacerlos regresar.

Esas sensaciones de ternura, protección, deseo y admiración, habían sido sustituidos por otros. La tristeza, el desconsuelo y el desánimo, eran sus nuevos compañeros de viaje

Antes de conocerla se sentía vacío ahora, sencillamente era un fantasma. Todo había terminado, antes siquiera de empezar.

Quizás es mejor así, ella se merece alguien mejor, se convencía. Ya ha vivido con un monstruo y él, durante mucho tiempo se sintió otro. Al fin y al cabo, una chica, que se consideraba su novia, se había quitado la vida por su culpa. Era una losa de la que jamás podría desprenderse y Sandra a su lado sufriría, como sufrió Rocío. Si, sin lugar a dudas, cuanto más lejos estuviera de él, mejor le iría en la vida

Namir sabía que había recorrido un camino de no retorno. Ya no podía volver a su desinhibida vida anterior. Simplemente ya no era ese hombre, pero tampoco podía recorrer el camino que le apetecía. Uno en el que transitaba de la mano con Sandra.

Lo único que le quedaba era su trabajo como vía de escape. Se centraría en la fundación y en la organización de la gala, eso le ayudaría a no pensar en la mierda de vida que le esperaba.

Cabizbajo atravesó las puertas de seguridad que su padre había instalado y se dirigió a su nuevo despacho. El que antes ocupaba su hermana.

A su encuentro salió Adele. La miró con desidia y ella le sonrió.

Ambos pasaron al despacho y Adele cerró la puerta a su paso.

Namir se acomodó en la silla y miró de arriba abajo a la secretaria, que seguía de pie frente a él. Llevaba un vestido tan corto, tan apretado y escotado que le pareció inapropiado para un entorno de trabajo.

Ella notó el escrutinio de Dylan y le pareció suficiente para abordarlo.

—Namir, me gustaría hablar contigo —él levantó los ojos y la miró fijamente a la cara.

—Tú dirás —contestó serio.

—El día que estuvimos juntos fue especial y me gustaría repetirlo —mientras hablaba rodeo la mesa y se sentó sobre ella al lado de Namir, abriendo ligeramente las piernas.

Namir se puso de pie y se colocó encajándose entre las piernas de la dispuesta secretaria. Adele cantó victoria. Aquello iba ser pan comido.

—Adele —comenzó a decir él mientras le pasaba un dedo por el cuello y ella soltaba un ligero jadeo —dejemos las cosas claras —se separó de ella y le dio la espalda —no me gustas y espero que a partir de ahora te comportes sólo como una secretaria eficiente y no vuelvas a insinuarte de esa manera o tendré que despedirte por tu falta de profesionalidad.

—Pero... —acertó a decir ella claramente turbada.

—Soy tu jefe y cualquier cosa que haya pasado antes, fue solo un desliz sin importancia —Se giró para mirarla fijamente —¿Queda claro?

Adele no contestó. Se levantó de la mesa con la mandíbula tan apretada que parecía que en cualquier momento se le iban a resquebrajar los dientes y se dirigió a la puerta. Sin abrir la boca desapareció de su vista.

Namir suspiró y hundió la cara entre sus manos.

<<Otro problema indeseable>> pensó.

Iba a ser muy incómodo trabajar con aquella mujer. Fue un inconsciente cuando se acostó con esa descarada, pero era lo que hacía él antes. Acostarse con todo lo que se movía sin calcular las

consecuencias.

Quizás había sido un cerdo con su comportamiento y la forma en que la había puesto en su sitio no había sido muy ortodoxa, pero era mejor así. No pretendía humillarla. Él sabía que las chicas como ella solo entendían cierto lenguaje para poder quitárselas de encima. Con su actuación se había asegurado que jamás se le volviera a ocurrir sugerir un encuentro sexual.

Hogar Dulce hogar

Nora no podía evitar tener esa sensación extraña, de saber que lo que ha vivido ha sido tan maravilloso que algo iba a salir mal. Creía que los días en Asturias habían sido tan perfectos que, a su vuelta a Madrid, las cosas cambiarían y ese sentimiento la tenía tan angustiada, que no la dejaba disfrutar del momento con plenitud. No se basaba en nada concreto, en nada tangible, pero sabía que algo iba a pasar.

Cuando Arfan le dijo que había puesto al frente de la fundación a su hermano, se sintió aliviada, aun no quería tener que ocuparse de su trabajo, necesitaba más tiempo, más espacio para sí misma, para recapacitar sobre su situación y que es lo que verdaderamente quería.

Abrió las puertas de Las mil y una noches, y sintió esa sensación de hogar, pero a la vez una cierta tristeza porque al traspasar esa puerta se terminaban las primulas, los caminos encantados, los gorriones cantando, los bosques de castaños centenarios y hasta las boñigas de vaca.

Volvía a la normalidad, su estancia en Asturias y aquellas sensaciones tan maravillosas ya eran pasado.

Dylan, la había dejado en la puerta y se había ido a la oficina, tenía que reunirse con unos clientes, cosa que había ido aplazando pero que ya no podía retrasar más. Hasta la tarde es probable que no supiera nada de él.

—Hola Nora, ¿Qué tal el viaje? —su padrino Walter salió a su encuentro.

—Bien, muy bien diría yo —Se le escapó una sonrisa tonta, de esas que se te ponen cuando recuerdas lo enamorada que estás.

—Ya veo, ya —Dibujó una sonrisa de medio lado —¿Necesita algo señorita?, me voy a hacer algunas compras.

—No padrino. Estoy bien. Voy a deshacer la maleta.

—Está bien. Me voy entonces. Si necesita algo Anabel está en la cocina.

—Perfecto Walter —El eficiente asistente, se giró y se fue, mientras Nora le observaba desde las escaleras.

Posó su maleta y su bolso y decidió pasar por la cocina a almorzar algo, estaba hambrienta.

—Hola Anabel —La mujer pegó un saltito del susto que se llevó.

—Ay Nora, no sabía que estabas en casa —a Nora le hizo gracia su cara de sorpresa y se rio. Estaba exultante, todo le parecía gracioso y amable. Anabel se dio cuenta. Estaba radiante, como nunca la había visto. Con ese brillo en los ojos y una sonrisa que ilumina toda la cara. La pequeña Nora estaba enamorada.

—¿Me preparas algo de comer?, el viaje ha sido largo y tengo hambre.

—Claro mi niña, es la hora de almorzar. Tengo puré de calabaza y estoy terminando unas berenjenas en el horno.

—Estupendo, estos días me he hinchado a grasa, me viene muy bien aligerar la dieta —Se rio —¿Me sirves puré?

—Por supuesto —Anabel se movió con soltura por la cocina y en un segundo, le había puesto

sobre la isla el plato sobre un mantel individual con el puré humeante, los cubiertos, la servilleta de algodón y un vaso de agua

Nora se concentró en revolverlo, antes de probar aquella crema que olía deliciosamente.

—Anabel —Dijo mientras mojaba la punta de la cuchara con el puré para probarlo —Tú has estado casada, ¿verdad?

—Así es —Contestó sin mirarla ocupada en echar un vistazo al horno.

—Entonces, crees ¿en el amor para siempre? —La mujer se giró y se colocó en un taburete al lado de ella.

—Mi matrimonio salió mal, me divorcié, pero no porque yo no creyera en el amor para siempre, que creía y creo, sino porque era él, el que no estaba enamorado y que entre muchas otras cosas que no quiero recordar, me fue infiel, muchas veces —Le acarició el pelo —Nora, estamos rodeadas de personas que se aman profundamente, lo importante es escoger bien de quien te enamoras y ser correspondida. Si es así, el amor no tiene por qué acabarse, ni la relación romperse.

—Entiendo —Nora le sonrió y se puso a degustar el puré pensativa —Gracias Anabel.

—No hay de que mi niña —Se levantó del taburete y siguió con sus tareas.

Después del puré y la berenjena, Nora decidió subir a su habitación a asearse y descansar un poco.

Mientras subía a su cuarto, sintió la entrada de varios mensajes en su móvil, pero tenía las manos ocupadas con la maleta y el bolso, así que lo ignoró.

Se pegó un baño relajante, se puso un cómodo pijama de franela, con corazoncitos que le encantaba, deshizo el equipaje y se tumbó en la cama con la intención de echarse una siesta. No podía dormir, así que se levantó buscó el móvil en el bolso y se volvió a acostar.

Tenía unas cuantas entradas de imágenes de whatsapp de un número que no conocía. Pulsó sobre la primera notificación y ante sus ojos se abrió una foto. Eran Adele y Dylan, estaban en un restaurante en lo que parecía una cena bastante íntima. Ella tenía el dedo sobre la comisura de la boca de él, en un gesto muy insinuante, mientras Dylan le dedicaba una de esas sonrisas de medio lado que tan sexys y provocadoras le resultaban a Nora.

Sintió como la sangre le hervía. ¿Podría ser posible que Dylan estuviera jugando con ella? No podía creérselo. El chico que había conocido en Asturias parecía sincero, pero la imagen parecía íntima

Pulsó sobre la siguiente imagen, esta vez estaban besándose frente a la puerta del edificio de oficinas de la fundación. Claramente las instantáneas eran de días diferentes. No llevaban la misma ropa. En esta última, Dylan vestía con la misma ropa que llevaba esa misma mañana cuando la dejó en su casa.

No podía ser. La había dejado en Las mil y una noches, para correr a reunirse con su amante.

La tercera foto estaba tomada en el mismo sitio que la segunda. En ésta, en un gesto tierno, Dylan le acariciaba la mejilla, mientras se miraban a los ojos. ¡Dios mío! Ese gesto no dejaba género de dudas

La cuarta y última imagen, tomada también en las puertas de la fundación mostraba a la pareja abrazada, en lo que parecía el broche final de una secuencia completa, beso, gesto de cariño mientras conversan y abrazo de despedida. Una sucesión típica en el encuentro de dos amantes. El móvil se le resbaló de las manos

<<Otra vez no>> estaba petrificada. No podía estar repitiéndose la misma historia. El chico del que se había enamorado, que le había regalado los días más bonitos de su vida, tenía un rollo

con la secretaria. La estaba engañando. Como había podido ser tan tonta y confiarse de esa manera

Se repetía la historia. Igual que cuando era adolescente, salvo que Allen solo le había dado un beso casto y no le había prometido nada. Sin embargo, Dylan le había regalado la primavera, le había dicho que la quería y la había hecho creer que podrían ser felices juntos.

Presentía que algo iba salir mal, pero jamás pensó en esa traición tan repentina y descarada.

El invierno había vuelto.

Aquella mañana Dylan había pasado por las oficinas de la fundación a recoger los documentos que necesitaba para la reunión con el magnate ruso, que quería hacer negocios con Sherezade Enterprises, una de las sociedades tecnológicas de Arfan.

No se entretuvo mucho, porque ya tenía el dossier preparado desde hacía semanas, con los activos que le interesaban a aquel cliente.

Cuando salió a la calle, alguien le llamó, era Adele, que en ese momento salía del edificio detrás de él.

—Hola Dylan —Dijo dedicándole una sonrisa sensual.

—Buenos días Adele, si me disculpas tengo prisa —Intentó girarse, pero ella le agarró del brazo y antes de que se diera cuenta, le estaba besando. Dylan la apartó rápidamente —¿Qué haces? —Le dijo con rabia.

—Oh, disculpa, creí que tú y yo...nosotros —Bajó la cabeza haciéndose la avergonzada.

—No, Adele, tu y yo nada. No sé qué película te has montado, pero quítatela de la cabeza y que esto no se vuelva a repetir.

—Pero la cena, como me miras...— Estaba haciendo una actuación perfecta, incluso consiguió que una lágrima se le escapara de la cara. Dylan sintió compasión por ella y aunque inicialmente se había enfadado, no soportaba ver a una mujer llorar por su culpa. Le acarició el pelo, le secó la lágrima con el dedo y la abrazó.

—Adele, estoy enamorado de Nora —Le dijo cuando la vio más calmada —cualquier otra cosa ha sido un terrible malentendido. No era consciente de que te daba esperanzas de otra cosa, sino le habría puesto remedio.

—Tranquilo, lo entiendo —Contestó entre sollozos— al menos, podremos seguir siendo amigos ¿verdad?

—Por supuesto —Le acarició la mejilla —y ahora, lo siento, pero tengo una reunión y...

—Ve tranquilo, estoy bien —Le dedicó una tímida y triste sonrisa.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes, no eres el primer hombre que me rechaza.

—Está bien. Otro día nos vemos, tomamos un café y charlamos —Asintió con la cabeza. Se despidieron con un beso en la mejilla, y Dylan se marchó con premura para no llegar tarde a la reunión

Adele sonrió con malicia, mirando al otro lado de la calle donde se encontraba Lionel con una cámara de fotos. Él subió el pulgar para indicarle que había conseguido la imagen y ella volvió hacia el interior del edificio, contoneando las caderas y con una sonrisa de victoria en la cara. Esa parte del plan estaba hecha, Nora iba a recibir su merecido, iba a sufrir de lo lindo la muy perra. Ahora tenía que centrar sus esfuerzos en la parte del plan referente a Namir, Sandra y la fundación.

A las cuatro Dylan había despachado al cliente y estaba deseoso de ver a Nora. No había

podido hablar con ella en toda la mañana. Pasó por el hotel a cambiarse. Esa misma tarde recogía las llaves de su nuevo apartamento. Algo menos temporal que una fría habitación de Hotel, pues su intención era fijar su residencia en Madrid, cerca de Nora.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió a Las mil y una noches para darle una sorpresa. Por el camino vio una floristería y aparcó el coche. Tenían lo que quería. En diez minutos portaba un centro de primulas y helechos, inspirado en su maravillosa estancia en Asturias.

Feliz, volvió al coche y recorrió la distancia hasta la mansión con una sonrisa de oreja a oreja. las cosas no podían ir mejor. Tenía una relación con la mujer de sus sueños, que por fin le había dejado entrar. Quería colmarla de atenciones y que jamás se arrepintiera de haberle dado la oportunidad.

Aparcó el Audi de alquiler, delante de la puerta y llamó a la puerta.

Anabel le recibió

—Hola, vengo a ver a Nora —Ella miró aquella carita de enamorado que arrastraba y el imponente centro de plantas que llevaba entre las manos y no pudo más que sonreír.

—Espere en el salón, por favor, iré a avisarla —Con un gesto de la mano le invitó a pasar y le acompañó a acomodarse. Después subió por las escaleras. Nora debía estar en su habitación

Dylan se entretuvo mirando una revista confiando de que iban a pasar una tarde maravillosa.

—Señor —Carraspeó Anabel a su espalda. Se giró y le sorprendió lo serio y tirante que parecía. Nada que ver a los momentos antes, cuando lo recibió en la entrada —La señorita Nora no se encuentra bien y no puede recibirle. Me ha pedido que, si es tan amable, se vaya y ya se pondrá ella en contacto con usted.

—Pero...no entiendo —Y era verdad, no podía procesar porque cortésmente le estaba echando.

—No le puedo decir más señor, le acompañaré a la puerta.

—Ni hablar, no me puedo ir así —Se pasó la mano por el pelo —¿Qué le pasa?

—No lo sé señor, mejor lo hablan en otro momento —Le puso una mano en la espalda y con la otra le indicó la salida.

—Por favor, hágale llegar las flores —Anabel asintió y consternado se dirigió a la salida

En cuanto entró en el Audi y con la cara desencajada, miró hacia las ventanas del piso superior, intentando ver a Nora. Nada, no se había asomado a despedirle.

No estaba dispuesto a que las cosas quedaran así. Sacó el móvil del bolsillo interior de su chaqueta de ejecutivo y le escribió un whatsapp.

¿Qué ocurre Nora?

¿Por qué me has echado así?

Esperó sentado en el coche una respuesta, pero pasaron los minutos y nada, no había respuesta, así que decidió insistir.

Creo que me merezco

al menos,

una explicación

Esta vez, transcurrido unos segundos recibió respuesta.

No te mereces NADA

Aturdido y sin ser capaz de entender que estaba pasando contestó.

*De verdad, que no se
por qué estás enfadada.
Hablemos*

*No te voy a dar explicaciones
Ya te has reído bastante
Deja de fingir y
lárgate*

Se quedó sin aliento al leer aquella contestación.
*Debe ser un malentendido
Aclaremos las cosas*

*No tenemos nada que aclarar.
Déjame en paz*

En aquel momento estaba muy enfadado, ¿Por qué le trataba así? Acababan de pasar unos días maravillosos juntos y nada más llegar a Madrid, le daba una patada sin la más mínima explicación.

No estaba dispuesto a dejar que le pisoteara. ¿Pero que se creía esa niña mimada? ¿Qué lo podía tratar como a un juguete? Cogerlo y dejarlo cuando a ella le viniera en gana. No, no lo iba a consentir.

Arrancó el coche levantando una nube de polvo y a toda velocidad se fue

Cuando entró en su habitación, miró a su alrededor y suspiró. No le gustaba vivir en un hotel, le recordaban su infancia, a su madre. Demasiados días, había pasado deambulando por hoteles, cuando su madre no tenía con quien dejarle. Le llevaba con ella, le pedía que no molestara y le dejaba en algún cuarto de servicio o habitación vacía, con unas hojas y unos rotuladores para que se entretuviera. Horas y horas sólo, hasta que su madre volvía a recogerlo. Por eso intentaba estar lo menos posible en habitaciones de Hotel. Como su estancia en Madrid se preveía larga, consideró que había llegado el momento de establecerse en un sitio fijo. Metió sus escasas pertenencias en dos maletas, cogió las llaves de su nueva vivienda y se marchó.

Cuando abrió la puerta de su nuevo apartamento, sintió que todavía no lo consideraba un hogar. Era bonito, luminosos, bien decorado, pero impersonal. Ni un recuerdo, ni una foto, ni un objeto que le contara una historia de su vida. Aquel lugar no le pertenecía, no lo había hecho suyo.

Se sirvió una copa de whisky y se sentó en el enorme sofá color chocolate que presidía el salón.

Era un ingenuo. Después de lo que le había pasado con Caroline, no había aprendido nada. Se había vuelto a entregar en cuerpo y alma a una persona que le ninguneaba. Estaba harto de dar y no recibir.

Con el tercer whisky, tomó la determinación que nunca más se dejaría llevar. La historia con Nora se había terminado, así viniera a suplicarle de rodillas.

Un objetivo común

No había podido acercarse a Sandra, apenas salía de casa y cuando lo hacía la acompañaban dos escoltas, que habían contratado para salvaguardar su integridad. Así era imposible rematar lo que había empezado, una vez más tendría que tirar de Adele para conseguir llevarla a algún sitio sin vigilancia.

Todo a su tiempo.

Había sido una suerte conocer a Adele. Una mañana mientras vigilaba los accesos al edificio de la fundación, la vio salir acompañando a Nora y a Arfan. Llovía bastante, así que no la pude ver del todo bien y enseguida se metieron en una limusina que les esperaba.

Necesitaba saber quién era aquella hermosa mujer y que papel jugaba dentro de aquella familia. Durante los siguientes días le hizo un seguimiento y descubrió donde vivía. Era un barrio normalito, aquella chica no llevaba el nivel de vida de los Al Saud y los McDowell, aunque su apariencia física y su indumentaria así lo hicieran parecer.

Esa noche la siguió hasta un bar de copas y decidió acercarse. Enseguida conectaron y de inmediato se sintió atraído por ella. Era hermosa, inteligente y pícaro. Una combinación excitante.

En ese primer encuentro intimaron y acabó durmiendo en su apartamento. Allí había química y más, cuando descubrió la animadversión que ella procesaba por sus jefes.

No fue difícil conseguir esa información, porque en cuanto le sacó el tema del trabajo, ella echó todo el veneno que llevaba dentro y él sintió que debía confesarle que el sentimiento era compartido.

Y así, entre charlas y sexo, decidieron ayudarse mutuamente y acabar con los causantes de su odio.

El primer plan salió mal. No fueron capaces de acabar con Nora. Se precipitaron y no ataron bien todos los cabos sueltos. Dylan no debería haber aparecido. Adele, se tendría que haber encargado de alejarlo de Nora con más determinación, pero se equivocaron.

Se lanzaron al ataque, antes de que pudiera culminar esa fase, poniendo en peligro todo el plan y la consecuencia a esa cagada es tener que lidiar con la policía husmeando por todos lados.

No volvería a ocurrir lo mismo. Iban a ser más meticulosos y de momento la foto de Dylan besando a Adele, tendría que causar la tormenta perfecta para pasar a una de las siguientes fases de su elaborado plan.

A él le importaba bien poco Dylan y Nora, pero se lo debía a Adele. Ella quería vengarse y quería ayudarla. Además, serviría de distracción, cuanto más ocupado estuviera el entorno Al Saud más fácil sería encontrar la brecha.

Él no solo quería vengarse de Sandra, sino quedarse con todo el maldito dinero de esos miserables.

Sonó su móvil, era Adele.

—Dime bombón —Contestó él.

—Hecho. Mientras Namir, ha ido al baño, he entrado en su despacho y he mandado el mensaje

acordado desde su móvil.

—Perfecto. Ahora me toca a mí

Un clavo quita otro clavo

Esta vez no se encerraría en sí misma. No se iba a quedar en casa llorando por alguien que no se lo merecía.

Aún no se creía lo que había pasado, aunque tenía las evidencias en su teléfono móvil y era más que evidente que Dylan jugaba a dos bandas. Mientras la conquistaba a ella se tiraba a su secretaria, aun así, no acababa de creérselo del todo. Aquel chico, le había regalado los días más maravillosos de su vida. Las vacaciones en Asturias eran inolvidables. Notó la química, la magia que surgía entre ellos. Dylan se había esforzado en complacerla, en demostrarle sus sentimientos y le había parecido sincero.

¿Pero por qué? Para que todo ese esfuerzo.

Lo único que se le ocurría es que su maniobra fuera para medrar en la empresa a su costa, pero él no lo necesitaba. Era millonario gracias a la herencia de su padre y ni siquiera tocaba ese dinero. No parecía el típico hombre deslumbrado por el poder y el dinero.

Estaba hecha un lío y un mar de dudas. La única conclusión a la que llegaba es que, fuera por el motivo que fuera por el que Dylan había actuado así, tenía que quitárselo de la cabeza. Esta vez decidió actuar de manera distinta a lo habitual. Ningún hombre, nunca más la arrinconaría. Esa no era una opción.

En vez de quedarse en casa recordando y flagelándose, contactó con Berta y Carlota, sus amigas, para salir de copas.

Se puso un vestido corto, bastante sugerente y unos tacones de diez centímetros. Esa noche quería que la miraran, quería sentirse sexy y deseada. Esa noche iba a quitarse a Dylan de la cabeza y que mejor forma que con otro chico. Un clavo quita otro clavo ¿No es lo que dicen?, pues ella iba a comprobarlo.

Ahora sabía que el sexo le gustaba y estaba dispuesta a aumentar su experiencia y esta vez sin implicaciones emocionales. Sexo y solo sexo. Al fin y al cabo, era lo que ella siempre había querido.

No debería haberse dejado arrastrar por Dylan y sus artimañas románticas. ¿Por qué había sido tan cruel? Si ya se había acostado con él, si ya la había llevado a la cama, por qué tuvo que engatusarla.

No era suficiente con eso, quería un trofeo mayor, quería robarle el corazón para demostrarse a sí mismo algo.

Desde luego, era de lo más retorcido, nada que ver con la imagen que se había hecho de él.

—¿Quién eres tú y que has hecho con Nora? —Oyó la voz de Carlota, mientras se bajaba del taxi delante de la discoteca donde habían quedado —Estás espectacular.

—No exageres —Le dijo dedicándole una sonrisa.

—No, en serio, estás pidiendo guerra a gritos —Añadió Berta.

—Pues espero conseguirla —Suspiró —Ahí dentro espero encontrar un hombre que me dé una alegría —Puso los ojos en blanco y todas se echaron a reír.

—¿A que estamos esperando? —Carlota le guiñó un ojo y las tres entraron directas a la pista de baile.

La discoteca estaba abarrotada de gente y mínimamente se hicieron con un hueco para bailar. Nora estaba dispuesta a pasárselo bien y se dejó llevar por la música, moviéndose sin pudor, contoneando su cuerpo como si nadie la mirara.

En seguida notó que estaba rodeada de hombres que intentaban acoplar sus movimientos a los de ella. Cerró los ojos y dio vía libre a que la agarraran por la cintura, la tocaran y se rozaran con ella. Cuando vio que la cosa se calentaba y subía de tono más de la cuenta, decidió acercarse a la barra y salir momentáneamente de aquel sugestivo baile.

—Un Gyn Tonic, por favor —Solicitó al camarero nada más acercarse a la barra.

—¿Dejas que te invite preciosa? —Se giró para ver quien le hablaba. Era un chico moreno, bastante guapo.

Lo miró de arriba abajo sin disimulo. Vestía con unos vaqueros rotos y una camiseta negra que dejaban intuir un cuerpo musculado. No era muy alto, más o menos como ella con los tacones y entonces, no pudo evitar pensar en Dylan y en su enorme envergadura y como le gustaba que fuera tan alto. Negó con la cabeza. Tenía que quitárselo de una maldita vez de la cabeza. Sin contestar, se abalanzó sobre el chico y le besó. Él sin amilanarse, abrió la boca y se enzarzaron en un obsceno beso, lleno de lengua y movimientos bruscos. Las manos de él viajaron hasta el trasero de Nora y la empujaron más hacia él.

La tórrida escena, subía cada vez más de tono y por el bulto que se apreciaba en el pantalón del chico, debían ponerle fin o aquello tomaría visos de escándalo público.

—Vamos a mi casa —Dijo el chico entre jadeos cuando consiguió acabar con el beso.

—Vamos —Dijo Nora, volviendo a enganchar su boca.

Salieron a toda prisa del local, cogidos de la mano. Mientras intentaban localizar un taxi, volvieron a su frenética actividad, pero quizás por el cambio de ambiente o porque el frío de la noche, Nora salió de su estado de enajenación, abrió los ojos y se separó del joven como si de repente quemara.

—Lo...lo siento, me he equivocado —Le dijo intentando no mirarlo a los ojos.

—¿Estás de broma? —Su tono era de cierto enfado.

—No...es que... —No sabía cómo salir de esa —ha sido un error.

—Vete a la mierda guapa —La miró de arriba abajo —Eres una caliente... —No terminó la frase, se giró y volvió directo a la discoteca, dejándola sola en medio de la calle.

<<Como seré tan idiota>> y es que mientras besaba al desconocido y se dejaba meter mano, solo podía pensar que era Dylan quien lo hacía y en cuanto volvió a la realidad, el tacto de aquel hombre le dio asco. Mucho asco.

—¡Maldito Dylan! —Gritó. Estaba muy cabreada con él y consigo misma. En un arrebato decidió hacer algo absolutamente infantil.

El móvil de Dylan vibró. Al mirarlo, descubrió que había recibido una imagen, enviada por Nora. Esperó a que cargara y ahí estaban Adele y él, besándose en medio de la calle.

No es lo que parece

Déjame explicártelo

Escribió desesperado, consciente ahora del motivo del enfado de Nora y de que iba a ser difícil remontar aquella situación.

*¡JA! No es lo que parece
Que topicazo ¿no?
Una imagen vale
más que mil
palabras*

Cerró los ojos, iba a ser muy difícil rebatir aquello, pero tenía que intentarlo.

No, si la escena está manipulada.

Me han tendido una trampa.

Y por muy tópico que suene

NO ES LO QUE PARECE

Nora no contestó inmediatamente. Dylan miró una y otra vez el teléfono en busca de respuesta. Se estaba impacientando cuando vio que estaba escribiendo.

*¿Y qué trampa es esa?
Estás besando a Adele*

No, no estoy besando a Adele

Ella se abalanzó sobre mí y

alguien aprovechó para sacar esa foto

*Tengo más fotos Dylan y
a cada cual más cariñosa
y comprometida.*

Alguien quiere jodernos

Créeme

Ya no le contestó más. Le había mandado la imagen para fastidiarle, para que supiera que le había descubierto y si le quedaba un mínimo de decencia que sufriera.

Sin embargo, hubo un efecto rebote y era ella la que estaba enfadada y dolida. La había traicionado y aún descubierto, no lo quería reconocer. Cómo podía haber estado tan engañada y como podía ser él tan farsante.

En busca de la verdad

Sandra se sentía fatal, no había vuelto a ver a Namir. Le había mandado aquel mensaje demoledor, para matar cualquier esperanza.

Había mentido, pero era lo que debía hacer. Nunca había sentido nada por nadie, como lo que sentía por Namir. Ni siquiera en los mejores tiempos con Lionel, se había sentido tan atraída como lo estaba por él.

Era profundo, magnético y tremendamente abrumador.

Sentía que aquellos sentimientos eran fuertes y precisamente por ello, porque lo amaba, tenía que separarse de él.

Namir se merecía alguien mejor, una mujer que estuviera al cien por cien, que pudiera hacerle feliz. Ella no era esa persona. Estaba hecha polvo, rota y no sabía si jamás se recuperaría.

Aunque cuando mandó el mensaje era consciente de lo que hacía y lo que significaría apartarlo de su lado, no podía quitárselo de la cabeza. Le echaba de menos. Ni siquiera la amenaza constante de Lionel, ocupaban tanto su cerebro como la nostalgia de las caricias perdidas, de los besos anhelados y nunca dados, de las conversaciones pendientes.

Era mejor así. No habían llegado lejos y dejándolo en el inicio sería más fácil pasar página. Al menos para él.

Mientras pensaba en lo que no pudo ser, se sorprendió al sentir la entrada de un mensaje y comprobar que era de Namir

Había quedado muy claro que la dejara en paz y el parecía haberlo entendido, pues no volvió a intentar ponerse en contacto con ella. Sin embargo, ahora le escribía. Algo debía haber pasado para que no respetara su petición. Leyó nerviosa el mensaje.

He encontrado una pista para localizar a ese malnacido. Necesito hablar contigo. Nos vemos en una hora. Te adjunto localización. Ven sola por favor, confía en mí. Te quiero. Namir

Le parecía extraño.

Aquel mensaje era de lo más misterioso y más sabiendo que no habían vuelto hablar. ¿Estaba buscando por su cuenta a Lionel?, ¿Sin su padre?

¿Por qué la citaba así de esa manera tan extraña?, casi de forma clandestina y ese te quiero... después de lo que había pasado...ahí había algo que no cuadraba...pero el mensaje venía del teléfono de Namir, solo él podía haberlo enviado.

Revisó el sitio donde la había citado. Era en una zona industrial apartada. La intriga pudo más que la prudencia. Solo tenía una hora para llegar. Decidió vestirse y pedir un taxi.

De camino al lugar de encuentro, solo podía pensar que algo no marchaba bien. Toda aquella situación era muy rara. ¿Y si era una trampa? Decidió hablar con el taxista y a cambio de una sustanciosa suma de dinero, le pidió que llevara una nota a su padre, Robert McDowell, indicando la dirección donde la había dejado, por lo que pudiera pasar.

Le pidió que esperara al menos tres horas antes de llevárselo. Si no era una trampa ella misma

le explicaría a su padre el motivo de la nota, incluso le daría tiempo a llegar a casa antes de que lo hiciera el taxista, para no alararlos y si había gato encerrado, se aseguraría de que alguien más conociera su paradero.

El lugar elegido por Namir, era espeluznante, parecía sacado de una película de terror. Una nave abandonada, llena de basura tirada por el suelo y cientos de pintadas en sus paredes. No había ventanas, ni puertas, había sido desvalijada.

—¡Namir! —Empezó a llamarlo mientras se adentraba en aquel desvencijado lugar —¡Namir! ¿Estás ahí? —Cada vez estaba más asustada

Lo siguiente que sintió fueron unos pasos detrás de ella y antes de que se pudiera girar un fuerte golpe en la cabeza hizo que todo se nublara.

—Pequeña Zorra, ya te he cazado —Oyó antes de desvanecerse por completo.

Cartas escondidas

Arfan, entró alarmado en el salón. Acababa de recibir una llamada de Robert, diciendo que Sandra había salido de casa sin escolta hacía dos horas. No respondía al móvil y estaba preocupado. Estaba llamando a todos los conocidos, pero hasta ahora nadie la había visto.

Nora presentía que algo no encajaba. Las imágenes que había recibido de un desconocido y ahora la desaparición de Sandra.

—Papá —Llamó la atención de Arfan —Ayer he recibido unas fotos de Dylan en digamos, una posición comprometida con una mujer —Tomó aire ante la cara de estupefacción de su padre —La cuestión es que Dylan dice que fue una trampa. Yo no le creía, pero lo cierto, es que se enviaban de forma anónima desde un número privado.

—¿Quién era la mujer que le tendió la supuesta trampa? —Preguntó intranquilo.

—Adele —soltó el aire retenido en sus pulmones con fuerza. Su padre abrió los ojos como si se hubiera dado cuenta de algo obvio.

—Eso tiene sentido —sopesó lo que iba a decir— Tiene lógica que tuviera un cómplice trabajando desde dentro —Se dejó caer en el sofá —Contacta con Dylan y Namir, yo llamaré a Robert y al detective Paul Harris. Que vengan para aquí inmediatamente —Sin añadir nada más, se levantó, sacó su teléfono móvil y salió al jardín a efectuar las llamadas

Nora subió a su habitación a gestionar lo que su padre le había ordenado

—¿Nora? —Contestó con voz de asombro

—Hola Dylan, perdona que te moleste, yo... —No le dejó terminar la frase

—Mira Nora. No sé qué juego es el que te traes, pero desde luego no me gusta —Sonaba tremendamente enfadado

—Tenemos que hablar Dylan —Intentó tirar de toda su paciencia

—¿Para qué? si ya me has juzgado y condenado. Esto no es sano y por mi salud mental es mejor que zanjemos esta situación

—De acuerdo, pero escúchame —Se hizo un silencio —Sandra ha desaparecido y mi padre quiere que nos reunamos en casa. Por favor, necesitamos aclarar todo este embrollo.

—Está bien. Ahora mismo salgo para allí —Su voz sonaba seria, pero había bajado su grado de enfado

Tras colgar, llamó a su hermano y tras contarle los hechos, que sin dilación se dirigió nervioso a las Mil y una noches

En menos de una hora, estaban todos los convocados en el salón.

—Bien comencemos —Arfan relató, lo sucedido con Dylan y la supuesta implicación de Adele. Paul examinó el número de teléfono desde el que se habían enviado las imágenes. Era un

móvil prepago y no se podía rastrear.

—Evidentemente, debería tener una conversación con Adele —añadió Paul Harris —Si ha actuado tal como decís no es trigo limpio. Quizás solo quería entrometerse en la relación de Dylan y Nora, pero después del ataque que ella sufrió no parece lo más inteligente. Me da que esa muñequita sabe más de lo que dice.

El teléfono de Robert empezó a sonar.

—Es Maribi —Hizo un gesto de disculpa con la mano y descolgó —Dime cariño —Su cara fue cambiando de tono y la angustia se reflejó en sus ojos —¿Cuándo?. No te preocupes, mándame una foto de la nota. Nosotros nos ocuparemos —Cuando apagó el teléfono estaba totalmente pálido. Todos lo mirábamos con atención —Un taxista ha traído una nota de Sandra, donde dice que se había citado con Namir a través de mensaje en un sitio y adjuntaba la dirección. Ahora me manda Maribí una foto de la nota. Por lo visto ella le pagó para que la entregara en mi casa. Inmediatamente todos nos giramos a mirar a Namir.

—Yo no he mandado ningún mensaje —Se había puesto lívido.

—Déjame tu móvil muchacho —dijo Paul. Namir lo sacó del bolsillo del vaquero y se lo tendió.

—Efectivamente, el mensaje se mandó desde este móvil —Añadió después de examinarlo —hacia las once de la mañana.

—Yo...yo estaba en la oficina a esa hora. ¡No mandé ningún mensaje y mucho menos a Sandra! —Se llevó las manos a la cabeza.

—¿En algún momento te separaste del teléfono durante la mañana? —Paul Harris usaba un tono neutro, en cierta manera tranquilizador.

—No, siempre lo coloco encima de la mesa de mi despacho y no he salido de él.

—¿Ni siquiera has ido al baño muchacho? —Tornó los ojos, como indicando que era evidente que en algún momento había salido del despacho.

—Sí, fui una vez al baño, pero apenas tardé cinco minutos en regresar y el teléfono seguía en el mismo sitio donde lo dejé. La puerta estaba cerrada y todo en orden.

—¿Con llave? —inquirió.

—No, cerrada, pero sin echar la llave —aclaró.

—Y quien está lo suficientemente cerca de tu despacho, como para verte salir y en tan solo cinco minutos enviar el mensaje y dejarlo todo como estaba antes de que regresaras.

—¡Adele! —Contestó Arfan —Namir está ocupando el despacho de Nora y Adele es su secretaria. Tiene la mesa justo delante del despacho de mi hija.

—¡Ja! La hemos pillado —Chasqueó la lengua —Bien. Voy a ir a la dirección que ha dado Sandra en la nota.

—¿Y si avisamos a la policía? —pregunté, intentando poner un poco de cordura a todo aquel sin sentido.

—La policía es lenta, necesita ordenes de registro y un montón de pruebas antes de actuar. En este caso el tiempo es oro —Carraspeó molesto por tener que hacer ese tipo de aclaraciones — Como iba diciendo. Iré a revisar la ubicación que nos ha facilitado Sandra. Namir y Arfan, iréis a la oficina y os reuniréis con Adele. El motivo es retenerla hasta que yo vuelva a estar operativo y no pueda mientras tanto contactar con su amigo, así que mirad como podéis distraerla. Intentad que no se os note nerviosos ni nada que pueda hacerla sospechar ¿De acuerdo? —Asintieron con un movimiento de cabeza —Robert, tu vendrás conmigo, quizás Sandra haya dejado más pistas y me serás de utilidad —Rebuscó en su bolso y sacó un pequeño aparato, más pequeño que un

cacahuete —Dylan tú también irás a la oficina, mientras Namir y Arfan preparan como entretenerla, te acercará a su mesa. El objetivo es colocarle este pequeño dispositivo de escucha en la mesa. También debemos ponerle uno de rastreo en el bolso. Supongo que lo tendrá bajo llave en el cajón, así que con la excusa de que tienes que contarle que Nora ha roto contigo, y que estás arto porque ni sabes el motivo, la invitas a salir a tomar un café. Así sacará el bolso y podrás colarle es geo localizador ¿Entendido?

—Si —contestó escuetamente.

—¿Podrás hacerlo? —Le miró por encima de las gafas interrogándolo con la mirada.

—Claro. Me darán un Oscar por la brillante actuación —Contestó con ironía.

—Pues manos a la obra —Dio una palmada y todos se levantaron para cumplir con su misión.

—Dylan —Nora llamó su atención, antes de que saliera por la puerta. Él se giró para mirarla —Ten cuidado —Le dijo sin mirarle a los ojos.

—Lo tendré —Se acercó hasta que apenas había dos dedos de distancia y le acarició el pelo

—Hablaemos a la vuelta. Tenemos algunas cosas que arreglar.

—Sin duda —Le dedicó una tierna sonrisa que volvió a ablandar el corazón del guapo inglés.

Descubriendo la verdad

—Hola zorrita ¿Ya está despertando la bella durmiente? —un escalofrío recorrió su cuerpo al oír su voz. Estaba atada en una silla, en un lugar oscuro, sin ventanas. Un foco la iluminaba directamente a la cara. Intentó distinguir donde estaba. Desde luego, no era la nave industrial donde se había desmayado. Aquello parecía más bien un sótano. Era húmedo y el suelo parecía de tierra ¿Cuánto llevaba desmayada? Podría haberla trasladado a cualquier parte. Nunca la encontrarían antes de que aquel sádico acabara con ella. Estaba perdida.

—¿Qué quieres de mi Lionel? —Su voz sonaba resignada.

—De ti no quiero, ni espero nada zorrita —Se agachó y le pasó la lengua surcando todo el lateral derecho de su cara —Eso no quiere decir que no pase un rato agradable a tu costa —Sintió como le pellizcaba el pezón derecho hasta hacerla chillar de dolor.

—Me das asco —Le escupió aprovechando que estaba tan cerca, para inmediatamente recibir un puñetazo que la volvió a dejar aturdida.

—Nos lo vamos a pasar muy bien juntos zorrita porque desde que andas con medios hombres, seguro que no has vuelto a sentir el placer que yo te proporcionaba —Le pasó la punta del cuchillo que llevaba en la mano por el cuello. Ella no contestó, simplemente se concentró en intentar controlar las lágrimas que se querían desbordar de sus ojos. No quería darle ese gusto — Cuando acabe contigo, no te quedará nada que ofrecer y a tu familia tampoco. Les voy a sacar por tu rescate hasta la última libra que tengan —La cara de asombro de Sandra arrancó una carcajada tétrica a Lionel —¿A caso creías que una putita como tú merecía tanto esfuerzo? —Le agarró el brazo y se lo retorció hasta que un chasquido indicó que algo se había roto —Tú y tu patética huida, me disteis la oportunidad perfecta para sacar mucho más provecho a nuestra relación que un mal polvo ¿O crees que follas también como para seguirte por medio mundo? No zorrita, quiero el dinero de tu familia —Respiró hondo y negó con la cabeza —Iba a tenerlo cuando nos casáramos, pero como lo arruinaste todo, me tuve que buscar un plan B.

—Pero tú tienes dinero...tu familia tiene muy buena posición social en Estados Unidos — Intentaba aguantar el dolor del brazo que se estaba volviendo insoportable.

—La posición social es solo una apariencia. El capullo de mi padre lo perdió todo. Estamos en la ruina y tú debías garantizarme el colchón económico para resurgir. ¿Por qué crees que me fijé en ti en la universidad? Porque me enteré que tu familia era rica. No eres mi tipo, zorrita, a mí me gustan las mujeres, no las niñas tontas y malcriadas.

—Lionel, suéltame y me encargaré que recibas el dinero —No aguantaba más de un momento a otro iba a desmayarse de dolor.

—No, zorrita. Las cosas no se hacen así —Ya no pudo aguantar más despierta. Se desmayó.

Cuando Robert y Paul llegaron a la nave ya no había rastro de Sandra, como el detective había supuesto.

Si el secuestrador era mínimamente inteligente, se la habría llevado a otro lugar seguro,

distinto al de recogida. Esa pista se había enfriado, pero todavía les quedaba algún AS en la manga

La trama

Dylan miró desde la puerta a Adele, estaba en su puesto de trabajo como cualquier día. No parecía preocupada, ni nerviosa, por lo que le parecía imposible que estuviera implicada.

Entornó la cabeza y vio que Arfan y Namir, ya estaban en el despacho de Nora, ojeando papeles. Era el momento. Entró decidido hacia la mesa de la llamativa secretaria.

—Hola Adele —Le dijo intentando poner una voz seductora.

—Ah...Hola Dylan...no te esperaba —Parecía cohibida al verle.

—No quería asustarte, perdona —Le apartó un mechón de pelo poniéndoselo detrás de la oreja para sorpresa de la chica —Necesito hablar un momento contigo y pedirte disculpas.

—¿Disculpas? —Adele levantó una ceja.

—Sí, la cita que tuvimos fue sensacional y el otro día, cuando me abordaste en la calle, yo — Bajó la cabeza —no supe reaccionar, pero estos días lo he pensado y creo que tú y yo podríamos tener algo.

—¿Y qué pasa con Nora?, es evidente que ella te gusta —Su gesto era de desconfianza.

—Nora me ha dejado sin explicación alguna. Estoy harto de esa niñata —Por fin la secretaria relajó el gesto y dibujó una leve sonrisa —¿Por qué no te tomas un descanso y tomamos un café fuera de este lugar? —Le pasó el reverso de la mano por el brazo.

—De acuerdo, pero poco tiempo, que hoy tengo a los dos jefes aquí —Levantó la mirada hacia el despacho.

—No te preocupes por ellos. Tienes derecho a un descanso —Sin más Adele sacó el bolso de la cajonera cerrada y se levantó para acompañarle. En el ascensor, Dylan aprovechó para colarle el dispositivo de rastreo en el interior del bolso sin que ella se percatara

Cruzaron la calle hasta un pequeño café que había enfrente del edificio de oficinas y tomaron asiento en la única mesa que quedaba libre.

—Pues tú dirás Dylan —Dijo ella después de indicarle al camarero que quería un café con leche.

—Pensé que a lo mejor...tú y yo... —La miró intentando poner ojos de deseo —Creo que te gusto y si tú quieres....

—¿Soy el segundo plato? Como la pija sosa te ha dado calabazas ahora recurras a mi ¿no?

—Bueno, Nora me ha dado calabazas, sí, pero eso no quita para que yo me sienta atraído por ti —Dudó un momento —sé que tú me entenderás. Ella suponía un espaldarazo a mi carrera. Imagínate, es la hija del todopoderoso Arfan, pero quien ocupa mis noches, mis sueños más húmedos y en quien pienso cuando tengo que aliviar mis ganas de sexo, eres tú, Adele. Tú sabes que esa estirada de Nora no tiene nada que hacer frente a tus —La miró de arriba abajo, pasándose la lengua por el labio inferior —tus sensuales atributos y tu escandalosa belleza — Estiró la mano por encima de la mesa para atrapar la suya —Desde el día que te vi entrar en la limusina, sufro de priapismo, pero tenía que disimular porque tenía que conquistar a la pija — pasó la mano nervioso por el pelo, esperaba ser lo suficientemente convincente pero iba a

jugársela con el último argumento —Tu sabes que los que venimos de la cocina del infierno, a veces tenemos que jugar sucio. Las cartas de mano son peores que la de esos privilegiados que han nacido con las mejores bazas. Ella asintió y Dylan le sonrió satisfecho —Mi imagen me ha ayudado a subir y quería dar el golpe definitivo con la estirada esa, pero parece que mis encantos no son suficientes y ahora mismo esa opción se ha esfumado, así que soy todo tuyo —La secretaria sonrió satisfecha y victoriosa.

—Puedo entenderlo —Se relajó y se puso coqueta —no te voy a engañar, me gustas. Eres como yo, pero en estos momentos estoy muy liada con algunas cosas personales —ante la cara de desconsuelo de Dylan ella sonrió —Dentro de poco, quizás podamos ver si esos sueños se hacen realidad.

—¿Qué hay más importante que una noche de sexo desenfrenado? No sé cuánto aguantaré. Me duele de tanto masturbarme.

—Una semana Dylan, ten un poco de paciencia y te aseguro que será inolvidable.

—Te tomo la palabra —La joven se levantó y le dio tal beso de tornillo que lo dejó en su sitio.

—Un adelanto —Se levantó y se dirigió a la salida, contoneando las caderas para deleite de todos los hombres presentes

Arfan y Dylan, acababan de recibir un mensaje del detective que se dirigía a las oficinas. Ellos esperaban la vuelta de Adele para comenzar la segunda parte del plan.

En cuanto la vieron sentarse en su puesto. Arfan salió a su encuentro.

—Adele, por favor ¿puede pasar un momento al despacho? —Le dijo en tono serio e intimidante.

—Por supuesto señor —La eficiente secretaria cogió de su mesa un cuaderno y un bolígrafo para entrar en la pecera acristalada que era el despacho de su jefa y que ahora ocupaba Namir. Dylan venía detrás y aprovechó la situación para colocar, disimuladamente, el dispositivo de escucha en la mesa de la secretaria sin ser visto. Después se unió a la reunión.

—Tomad asiento por favor —Indicó Arfan mientras la descarada Adele le guiñaba un ojo a Namir, que no pudo evitar poner los ojos en blanco. En buen momento se le había ocurrido disfrutar de los encantos de aquella víbora.

—Ustedes dirán —dijo mientras se colocaba la falda y cruzaba las piernas.

—Queremos comunicarle, que en estas últimas horas ha desaparecido mi ahijada Sandra, ala que tanto yo como mi hijo estamos muy unidos.

—Ohh... cuanto lo siento —intentó simular sorpresa, pero era evidente que no lo había logrado totalmente —¿Y de alguna manera eso me influye a mí, señor? —Su voz tembló, denotando cierto nerviosismo.

—Namir, no está al cien por cien para ocuparse ahora de la fundación y hemos pensado —miró a su hijo y luego a Dylan —que quizás usted, que también conoce la forma de trabajo de esta entidad, podría hacerse cargo durante un tiempo, mientras se soluciona todo este embrollo.

—¿De verdad? —por fin pensó —Sería todo un honor poder ayudarles, señor.

—Muy bien, pues Namir recogerá sus cosas y hoy mismo podrá ocupar el despacho. Vaya usted también recogiendo su mesa —miró a Dylan —Nuestro Account manager la asistirá en todo lo que necesite. Él es mi mano derecha.

—Por supuesto señor —Se giró con una sonrisa dibujada en la cara para mirar a Dylan. La fundación estaba en sus manos. En ese momento entraban en el despacho sin anunciar su llegada Paul y Robert.

—Vaya recogiendo sus cosas de su mesa para trasladarse y espere fuera. No se vaya de la oficina sin que hayamos ultimado algún detalle más —Le dijo Arfan sin mirarla.

—Por supuesto señor —La obediente y feliz secretaria se levantó y se fue con su típico contoneo de caderas. Cerraron la puerta a su paso.

—¿Habéis encontrado algo? —Pregunto Namir nada más que se cerró la puerta.

—No. La nave estaba vacía. El dispositivo de rastreo está puesto y funcionando— Gracias Dylan —el joven ejecutivo hizo un gesto con la cabeza de agradecimiento y se mesó el pelo — Hay una cosa más. Robert acaba de recibir un mensaje pidiendo un rescate, con la foto de Sandra. Le han pegado, es evidente, pero de momento parece que su estado es aceptable.

—¡Dios mío! —exclamó Namir, llevándose las manos a la boca cuando le mostraron la foto de su petirrojo.

—¿Qué piden? —preguntó Arfan sin inmutarse.

—Treinta millones de libras —añadió Paul.

—La vida de mi hija está en juego, haré lo que sea para reunirlos —dijo Robert dejándose caer sobre una de las sillas.

—Un poco de calma, por favor —Posó su mano en el hombro a Robert para consolarle —¿Le habéis dado buenos motivos a esa chica para que le urja reunirse con su amante?

—Hemos puesto en sus manos la dirección de la fundación ¿Si te parece poco?

—Estupendo. Eso es un notición —Sonrió —seguro que se reúne con su novio para contárselo.

—¿Y cómo sabes que simplemente no se lo dirá por teléfono? —añadió Namir visiblemente conmocionado desde que había visto la fotografía.

—Porque el Lionel este, parece un tipo listo y sospechará que podría haber organizadas escuchas. Intentará realizar las menos llamadas posibles —Volvió a posar la mano en el hombro de Robert —Confíad en mí. Esta noche Sandra estará de vuelta a casa.

—No puedo hacer otra cosa que creerte y confiar en tus palabras —Robert estaba hundido.

Dejaron que Adele se acomodara en su nuevo despacho, no sin antes colocar dispositivos de vigilancia y escucha suficientes para controlar todo lo que pasaba allí dentro y se fueron al café de enfrente a esperar su salida.

—¡Adele!, te he dicho que no me llamas bajo ningún concepto —Resopló —Los teléfonos pueden estar pinchados.

—Necesito verte. Tengo grandes noticias para nuestros planes.

—No me puedo separar de la zorrilla. Ven hasta aquí cuando salgas del trabajo, pero asegúrate que nadie te sigue y trae algo de comer y beber.

—Confía en mí —ambos colgaron. Habían visto las suficientes películas policiacas para saber que, si la llamada no duraba mucho, no podían rastrearla.

EL Rescate

Como Paul había previsto, Adele abandonó las oficinas y desde que puso un pie en la calle, miraba para todos los lados de manera sospechosa como si intentara asegurarse de que no la seguían.

Gracias al dispositivo de rastreo que se conectaba al teléfono móvil de Paul, no tenían necesidad de seguirla de cerca y era imposible que los detectara

Tras dar varias vueltas de despiste, Adele se metió por la boca del metro, lo que puso en alerta al detective por miedo que la falta de cobertura hiciera perder la señal, pero por suerte, solo era otra maniobra de despiste y tras un paseo por los andenes volvió a salir a la calle.

En ningún momento, cogió ningún transporte. Caminó durante alrededor de una hora a paso ligero, en dirección sur, hasta adentrarse en Puente Vallecas. En el barrio de entrevías, se detuvo a comprar un botellín de agua y dos cajas de donuts. Después de un merecido descanso, continuó durante media hora más hacia el sur, abandonando las zonas edificadas del barrio. A la chica había que reconocerle que estaba en forma, porque menuda caminata se estaba dando.

Por fin comprobaron cómo se detenía en una nave abandonada y entraba por un trozo de alambrada rota. Un sitio nada glamuroso para la recién nombrada directora de la Fundación. Todos se miraron, por fin habían llegado al destino. Estaban seguros de que Sandra estaba allí.

Paul les indicó que iban a esperar unos minutos antes de entrar, para dejar que se confiaran.

Cuando por fin accedieron al inmueble, escucharon voces y se acercaron sigilosamente.

—¿Te han ascendido así sin más? —Era una voz de hombre que supusieron correspondería a Lionel.

—Sin más no. Están liados con lo de la zorrita y yo soy muy buena en mi trabajo —Cuando Namir escuchó a Adele, referirse en esos términos a su petirrojo, le apeteció salir de la oscuridad y abalanzarse sobre ella. Una mano tranquilizadora se posó sobre su hombro. Su padre no le quitaba la vista de encima.

—Es decir, que el plan vuelve al principio. Yo desplumo a los Mcdowell y tú a los Al Saud.

—Eso parece. Por cierto ¿Cómo va la cosa con la putita? —dijo Adele, agarrándose a la cintura de aquel despreciable hombre.

—Está ahí abajo. Le retorcí un poco el brazo y la muy zorra se desmayó. En cuanto se espabile me la cepillo para dejar mi huella —Se rio —Quiero que esté consciente cuando la penetre por todos sus putos agujeros y ver su cara desencajada retorciéndose de placer.

—Eso está muy bien, pero de la pasta sabes algo.

—Les di cuarenta y ocho horas para reunirla o no verían más a su hijita del alma. Lo que no saben es que el material si vuelve, va a volver defectuoso. Esa puta no va a poder sentarse nunca más y tampoco va a tener ganas de dejarse follar en la vida.

—Eres perverso —Le dio un beso en la boca.

—Y a ti eso te pone a mil ¿a que sí? —Le devolvió el beso con fuerza y la arrinconó contra la pared mientras empezaba a levantarle la falda.

—Quiero follar encima de una cama con todo ese dinero esparcido por la sábana, cariño. Será inolvidable —Los dos se echaron a reír. Mientras tanto, Paul les hizo un gesto para que salieran con sigilo de la nave.

—Hay que avisar a la policía —Advirtió.

—Pero Sandra, está ahí. Cada minuto que pase es vital —Intervino Robert.

—Esos dos se van a dar un buen filete antes de hacer nada más. La única puerta de entrada y salida es esta. Esperaremos aquí hasta que llegue la policía. No saldrán sin que los interceptemos.

—¿Estás seguro? —Preguntó Namir con angustia.

—Son unos aficionados con una flor en el culo. No sé cómo hasta ahora han tenido tanta suerte —Respiró hondo —Cualquier delincuente profesional que se precie, nunca escogería un escondite con una sola entrada, sin asegurarse un plan de huida.

—Voy a avisar a los agentes que llevan el caso —Añadió Arfan, apartándose del grupo

La agente Menéndez y el agente Velasco llegaron en un coche sin distintivos policiales, seguidos de dos coches patrulla. No llevaban las sirenas puestas, ni nada que alarmara de su presencia.

Nos solicitaron que nos pertrecháramos detrás de los coches y entraron.

Fueron los minutos más largos de nuestras vidas. No se oyeron ruidos, ni disparos. Nada que alertara de que allí dentro ocurría algo.

A los quince minutos, la agente Velasco salió, la seguían los otros policías que llevaban bien sujetos y esposados a Lionel y Adele, mientras les leían los derechos.

—Sandra está dentro con mi compañero y otro agente. Se han quedado con ella, mientras llega la ambulancia.

—¿Podemos entrar a verla? —dijo Robert intranquilo.

—Es el escenario de un secuestro. La científica tendrá que tomar huellas y hacer fotografías —Ante la cara de disgusto que se dibujó en sus caras la agente añadió —En cuanto llegue la ambulancia la sacarán y podrán verla —puso una mano en el hombro de Robert —Está bien. Algunos golpes y un posible brazo fracturado. Por lo demás, nada de consideración.

—La ha... ¿la ha violado? —Preguntó Robert temblando y negando con la cabeza, como si no quisiera creerse lo que estaba pasando.

—Es pronto para decirlo. Tendrán que hacerle pruebas en el hospital, pero todo indica que no —Respiraron aliviados

Veinte minutos después la sacaban en la camilla de la ambulancia, sedada para mitigar el dolor.

Por fin, se había acabado aquella pesadilla.

Nos reunimos en el hospital con la esperanza de que los daños de Sandra no fueran de gravedad, aunque a veces los peores daños son los que no se ven, los ocultos. Esos que anidan en el alma y el cerebro, invisibles al ojo humano, pero que te destrozan por dentro y su curación es infinitamente más larga y complicada, si es que alguna vez se consigue. Por norma general, acabas aprendiendo a vivir con ello, con el dolor que te causa, te amoldas y acomodas para sobrellevar la carga, pero muchas veces, al final, son los que gobiernan tu vida, los que dominan tu voluntad. Dejas de ser y actuar como antes de sufrirlo, para convivir con tus temores, miedos y angustias.

La espera en un hospital se hace eterna, parece que el tiempo se ralentiza hasta límites insospechados. Llevábamos una hora esperando a que nos dieran algún tipo de información, pero

parecía una eternidad. Nadie sabía que hacer ya, algunos intentaban distraerse con el móvil, otros se levantaban, daban paseos como autómatas a lo largo de la sala y se sentaban, otros simplemente permanecíamos callados con la vista puesta en la puerta esperando ver aparecer a alguien que nos facilitara noticias.

Finalmente, un médico nos honró con su presencia.

—Buenas noches —Dijo para captar nuestra atención nada más llegar al umbral —¿familia de Sandra McDowell? —Maribi se puso en pie súbitamente y se acercó al doctor.

—¿Cómo está mi hija? —Su voz sonaba temblorosa. Había estado reteniendo las lágrimas, pero estaba al borde de derramarlas todas juntas.

—Físicamente está bien, dadas las circunstancias —Cruzó los brazos por detrás de la bata, adquiriendo la postura de alguien con autoridad —Sufre algún traumatismo leve en cabeza y cara. Nada preocupante —Maribi suspiró y como estaba previsto comenzó a sollozar —Tiene una fractura en el brazo. Se lo hemos escayolado. Básicamente eso es todo —Se hizo un silencio molesto. Todos queríamos preguntar algo, pero nadie se atrevía.

—La ha...la ha... —Robert intentó pronunciar lo que todos pensábamos, pero no fue capaz. Se dio la vuelta y dio una patada a una de las sillas. El médico que había comprendido perfectamente el motivo del titubeo, continuó.

—Sandra no ha sufrido daños de índole sexual. Su agresor no llegó a extralimitarse en ese sentido, seguramente porque llegaron a tiempo, antes de que consumara sus fechorías —Miró la cara de alivio de Robert y Maribi —No obstante, aunque la paciente se comportó con una fortaleza increíble, en cuanto llegó al hospital se derrumbó emocionalmente.

—¿Podemos verla? —Preguntó Namir que hasta el momento solo apretaba los puños, con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—De momento está sedada. Queremos que descanse. Le dolía mucho el brazo y, además, entró en estado de shock y posiblemente acuse estrés postraumático. Tienen que hacerse cargo. Ha sufrido mucho —Paseó su vista por todos los que estábamos en la sala —Déjenla descansar. Denle tiempo. Vengan mañana por la tarde en horario de visitas y comprendan, que ahora está como noqueada, en estado shock nervioso. Ella misma se ha producido un bloqueo mental —Nos miró condescendiente ante nuestras caras de pavor —Tranquilos, esta reacción no es patológica, es absolutamente normal ante sucesos de tal magnitud como los que ha pasado ella. La mente se protege y utiliza mecanismos de defensa. El cerebro se embota y se paraliza. Como he dicho es una reacción habitual, inmediata a un hecho traumático. El problema es cómo se sale de ahí, lo puede hacer con cierta normalidad o puede pasar a sufrir estrés postraumático —Se acarició la frente con la mano —Cuando los vea, será un momento crucial porque tendrá que enfrentarse a la realidad, a lo que le ha pasado.

—¿A qué se refiere doctor? —Pregunté intuyendo que algo no iba del todo bien.

—Para superar la situación ella tendrá que pasar inevitablemente por las fases denominadas de duelo. Es decir: la negación, que es en la fase que está ahora mismo, aislándose del suceso, haciendo como que no ha ocurrido, pero luego tendrá que enfrentarse a la protesta, a la tristeza, a la aceptación, a la exteriorización y por fin a la elaboración, a seguir adelante. Para que nos entendamos, a poder mantener y crear nuevos apegos con las personas que la rodean. Este proceso es muy doloroso y es cuando puede aparecer El TEPT. En cuanto ustedes asomen de nuevo en su vida, deberá salir de la fase de negación y empezar a caminar por las otras y cómo lo haga determinará su futuro.

—¿Pero que es el TEPT? —preguntó Maribi, que parecía también en estado de shock nervioso

por su mirada desviada y su aspecto casi ausente.

—Trastorno de estrés postraumático. Es un trastorno de salud mental. Tras un episodio como por el que ha pasado Sandra, es normal que lo sufra. La mayoría de las personas que atraviesan sucesos traumáticos pueden tener dificultades para seguir con sus vidas, completar el duelo, pero tranquilos, por lo general con el tiempo y con ayuda psicológica, usualmente mejoran —Nos miró con seriedad —No les voy a engañar el proceso es lento y mientras tanto los síntomas habituales afectarán a sus relaciones sociales y personales.

—¿De qué síntomas estamos hablando?

—Principalmente cuatro: recuerdos instructivos, evasión, cambios negativos en la forma de pensar y estado de ánimo, y sobre todo cambios en las reacciones físicas y emocionales. Se pueden hacer una idea. Sé que no suena bien, pero les dejaré información más exhaustiva para que se formen. La implicación de la familia y la ayuda de su entorno es fundamental en estos casos.

—Gracias doctor —Robert se levantó y le tendió la mano.

—Ahora, deben ir a casa y descansar. Ustedes también deben pasar el proceso de duelo —Miró a Robert sin soltarle —Tras la negación, viene la rabia. Estará enfadado un tiempo, pero recuerde que ahora lo importante es Sandra. Deben pasar el proceso rápido para ayudarla.

—Lo tendré en cuenta doctor —Robert soltó la mano y se la metió en el bolsillo del pantalón.

—Buenas noches. Vuelvan mañana por la tarde —Se fue por donde había venido, dejándonos sumidos en un profundo silencio. Cogimos nuestras cosas y nos marchamos sin articular palabra.

Por las caras que me encontré por la mañana durante el desayuno, deduje que ninguno había podido pegar ojo. Me preocupaba especialmente Namir.

Me serví un té y me senté a la mesa junto a mis hijos y mi marido. Seguía reinando el mismo silencio que nos invadió tras la charla del doctor. Una pregunta se instaló en mi cabeza ¿En qué fase del duelo estaría Namir?

—¿Hijo estás bien? —alargué la mano para atrapar la suya e intentar insuflarle ánimos por el contacto. Él levantó su mirada y la cruzó con la mía. Sentí una pena enorme al ver aquellos bonitos ojos hinchados y rojos de no dormir y claramente, de derramar cientos de lágrimas. El brillo magnético que solía tener había desaparecido dando paso a la desolación, una mezcla de rabia y tristeza.

—Fue culpa mía. El mensaje desde mi móvil, la llevó directamente a los brazos de ese malnacido —Pegó un puñetazo en la mesa y se echó a llorar —Jamás me lo perdonaré. ¡Jamás! —Hundió la cabeza entre los brazos y se perdió en un desconsolado llanto.

—No es culpa tuya Namir. Eso es una solemne estupidez —Dijo Arfan, con tono enfadado y con nada de tacto.

—¿Soy estúpido? —Añadió Namir, levantando la cabeza y mostrando la ira que se había instalado en sus ojos, cubriéndolos de una tela que oscurecía su mirada —Claro, estamos hablando con don perfecto. El príncipe que nunca comete errores —Se levantó —pues yo todo lo que toco lo convierto en mierda. Rocío se quitó la vida y Sandra...aunque conserve la vida puede que no se recupere jamás —Se fue corriendo escaleras arriba.

Miré a Arfan mostrándole mi enfado.

—¿Qué? Solo intentaba ayudar —Me increpó lanzando la servilleta con fuerza encima de la mesa.

—Es evidente, que sin éxito —Le dije sarcástica —Por si no te habías dado cuenta, tu hijo

está enamorado de Sandra y tiene que asimilar todo lo que ha ocurrido.

—¿Namir enamorado? Eso sí que es una novedad —Su cara de sorpresa me hizo gracia. ¿Realmente no se había dado cuenta?

—Pues precisamente por eso es más terrible aún —Cerré los ojos un instante para sopesar que decirle —Tu hijo jamás ha tenido ese tipo de sentimientos hacia una mujer y por fin cuando encuentra a la persona que le hace sentir vivo, ilusionado por primera vez en su vida, ocurre esto —suspiré —¿Eres consciente de que es muy posible que su relación con Sandra nunca vuelva a recuperarse?, ¿Recuerdas, aunque sea de lejos, lo que es perder al amor de tu vida? Y sentir que no puedes hacer nada para evitarlo —Negó con la cabeza.

—Pasé por eso cuando me dejaste y casi me destruyó. Sí, si realmente está enamorado puedo entender por lo que está pasando Namir. Yo mismo me echaba la culpa por no haber sabido protegerte, por de alguna forma, ser el culpable de tu pérdida al no prever y detener el daño que te causó mi madre.

—Pues es exactamente lo mismo, con la salvedad que yo me fui con el corazón roto, pero sin daños físicos y a Sandra la han herido de ambas formas.

—¡Mierda! ¿Qué podemos hacer para ayudarlo? —Posó su mano sobre la mía —yo solo pensé que la quería como una amiga, quizás la deseaba, pero enamorado... —se quedó pensativo— .

—Nada. No podemos hacer nada. Es algo que tienen que arreglar, si es que hay arreglo, entre ellos —Le sonreí —Nosotros solo podemos ser pacientes y empáticos. Así que a partir de ahora nada de decirle que dice estupideces ¿vale?

—Está bien, marimandona —Se levantó y me dio un beso tierno —No sé qué haría yo sin ti.

—Ligarte a barbies rubias siliconadas y derrochar tu vida de fiesta en fiesta —Carraspeó y luego me dedicó una de esas sonrisas de medio lado que me volvían loca.

—¡Ay patito, qué tiempos aquellos! —puso los ojos en blanco.

—¿Serás capullo? —crucé los brazos y puse morritos. Sonrió con picardía.

—Cariño, era una broma —me acarició el pelo y suspiré.

—Arfan... Crees que lo nuestro —señalé a ambos —lo que hubo entre nosotros, ¿Es cosa del pasado? Que ya no es lo mismo.

—Creo que te quiero tanto o más que antes.

—Pero ya no me deseas igual.

—¿A no? —Levantó la cara y su mirada libidinosa me erizó el vello —Voy a demostrarte lo equivocada que estás —Acto seguido se me cargó en el hombro —Sherezade, es el momento de comenzar un nuevo cuento —Su voz ronca me llegó directamente a la entrepierna, mientras él avanzaba escaleras arriba hacia nuestra habitación, ante la cara de estupor de Nora.

El vuelo del petirrojo

Namir caminaba vacilante por el pasillo del hospital en dirección a la habitación que ocupaba Sandra. Había esperado a que todos pasaran primero, quería estar un rato a solas con ella.

Maribi, le dijo que la había visto bastante tranquila y centrada, así que, aunque estaba nervioso tenía la esperanza de verla bien.

Cuando llegó a la habitación, suspiró, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

Allí estaba su petirrojo, tendida en la cama y tan bella como siempre. Hacía tantos días que no la veía, que al hacerlo su pulso se le aceleró y se le encogió el estómago.

—Hola Petirrojo —Su voz era casi un susurro.

—Hola llorica —Se giró para mirarle y le sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos. Estaba triste, era evidente. Namir se acercó y se sentó en la silla de al lado de su cama. No sabía muy bien qué hacer ni que decir. No podía preguntarle qué tal estaba. Era absurdo, pero de que más hablar con una persona que ocupa una cama de hospital. Así que, durante un rato, el silencio imperó en aquella sala.

—He decidido —Empezó ella rompiendo el hielo —que en cuanto me den el alta volveré a Escocia. Allí permaneceré hasta que me reclamen como testigo en el juicio —Namir no pudo evitar mostrar la tristeza que le causaban aquellas palabras. Su rostro se oscureció y su expresión melancólica encogió el corazón.

—Pues si ya lo tienes decidido y es lo que quieres, no hay nada que añadir —Su voz temblaba. Estaba a punto de echarse a llorar.

—No es lo que quiero —Suspiró —es lo que necesito —Namir negó con la cabeza.

—Lo entiendo, aunque comprenderás que me hubiera gustado más que hubieras dicho que lo que más necesitas es estar junto a mí. No a miles de kilómetros.

—Necesito estar sola —Sus ojos se inundaron de lágrimas —después de lo que pasó...tengo que asimilarlo Namir, antes...antes que cualquier otra cosa.

—Está bien. Además, antes de que ocurriera ya me habías dejado claro que no me querías, así que te deseo una buena recuperación y que, si algún día te planteas darme una oportunidad, andaré por aquí esperándote ¿vale?

—Yo... —Las lágrimas se le desbordaban —yo...te recomiendo que no me esperes. No volveré —Namir rio sin gracia.

—Cuídate Petirrojo —Se levantó, le dio un beso en la frente —Nunca te olvidaré —Le susurró al oído, se incorporó y la dejó sola en la habitación.

Aquello se había terminado. Sandra no lo necesitaba para su recuperación. No lo quería a su lado. Así que con el corazón roto y la convicción firme de que jamás la olvidaría, la dejó marchar de su vida.

No volvería a visitarla, ni a verla hasta que le informaron que se había ido a Escocia para no volver. Sus abogados, habían llegado a un acuerdo con la fiscalía y el juez para testificar por

videoconferencia y ahorrarse el viaje, así como estar en la misma sala que sus agresores.
El petirrojo había volado en busca de su ansiada libertad.

Reconociendo la Verdad

Al tercer tono oyó por fin como descolgaba.

—Hola Nora, cuanto tiempo —Hacía dos semanas que no se veían, desde que le habían dado el alta a Sandra. Aquella mañana apenas si se habían mirado. Se evitaban.

—Hola. Te llamo porque tenemos una gala que organizar y se está terminando el tiempo —Le hubiera gustado decirle que lo echaba de menos, que no había un solo día que no le recordara, pero ya no tenía sentido. Lo suyo se había resquebrajado, antes incluso de consolidarse. Ya no quedaba nada de aquel viaje a Asturias. Las primulas se habían marchitado dando paso al otoño y tras la marcha de Sandra, al gélido invierno.

—Creí que se ocuparía Namir de ese tema —Dijo secamente.

—No. Se ha encerrado en casa desde...bueno, ya sabes desde que...No lo está pasando bien, así que nos toca arrimar el hombro. Hay que sacar esa gala adelante, la lucha contra el cáncer infantil, necesita esos fondos.

—De acuerdo. Te veo a primera hora en la oficina —carraspeó —No he vuelto a pisar las oficinas desde...solo imaginar ver la mesa de Adele me pongo malo.

—Ya no está. La mandé retirar. No quiero nada allí que me la recuerde.

—Yo tampoco.

—Tú me la recuerdas.

—Lo siento, yo no... —No le dejó terminar.

—Nos vemos mañana en la oficina —Colgó sin dejarle responder

Ambos sabían que trabajar juntos no sería fácil, pero debían hacerlo. La vida sigue y debían intentar volver a la normalidad

Cuando Dylan entró por la puerta de su despacho, su corazón dio un brinco, saltándose unos dos latidos antes de volver a funcionar. Aunque le pareció que estaba más delgado y ojeroso seguía siendo el buenorro de nueve que seguía en sus recuerdos y en sus sueños más húmedos. Tembló ante las imágenes que en un segundo pasaron por su mente y fue incapaz de articular palabra.

—Hola Nora —intervino Dylan con la voz algo temblorosa y con la cabeza agachada.

—Ho..hola —Respiró hondo. Seguía comportándose como una idiota, sin ningún tipo de autocontrol cuando de él se trataba —Las invitaciones ya están enviadas —Carraspeó para intentar adoptar un tono decidido —Ahora tenemos que distribuir las mesas —Se levantó para dirigirse a la mesa de reuniones.

—Está bien —metió las manos en los bolsos del pantalón y la siguió resignado sin atreverse a mirarla directamente.

Se centraron en el trabajo y evitaron tratar cualquier otro tema que no estuviera relacionado con los invitados y su colocación en la gala. Se respiraba la tensión y la incomodidad que revoloteaba en el ambiente.

Cuando por fin encajaron al último comensal, Dylan se levantó, volvió a meter las manos en

los bolsillos y se dirigió a la puerta.

—Nos vemos mañana en la boda de Walter —Dijo cuándo se aproximaba a la salida, sin ni siquiera girarse para hablarle.

—¿Estás invitado? —Claramente no se lo esperaba. Sólo habían sido invitados los más íntimos y además, estaba convencida de no tener que volver a verlo antes de la gala, donde se había encargado de sentarse en la mesa más alejada a la que le habían asignado a él.

—Sí —se giró para mirarla. Estaba lo suficientemente lejos de ella para poder resistirlo —Tu madre me ha mandado la invitación y me ha llamado para asegurarse que asistiera —Encogió los hombros, lo que acentuó más su postura desganada y laxa que le aportaba una impronta de rebelde atormentado, al puro estilo James Dean.

—Será una celebración sencilla. En los jardines de Las mil y una noches —Era evidente que esa información ya la conocía, si había estado en contacto con su madre, pero por alguna razón quería seguir conversando, en un intento inconsciente de retenerlo, de seguir en su compañía unos instantes más.

—Tu madre me lo comentó —volvió a encoger los hombros —Yo no quería ir, pero Sofía puede ser realmente insistente y persuasiva...me resigné, tuve que aceptar.

—Dylan —se puso de pie y se acercó para intentar que sus ojos se cruzaran, pero él no apartaba la vista del suelo —Que lo nuestro no funcionara no quiere decir que tengas que eludir los eventos a los que yo asista —Sus palabras parecieron tener efecto en él que levanto por fin la mirada.

—Supongo que para ti es más fácil que para mí —Dudo un momento —Pareces una experta en pasar página —volvió a evitarla con la mirada —soy un imbécil sentimental. Nunca podré ser un chico duro. Está claro —tragó saliva —Por eso en cuanto termine la gala, le he pedido a Arfan mi traslado a Londres.

—No, no es fácil —suspiró —pero lo nuestro no puede ser. No tiene sentido seguir con la agonía. Sí, lo mejor es que retomes tu vida en Londres.

—Aun no entiendo por qué no puede ser —Volvió a encoger los hombros y dio una patada con desidia como si empujara un objeto imaginario —Es tu decisión. No la mía. —Levantó ligeramente la vista —Al menos respetas que no estoy preparado para tenerte delante sabiendo que me has apartado de tu lado, que ya jamás volveré a disfrutar de lo que hubo entre los dos, aunque tú me gustas y yo te gusto a ti.

—Yo...— en realidad no sabía que decirle. Ella también añoraba lo que hubo entre los dos, pero ya no quería sufrir más, su relación no tenía sentido, solo podrían hacerse más daño todavía.

—No es necesario que me compadezcas Nora. Me ha quedado claro que no piensas luchar ni un poco porque esto funcione. Acepto tu rendición —Se dio media vuelta y se fue sin dejarla añadir nada más

Nora se dirigió a su sillón de piel y se desplomó en él agotada por el esfuerzo de mantener el tipo para no derrumbarse

<< ¿Se había rendido sin luchar?>> ¿Sería cierto lo que decía Dylan? Si de algo estaba segura Nora es que era una luchadora. Había combatido con uñas y dientes por todo. Por conseguir superar el instituto, por sobresalir en sus estudios universitarios, por su trabajo, por superar la agresión sufrida y por reponerse a la ruptura con Dylan.

No, ella no lo veía como una rendición sino como un acto supremo de valentía, de coraje —Un escalofrío recorrió su cuerpo —¿Era una cobarde? ¿Se habría estado escondiendo detrás de excusas para no hacer frente a sus miedos? —Un sudor frío empezó a perlar su frente —Su

frialdad, sus estudios, su trabajo, eran barreras tras las que se había parapetado. Era más fácil renunciar a lo que deseaba que afrontarlo de cara. Apostar por una relación con alguien significaba aceptar que era vulnerable, que sus sentimientos la hacían débil. Dejar el corazón en manos de otro sin barreras sería darle todo el poder para dañarla, para sufrir.

<<Miedo. Siempre he estado dominada por el miedo>> —Aquella revelación la dejó absolutamente destrozada. Estaba renunciando a vivir porque tenía miedo a hacerlo y asumir las consecuencias.

Tras unos instantes de desolación, sus ojos volvieron a brillar y en su cara apareció un gesto de determinación. Se levantó decidida.

Iba a poner remedio a su gran error.

Miraba a todos lados nerviosa. La ceremonia iba a comenzar y Dylan no había aparecido. ¿Se habría arrepentido de aceptar la invitación? No podía ser. Tenía que hacer acto de presencia, ahora que ella se había decidido no podría aguantar sin confesarle su decisión.

El sacerdote empezó a hablar del matrimonio y de las obligaciones que este conllevaba. La renuncia del yo por el nosotros. El compromiso con la otra persona para toda la vida. La obligación de serle fiel en la alegría y en las penas, en la riqueza y en la pobreza —Suspiró— Estaba segura que Walter y Anabel cumplirían con creces esos mandatos. Eran una pareja sólida, madura y que habían consolidado su amor con los años de una forma inalterable.

La puerta de la capilla se abrió, haciendo el típico chirrido metálico de unas bisagras mal engrasadas, molestando en el momento mágico en que Walter pronunciaba el sí quiero. Todo el mundo guardaba un gran mutismo concentrados en las palabras del novio. Los asistentes a la ceremonia giramos la cabeza al unísono para comprobar quien era el que había osado interrumpir aquel trascendental instante.

La cara de Nora se iluminó con una gran sonrisa, Dylan había hecho acto de presencia de la manera menos discreta posible. Si su intención era pasar inadvertido, desde luego no lo había conseguido.

Estaba guapísimo con un smoking negro y más de una mujer soltó un suspiro de admiración, al ver aquel pedazo de semental.

Nora torció el gesto y puso los ojos en blanco. Le costaba asumir las pasiones que despertaba aquel chico en el género femenino y más sin que ella le hubiera podido proclamar de su propiedad

Dylan dibujó una sonrisa de medio lado de lo más sensual, lo que hizo que se oyera de nuevo algún otro suspiro y algún que otro susurro.

Levantando una mano como signo de disculpa, ocupó un asiento en el último banco.

Nora perdió el campo visual sobre él, pero desde su posición veía perfectamente a la rubia tetona que se sentaba a su lado. Una pariente de Anabel.

Tenía una sonrisa bobalicona en la cara y se inclinaba cada poco para susurrarle algo, imaginó que al oído. Los celos la estaban matando, apretó los puños y estuvo a punto de interrumpir la ceremonia para ir a reclamar lo que era suyo, pero tirando de todos sus arrestos recobró la lucidez y se convenció que debía esperar al banquete.

Cuando salieron a esperar a los novios a las puertas de la capilla, ya no vio a Dylan, había desaparecido. Buscó a la rubia entre los invitados y respiró profusamente al avistarla recogiendo en una cesta los pétalos de rosa que debían tirarles a los novios.

Siguió buscando y por fin divisó a Dylan en un lateral de la fachada, con un pie apoyado en una pared y apurando un cigarrillo

<<¿Dylan fumaba?>>

Nunca había fumado delante de ella. Quizás era un nuevo hábito o uno recuperado. No le gustaba, pero tenía que reconocer que era una imagen muy sexy, muy varonil, aunque si volvían a estar juntos, le convencería para que lo dejara.

Ya era suficientemente arrebatador, sin tener que tirar del topicazo del macho de los anuncios antiguos de Malboro.

Tras la lluvia de arroz y pétalos a la salida de los ya marido y mujer, todos los asistentes se desplazaron a los jardines de Las Mil y una noches. Dylan estaba de lo más escurridizo y volvió a perderlo.

Recorrió todos los jardines, se adentró un poco en el bosque y allí estaba. La rubia tetona estaba apoyada en un árbol y delante de ella, con las manos apoyadas en el árbol a cada lado de la cabeza de la joven, estaba Dylan, susurrándole algo al oído que le arrancaban unas profusas y chillonas risotadas a la rubia.

¡Por Dios que tono más desagradable!, pensó Nora llena de furia.

Se acercó sin que ninguno se percatara de su presencia.

En otra ocasión, hubiera dado la vuelta sobre sus pasos y hubiera renunciado, pero esta vez no lo haría. Estaba decidida. Iba a ser valiente por una vez en su vida

Carraspeó cuando estaba a un paso de ellos y ambos giraron su cara para mirarla.

—Hola Dylan —Dijo ignorando a la tetona —¿Disfrutando de las vistas? —Le espetó con tono sarcástico.

—¿Quieres algo o sólo has venido a molestar? —La rubia se rio, con una especie de estridente chillido y Dylan la miró cabreado haciéndola enmudecer.

—Sí, quiero algo —Dudó —hablar contigo.

—Ya está todo dicho querida. Así que si no te importa me gustaría seguir con lo que estaba haciendo —Él se giró para volver a prestarle atención a la rubia.

—Te quiero —Dylan se quedó inmóvil y cerró los ojos. Suspiró y se acercó a Nora, olvidándose de la chica del árbol.

—¿Qué has dicho? —Su voz sonaba furiosa.

—Que te quiero —Nora se sonrojó y apretó los puños.

—¿A qué estás jugando Nora? —Dylan la agarró por la barbilla para que levantara la cara y le mirara.

—A nada —Tragó saliva —Tenías razón. Soy una cobarde. Me rendí sin luchar, pero he cambiado de opinión. Quiero intentarlo, porque te quiero, siempre ha sido así —Soltó el aire como si se hubiera quitado un peso de encima. Dylan quedó mudo y la rubia decidió que era su momento. Se acercó a ellos y agarró a Dylan por el brazo, pero él lo sacudió con fuerza hasta que consiguió que lo soltara, sin apartar la vista de Nora.

—Es mejor que te vayas a disfrutar de la fiesta Rebeca —Ni siquiera la miró.

—¿Estás de broma? —observó a Nora de arriba abajo con un gesto de asco —Vamos a ver, ¿vas a renunciar a la mejor tarde de tu vida, por...por esto? —Él no contestó, hecho que aprovechó Nora para cogerlo de la mano y conducirlo sin resistencia, atravesando la parte de bosque y los jardines hasta el interior de la casa. Dylan se dejaba llevar como si hubiera quedado extasiado. Subieron las escaleras hasta su habitación. Cerró la puerta y se detuvo delante de él, soltándole por fin la mano.

—Entonces ¿qué contestas? —Seguía absorto —¿Dylan! —Le gritó y le zarandeó. Él simplemente la miró como si hubiera sido arrancado de sus propios pensamientos, levantó el brazo para posar la mano sobre la nuca de Nora y la empujó hacia su cuerpo para besarla

tiernamente —¿Eso es un sí quiero? —pronunció ella cuando consiguió separar un poco los labios. Él asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. Se había quedado mudo. Nora sonrió, se puso de puntillas, le agarró por los hombros y le besó, esta vez con furia, devorándolo con todas las ganas acumuladas

Sobran las palabras. Éstas habían dejado paso a la pasión, sus cuerpos lo decían todo. Se besaron y se acariciaron como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento. Se arrancaron la ropa y se amaron. Sin preámbulos él la penetró mientras ella le acogía con necesidad. El deseo los estaba devorando.

Se corrieron gritando y gruñendo. La piel roja por los roces incontrolados les ardía y él se resistía a salir de dentro de ella.

—Eres mía. No me vas a dejar tirado nunca más —Le agarró la cara —¿Me oyes? Te quiero tanto que me moriría si vuelves a abandonarme.

—Nunca más —Pronunció ella y volvieron las embestidas salvajes.

Saciados decidieron finalmente vestirse y volver a la fiesta agarrados de la mano, como si fueran incapaces de separarse el uno del otro, como si temieran que si no sentían el roce de su piel se perderían.

Nora era tan feliz en aquel momento que no podía borrar la sonrisa de su casa, pero entonces algo hizo que su expresión se ensombreciera. Dylan lo notó al instante y siguió su mirada para ver qué era lo que la había entristecido. Vio a Namir apoyado en la barra, bebiendo un whisky y por su aspecto no era el primero. Estaba evidentemente ebrio. Un montón de mujeres se arremolinaban a su alrededor intentando captar su atención, pero a juzgar por su mirada perdida en un punto infinito, él ni se había percatado de su presencia.

—Está mal ¿no? —Le dijo Dylan sin dejar de mirarlo.

—Sí. Está hecho polvo. Se culpa de lo que le pasó a Sandra y además creo que está perdidamente enamorada de ella —Ladeo la cabeza y miró a Dylan —Jamás pensé que mi hermano se iba a enamorar de alguien —sonrió con un poso de tristeza —Nunca pensé que ninguno de los dos perdiéramos la cabeza por otra persona —Dylan le acarició la cara y subió una ceja.

—¿Has perdido la cabeza por mí? —Ella asintió como una inocente niña pequeña que es incapaz de esconder nada y le besó. Por primera vez Nora era tan transparente que se podía ver a través de ella, observándose nítidamente lo que atesora en su corazón. Dylan la miró con ternura y devolvió la vista sobre Namir —¿Podemos hacer algo por ayudarlo? —Ella negó con la cabeza.

—Solo un milagro que haga que Sandra vuelva y le declare su amor podría curarle.

—Bueno, yo conseguí ese milagro, quizás... —Nora sonrió y le tapó la boca.

—A mí siempre me tuviste, sólo me hacía falta despertar, sin embargo no estoy muy segura de lo que Sandra siente por Namir —Fue él quien sonrió ahora.

—Yo no estoy muy seguro de haberte tenido siempre, aunque era lo que ansiaba.

—Me tenías créeme —Le besó fugazmente —Sólo tenía miedo por sentir tanto por alguien.

—¡Ay princesita! Que mal me lo has hecho pasar —Puso los ojos en blanco y ambos prorrumpieron en una carcajada que hizo que todos los invitados de alrededor se giraran para mirarlos.

La gran gala

Los invitados estaban empezando a llegar y Namir ya estaba borracho.

Dylan observó la cara de pena de Nora al observar a su hermano y decidió actuar. En parte porque a él también le afectaba el estado en el que se había sumido Namir y en parte porque no quería que nada empañara la alegría de su princesa y menos, en un día tan especial como hoy.

Se acercó a la barra situándose al lado de Namir. Tuvo que empujar a una de esas sanguijuelas que le rodeaban para hacerse sitio.

—¿Qué estás haciendo? —le reprochó mientras llamaba al camarero con la mano.

—Beber. Acaso ¿es un delito? —Se giró para mirarlo con los ojos velados por las noches sin dormir y el alcohol. Sus ojos verdes claro ahora aparecían de un color opaco y musgoso.

—No —le sostuvo la mirada —el delito es rendirse y resignarse.

—¿De qué coño hablas? —Agarró el vaso que reposaba en la barra encerada y miró su interior como queriendo meterse dentro hasta ahogarse y finalmente terminó de un trago el contenido. Mientras el camarero atendía a Dylan, le hizo un gesto señalando el vaso para que se lo rellenara.

—Estás hecho polvo —Añadió Dylan cuando el camarero les sirvió y se fue.

—No sé por qué cojones te tiene que importar a ti cómo me encuentro yo —Le miró levemente para luego pegar un trago a su nueva consumición.

—Me importa —hizo una pausa —Yo también me rendí y perdí al amor de mi vida. Pero en un momento de lucidez conseguí decirle cosas que despertaron su conciencia. Debes hacer lo mismo o te morirás de pena. Te arrepentirás toda la vida por no luchar por ella —Las lágrimas empezaron a brotar de la cara de Namir.

—Ella no me quiere —Añadió, mientras una mano se posaba en su espalda.

—Venga machote, yo sí que quiero aliviar tu tristeza —Dijo una mujer que estaba justo al lado de él.

<<Joder por un lado tenía al pesado de Dylan dándole la brasa y al otro a una buscona ¿Qué es que no le podían dejar en paz?>>

Namir miró a la mujer detenidamente, aunque ya la veía algo borrosa. Era guapa. Algo mayor que él. Una morena de unos treinta y tantos años, alta y con unas curvas rotundas. Cosa que pudo dilucidar porque el vestido que llevaba no dejaba nada a la imaginación. Le quedaba tan apretado que hasta pudo ver sus pezones duros a través de la tela.

En otra época sólo esa imagen hubiera servido para llevársela dentro de la casa y follársela, pero ahora le parecía repugnante, artificial y vasta.

No podía evitar compararla con su petirrojo, a todas las comparaba con ella y ninguna se le parecía.

Sandra era natural, de belleza espontánea y sin artificios. El recordar un solo aleteo de sus pestañas sin máscara de maquillaje, ensombrecía los ojos de cualquier otra.

Sí, estaba perdido, se había enamorado hasta las trancas, como jamás creyó que pudiera

hacerlo y justamente de la única mujer que le había rechazado y abandonado.

—Mira guapa, apenas tienes un mal revolcón ¿Por qué no te pierdes? —Le dijo con acritud. Ella se puso digna, meneó la melena subiendo el mentón y se fue sin contestarle.

—¿De que hablábamos? —Añadió intentado focalizar la cara de Dylan. Él se rio y negó con la cabeza ante la escena que acababa de presenciar.

—No has podido estar con ninguna otra desde que ella se fue ¿verdad? —Le puso una mano en el hombro, apretando para que sintiera que le comprendía.

—Lo malo es que ni siquiera he estado con ella —Pegó un trago al whisky y negó con la cabeza —Ni siquiera nos acostamos y sin embargo creo que no podré hacerlo con otra. Ya no se me levanta ante la imagen de ninguna mujer. Sin embargo, pienso en ella y se me pone dura como una barra de hierro. Dylan contuvo una carcajada. ¡La sinceridad de los borrachos! Pensó.

—Te entiendo Namir. Yo he sentido lo mismo con tu hermana y hoy voy a hacer algo muy estúpido, pero como te digo el que no arriesga no gana.

—¿Qué vas a hacer? —Había despertado su curiosidad.

—Si dejas de beber y te mantienes medianamente consciente lo verás y cuando lo haga recordarás mis palabras.

—¿Qué palabras? —Estaba totalmente intrigado. Empujó el vaso apartándolo de él como señal de que estaba dispuesto a dejar de beber por desvelar aquel acertijo.

—Las que te voy a decir ahora —Le apretó el hombro— En vez de esconder la cabeza en un vaso de Whisky, vas a acoger el primer vuelo que salga hacia Escocia y vas a luchar por lo que quieres como si la vida te fuera en ello. Vas a conquistar a esa pelirroja y la vas a venerar hasta que el mundo se acabe —Namir se puso serio y volvió a agarrar el vaso.

—Ella no me quiere. Ya te lo he dicho Joder —Volvió a consumir el contenido de whisky de un trago.

—No creo que eso sea así de cierto, pero de todas formas haz algo para hacerla cambiar de opinión. Tienes una vida entera para hacérselo ver. Por el contrario, puedes seguir desperdiciándola entre alcohol y lamentos ¿Qué tienes que perder? —Ahora era Dylan el que necesitaba pegar un trago.

—¿Y si me rechaza otra vez? —Namir se pasó las manos por el pelo y notó que alguien se tropezaba con él. Se giró y allí había otra de esas acosadoras.

—Perdón —dijo ella intentando disimular y que pareciera que el tropezón había sido casual. Sin embargo, no había rubor en su cara, sino lujuria y picardía en sus ojos.

—¡Joder, es que no me podéis dejar tranquilo! —Gritó con vehemencia y toda la sala se giró para mirarlo. Quedaba poco para la subasta y Dylan tenía que terminar con aquella aptitud de Namir, porque si no entorpecería sus planes.

—Namir —Le llamó para que fijara otra vez su atención sobre él —No puedes estar seguro de lo que ella siente, porque dudo que ella misma lo sepa. Ha pasado por momentos duros y es normal que no quiera implicarse emocionalmente con nadie, en parte porque ella no se siente preparada para abrir su corazón roto a nadie —Namir asintió, mientras intentaba llamar la atención del camarero —Entonces tienes dos opciones. Acercarte a ella, darle espacio pero a la vez apoyo y esperar a que se decida —Suspiró —dejándole claro que siempre estarás a su lado y que no desistirás hasta que ella abra los ojos, por mucho que se empeñe en que te alejes. Esperarás sea para que te acepte como amigo o como algo más. No dudes que al principio te va a rechazar, pero debes ser constante. Luchar como el náufrago lucha contra las olas, a contra la corriente, porque sus ansias de llegar a tierra son mayores que las fuerzas que le invitan a desistir

y rendirse. Todos —remarcó esa palabra —y más ella necesita alguien en el que confiar para soltar todas sus mierdas en su hombro ¿Puedes ser tú ese hombre? —Namir le miraba como si estuviera presenciando una revelación —o....

—¿O qué? —dijo él nervioso.

—Puedes quedarte aquí lloriqueando, lamiéndote las heridas y emborrachándote, dejando desatendida, triste y sola al amor de tu vida. Desentiéndete entonces de todo y dedícate a tirarte a esas mujeres vacías de corazón y llenas de deseo. Conviértete en un espectro y déjate llevar por la marea.

A Namir se le llenaron los ojos de lágrimas y entonces avisaron por megafonía que empezaba la subasta.

—Perdóname, pero ha llegado el momento de que yo siga nadando para conseguir mi orilla — Sin explicarle que simbolizaba eso, lo dejó solo en la barra. Le siguió con la mirada y vio como recogía a Nora para unirse ambos a la subasta. Les siguió. Quería saber que significaba aquello

La subasta comenzó por mis cuadros. Allí había gente que solo había venido para hacerse con alguno. Estaban muy cotizados y el resultado fue fantástico. Al final el lote se vendió por quinientos mil euros.

Después le llegó el turno al potro pura sangre de Namir. Tras exhibir la foto y los papeles de pedigree del animal, hubo muchas pujas y finalmente se vendió por trescientos mil euros. Miro a Namir y le vi sonreír satisfecho, aunque con esa mueca achispada que hacen los que debido al alcohol ya no controlan muy bien sus músculos. Llegó el turno del coche clásico que había donado Arfan. Era una joya para los apasionados del motor y estaba impecable. Se vendió por el impresionante precio de ochocientos mil euros. Ya se había recaudado más que nunca y todavía quedaba la estancia en Ryad. Era el artículo de menos valor, pero tenía el atractivo de hospedarse en el mismísimo palacio del Rey de Arabia Saudita. Ese aliciente hizo que la gente empezara a pujar con ganas. Mil, dos mil, cinco mil. Las pujas se sucedían y de repente se oyó ¡Un millón!

Un murmullo ahogado invadió la carpa y todos los asistentes se giraron para buscar al loco que había ofrecido esa cantidad.

—¿Hemos oído un millón? —dijo el encargado de dirigir las pujas.

—Sí —y todos vimos como Dylan se ponía en pie, ante la atónita mirada de Nora.

—Un millón a la una, un millón a las dos..... ¡Adjudicado! Señor, es poseedor de una maravillosa estancia en la tierra de las mil y una noches —Se oyeron vítores y silbidos. No pude evitar soltar una carcajada, mientras Arfan me pasaba un brazo por las caderas.

—Joder Nena, esto supera lo nuestro. No podrán desvirgar el palacio pero le van a quitar el polvo fijo —Le miré con ternura —¡Qué envidia! —añadió.

—Cariño, no necesitamos un palacio. Cuando toda esta gente se vaya te voy a poner mirando a Cuenca.

—¿Cómo? —me reí, por muchos años que Arfan llevara en España, aún era incapaz de conocer y entender todos nuestros dichos.

—Nada príncipe, que te voy a dejar seco ¿Estás preparado? —Me miró con las pupilas totalmente dilatadas.

—Como el primer día patito. Siempre preparado para ti —Me pasó la mano por la nuca y no pude contener un gemido

Tras finalizar la subasta, los asistentes salieron de la carpa y se sentaron en sus mesas. Busqué con la vista a Nora. Ella había repartido a los invitados y se había situado en el extremo opuesto a Dylan. Sé que ahora se arrepentía, pero tenemos que apechugar con las decisiones que tomamos.

Después de la puja estratosférica de Dylan no pudo hablar con él, pues un montón de personas se le acercaron para felicitarle por su gran generosidad con la causa benéfica ya que todos los presentes sabían que unas vacaciones en Arabia, no merecía la puja más alta de la noche.

Ahora Nora, se retorció nerviosa las manos. Necesitaba hablar con Dylan pero no quería dar la nota. Ya hablaría con él, pensó y se centró en los ocupantes de su mesa.

Un diplomático ruso y su esposa, un empresario de la City dedicado a la exportación de productos y su mujer, que destilaba rancia elegancia británica, una espectacular modelo que venía sola y que supuso que estaba allí porque aquel evento era ideal para encandilar a un pez gordo

<< ¿Quién la habría colado?>> ¿Habría sido Dylan?, pocos tenían acceso a la lista de invitados y aquella chica ni era de los clientes de Arfan, ni tenía relevancia suficiente para ser invitada por su importancia social o política

Intentó centrarse en la conversación pero hablaban de nimiedades como el tiempo, así que su imaginación voló para intentar recordar con quien había sentado a Dylan. Su mente fotográfica visualizó el papel donde estaba la mesa cincuenta y ocho, la que él ocupaba. Estaba Adelfried Kahler y esposa. Un empresario del motor, que llevaba tiempo detrás del Mercedes clásico que Arfan había cedido para la subasta. Una joya que el señor Kahler se había llevado por ochocientos mil euros. Debía estar contento, era casi imposible que un coleccionista se desprendiera de un coche así. No había otro igual en el mercado y si Arfan lo hubiera soltado a la venta mundial, habría alcanzado precios desorbitados, sin embargo, él lo había conseguido por menos de un millón. En realidad, Arfan se había cansado de ese automóvil y necesitaba sitio para sus nuevas adquisiciones, pero no se hubiera desprendido de él si no fuera por una buena causa.

En la mesa de Dylan, también estaba mi querido Sir Hamilton, el marchante de arte que me había descubierto en Londres y que de alguna manera me devolvió la autoestima. Le adoraba. Venía acompañado de su mujer que era una aficionada a los caballos como Arfán. Él había comprado uno de mis cuadros y ella, el pura sangre de Namir ¿He dicho que los adoro?, pues eso, son personas maravillosas.

En la mesa también estaba una rica heredera americana de dieciocho años, Jocelyn Pierce. Sus padres murieron en un accidente de tráfico y ella se vio de la noche a la mañana con una fortuna que no sabía gestionar. La empresa de inversiones de Arfan se encargaba de mover su capital para que aquella torpe Yanqui se hiciera más rica aún. Ella, mientras tanto, se dedicaba a despilfarrar su dinero de forma absurda. Como hija única de un magnate del petróleo siempre había sido consentida hasta la saciedad. No, no necesitaba pensar y creo que ni si quisiera lo ha intentado porque siempre había gente que lo hacía por ella. Hasta ahora he descrito sus defectos, pero tengo que decir que la naturaleza le concedió una belleza exultante. Era como una Shirley Temple crecida. Tirabuzones rubios hasta los hombros, piel blanca y sonrosada en las mejillas, cara de ángel y unos ojos grises que enamoraban, Su cuerpo no era voluptuoso, ni exageradamente grande como algunas americanas. En realidad, era delicado. Parecía adorable, pero tenía un defecto muy grande, que no sabía cerrar la boca. Era una chica inocente y no se daba cuenta de su incontinencia verbal. Era una niña que había crecido demasiado rápido sin que nadie osara a ponerle límites y a enseñarle que se había hecho adulta. Me daba pena, porque con su gran fortuna era un blanco fácil para los tiburones. En realidad, su padre que era su valedor, la protegía de los buitres, pero una vez muerto él, nada bueno le pronosticaba a aquella chiquilla que se había olvidado de crecer, porque nadie le había enseñado a hacerlo. Tenía que hablar con Arfan. No sólo debía de invertir bien su fortuna. Esa niña necesitaba ayuda rápido. Era demasiado joven y demasiado rica.

Volví la cabeza hacia Nora y parecía que había llegado al a misma conclusión que yo. No

había ningún peligro en la mesa de Dylan, sin embargo, observé como miraba de reojo a la chica que tenía al lado y compartí su inquietud ¿Quién había invitado a una gala tan exclusiva a esa mujer? ¿Por qué tenía un asiento al lado de mi hija?

Ella y Dylan se habían ocupado de los invitados, así que, si no había sido ella, quizás la habría invitado él por algún motivo, Pero ¿cuál?

Cuando la cena terminó, los invitados se dirigieron al jardín, abandonando la carpa destinada a la cena. En el centro, había una pista de baile, de frente la plataforma que albergaba la banda de música y a los lados, todo el bosque se adornó de antorchas y de lucecitas enredadas en las ramas de los árboles que se me antojaban como luciérnagas doradas gigantes, que le daban una magia especial a mi pequeño tesoro. Espero que mis empleados no tengan que recoger muchos preservativos usados a la mañana siguiente. Mientras la gente bebía y danzaba me adentré en el bosque, atravesé el riachuelo y me di cuenta que estaba enfrente de la parte que separaba mi casa del Club Ecuestre. Nunca había llegado tan lejos. Nunca había vuelto a recorrer ese camino.

<<La curiosidad mató al gato>>, pensé. Quería saber quién lo dirigía ahora y si el capullo de Iker seguía intentando ligar con las novatas. Un suspiro se escapó de mi boca y decidí volver.

Al llegar vi a mi hija dirigiéndose hacia donde estaba Dylan y me reí.

<<Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre>> pensé y puse los ojos en blanco. Luego vi a Namir con una botella de agua y la mirada perdida en el cielo, mientras un montón de mujeres a las que él no veía se contoneaban y hacían ojitos delante de él —Volví a reírme, hasta que finalmente vi a mi amor buscando desesperadamente algo.

—¿Buscas algo? —Le susurré al oído por detrás.

—A ti mi amor. No te vuelvas a perder porque casi me ha dado un síncope.

—He ido hasta la valla del club ecuestre. Quiero volver a verlo Arfan.

—Eso está hecho patito— Me agarró por la cintura, me beso con impaciencia y mi cuerpo tembló por el mimo y por la anticipación de lo que vendría después

Después de que Arfan me soltara y aun temblando por el deseo que era incapaz de controlar, sentí la presencia de Namir detrás de mí. Era algo extraño, pero yo podía percibir la proximidad de mis hijos. Me di la vuelta y me lo encontré a un paso. Le miré como esperando que hablara pero él permanecía en silencio. Me daba la sensación de que ya había bajado los efectos de alcohol pero sus ojos, más oscuros de lo habitual, guardaban un secreto.

—Dime Namir —Le dije después de examinarlo.

—Me voy a marchar —Dijo nervioso.

—Está bien, sabes que después de la subasta que es lo verdaderamente importante para recaudar fondos, no es necesario que te quedes.

—No me has entendido. Me voy —hizo una pausa —a Escocia —Ahogué un grito.

—¿Vas a buscarla? —No pude evitar dibujar una sonrisa.

—No sé a qué voy, quizás a cerrar por fin esta página o a empezar una nueva —Suspiró —pero desde luego voy a hacer algo. No puedo seguir así mamá —una lagrima se le escapó y me rompió una vez más el corazón.

—Querido Namir —posé mis manos sobre sus hombros —por fin eres valiente. Lucha por lo que quieres. Sabes —Tragué saliva —yo me rendí con tu padre y lo abandoné, embarazada de ti y —cerré los ojos, era difícil hablar de eso con un hijo —me hicieron daño y yo pensé, aunque estuviera embarazada, que lo mejor era estar lejos de él— Cerré los ojos intentando retener las emociones que aquellos momentos aún me provocaban.

—¿Papá y tú separados? —Su cara era de asombro —Pero —buscó las palabras adecuadas

—pero si sois la pareja perfecta —Solté una risotada.

—Si lo somos Namir, es porque luchamos por ello —Le acaricie la cara —Piénsalo un momento. Tu padre era un putó príncipe y yo una madrileña de barrio, embarazada y rechazada por su familia ¡Con el carácter que yo tengo! —Suspiré —¿Tú crees que fue fácil?

—No, nada fácil —Namir escondió los ojos bajo sus manos.

—Hijo ¿Tú la quieres? —Le dije sin saber si estaba ayudando a joderlo más.

—Más que a mi vida— Empezó a llorar.

—Es motivo suficiente para luchar por ello —Le pasé la mano por su incipiente barba y entonces oímos que la música paraba.

—¡Hola! ¿Me escucháis? —Todos los que permanecían en el jardín gritaron un “Sí” contundente —Vale— Dylan había estaba al lado de los músicos y había cogido el micrófono. Tragó saliva— Voy a pedir que los músicos toquen una canción importante para mí, pero antes quiero pedir a Nora Al Saud que suba al escenario —La buscamos con la mirada y la vimos en una esquina agazapada. Se dio cuenta que no tenía otro remedio que subir cuando todas las miradas se posaron en ella. Se tomó su tiempo. Fue despacio intentando que aquel momento se diluyera, pero no. Así que subió al escenario ante los aplausos y vítores de la gente.

—¿Qué es esto Dylan? —Le susurró cuando llegó a su lado.

—Bueno princesa, ha llegado el momento —Hizo un gesto a los músicos y rápidamente empezó a sonar la música de “Solo si es contigo” Que su admirador anónimo le regaló. Claro que luego descubrió que ese admirador era Dylan. Al escuchar la melodía, se le puso la piel de gallina y empezó a llorar. Él la abrazó y empezó a bailar susurrándole al oído la letra.

¡Por dios! Qué momento. Él cantaba, ella lloraba y cuando terminó la canción se dieron un abrazo y un beso, que todo el mundo vitoreó.

—Nora —dijo él tras separarse —Ya no puedo seguir así. Quiero pasar el resto de mi vida, sólo si es contigo —en ese momento hincó la rodilla en el suelo y sacó del bolso de su esmoquin una cajita de joyería. Ella supuso que era un anillo con un diamante pero al abrirla él, resultó ser algo muy distinto. Era un anillo de oro blanco ancho con primulas grabadas en morado, con amatistas del mismo color, engarzadas en cada hojita. Ella levantó la mirada y le sonrió. —¿Quieres casarte conmigo? —Dijo con voz trémula. Ella no respondió al instante y le miró durante un largo rato, hasta que vio que le caía el sudor por la frente.

—Contigo, querido, he recuperado la primavera —Miró su anillo con amatistas —y no habría nadie mejor con quien compartir mi vida, así que sí quiero —Dylan se levantó rápido y se fundió en un amoroso beso mientras el público los ovacionaba.

Tras este momento apasionado bajaron del escenario y ella le abrazó.

—¿Me puede decir de donde sacaste un millón de euros para pujar por un viaje al que yo te podría haber llevado gratis?

—Era por una buena causa y yo tengo muchos de esos millones en el banco, concretamente cien o doscientos, no estoy seguro. Nunca me he preocupado demasiado de ese dinero.

—Pero...pero tú no querías tocar ese dinero, bajo ningún concepto.

—Cierto, pero a veces en esta vida hay que replegar alas y virar. Cambiar de opinión a veces es necesario.

—Pero esto no era necesario, yo te hubiera llevado —Dylan levantó una ceja.

—Nora —su voz sonaba desesperada —eres incapaz de ver que necesitaba hacer esto para demostrarte lo mucho que me importas ¿verdad? —La miró a los ojos —Quiero conocer a tus abuelos, quiero disfrutar contigo de esa otra parte de ti y si para ello tengo que utilizar hasta la

última libra que poseo lo haré.

—Te quiero —acertó a decir cuando se vieron rodeados de gente que los rodeaba para darles la enhorabuena y se separaban.

Miré a Namir que sonreía ante la escena.

—Este Dylan sí que le echa huevos —sonreí —no sabe en qué lío se ha metido .

—Pues ya te va tocando hacer lo mismo cariño —le acaricié la cara y el asintió con un brillo de esperanza en sus ojos.

En el otro lado de la sala, la feliz pareja recibía las felicitaciones de una multitud cuando le tocó el turno a la modelo que había sido asignada a la mesa de Nora.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó Dylan que se había quedado pálido. Nora le miró sorprendida.

—¿No la has invitado tú? Estaba sentada en mi mesa —Dylan negó con la cabeza, mientras miraba con estupor a la invitada que en ese momento dibujó una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—En realidad, Dylan no tenía ni idea de que cuando invitaba a la modelo Riana Redson, me estaba invitando a mí —le miró de arriba abajo —Tuve que tirar de todos mis contactos y mis encantos, para que te sugirieran incluirme en la gala, con nombre falso por supuesto, porque si no sabía que me dejarías fuera de todo este espectáculo.

—¿Quién es esta mujer? —Nora miró inquisitivamente a Dylan, pero él seguía pálido sin articular palabra.

—Soy la prometida de Dylan. Caroline Smith, encantada —le tendió la mano a Nora que en ese momento ignoró la invitación y solo podía mirar a su novio que seguía inmóvil.

—Dylan, por favor, dime que esto no es verdad —su voz sonaba a súplica y entonces él la miró y reaccionó.

—¿Qué coño haces aquí Caroline? —mantuvo la mandíbula tensa, mientras la agarraba con fuerza del brazo.

—Desmontar esta traición. Tú eres mío —dijo con suficiencia. Los ojos de Nora se estaban inundando de lágrimas. Dylan la miró.

—Esto no es lo que parece cariño.

—¡Joder! —Nora apretó los labios y se dispuso a darse la vuelta para salir huyendo, pero entonces recordó su nueva filosofía de vida, así que cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró fijamente —Explícate —le azuzó.

—Esta mujer era mi prometida —empezó a decir.

—Nunca rompimos el compromiso así que técnicamente sigo siendo tu futura esposa.

—Rompimos el compromiso en el mismo momento que intentaste quedarte con mi dinero y me engañaste con tu abogado ¿no te parece? —si las miradas matasen, Caroline hubiera caído fulminada en aquel mismo momento.

—Pequeños errores que tú siempre estuviste dispuesto a perdonar si volvía contigo —sonrió —O se te olvida todo lo que me suplicaste.

—¡Un momento! —grito Nora, antes de darle una bofetada a la falsa modelo —No tengo ni puta idea quien eres, ni lo que has tenido que ver con mi prometido, pero esta es mi gala, es mi noche de compromiso y ni tú, ni nadie me la va a empañar —Caroline la miró como si estuviera loca —haz el favor de abandonar mi casa.

—No me da la gana, sino me voy con Dylan —añadió con chulería.

—¿Acaso no has oído a Nora? Yo no iría contigo ni aunque mi vida dependiera de ello —miró

a su prometida —Esta mujer, de la que creí estar enamorado, me traicionó en todos los sentidos y lo que es más terrible, me humilló, pero te aseguro que es parte de un pasado muy, muy lejano y lo que yo siento por ti, ni se aproxima a lo que alguna vez creí sentir por esta bruja manipuladora — Dylan soltó el aire retenido en los pulmones, esperando haber sido lo suficiente convincente.

—Te creo Dylan —la miró de arriba abajo —solo hay que ver a esta oportunista. Miró a su alrededor e hizo un gesto con la cabeza. En un momento, Walter estaba a su lado —padrino, saca a esta mujer de nuestra casa.

—Será un placer señorita —agarró a la indeseable del brazo y tiró de ella, porque se resistía.

—Solo, aclárame una cosa —dijo mirando a Dylan —¿Por qué con ella si has tocado la herencia y conmigo no? —Dylan la taladró con la mirada.

—Porque ella se lo merece y porque jamás me hubiera pedido que tocara ese dinero —Miró a Nora con ternura.

—No lo entiendo. Ella no necesitaba que te gastaras un millón de euros en un viaje.

—Tú jamás lo entenderás y precisamente por eso, estoy seguro de que he hecho lo correcto — negó con la cabeza —Es una muestra de amor y tú no tienes ni puta idea de lo que es eso. Ella no me ha pedido nada, pero yo quería hacerlo porque es una forma de demostrarle que sería capaz de cualquier cosa por ella, incluso rebasar los límites, saltar mis líneas rojas. Además no me he gastado el dinero de mi padre, lo he donado para una buena causa —Hizo un gesto a Walter y tiró de la mujer para sacarla del jardín, sin que esta vez ella se resistiera.

—Me tienes que contar esta historia —dijo Nora con una sonrisa dibujada en la cara.

—Será un placer —agarró a su novia por la cintura y le dedicó un tierno beso —Caroline me ha confirmado que por fin confías en mí lo suficiente para darme la oportunidad de explicarme — le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja —Yo jamás te traicionaría.

—Lo sé. Jamás volveré a desconfiar de ti, sin escuchar antes a todas las partes —se cogieron de la mano y siguieron disfrutando de la fiesta como si allí no hubiera pasado nada.

EL final de una etapa

Un año después

Nora y Dylan se habían casado seis meses después del compromiso y ahora vivían en el pequeño pueblecito asturiano de donde procedía la madre de Dylan, desde donde dirigían un negocio de turismo y aventura.

Estaban empezando, pero por el número de reservas y las actividades que ya tenían contratadas de cara al verano, se auguraba un buen futuro. En el complejo de turismo rural, no solo brindaban alojamiento, sino que también ofrecían una gran oferta de rutas y actividades de aventura.

Con los perfiles profesionales que ambos tenían, sabíamos que antes de invertir habían hecho un gran proyecto de viabilidad, y que no les iría mal. No obstante, ninguno de los dos necesitaba el dinero que el negocio proporcionaba para vivir, lo que les daba la tranquilidad de reinvertir las ganancias en las instalaciones, el personal y la publicidad. Esta inyección de capital lo estaba convirtiendo en un lugar de referencia para los que les gusta este tipo de turismo, que según nos informaron cada vez son más. Existe, por lo visto, un gran número de personas que huyen de las zonas turísticas masificadas y buscan la tranquilidad, los paisajes idílicos y las actividades al aire libre para evadirse en el disfrute de sus vacaciones.

Al igual que ellos, que habían cambiado el asfalto y los trajes de diseño, por el barro y la ropa deportiva. No por ganar dinero, sino por buscar una forma de vida que les llenara a los dos.

Hablábamos frecuentemente y estaban tremendamente contentos, exultantes diría yo. Habían encontrado su sitio, su rinconcito de felicidad.

Todo había sido muy rápido, entre el compromiso, la boda y la puesta en marcha de su negocio. Aún no habíamos tenido tiempo de visitarlos y conocer su particular trocito de paraíso.

Había llegado el momento. Estábamos a principios de primavera y ese fin de semana nos desplazaríamos para hacer una especie de inauguración tardía. Habían reservado todo el complejo para alojar a los Al Saud y los McDowell.

Echaba de menos a mi familia que en el último año se había desperdigado. Siempre habíamos estado muy unidos, muy cerca los unos de los otros, viviendo bajo el mismo techo en las Mil y una noches. Ahora con Nora en Asturias y Namir en Escocia, el vacío del que había sido nuestro hogar se tornaba insoportable. Les echaba mucho de menos.

Namir que había establecido su residencia en Escocia para estar cerca de Sandra, viajaba a nuestro encuentro en el avión privado de Robert, junto con Maribí, Sandra y David, el benjamín de los McDowell

El hijo pequeño de Maribí y Robert, por fin había terminado su carrera de medicina. Hacía años que no lo veíamos. Era casi un imberbe cuando entró en la Universidad y volcó todos sus esfuerzos en sus estudios, aparcando cualquier relación social, lo que incluía visitarnos, como hacía antes con frecuencia. Me hacía mucha ilusión volver a verle, siempre he tenido debilidad

por él. Desde pequeño ha poseído un carisma especial. Se parece a su padre, tan grande por dentro como por fuera. Sereno, racional, transpira seguridad y nobleza. Siempre ha tenido un aura especial que hace que con su sola presencia eclipse al resto y que cuando habla no puedas hacer otra cosa que detenerte a escucharlo, pues sus palabras nunca son superficiales, están llenas de sensatez, sentido común y acertada reflexión.

Estoy segura que todas sus cualidades y su templada personalidad le han ayudado a convertirse en un gran médico.

El reencuentro con David no es lo único que llena mi corazón de anhelo y esperanza porque también tengo unas ganas enormes de ver a Sandra y a Namir.

He mantenido contacto telefónico con mi hijo durante todo este tiempo y he estado informada de todos los avances que se han ido produciendo. Sé que Sandra se ha ido recuperando poco a poco de sus secuelas. Quizás más lentamente de lo que todos habíamos deseado, pero con la ayuda y el apoyo de Namir, ha conseguido ir saliendo del pozo.

Mi hijo no se ha separado de ella ni un momento, sin exigir nada a cambio, sin presionarla. Sus esfuerzos por traer de vuelta al petirrojo, han producido un cambio en él. Ya no es el mismo. El siempre frío y distante Namir, se ha transformado en un hombre cercano y comprensivo con el sufrimiento ajeno, volcado en el bienestar de otra persona. A través de la línea telefónica era capaz de vislumbrar que nada queda de aquel egoísta y egocéntrico joven, porque lo más importante ya no es él mismo, sino ella. Ella en mayúsculas. Vendería su alma por verla sonreír. Conseguir su felicidad es más importante para él que su propia vida. En realidad, era el motor que le impulsaba a seguir luchando cada día.

Poder conseguir su amor, su mayor quimera.

El deseo latente de que un día Sandra le amara, no había desaparecido, pero había pasado a un segundo plano. De momento, solo esperaba su recuperación y no tenía intención de insistir en estar juntos en un plano más allá del platónico. Si algún día existiera la posibilidad de estar juntos, tendría que ser Sandra quien diera el paso. Sólo ella decidiría si podían avanzar hacia algún otro escenario, mientras tanto él permanecería a su lado, en el lugar que ella estuviera dispuesta a colocarlo. Con eso se conformaba.

Le horrorizaba pensar en el lance de que, una vez recuperada, a él solo le considerara un amigo, un hermano, que se enamorara de otro, pero estaba dispuesto a correr ese riesgo y no sin dolor, se planteaba que aun así permanecería a su lado. La necesitaba como el aire para respirar y se conformaría con lo que ella estuviera dispuesta a darle.

Namir era el cazador cazado. Sin saber cómo se había dado la vuelta a la tortilla. Sandra tenía la vida de mi hijo en sus manos. Podría subirlo al cielo o bajarlo a los infiernos, en función a si decidía amarlo o apartarlo.

No podía dejar de sopesar esta circunstancia y de ver a Namir, con las venas cortadas en una habitación de motel, como años atrás hiciera Rocío tras su abandono. Quizás me pongo muy dramática, pero es que el grado de dependencia y supeditación que había adquirido esta extraña relación se me antojaba comparable a la que había presentado la novia de Namir. Espero equivocarme o al menos, que Sandra corresponda los afectos de mi hijo, para no tener que comprobar hasta qué punto sería capaz de llegar.

Sólo el tiempo nos dará una respuesta.

De momento, no debemos adelantar acontecimientos y debemos quedarnos en que Sandra estaba respondiendo muy positivamente a las terapias. Además, según me contó Namir, había sido un refuerzo muy positivo que por fin se hubieran terminado los litigios por su secuestro.

Había sido un proceso difícil y que se alargó en exceso en el tiempo. Hacía sólo tres meses que se había dictado sentencia contra Lionel y Adele.

A él le declararon culpable del cargo de secuestro, agravado por agresión e intento de violación a Nora. Su condena se elevó a cinco años. Además, como su entrada al país se produjo de manera irregular, pues utilizó un pasaporte falso con visado de turista para no dejar rastro de su presencia en territorio español, le sumaron seis meses por un delito de falsedad y se dictó una orden de expulsión una vez cumplida la condena.

Desconozco la legislación sobre estos delitos, pero para todo el daño que ocasionó y el sufrimiento que provocó ese monstruo, considero insuficiente el castigo. Aunque a estas alturas con que no se vuelva a acercar a nuestras familias y nos deje seguir hacia adelante, me doy por satisfecha.

En cuanto a Adele, la acusaron de cómplice del delito de secuestro. La condena fue rebajada por no tener antecedentes. Además, la defensa alegó diversos problemas mentales, abalados por un perito judicial, a los que sumaron la supuesta manipulación emocional que ejercía Lionel sobre ella. Finalmente, su periplo en la cárcel, según la sentencia, sería de seis meses.

Ya ha cumplido tres y según nos han informado disfruta del tercer grado, en parte por su buen comportamiento y porque se ha acogido a terapias y actividades en la penitenciaría que conmutan condena.

Mis sentimientos hacia Adele son encontrados. Por una parte, tras oír en el juicio la infancia que había tenido y su pervertida relación con los hombres, la considero un juguete roto y me compadezco. Una pobre desventurada, abandonada por el sistema a su suerte y que sobrevivió como pudo, perdiendo cualquier ética y abrazando actitudes dementes por el camino para conseguir sus delirantes propósitos. La envidia, el rencor y la avaricia la consumieron.

Por otra parte, sea por los motivos que sea, cuando el germen del mal anida en tu interior, cuando te conviertes en un sociópata y no tienes escrúpulos en despreciar y violar los derechos de los demás, entonces de nada ayuda la compasión, pues esa persona no es capaz de sentir arrepentimiento, ni tener remordimientos.

Mucho me temo que ninguna terapia podrá evitar que Adele repita un patrón delictivo y acabe siendo carne de presidio.

Miro por la ventanilla, intentado evadir mi mente de estos sucesos y estas crueles personas que marcaron el devenir de nuestras vidas en el último año. El avión de Arfan sobrevuela las nubes y parece como si una alfombra esponjosa y blanca nos sostuviera en el aire.

Vuelvo la vista al interior y observo a mis acompañantes. Arfan lee un periódico, mientras Jocelyn Pierce, la joven heredera americana, está viendo una película.

Jocelyn lleva unas semanas viviendo con nosotros y en cierta manera ha llenado el vacío que han dejado mis hijos en nuestras vidas y en nuestro hogar.

Arfan se ha empeñado en ayudarla a encaminar su vida, y yo estuve de acuerdo.

La chica le había cogido mucho cariño a mi esposo. Se había convertido en una especie de tutor autoimpuesto. Era la única persona que estaba a su lado por algo más que su fortuna. Arfan no ansiaba su dinero, sino que le movían sentimientos más honestos. Se sentía conmovido con la soledad de la joven y por la cantidad de tiburones que la asediaban para aprovecharse de su situación.

A mí también me despertaba mucha ternura. Era una niña muy inocente, quizás demasiado consentida pero su tristeza, su desorientación y su soledad me despertaban sentimientos de protección.

Esa chiquilla necesitaba estabilidad y unos referentes para no perderse y nosotros la habíamos acogido, dispuestos a ofrecérselos.

Nuestros hijos habían volado en busca de su propio destino y no teníamos mejor objetivo que ayudar a la pequeña y amorosa Shirley Temple. Íbamos a intentar tutelar no solo su fortuna sino su destino.

Al principio fue difícil dado su temperamento voluble y caprichoso, pero poco a poco estábamos consiguiendo a fuerza de tesón y confianza que se centrara y fuera cediendo en sus constantes exigencias y antojos.

El último logro había sido conseguir que se matriculara en un grado de Gestión empresarial en Madrid, para que, con los conocimientos necesarios, algún día ella fuera capaz de gestionar su fortuna.

El avión por fin aterrizó en el aeródromo de la Morgal, cerca de la capital asturiana, pero lejos de la ubicación de la vivienda de nuestra hija. Así que después de abandonar esas instalaciones, nos quedaba alrededor una hora de viaje en coche.

Walter, tan eficiente como siempre, había concertado que un BMW de alquiler, de siete plazas, nos esperara a pie de pista.

Arfan condujo hasta Rio Caliente, el pueblo donde se ubicaba la residencia de Nora.

Aunque la mayoría del recorrido era autopista, el último trecho era por una carretera comarcal llena de curvas, donde mi marido disfrutó como un niño, dibujando una sonrisa cada vez que trazaba un nuevo viraje.

En cuanto llegamos, salieron a recibirnos nuestros anfitriones con una sonrisa de oreja a oreja. Eran felices, no había lugar a dudas.

Nos fundimos en un gran abrazo y nos acompañaron a nuestras habitaciones.

Era un lugar de estilo rural, pero muy elegante y acogedor. Nos dejaron para asearnos y nos emplazaron en una hora en el comedor para almorzar.

Cuando llegamos al comedor, que no contaba con más de diez mesas, ya nos esperaban los McDowell junto con nuestro hijo Namir.

Lo primero en lo que me fijé es que Sandra y él estaban cogidos de la mano. No pude más que soltar un suspiro de alivio. Namir lo había conseguido.

Hicimos una ronda de abrazos y no se me escaparon las miradas que David y Jocelyn se intercambiaron.

Mi mente inquieta, enseguida se puso a elucubrar y a imaginar que ahí podría haber un futuro romance —negué con la cabeza por dejarme llevar, pero es que, a mí, no hay nada que me guste más que una bonita historia de amor.

Nora y Dylan, nos invitaron a sentarnos, mientras sus empleados nos servían un rotundo almuerzo, con platos típicos de la zona.

Todo estaba delicioso, aunque las calorías se podrían contar por miles en cada plato.

Tras los entrantes, Maribí me confirmó que Namir y Sandra lo estaban intentando. La joven pelirroja, por fin había reconocido que estaba locamente enamorada de mi hijo. La conversación fluyó con complicidad y Maribí me explicó que Sandra estaba logrando dejar atrás su pasado y aunque todavía iban despacio, había cedido a lo evidente, apartar a Namir de su lado había sido un error. Mientras mi amiga me explicaba desvié la vista para mirarlo. Disimulaban, pero estaban atentos a la conversación que manteníamos. Era evidente el rubor en la cara de Sandra y las miradas cómplices que se procesaban. Estaban locos el uno por el otro, no tenía género de dudas, aunque según me contaba Maribí, insistían en siempre que les sacaba el tema, en que no querían

precipitarse y dar un paso en falso.

Dice el refrán, que lo que está a la vista no necesita candil y todo lo que emanaba de ellos era puro amor, habían roto las barreras y lo conseguirían. Tanta complicidad compartida demostraba lo fortalecida que había salido aquella relación del infortunio soportado. Les deparaba un futuro increíble, solo era cuestión de tiempo.

Llegamos a los postres, entre conversaciones animadas y muchas risas. .

—Un momento de atención —Nora se puso de pie, mientras hacía sonar una cuchara contra la copa de cava que sujetaba en su mano. Todos quedamos en silencio —Os hemos reunido aquí, no solo para la inauguración de nuestro sueño, del lugar que albergará nuestro futuro juntos, sino para comunicaros algo más —el mutismo se hizo en toda la sala y yo incluso estaba reteniendo el aliento —Dylan y yo —agarró de la mano a su marido, que se puso de pie a su lado —queremos anunciaros que estamos esperando nuestro primer hijo —solté todo el aire que había retenido y un grito de pura alegría se escapó, mientras me levantaba y me abalanzaba sobre ella. Los demás soltaron una carcajada.

Tras el momento de exaltación, miré a Arfan y vi cómo se le escapaba una lágrima.

Todos los demás se fueron levantando uno a uno para darles dos besos y felicitarlos. Finalmente volvimos a nuestros asientos, entre suspiros, sonrisas y mucha felicidad.

—Bueno, pues ya que estamos inmersos en confesiones —irrumpió Namir —Sandra y yo queremos compartir esta felicidad —miró con ternura a su petirrojo —Íbamos a esperar un tiempo prudencial, pero creemos que este es el momento para soltar la bomba. Ya no queremos esperar más —me miró como buscando mi aprobación y asentí para que continuara —Sandra y yo nos hemos comprometido —vi como Maribi llevaba la mano a la boca ahogando un grito, mientras una lágrima vergonzosa abandonaba con lentitud su ojo —En unos meses volveréis a asistir a una boda —concluyó besando en los labios a su instaurada novia. Miré a Maribí e instintivamente ambas nos levantamos para abrazarnos. .

—Cuando yo me quedé embarazada —comenzó a hablar Maribí visiblemente emocionada, mirando a los novios —Sofía que ya estaba embarazada de Namir, predijo que yo estaba esperando una niña, que en un futuro los dos primogénitos se casarían y unirían las dos familias —las lágrimas se arremolinaban en mis ojos —pues bien, ese momento ha llegado —rodó los ojos por todos los asistentes —ya somos familia de verdad —sonreí mientras observaba como Sandra y mi hijo se besaban.

Ya estaba todo hecho. Nuestros hijos habían empezado un nuevo camino. Les había costado, pero por fin iban a compartir sus vidas con las personas a las que amaban, aquellas para las que estaban destinadas desde hacía mucho tiempo.

Sólo quedaba David, el benjamín de las dos estirpes, pero esa será otra historia.

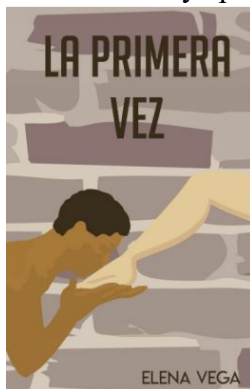
FIN

NOTA DE LA AUTORA

Antes de terminar me gustaría comentarte que, si quieres estar al tanto de las novedades y nuevas publicaciones, podéis encontrarme en Instagram

@elenavegaescritora

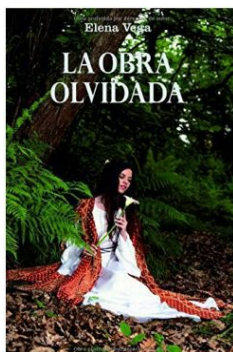
A continuación, os dejo los títulos de las novelas ya publicadas en Amazon



Primera novela publicada. Cuenta la historia de Arfan y Sofia.



Segunda novela publicada. Recorre el proceso de descubrimiento del amor de Eva, una joven estudiante y sus amigas.



Tercera novela publicada. Novela de ficción histórica, que nos narra la vida de Simonetta Vespucci.

¡Os espero muy pronto!

[\[1\]](#) El hiyab es un velo que cubre la cabeza y el pecho que suelen usar las mujeres musulmanas desde la edad de la pubertad